





MASSILLO

SERMONES



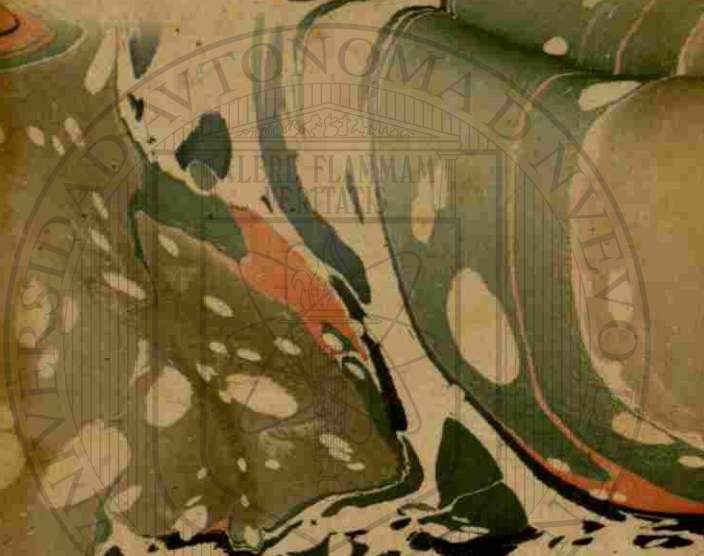
BX1756
.M32
E5
1800
V.4
C.1



José Angel Benavides.



1080046633



DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS

672-640

SERMONES

DEL ILL.^{MO} SEÑOR

D. JUAN BAUTISTA MASSILLON,

PRESBITERO, DE LA CONGREGACION
DEL ORATORIO, UNO DE LOS QUARENTA DE
LA ACADEMIA FRANCESA,

Y

OBISPO DE CLERMONT,

TRADUCIDOS AL ESPAÑOL

Por el P. D. Pedro Diaz de Guereñu, de la Congregacion
de Clérigos Reglares de San Cayetano.

TOMO IV.

SEGUNDO DE QUARESMA.

TERCERA EDICION.



CON LICENCIA Y PRIVILEGIO.

EN MADRID: EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJO DE MARIN.
AÑO DE MDCCC.

Se hallará en la Librería de Juan de Llera, Plazuela
del Angel, junto á la Nevería.

119510
BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

38067



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

851756

32
28
1800
4

S E R M O N E S

DEL III.º SEÑOR

D. JUAN BAUTISTA MASHUON

PREBITERO, DE LA CONGREGACION

DEL ORATORIO UNO DE LOS CUARENTA DE

LA CATEDRAL TAMAMT ALERE VERITATIS



SEGUNDO DE QUARESMA

TERCERA EDICION



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

T A B L A

DE LOS SERMONES

contenidos en este quarto

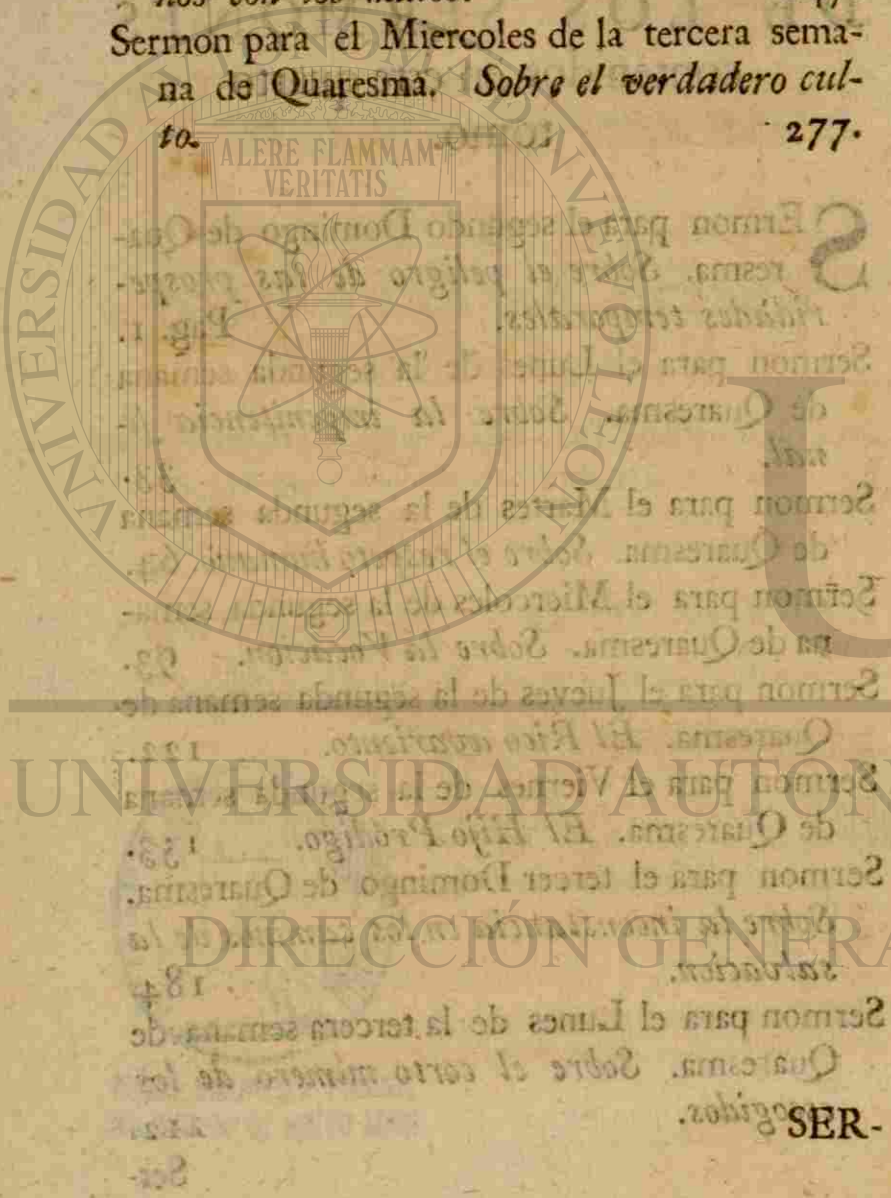
tomo.

- S Ermon para el segundo Domingo de Quaresma. *Sobre el peligro de las prosperidades temporales.* Pag. 1.
- Sermon para el Lunes de la segunda semana de Quaresma. *Sobre la impenitencia final.* 33.
- Sermon para el Martes de la segunda semana de Quaresma. *Sobre el respeto humano.* 64.
- Sermon para el Miercoles de la segunda semana de Quaresma. *Sobre la Vocacion.* 93.
- Sermon para el Jueves de la segunda semana de Quaresma. *El Rico avariento.* 122.
- Sermon para el Viernes de la segunda semana de Quaresma. *El Hijo Pródigo.* 153.
- Sermon para el tercer Domingo de Quaresma. *Sobre la inconstancia en los caminos de la salvacion.* 184.
- Sermon para el Lunes de la tercera semana de Quaresma. *Sobre el corto número de los escogidos.* 212.

Ser-

Sermon para el Martes de la tercera semana de Quaresma. *Sobre la confusion de los buenos con los malos.* 247.

Sermon para el Miercoles de la tercera semana de Quaresma. *Sobre el verdadero culto.* 277.



SERMON
PARA EL II. DOMINGO
DE QUARESMA.
SOBRE EL PELIGRO
DE LAS PROSPERIDADES
temporales.

Respondens Petrus, dixit ad Jesum: Domine bonum est nos hic esse. Matth. 17.
v. 4.

POR qué advertirá el Evangelio que no sabía Pedro lo que decía quando exhortaba á su Divino Maestro á que fixase su mansion en el Tabór? Para enseñarnos que es no conocer al Christianismo, el querer gozar de reposo y tranquilidad antes
Tomo IV. A de

Sermon para el Martes de la tercera semana de Quaresma. *Sobre la confusion de los buenos con los malos.* 247.

Sermon para el Miercoles de la tercera semana de Quaresma. *Sobre el verdadero culto.* 277.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN
SER-



SERMON
PARA EL II. DOMINGO
DE QUARESMA.
SOBRE EL PELIGRO
DE LAS PROSPERIDADES
temporales.

Respondens Petrus, dixit ad Jesum: Domine bonum est nos hic esse. Matth. 17. v. 4.

POR qué advertirá el Evangelio que no sabía Pedro lo que decía quando exhortaba á su Divino Maestro á que fixase su mansion en el Tabor? Para enseñarnos que es no conocer al Christianismo, el querer gozar de reposo y tranquilidad antes
Tomo IV. A de

de los trabajos y sufrimientos. Fue preciso que Christo padeciese, para que de este modo entrase en su gloria. Este fue el camino de la cabeza, y el mismo debe ser el de los miembros. Es preciso que los Christianos padezcan acá en la tierra, si quieren participar algun dia de la gloria del Señor; no podemos entrar en la morada de las delicias que nos están prometidas, sino por la puerta de los trabajos.

Por eso parece que solamente tiene anathemas la religion para los que reciben su consuelo en esta vida. En todas partes llama la Escritura desgraciados á los que rien y están hartos; solamente ofrece las consoladoras promesas á los que padecen acá en la tierra; asegura que este mundo está entregado á los impíos, como su posesion y herencia; que la recompensa de los Santos en la tierra son las lágrimas y las afficciones. Finalmente, que su reyno no es de este mundo.

No quiero decir con esto que no sea posible la salvacion en todos los estados, ó que la religion condene las distinciones del nacimiento, de la fortuna, del estado y de la autoridad, establecidas por el mismo Dios, y tan necesarias para la subordinacion de los pueblos, y tranquilidad de los Imperios. Los Reyes fueron llamados al establo de Bethlem del mismo modo que los Pastores. La Iglesia tuvo en sus principios fieles en la casa del Cesar: *Qui de Caesaris domo sunt*, (a) como en la tienda de Simon el Curtidor. En todos tiempos ha habido en la Corte almas escogidas como en los Claustros; y aun hoy vemos el trono, mas respetable por la piedad, que por el poder y magestad del Soberano que le ocupa. Los favores temporales tambien son obra del Criador, y en el orden de la sabiduria deben servir de medios para la salvacion, y no de instrumentos de perdicion y de vicio.

Con

(a) *Philip. 4. v. 22.*

Con todo eso, la corrupcion los ha sacado de su uso natural, ha hecho que los dones de Dios sirvan á la injusticia; y así como la Serpiente dexa un peligroso veneno en las frutas que muerde, el primer pecador usando de los bienes de la tierra contra el orden de Dios, los inficionó, é hizo de ellos, por decirlo así, un mortal veneno para toda su posteridad; y así los peligros de la abundancia no son efecto de la institucion de la naturaleza, sino del desorden del pecado; el hombre nació para ser feliz, y la tierra solamente recibió su fecundidad para servir á sus inocentes delicias; pero el hombre abusó de los beneficios de Dios; desde entonces como que se le prohibieron todos los placeres en la tierra, porque la alegría solamente conviene á la inocencia; y por otra parte, la es mas facil á la voluntad abstenerse, que el usar de ellos sin exceso; y así como todo es puro para los que están puros, del mismo modo todo está corrompido para el que lo estaba ya con su transgresion.

Este es el fundamento de las severas máximas de Jesu-Christo contra los que son felices en el mundo; ¿pero qual puede ser mi intento en proponeros el peligro de este estado? Sin duda debiera ser el consolar á los que la providencia dexa acá en este mundo en la necesidad y en la miseria; pero esta instruccion no sería aqui del caso, porque esta especie de infelices no habita en los Palacios de los Reyes, por lo que solamente se dirige á dar á conocer á los que se ven apartados de las gracias, á los que se tienen por infelices, á los que continuamente se quejan de la injusticia de sus Gefes, y miran con un amargo dolor la elevacion y felicidad de sus competidores, especie de mal contentos que nunca faltan en las Cortes, para hacerlos ver, vuelvo á decir, que no conocen el don de Dios, y las especiales muestras de misericordia que les dá su bondad; y enseñar á los que todo les sale bien, y parece que

6 SERMON PARA EL II. DOMINGO

en donde estamos tan bien hallados, el gemir como el Profeta por lo largo de nuestra peregrinacion, quando no experimentamos en ella trabajos ni amarguras, y caminar sin cesar hácia la patria, quando en el camino hallamos tantos atractivos que nos detienen. Aquel necio del Evangelio, viendose con riquezas para muchos años, convidaba á su alma á que descansase: *Anima mea requiesce*: (a) Descansa alma mía; esta es la primera impresion que hizo en su corazon la prosperidad; le aficionó á la tierra, y le hizo que buscasse un injusto sosiego en las criaturas.

Pero si me preguntais en qué consiste el delito de esta disposicion, pues en la Corte, mas que en alguna otra parte, en donde solo se conoce la superficie de la religion, no parecen estas verdades mas que unas inutiles especulaciones, si me lo preguntais, vuelvo á decir, que como dice San Agustin, si vuestros deseos fueran la regla de vuestra felicidad, estariais contentos con ser inmortales en la tierra, tendriais por una especial gracia el privilegio de poder vivir eternamente apartados de Dios, usando de los bienes y deleites de los sentidos; es decir, que si el mundo pudiera ser vuestro Dios, vuestra recompensa, y vuestra eterna morada, nunca buscariais otra: que si se os permitiera escoger entre la tierra y el cielo, entre el siglo futuro y el presente, entre Dios y la criatura, presto hariais la eleccion, y prefeririais lo visible á lo que solamente veis con los ojos de la fé: en una palabra, que no sois Christianos, porque el Christiano es hijo de las promesas, hombre del futuro siglo, Ciudadano del cielo, una porcion de Jesu Christo, que espera continuamente su reunion con aquel

(a) *Luc. 12. v. 19.*

DE QUARESMA.

7

aquel cuerpo mystico que de dia en dia se va formando y perfeccionando, y solo conseguirá su eterna perfeccion y plenitud en la eternidad; y no solamente se limitan á la tierra vuestros deseos, sino que la esperanza de los justos, y el Reyno de Jesu Christo os parece el pensamiento mas funesto y triste.

Bien sé que esta injusta disposicion está en lo íntimo del alma, y que ni aun nosotros mismos la conocemos. Con todo eso ella es la que forma todos nuestros deseos, la que regula todos nuestros pasos, la que decide de todas nuestras inclinaciones; es el principal mobil de todo el cuerpo de nuestras obras exteriores; ella establece en medio de nuestro corazon un estado de culpa, y de aquel genero de culpas que no siendo conocidas por señal alguna sensible y particular, y consistiendo solamente en un desorden habitual de nuestro amor propio, nunca son conocidas ni expiadas, y por consiguiente nunca se perdonan: de aquellas culpas, que no siendo, por decirlo así, otra cosa mas que nuestra propia voluntad, son la raíz de todas las demás, sin que ellas lo parezcan: de aquellas culpas, finalmente, compatibles con la probidad, con la regularidad de las costumbres, con el exercicio de ciertas obligaciones de la religion, y aun con la delicadeza de conciencia; en una palabra, con todo lo que nos puede hacer parecer justos á la vista del mundo, al mismo tiempo que estamos condenados en la presencia de Dios.

Y no me respondais que estas son puras sutilezas, y que habiendo nacido con nosotros el amor á la comodidad, si hay algun delito, será en abusar de ella, pero no en amarla. Es acaso pura sutileza el deciros que nacisteis para el cielo; que la tierra es para vosotros una mansion estraña, y un lugar de maldicion, del que continuamente deben estar deseando salir los hijos de Dios; y que el que no siente la tristeza de vivir distante de su Patria, pierde el derecho y el privilegio de

de Conciudadano de los Santos? ¿Es pura sutileza el decirnos que el hacer del mundo una ciudad permanente, es vivir como los Paganos que no tienen esperanza? ¿Que el vivir solamente pensando en una fortuna perecedera, es haber renunciado á la fé, y que el tener la salvacion y la eternidad por el negocio menos importante de todos aquellos en que os ocupais, es estar ya juzgados? Si estas son sutilezas, el Evangelio, aquella Filosofia tan prudente, tan sencilla, tan admiranda aun de los mismos Paganos, no sería mas que un vano sistema de un entendimiento ocioso, y al mundo reprobado pertenecería instruirnos en un idioma mas prudente, y darnos reglas mas sólidas para anunciar los caminos de la salvacion.

Esta es la primera impresion que hace la prosperidad en los corazones; una impresion de apego á la tierra. La segunda es el amor desordenado á nosotros mismos. La fé nos enseña que somos aborrecibles, porque no hay cosa alguna amable sino el buen orden, y nosotros hemos salido de él; no hay cosa ninguna amable sino la verdad y la justicia, y nosotros nos hemos apartado de ellas; no hay cosa alguna amable sino la obra de Dios, y nosotros somos obra del pecado; debemos, pues, aborrecernos á nosotros mismos, porque sino seremos injustos, y haremos contradiccion á los mas claros testimonios de nuestra conciencia. Porque en la realidad, por mas que nos desvanzcamos con los respetos que nos tributan, bien conocemos que no somos dignos de ser amados. ¡Ah! Hay tantos instantes en que somos molestos á nosotros mismos, en que todo lo que hay en nosotros nos enfada, en que apenas nos podemos sufrir, y así necesitamos de diversiones y entretenimientos que nos aparten de la vista interior que nos humilla con nuestros propios defectos, y nos impide el que nos consideremos á nosotros mismos. El mundo llama molestia á este estado, pero esta molestia

es

es el hombre manifestado á sí mismo, que no puede sufrir ni un solo instante la vista de su propia miseria. Señal infalible de que somos aborrecibles, y que el amarse á sí mismo es un desorden: quiero decir, amarse siendo pecador, y viviendo en la corrupcion de la naturaleza.

Pero toda vuestra vida, ¡ó vosotros á quienes se dirige este discurso! toda vuestra vida no es mas que un continuo querer agradaros á vosotros mismos; por eso todo lo que os dá gusto, lo que os lisonjea, lo que puede alimentar la vida de los sentidos, os parece cosa tan necesaria que no podeis vivir sin ella; por eso no haceis caso de las santas leyes de la Iglesia, siempre que hallais el menor trabajo en su observancia; por eso os mirais como centro de todas las criaturas que os rodean; parece que todo se hizo para vosotros, que todo vive para vosotros, que todo subsiste para vosotros, y que todo lo que no dice relacion á vosotros es nada; que debe transformarse el mundo entero, ó por facilitaros un gusto, ó por escusaros el mas ligero pesar; por eso todos los que están cerca de vosotros no cuidan mas que de acomodarse con vuestros deseos, seguir vuestras ideas, y conformarse con vuestro amor propio; estudian vuestros gustos, adivinan vuestras inclinaciones, solamente se introducen en vuestra gracia por medio de vuestras flaquezas; nadie os contradice, vuestras inclinaciones deciden siempre de quanto os pertenece, y aun todos previenen vuestros deseos: no sé si me acusaréis aun de sutileza, lo que sí sé es que si hay para vosotros alguna divinidad, no puede ser otra mas que vosotros mismos. Por que os pregunto; ¿qué mas hicieron por Dios los mayores Santos, que lo que hacéis vosotros por vosotros mismos? Dios era el único objeto y el único fin de todas sus acciones; ¿no lo sois tambien vosotros mismos de las vuestras? Ellos vivían solamente para Dios; ¿para quién vivís vosotros mas que para vosotros mismos? Ellos despreciaban todo lo que no se ordenaba á su magestad;

10 SERMON PARA EL II. DOMINGO

¿y qué caso haceis vosotros de todo lo que no se ordena á vosotros mismos? Pasad mas adelante con la comparacion, y vereis que mas os mirais vosotros como vuestro ídolo y vuestra divinidad, que miran los que aman é invocan al Señor como á su Dios. ¿Es posible, Católicos, que hayamos de tener horror á los grandes delitos, y que no hayamos de hacer caso de vivir sin culto, sin amor de Dios, de no contar para nada en toda nuestra vida con su Divina Magestad; esto es, que hemos de vivir como si solamente hubieramos venido al mundo para nosotros solos, y como si debieramos limitar nuestros afectos, nuestros temores, nuestros deseos, y nuestras esperanzas á nosotros mismos?

La tercera impresion que hace la prosperidad en el corazon es la soberbia; no hablo de aquella soberbia bárbara y declarada, que hacía decir á un Principe de Babylonia: Me ensalzaré, pondré mi trono sobre las nubes, y seré semejante al Altísimo; hablo de otros pensamientos mas proporcionados al corazon del hombre, y casi inseparables de la grandeza. Bien sé que hay algunas personas que, ó por la buena educacion que han tenido, ó por haberlas dotado la naturaleza de un genio suave y docil, ó finalmente, por querer con una refinada soberbia parecer mas de lo que son, saben despojarse de todo el fausto, hacerse tratables, y allanar con su humanidad todos los caminos á los que tienen que tratar con ellos: Pero no fundo yo el peligro de la prosperidad en la arrogancia, lo ridiculo de este vicio casi basta por sí solo para corregirle.

Le fundo en cierto dictamen de propia excelencia, que acostumbra al alma á que se mire como elevada por sus propios dones sobre todas aquellas personas á quienes la hace superior su clase ó su prosperidad. Lo fundo en un oculto error de vanidad, que hace que confundamos nuestra fortuna con nosotros mismos; que con-

DE QUARESMA.

11

temos el nacimiento, la grandeza, los titulos, las dignidades y las riquezas en la idea que formamos de lo que somos, y que de todas estas utilidades que nos son extrinsecas, y que por consiguiente no pertenecen á nuestro sér, nos formemos una grandeza imaginaria, que tenemos por intrínseca á nuestras personas; finalmente, en un error que nos persuade que somos á los ojos de Dios, y en el orden de su providencia, criaturas privilegiadas, y tan distinguidas como entre los hombres, y como en el orden exterior de la sociedad. Su prosperidad, dice el Profeta, los exime de los trabajos y de las miserias comunes á los demás hombres, y por eso se apodera de su corazon una secreta soberbia: *In labore hominum non sunt..... ideo tenuit eos superbia.* (a) Por eso el primer consejo que el Apostol encarga á Timoteo dé á los Grandes del mundo es el que no se ensoberbezcan: *Non sublimè sapere.* (b)

Por otra parte; en lo exterior todo confirma á los Grandes en esta peligrosa idea. Sus vicios son aplaudidos, se oculta lo corto de sus talentos con el artificio de las alabanzas, se justifica su soberbia con los magnificos nombres de grandeza de ánimo, y elevacion de pensamientos: en ellos se estudian todas sus acciones, y todo se dirige á persuadirlos que están hechos de distinta masa que los demás hombres. Aun nosotros mismos que somos Ministros de la verdad, que debe estar en nuestros labios como en un sagrado deposito, damos á las mas leves virtudes de los Grandes unos elogios que desaprueba la religion, y con pretexto de animar los débiles principios de su piedad, los corrompemos en su nacimiento; tal es la desgracia de los Grandes, todo se dirige, ó á disfrazarlos sus vicios, ó á hacerlos perder el merito de sus virtudes.

Pero aun quando pudieran defenderse de la injusticia,

(a) *Psalm. 72. v. 5. 6.* (b) *1. Timot. 6. v. 17.*

cia y torpeza de estas alabanzas, siempre se forma de estos emponzoñados discursos un genero de idea de propia estimacion, que nunca se borra, y corrompe el corazon para siempre. Herodes, entre las aclamaciones de un pueblo bárbaro, no podia tenerse por un Dios baxado á la tierra para hablar á los hombres; esta alabanza era demasiado necia para ser creida; pero con todo eso oye con gusto unos aplausos que parece le tributan honores divinos, y que le trataban de Dios, y de inmortal; su corazon se dexa arrastrar de ellos, y aunque no ofusquen su entendimiento, con todo eso no desprecia como blasfemia los titulos y elogios que solamente son debidos al Rey inmortal de los siglos; y los gusanos que al mismo tiempo le consumen, nos dán bien á entender qual fue el exceso de su impia vanidad, pues mereció ser castigado con tan cruel suplicio.

Estos son los primeros peligros de la prosperidad, sacados de las impresiones que hace en el corazon para corromperle. Pero me parece que no son menos de temer las facilidades que ofrece á las pasiones quando el corazon está ya corrompido. Continúad con vuestra atencion.

Porque primeramente, del apego á las cosas de la tierra nacen como de una funesta raíz aquellos infinitos é insaciabiles deseos de que habla San Pablo, que matan al alma; esto es, mirais la tierra como á vuestra patria, no pensais mas que en engrandeceros en ella, y ocupar en ella algun gran puesto, y quisierais vosotros solos poseerla toda entera; añadís, dice un Profeta, la heredad de vuestros vecinos á la de vuestros padres; pasais los límites que la moderacion de vuestros mayores habia puesto con tanta prudencia á vuestras riquezas, y á vuestra fortuna; llamais las tierras con vuestros propios nombres, y parece que apenas puede bastar todo el Universo á la extension de vuestros proyectos; obli-

gais muchas veces á un Naboth á que os ceda su heredad, y la inocente sucesion de sus padres; juzgais que todo lo que os acomoda os pertenece; formais derechos incontrastables, de los que son muy dudosos; y obligais á la equidad á que ceda al poder; siempre juzgais que os convienen las dignidades que os permite adquirir vuestra opulencia; no examinais si lo corto de vuestros talentos os hace incapaces de ellas, ni si tendrá que padecer el público, sino solamente si con ellas asegurais á vuestros hijos una fortuna mas durable; la suerte de estos no la decide la vocacion del cielo, sino vuestros intereses temporales; la Iglesia se ve precisada á recibir de manos de vuestra codicia unos sacrificios que aborrece; trasplantais al campo del Señor todo lo que ocupa inutilmente la tierra en el vuestro; por no dividir vuestros bienes, y por mantener el vano honor de vuestro nombre despedazais y afrentais la heredad de Jesu-Christo; colocais en el Santuario unos vasos de desprecio y de ignominia, y aun algunas veces comprais el don de Dios; y como aquella madre de Michas, de quien se habla en la Escritura santa, empleais vuestras riquezas en levantar para vuestro hijo en vuestra misma casa un nuevo Sacerdocio, y un nuevo templo; acaso en una fortuna mas regular y moderada hubierais conservado mas inocencia. No os parezca que hablo aqui de aquella opulencia que se mantiene con la sangre de los pueblos, de aquellos hombres nuevos á quienes vemos manifestar sin vergüenza en la magnificencia de sus Palacios los despojos de las Ciudades y Provincias: la reforma de estos abusos no pertenece á nuestros Sermones, sino á la severidad de las leyes, y á la justa indignacion de la autoridad pública; vosotros mismos, Católicos, vosotros que me estais escuchando, sois los que regularmente os burlais y censurais este modo de proceder; no podeis sufrir con paciencia que unos hombres levantados, por decirlo así, del polvo de la tierra,

se atrevan á competir con vosotros en fausto y magnificencia; á adornar su obscuro y baxo nacimiento con vuestros magníficos nombres: y aun á insultar con necias profusiones la pública miseria, de la que ellos mismos han sido bárbaros artifices: vosotros mismos conocéis todo el horror de una prosperidad nacida de la injusticia, y no conocéis los peligros de la del nacimiento. Yo no hallo mas diferencia, sino que la una empieza por el pecado, y la otra siempre acaba en él; los unos gozan de unos bienes injustamente adquiridos, y los otros abusan de una prosperidad legítima.

En segundo lugar; del amor á nuestro propio cuerpo, que es la segunda impresion que hace en los corazones la prosperidad, nacen todas aquellas ignominiosas pasiones que deshonoran en nosotros el templo de Dios. ¿Quién ignora que la prosperidad proporciona mil caminos á este vergonzoso vicio? Quiero pasar ahora en silencio que solo el regalo, inseparable de la abundancia, es un camino casi infalible para la libertad de las costumbres; y que una vida ociosa, la que es muy regular en la opulencia, está muy cerca de la disolucion. ¡Ah! ¿Dónde nacen los monstruos, y las execrables pasiones, sino en los Palacios de los Grandes? En ellos no agradan los vicios comunes, y para avivar á estas almas sensuales es preciso que unos excesos extraordinarios, y una enorme singularidad de culpas dé á la iniquidad nuevos encantos. Leed las Divinas Escrituras, y hallareis que de esto provino la caída de David, los necios desordenes de Salomón, el exorbitante luxo de Baltasar, y el escándalo de la Corte de Herodes.

Tampoco quiero deciros que muchas veces debe el alma su inocencia á la dificultad de la transgresion; que no suelen gustar los placeres que cuestan demasiado; que los obstáculos que hallamos para nuestros deseos en una mediana fortuna, hacen muchas veces que una alma fiel tome una resolucion generosa, y se sujete á la obligacion

cion con lazos mas santos y durables. Pero en los Grandes sus deseos son la única regla de sus pasiones; su voluntad no tiene mas freno que á sí misma; los deleytes no les cuestan mas trabajo que el desearlos: Apenas deseó David beber de la agua de la cisterna de Bethlem, quando tres juvenes Hebreos, venciendo las dificultades que se oponian al deseo del Monarca, atraviesan por medio del ejército enemigo, y entre mil peligros consiguen poner á sus pies una agua, que era el precio de su sangre, y el peligro de su vida; todo es fácil para las pasiones de los Grandes. ¡Ah! si la culpa, aun entre contradicciones y trabajos siempre agrada conseguida, ¿qué encantos no tendrá quando son fáciles todos los caminos para lograrla, y quando le cuesta dificultad al corazon el privarse de ella?

Finalmente, quiero tambien omitir que una virtud comun, y aun algunas veces sola la pereza, bastan para apartarnos de buscar las ocasiones del desorden, pero que ni aun la virtud de los Santos basta para defendernos contra las ocasiones, quando ellas nos buscan. Los Grandes y felices de la tierra se hallan entre estas ocasiones á cada paso: su vista encuentra escollos en todas partes; todos los objetos procuran agradarlos; todos se dirigen á corromper su corazon; todos se precian de haberlo conseguido; la culpa se presenta á su vista, acompañada de todos los atractivos mas propios para hacerse amable, de todos los artificios que ha podido inventar la corrupcion, ó para precaver los disgustos, ó para divertir la inconstancia, ó para justificar la pasion; los consejeros de la iniquidad, los ministros del apetito, de los que siempre está cercada la prosperidad, procuran agradar á su Señor, lisonjeando sus pasiones; se hacen sus ímpios Apologistas, disfrazan su horror, ocultan su vergüenza y su vileza, y avivan el deseo. Apenas se dexó ver Sara en los Reynos de Faraon y de Abimelech, quando los Cortesanos, conociendo la vergon-

zosa fragilidad de sus Principes; empiezan á ponderar-los su hermosura, inflaman su pasión, y los inspiran injustos deseos. En un estado tan peligroso; oh Dios mio! caerian aun los justos; ¿pues cómo será posible que se defiendan un alma corrompida ya con la prosperidad?

Finalmente, de la soberbia, qué es la última impresión que hace en nuestros corazones la prosperidad; nacen los deseos ambiciosos, las emulaciones, las perfidias, los rencores, las venganzas, y todas las pasiones que ella favorece: *La soberbia de los que os aborrecen, ó Dios mio*, dice el Profeta, *siempre va creciendo*: (a) las riquezas, los empleos, el nacimiento, son una especie de ley que nos manda ser ambiciosos; nos avergonzariamos de lo distinguido de nuestro nacimiento si no pensáramos en ser mas; el saber contenerse dentro de los límites de su propio estado, y tenerse por feliz en él, es una Filosofía que deshonra, y á la que trata el mundo de pusilanimidad ó de singularidad ridicula. Luego que veais que la ambicion se ha apoderado de un corazón hasta cierto punto, no hay cosa, por injusta é indigna que sea, que no debais esperar de él; arruinará á sus competidores, se levantará sobre las ruinas de la religion y de la conciencia, será traidor, disimulado, pérfido, y todo menos Christiano. Se alegrará de las desgracias de su proximo, quando éstas sirvan á sus adelantamientos; le pesará de su elevacion, quando le sirva de estorvo: aborrecerá todo lo que se oponga á sus pretensiones; se conformará con las pasiones de aquellos á quienes tiene interés en agradar; desacreditará hasta la virtud y el mérito que le sirva de obstáculo: Sacrificará el interés público á sus intereses particulares; y de su fortuna hará su religion y su Dios. Estos son los primeros peligros de la prosperidad; inspira las pasio-

(a) *Psalm. 73. v. 13.*

nes al mismo tiempo que corrompe el corazón, y las favorece quando ya le ha corrompido.

¿Pero qué fruto debemos sacar de estas importantes verdades? ¿Deberemos acaso renunciar los bienes y los títulos que hemos heredado de nuestros mayores, y salir del estado en que nos colocó la providencia? No, Católicos: Pero primeramente, nos debemos decir á nosotros mismos, que aunque poseamos todo lo que puede servir de felicidad á los sentidos, no por eso nos es lícito el satisfacerlos; que el grado de nuestra inocencia, y no el de nuestra fortuna, es el que ha de decidir del derecho que tenemos, aun á los mas lícitos placeres; que el pecador, por mas elevado que se halle, no tiene mas patrimonio que las lágrimas y las mortificaciones; que sus delitos la han hecho inútiles casi todas las comodidades de su abundancia; y que su elevacion, en vez de mitigarle su penitencia, le sirve de nueva dificultad para ella.

En segundo lugar, debemos conocer que todo lo que nos ensalza á la vista de los hombres nada añade á lo que en realidad somos en la presencia de Dios; que á su vista no tendremos mas títulos que nuestras virtudes, y que quedando sepultado con nosotros en el sepulcro todo el fausto, y todas las dignidades que nos rodean, quedaremos aturdidos al vernos solos en su terrible tribunal.

Finalmente, debemos mirar los reynos del mundo y toda su gloria como un espectáculo que solamente nos presenta el tentador desde lejos: *Ostendit ei omnia Regna mundi, & gloriam eorum.* (a) Este es un aspecto falso: Solamente con esta distancia puede engañar á los sentidos y á la razon este vano conjunto de gloria y de grandeza; pero apenas le tocáis quando cesa el encanto, muda de cara el objeto, y nada hallais en él

(a) *Matth. 5. v. 8.*
Tomo IV.

él de quanto os habia prometido el error de la imaginacion. Entre todas las fortunas y grandezas que nos figuramos en la tierra, solamente el deseo y la esperanza son los que nos lisongean y embriagan. El esperar es cosa muy agradable, y el único deleyte que el hombre puede prometerse en este mundo. Quando se han cumplido ya todos vuestros deseos, y no teneis mas á que aspirar, quedais infelices, ó vienen á divertiros ó engañaros otros nuevos deseos y esperanzas; es preciso que nos sostenga el error de lo futuro, porque en nada estimamos lo presente, sea lo que fuere: Por eso el tentador siempre nos dexa algo que desear; *Hæc omnia tibi dabo*: Y este es todo su artificio; siempre nos muestra desde lejos los objetos que irritan nuestras pasiones; sabe muy bien que el único secreto para engañar á los hombres, no es el contentar sus deseos, sino el inspirarselos; y por eso, Católicos, debierais vosotros estar mas desengañados del mundo, que los que nacen en una mediana fortuna. Quanto menos felices sois en vuestra elevacion, mas debéis conocer el vacío de todo lo que inquieta y mueve á otros hombres. Como vosotros gozais de todo lo que los demás hombres desean, le quedan menos arbitrios al tentador para engañaros, y debierais tener por privilegio de la grandeza y de la prosperidad el que estas os dan á conocer, que el mundo entero es nada para el hombre; que toda la gloria de la tierra, aunque pueda embriagar al corazon por un instante, nunca puede llenarle; que nosotros hemos nacido para el cielo; que los verdaderos placeres del hombre en la tierra consisten en la inocencia, y no en la elevacion; que si nos compadecemos interiormente del error de aquellos, que siendo de nacimiento inferior al nuestro (nos tienen por felices, debemos tambien llorar nuestra propia ceguera, en creer que podemos hallar una felicidad mas sólida en una clase superior á la nuestra: De este modo se engañan

todos los hombres, porque no conocen los disgustos del estado en que se hallan; y para desengañarlos bastaría el que se manifestasen el corazon unos á otros.

Por eso, ¡ó Dios mio! habeis querido que los peligros de cada estado puedan servir de medios de salvacion al alma fiel en qualquiera de ellos que se halle; y para que ningun hombre pueda tener excusa habeis permitido que vuestros siervos se santifiquen en medio de los mismos escollos en que han visto perecer tantas almas mundanas. Estas son las ideas de la fé en orden á las prosperidades temporales. Ya habeis visto cómo estas sirven de ocasion al pecado; ahora es preciso manifestaros cómo tambien son obstáculos para la penitencia.

SEGUNDA PARTE.

UN estado en que las gracias especiales son mas raras, en que la concupiscencia pone en el corazon mil obstáculos á las santas inspiraciones, en que aun las dificultades exteriores para la salvacion son de tal naturaleza, que regularmente no se pueden vencer sino con iguales auxilios de la gracia; un estado como este es sin duda un grande obstáculo para la penitencia. Pues estas son las tres razones en que fundo mi segunda proposicion acerca del peligro de las prosperidades temporales. Estadme atentos.

Dixe primeramente, que las prosperidades temporales sirven de grande obstáculo á la conversion, porque en este estado son mas raras las gracias especiales: Registrad las Escrituras santas, y hallareis repetida en ellas muchas veces esta terrible verdad. En todas partes se lee que el Señor solamente gusta de conversar con los pequeños y sencillos; que mira des-

de lejos á los que su nacimiento ó su soberbia en-
salza sobre los demás: En todas partes se vé que-
brado el arco de los poderosos, y revestidos de for-
taleza los flacos: En todas partes se lee que dexa se-
car la yerba que crece sobre los techos, y que no
por estar mas elevada es mas favorecida de los ro-
cios de la gracia, quando al mismo tiempo adorna de
hermosura á las azacenas que nacen en los mas pro-
fundos valles y entre las espinas: Que rompe los Ce-
dros del Lybano, que parecen estar mas seguros, al
mismo tiempo que el arbol plantado á la orilla de las
aguas lleva fruto á su tiempo. En todas partes se vé
que no se cuentan muchos nobles y poderosos en
Jesu-Christo; esto es, entre sus discipulos: Esta ver-
dad de que hablo se halla establecida en las figuras
y maximas de los libros santos: No porque en Dios
haya acepcion de personas, como ya he dicho: la gra-
cia de Jesu-Christo abraza todos los estados; el Señor
nunca falta á sus criaturas, y sin contar los augustos
exemplos que tenemos presentes, un David, un Eze-
quias, una Esthér, una Judith y un San Luis prue-
ban que en el estado de elevacion podemos ser aun
mas ricos en dones de la gracia que en bienes de la
fortuna.

Pero primeramente, el orden de la providencia
parece pide que haya una especie de compensacion
en esta desigualdad de fortunas y de condiciones que
se halla entre los hombres, y que en la confusion que
hay en la tierra, en donde casi siempre se halla en-
salzado el pecador, al mismo tiempo que el justo gi-
me oprimido en la obscuridad y abatimiento, pueda
descubrir en ella la fé un orden secreto y un modo
de igualdad, que justifique en el espíritu del fiel la
providencia de Dios, y la sabiduria de sus consejos
en la dispensacion de las cosas humanas. El terri-
ble

ble secreto de esta divina compensacion consiste, en que
las riquezas de la gracia son como herencia y patri-
monio del pobre y del afligido, al mismo tiempo
que el hombre feliz goza de los favores de la tierra
como recompensa y patrimonio propio suyo; quiero
decir, que la inocencia, el pudor, la rectitud, la
sencillez y el temor del Señor están reservados para
las almas obscuras, asi como los títulos, las dignida-
des y las grandezas humanas están entregadas á los
poderosos y felices del mundo. Por eso todo se ha-
lla en el Universo dispuesto con una economía, dig-
na del Autor de la naturaleza y de la gracia; por eso
la abundancia de unos está destinada para suplir á la
necesidad de otros: El rico debe hacer al pobre par-
ticipar de sus bienes, y el pobre debe socorrer al rico
con sus bendiciones espirituales, y ofrecer por él el sa-
crificio de sus oraciones y trabajos.

Y asi, Católicos, todos los dias vemos unas al-
mas sencillas, nacidas en el estado mas vil y despre-
ciable, favorecidas de los mas extraordinarios dones;
de una inocencia sin igual, de una fé incontrastable,
de una conciencia tan delicada, que se ofende solamen-
te de la apariencia del pecado, de una oracion tan
elevada, que admira á aquellos á quienes confian con
sencillez las operaciones de la gracia en su alma, al
mismo tiempo que los que habitan en los Palacios de
los Reyes apenas conocen las primeras verdades de la
religion; al mismo tiempo que vemos todos los dias
á algunas personas de cierta clase, que llegan á en-
vejecerse sin pensamiento alguno de fé ni de devocion,
que conservan en la edad decrepita el mismo gusto al
mundo, la misma embriaguez por la Corte, por el
favor, por los placeres, el mismo pesar por el mas
leve desayre del Soberano, que en la edad mas viva
y floreciente, y que aunque hagan algunos esfuerzos
pa-

para entablar una vida mas Christiana, hallan siempre en ella mucho disgusto y repugnancia, y se les hace insufrible é insipido todo lo que se ordena á su salvacion.

Esta ha sido en todos tiempos la conducta de la gracia; los grandes dones siempre han estado reservados para las personas mas viles, segun la carne; los poderosos del mundo no son tan á proposito para los designios de Dios, y si alguna vez se sirve de ellos su sabiduría, es valiendose de sus pasiones, ó para castigar la soberbia de los pecadores, ó para exercitar la fé de los justos.

En segundo lugar; en la prosperidad no son tan abundantes las gracias, porque, como dice San Agustin, los favores temporales son recompensa que la Justicia Divina concede regularmente á algunas virtudes naturales de los pecadores, para tener mas derecho de excluirlos para siempre de las promesas de la gracia. Acaso por razon de un buen natural sois sincero, afable, fiel en vuestras palabras, equitativo en vuestros juicios, amigo fiel, Principe generoso, enemigo de la violencia, y de la injusticia; estas virtudes, destituidas absolutamente de caridad, obra de la naturaleza, é inutiles para la eternidad, son utiles para el mundo presente; con ellas se mantiene la paz de los estados, la tranquilidad de las familias, la buena fé de los comercios, y el orden de la sociedad: Dios, pues, halla en el mundo con que recompensar unas virtudes puramente mundanas; proporciona favores temporales á unos justos temporales, por decirlo asi; porque este Juez equitativo ninguna virtud dexa sin recompensa, como tampoco ningun delito sin castigo. Pero estas recompensas son terribles á los ojos de la fé; son como unas exclusiones de aquella gracia que forma los Santos, y unos favores que dispensa Dios en su indignacion.

Bien

Bien sé que esta regla no es universal, y que el justo vé algunas veces *la paz en su virtud, y la abundancia en su casa.* (a) Pero estas excepciones son muy raras, y á nadie deben asegurar; y particularmente vosotros, si no os valeis de la prosperidad, mas que para hacerla servir á la felicidad de vuestros sentidos, y vivir en la torpeza y en el olvido de Dios, teneis gran motivo para temer, y deciros continuamente á vosotros mismos: Acaso estoy recibiendo mi recompensa en este mundo: Yo no siento dentro de mí mismo deseo alguno vivo de salvacion, ni impresion alguna de la gracia que me guie á una sólida penitencia: Entre todos los negocios el de la eternidad es el que menos me mueve, y me interesa. Yo hallo en mí inclinaciones á mis amigos, al favor, á la fortuna, al adelantamiento y elevacion de mi casa, al servicio del Principe, y á la gloria de la Nacion; pero no hallo deseo alguno de mi eterna salud, y el corazon nunca me habla en orden á las obligaciones de la Religion, y al servicio del Rey de los Reyes de la tierra. ¡O gran Dios! ¿Es posible que me habeis de haber abandonado interiormente, quando en el exterior me estais llenando de favores? ¡Ah! Castigadme en la tierra, y reservadme vuestros dones para una vida mas permanente: Si el estado en que me colocó mi nacimiento sirve de obstáculo á mi salvacion, degradadme de él, ¡ó Dios mio! y haced que vuelva á caer en el polvo de que salí; el estado que mas me acerque á Vos será siempre para mí el mas amable, y preferiré al trono mismo el muladar en que Job estaba sentado, si esto fuese necesario para agradaros: Estas son, Católicos, las disposiciones que deben hallarse en vosotros.

Fi-

(a) Psalm. 121. v. 7.

Finalmente, en el estado de prosperidad no son tan abundantes las gracias, porque muchas veces no es este estado el que Dios nos habia preparado en su misericordia, y solamente permite que seamos colocados en él para conformarse con nuestros depravados deseos; y en vez de pedirle su gracia que debilita nuestras pasiones, y los dones eternos, nunca le ha dirigido nuestro corazon súplicas y deseos, sino para la tierra, y para los bienes y gloria que estima el mundo.

Registrando el Señor nuestros corazones, é indignado de no hallar en ellos cosa alguna digna de su Magestad, se ha acomodado á nuestros deseos, y nos ha castigado con favorecerlos, como dice San Agustín: Ha sido para nosotros un Dios terrible, quando se nos ha manifestado propicio; nos ha abierto los mas felices caminos para que consigamos nuestros intentos; ha apartado todos los obstáculos que podian oponerse á nuestros ambiciosos fines; ha juntado las circunstancias menos esperadas para conducirnos al termino de nuestros deseos: Nos ha llevado él mismo sobre sus alas, por decirlo así, á lo alto de la rueda, adonde hemos llegado con tanta rapidéz: No obstante, sus primeros designios para con vosotros eran el prepararos el camino de los disgustos y de las desgracias, como el mas seguro para vuestra salvacion, y el mas conveniente á la fragilidad de vuestro corazon, y á la naturaleza de vuestras inclinaciones: Le habeis obligado, si es lícito decirlo así, á que mude este orden: Se ha visto precisado á seguir vuestros proyectos, quando vosotros debierais haber seguido los suyos; pero como esa prosperidad no es obra suya, en castigo de ese desorden no toma parte en ella; os entrega á todos los peligros de un estado en que solo os ha puesto para castigar el ansia con que le deseais:

teis:

teis: os dexa en manos de vuestras pasiones, y en los caminos que ellas mismas se han fabricado: Sois á su vista como aquel hijo prodigo; le habeis obligado á que os entregue unos bienes que no os habia destinado su sabiduria; y despues os dexa andar entregados á vuestros desordenados deseos, sin exercitar con vosotros los cuidados y amor de padre: Si vuestra elevacion fuera obra suya, los escollos que nunca pueden faltar se mudarian para vosotros en medios de salvacion; pero siendo obra de vuestras pasiones, los mismos medios de salvacion, que en ella pueden hallarse, se os convertirán en escollos

Es cierto, pues, que la prosperidad es un obstáculo para la penitencia, porque en este estado son mas raras las gracias con que se forma el arrepentimiento; pero además de esto, digo en segundo lugar, que la prosperidad es obstáculo para la penitencia, porque pone en el corazon infinitas oposiciones á las gracias de conversion, que pudiera Dios conceder á los grandes y felices de la tierra: segunda razon, y los motivos en que la fundo son los siguientes.

Primeramente, pudiera deciros que uno de los medios mas eficaces de que Dios se vale para atraer á sí un pecador, es la instruccion y el zelo de los Ministros de la penitencia, que le hablan en el sagrado tribunal con toda la sinceridad que Dios les inspira; pero los Grandes del mundo no gustan de oírlos, ó por una oposicion natural á la verdad, ó porque el Ministro, por una cobardía indigna de la santidad y autoridad del Sacerdocio, no se atreve á decirsela; lo cierto es que los grandes y poderosos rara vez hallan hombres fieles á su ministerio, y en los que no se vea aprisionada la palabra de Dios, quando se trata de entrar en juicio con su conciencia; los Nathanes, y los Bautistas no son para todos los siglos. Solamente la presencia de los Grandes basta para acobardar la verdad en vuestras bo-

cas; tememos á los que devieramos instruir; respetamos sus pasiones como su clase y sus títulos; el Juez tiembla en la presencia del reo; el que ha de pronunciar la sentencia parece que él mismo la espera del culpado á quien debe condenar; y con tal que no alabemos sus delitos, casi nos alabamos de haber tenido valor para tolerarlos. Los Ministros, aun los mas rectos, están persuadidos á que en esto es necesario usar de condescendencia; se valen de arbitrios que ofenden la obligacion; acomodan la regla á las pasiones, en vez de juzgar las pasiones por la regla; ponen excepciones en donde no debieran poner mas que la ley: De este modo nunca se les manifiesta la verdad á los grandes sino baxo un velo de mitigaciones y respetos, y rara vez hacen penitencia, porque rara vez se les instruye: De esto se quejaba en otro tiempo Jeremias: *Prophetae tui viderunt tibi falsa, & stulta, nec aperiebant iniquitatem, ut te ad penitentiam provocarent.* (a)

Pero quiero conceder que los Grandes y Poderosos hallen Ministros que no hagan distincion de personas; segun la carne, porque aun hay Profetas en Israel; la gracia de la penitencia es una gracia de docilidad y de sumision; es preciso entregarse enteramente á la mano que nos guia, sujetar el genio á los consejos utiles, y saber caminar por sendas que no nos hayamos escogido nosotros mismos. Pero vosotros que estais acostumbrados á ver que todos los que andan al rededor de vosotros ceden á vuestros dictámenes, respetan vuestros errores, y aplauden hasta vuestras locuras, nunca podreis resolveros á dexaros gobernar por las impresiones de un director ilustrado; le quereis atraer á vuestro parecer, en vez de caminar á la verdad con él, y por medio de su direccion; pretendéis, que

(a) *Jerem. Thren. c. 2. v. 14.*

que respete lo que debiera censurar; intentais imponer leyes, quando debierais sujetaros á las que se os imponen: Naamán elevado á los primeros puestos de una Corte soberbia escucha burlandose los sabios consejos del Profeta Eliséo, y tiene por simpleza el remedio que le señala el hombre de Dios, y la santa autoridad de su Ministerio: Queremos ser grandes en donde solo debemos ser penitentes.

Otra razon: algunos Grandes van al tribunal de la penitencia muy pagados de su entendimiento, y precitados de una capacidad sublime, que siempre se opone á la gracia de la penitencia, porque esta es una gracia de sencillez, y de infancia Christiana. Si el Ministro santo no habla segun el estilo del mundo, si no atiende á las preocupaciones anexas al puesto y al nacimiento, si los anuncia las mismas verdades que al comun de los fieles, si los señala las mismas obligaciones, si los pronostica las mismas desgracias y las mismas penas, si halla en sus pasiones la misma enormidad, si los aconseja los mismos remedios, tratan su zelo de simpleza, y sus talentos no son mas que una ignorancia del mundo y de sus costumbres; no le juzgan á proposito para guiar á la salvacion á las personas de cierta clase; parece que para ellos hay otro Evangelio distinto de el del pueblo; que en Jesu-Christo hay distincion de Griego y de Bárbaro, de noble y de plebeyo; y que para guiarlos á la salvacion se necesita de otra ciencia distinta de la de los Santos.

Luego la gracia de la penitencia halla infinitos obstáculos en los corazones de los Grandes y felices del mundo; pero aun los halla mas invencibles fuera de su corazon, y en los efectos de la prosperidad; ultima razon.

No quiero deciros, primeramente, que un corazon feliz con la abundancia nada busca fuera de sí; que nada aviva su amor á los verdaderos bienes, porque este amor está como dormido y saciado con los bienes aparentes.

La gracia necesita pérdidas, disgustos, aflicciones, y casi nada puede con las almas que viven en la prosperidad. ¿En qué se ocupaba el rico del Evangelio en medio de su abundancia? En derribar sus troxes, y edificar otras nuevas; despues en descansar, comer, beber, y regalarse, sin pensar en Dios: No recurrimos al Señor sino quando no somos bastantes para nosotros mismos; no buscamos el descanso en el Autor de nuestro sér, sino quando no le hallamos en las criaturas. Adonías no abraza el Altar hasta que vé decretada su muerte: Manasés no invoca al Dios de sus Padres sino en el horror de su prision, y baxo el peso de sus cadenas: el Hijo Pródigo no piensa en restituirse á la casa paterna hasta que empieza á experimentar los rigores del hambre: Vosotros mismos que me estais oyendo, os habeis vuelto á Dios en aquellos instantes en que os ha affigido, y entonces abristeis los ojos para ver el engaño de este mundo miserable; pero luego que volvió el favor y la prosperidad, se restituyeron á vuestra imaginacion ideas mas agradables y alhagueñas, y os entregasteis al mundo, luego que el mundo volvió á entregarse á vosotros; os hubierais salvado por el camino de los disgustos y de las aflicciones, y pereceréis en la prosperidad.

¿Pero qué sería si yo exâminase aquí el abuso que habeis hecho de vuestras dignidades, de que habeis de dar rigurosa cuenta en el tribunal de Jesu-Christo, y por el que estais obligados á infinitas restituciones, sin las que vuestra penitencia siempre será falsa y reprobada de Dios? ¿O qué nuevos abismos, si la brevedad de un discurso permitiera exâminarlos! Si habeis sido alguno de los Gefes de los Exercitos de Israel, ¿qué libertades, qué robos, qué violencias! ¿De cuántas públicas y particulares desgracias os pedirá Dios cuenta algun dia! Si por razon de vuestros empleos habeis estado á la frente de los pueblos y de los públicos negocios, ¿cuántas personas indignas favorecidas!

tos

tos sucesos públicos y funestos acaso han tenido su origen, ó en vuestras secretas envidias, ó en vuestros particulares intereses! ¿Qué injustas condescendencias han alcanzado acaso de vosotros el favor, la amistad, la sangre, y aun puede ser, las conexiones pecaminosas! ¿Cuántos abusos, ó tolerados por vuestra negligencia, ó autorizados por vuestros exemplos! Cuántas quejas mal oídas, cuántas opresiones disimuladas, ó por no molestarse en exâminarlas, ó por no desacreditar la elección que habeis hecho, y descubrir las iniquidades de los subalternos que eran causa de esas opresiones, solo porque os eran deudores de sus empleos y de su fortuna. ¿Dónde están los Grandes que hacen que estas menudencias y esta multitud de culpas ajenas tengan parte en las restituciones de su penitencia?

Finalmente, no quiero hablar de los obstáculos exteriores que opone la prosperidad á la penitencia: El retiro os sería necesario, pero vuestra clase y vuestros empleos os tienen en medio de los tumultos del mundo y de los negocios: Mas mortificaciones serian el único remedio que podria expiar vuestras pasadas culpas, pero las delicadezas de vuestra educacion, ó los respetos de vuestra autoridad os las impiden: El huir de los honores serviría de expiacion á los pasados excesos de vuestra ambicion, pero para mantener la grandeza de vuestro nombre es preciso que aspireis á nuevas gracias. Los abatimientos curarian la soberbia de vuestro corazon, pero es preciso que recibais los respetos, y que como Saúl, despues de su pecado, pidais que se os honre á vista de los hombres, para que no padezca vuestra dignidad el desprecio con que mirarian vuestra persona: La oracion sostendria vuestros débiles deseos de penitencia, pero las ocupaciones de vuestra fortuna, ó no os dexan tiempo para ella, ó hacen que perdais la costumbre. La prosperidad que os facilita todos los caminos del pecado, os cierra todos los de la penitencia.

Por

Por eso, Católicos, es regularmente tan imperfecta la penitencia de los Grandes y Poderosos: Parece que es preciso contentarse con la que ellos quieren hacer; sus mas débiles esfuerzos se publican como heroicas virtudes; apenas han dado algun paso para salir de sus desórdenes, quando se les tributan los elogios debidos á una virtud consumada; se les alaba por los males que dexan de hacer, mas que por los que reparan; se aprecia todo lo que hacen, una conversacion, un deseo, un pensamiento; las señales de devoción se tienen por devoción verdadera, y el no ser pecadores es para ellos la virtud mas sublime.

Pero en vuestra presencia, ó Dios mio, en dónde los títulos y dignidades nada añaden á nuestras obras, no juzgais de nuestra penitencia sino por los delitos que tenemos que expiar, y no por el puesto que los autoriza entre los hombres; y la elevacion solo añade á nuestras acciones de penitencia el que siendo ocasion de que tengamos mas deleites y mas delitos que reparar, pide penitencias mas severas.

Es verdad tambien que la penitencia de los Grandes mas consiste en obras exteriores y públicas, que en actos penosos y secretos de la fé y de la piedad; favorecen el culto y la religion; amparan á los justos; se exercitan en obras de misericordia; mantienen los asilos públicos de la miseria, ó de la inocencia, pero no conocen aquella vida de fé, de violencia, de abnegacion, de aborrecimiento de sí mismo, que es lo mas esencial de la penitencia, y de la piedad Christiana; se hacen mas religiosos, pero no mas penitentes; son mas utiles para la virtud, pero no mas rigurosos consigo mismos; emplean su autoridad para defender lo bueno, pero se creen dispensados de ejecutarlo; sirven á los fines de Dios para con su Iglesia; sosteniendo las empresas que le glorifican, pero no satisfacen á su justicia expiando las culpas con que la han ultrajado; en una pala-

labra, sirven para la salvacion de otros, pero rara vez se salvan ellos mismos. La hija de Pharaón favorece al Pueblo de Dios oprimido, libra de las aguas á Moysés, emplea sus bienes y autoridad en la educacion del Capitan de Israel, que ha de libertar algun dia á sus hermanos, le adopta y pone en el numero de sus propios hijos, pero no pasa adelante su virtud; contentandose con favorecer al Pueblo de Dios, no imita su fé y su inocencia; y aunque sea protectora de Moysés, no por eso dexa de ser esclava de las vanidades y costumbres de Egypto: Estos son los peligros de la prosperidad; facilita todas las pasiones, y pone infinitos obstáculos á la penitencia.

Este es, pues, el fruto de este discurso. Nacisteis en la elevacion y en la abundancia, pues pensad que los favores temporales no están prometidos á los Christianos, y que si la providencia los ha derramado sobre vosotros, no es mas que para proporcionaros el mérito de despreciarlos, y ocasiones de exercitar la misericordia, dando con liberalidad lo que graciosamente habeis recibido: Pensad que la elevacion ó baxeza del Christiano consiste en la inocencia, ó en el desorden de sus inclinaciones; y que el pecador es la mas vil, la mas despreciable, y la mas infima de todas las criaturas en la presencia de Dios: Pensad que pues se aumentan los peligros con la fortuna, teneis necesidad de mas vigilancia, de mas oracion, y de mas precauciones que los que nacen en un estado infeliz: Que perecereis con unas virtudes medianas, que en la obscuridad hubieran sido suficientes para salvaros: Pensad que vuestra elevacion no os concede privilegio alguno en orden á las leyes del Evangelio, y que se os pedirá hasta la ultima dragma como al esclavo mas vil: Pensad finalmente, que todos los objetos agradables que os proporciona la prosperidad, no deben servir mas que de continuas ocasiones de negaros á ellos; que mas os sirven de lazo y

tentacion, que de utilidad; y que si no teneis que padecer, y gozais de toda vuestra prosperidad, habeis recibido todo vuestro premio, y no estais en el orden de Dios.

¿Os afligís en las pérdidas y desgracias? Acordaos de que las recompensas temporales no son dignas de los que sirven al Rey inmortal de los siglos: Acordaos de que es felicidad el perder lo que no es lícito amar, y lo que sería preciso despreciar si aun se poseyera: Acordaos finalmente, que las aflicciones han sido siempre el sello y la recompensa de los justos; que no se puede llegar á la gloria de los Santos sino por la Cruz; que quantos menos consuelos haya en esta vida, mas deben esperarse en la otra; y que quando esteis para morir, no querriais trocar vuestras aflicciones, y vuestros pasados trabajos por los Cetros y Coronas de la tierra. Meditad estas verdades de tanto consuelo, y en qualquiera estado que os haya colocado la Providencia, de felicidad, ó de afliccion, de favor, ó de desgracia, *pasad de tal modo por las cosas temporales, que no perdais las eternas. Amen.*



SER-

SERMON
PARA EL LUNES
DE LA SEGUNDA SEMANA
DE QUARESMA.

SOBRE LA IMPENITENCIA
final.

*Ego vado, & queritis me, & in peccato
vestro moriemini.*

Yo me voy, y me buscareis, y morireis en
vuestro pecado. *Joann. 8. v. 21.*

SI no os habeis estremecido, Católicos, al oirme pronunciar estas palabras, las mas terribles sin duda que se leen en nuestras Divinas Escrituras, no hallo en toda la religion verdad alguna que sea capaz de moveros. Por lo que á mí toca, confieso que estoy lleno de temor, y me parece que para manifestaros unas amenazas tan terribles, antes debia usar de precauciones para evitar el terror excesivo que pueden infundir en las almas

Tomo IV. E mas

tentacion, que de utilidad; y que si no teneis que padecer, y gozais de toda vuestra prosperidad, habeis recibido todo vuestro premio, y no estais en el orden de Dios.

¿Os afligís en las pérdidas y desgracias? Acordaos de que las recompensas temporales no son dignas de los que sirven al Rey inmortal de los siglos: Acordaos de que es felicidad el perder lo que no es lícito amar, y lo que sería preciso despreciar si aun se poseyera: Acordaos finalmente, que las aflicciones han sido siempre el sello y la recompensa de los justos; que no se puede llegar á la gloria de los Santos sino por la Cruz; que quantos menos consuelos haya en esta vida, mas deben esperarse en la otra; y que quando esteis para morir, no querriais trocar vuestras aflicciones, y vuestros pasados trabajos por los Cetros y Coronas de la tierra. Meditad estas verdades de tanto consuelo, y en qualquiera estado que os haya colocado la Providencia, de felicidad, ó de afliccion, de favor, ó de desgracia, *pasad de tal modo por las cosas temporales, que no perdais las eternas. Amen.*



SER-

SERMON
PARA EL LUNES
DE LA SEGUNDA SEMANA
DE QUARESMA.

SOBRE LA IMPENITENCIA
final.

*Ego vado, & queritis me, & in peccato
vestro moriemini.*

Yo me voy, y me buscareis, y morireis en
vuestro pecado. *Joann. 8. v. 21.*

SI no os habeis estremecido, Católicos, al oirme pronunciar estas palabras, las mas terribles sin duda que se leen en nuestras Divinas Escrituras, no hallo en toda la religion verdad alguna que sea capaz de moveros. Por lo que á mí toca, confieso que estoy lleno de temor, y me parece que para manifestaros unas amenazas tan terribles, antes debia usar de precauciones para evitar el terror excesivo que pueden infundir en las al-

Tomo IV. E mas

mas, que valerme de expresiones para avivar la atencion y el temor.

Y á la verdad, no os anuncia hoy Jesu Christo calamidades públicas, la ruina de vuestras ciudades, el cautiverio de vuestras mugeres é hijos, la heredad del Señor hecha presa de las naciones bárbaras é infielés, ni otras muchas calamidades que no pudieron oír los Israelítas al pie del monte Siná sin aterrarse, y sin peligro de morir, si el Señor no hubiera cesado de hablarlos.

Lo que se os anuncia es el abandono de Dios, y la impenitencia final; lo inutil y despreciable de los esfuerzos para volverse al Señor en la última hora; la reprobacion consumada en aquel momento fatal; y que una alma que tanto tiempo ha sido infiel á la gracia, será por último llevada cautiva de su pecado: *Quæretis me, & in peccato vestro moriemini.*

Esta es la deplorable suerte de tantos fieles que, ó desprecian los caminos de salvacion, ó esperan entrar en ellos en la última hora; esta es la suerte de la mayor parte de los pecadores que me oyen; y esta será la vuestra, amados oyentes míos, si dilatais el convertiros al Señor: *Se va, y le buscareis, y moriréis en vuestro pecado.*

Gran Dios! ¿Dónde está vuestra bondad quando abandonais al pecador en aquella última hora? Sus lágrimas, sus sollozos, su boca que besa temblando la sagrada señal de su eterna salud, sus promesas de penitencia, ¿nada de esto ha de poder mover entonces vuestra piedad? ¿Habeis de ser entonces un Dios inexorable para el hombre á quien criasteis? Católicos, no pongamos límites á sus infinitas misericordias. El Señor puede compadecerse, pero vosotros no le movereis á compasion; él mismo avisa que no teneis que esperar lo: *Yo me voy, y me buscareis, y moriréis en vuestro pecado.* A todos os lo dice en general, y á cada uno de vosotros en particular, de qualquiera edad, de qualquiera sexo, y de qualquiera clase que seais.

De.

Demasiado terrible es esta materia para buscar otro asunto mas que el que explican las mismas palabras de Jesu Christo. Si esperais el convertiros para la hora de la muerte, moriréis en vuestro pecado. Esta terrible verdad me lleva toda la atencion, y asi os la propongo con toda sencilléz. Si dilatais, pues, vuestra conversion hasta aquella hora, moriréis en vuestro pecado, porque entonces ya no estareis en estado de buscar á Dios, y de volveros á su Magestad: *Quò ego vado vos non potestis venire.* Porque aun supuesto que os hallaseis en estado de buscarle, y que hicieseis esfuerzos para volveros á él, estos serian inútiles, y no podriais hallarle: *Quæretis me, & in peccato vestro moriemini.* Primera razon sacada de parte del pecador que en la última hora no se halla ya en estado de buscar á Dios, y volverse á su Magestad. Segunda razon sacada de parte de Dios, irritado entonces con el pecador, y que no recibirá, no mirará, y aun despreciará los esfuerzos que parezca hacer el pecador que está para morir, por buscarle y volverse á él. Esto es, la penitencia en la última hora casi siempre es imposible; la penitencia en la última hora casi siempre es inutil. Necesito de las luces del Espiritu Santo, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

SI dilatais vuestra conversion hasta la muerte moriréis en vuestro pecado, porque entonces ya no estareis en estado de buscar á Jesu Christo: *Quò ego vado vos non potestis venire.* Primera razon sacada de parte del pecador que está para morir, y no se halla en estado de poder entonces buscar á Jesu Christo: es decir, que la penitencia en aquella última hora casi siempre es imposible. No estareis, pues, entonces en estado de buscar á Jesu Christo, porque ó os faltará tiempo,

E 2

ó

ó caso que se os conceda, no os lo permitirá la opresion de vuestros males; ó finalmente, porque aunque vuestros males os lo permitan, vuestras antiguas pasiones opondrán á ello unos obstáculos que entonces no podreis vencer. Escuchad atentamente, Católicos, estas importantes verdades.

Dixe primeramente, que es imprudencia el dilatar el negocio de vuestra conversion para un tiempo que Dios no os ha prometido, y que está continuamente negando á pecadores menos culpables que vosotros. Porque, Católicos, ¿quién os ha asegurado de que la muerte vendrá con lentitud, y que no caerá repentinamente sobre vosotros como una Aguila cruel sobre la presa quando está mas descuidada? ¿Quién os ha dicho que el Señor os avisará desde lejos, que ha de embiar siempre á su Angel para preservaros, y que una caída repentina, un naufragio impensado, un edificio que caiga sobre vosotros, un golpe casual, un enemigo traidor, un criado infiel, y otros muchos accidentes no cortarán en un instante el hilo de vuestra vida, y os precipitarán en el abismo en la flor de vuestros años? ¿Quién podrá libertaros de una repentina alteracion de los humores que os haga espirar de repente entre los brazos de vuestro amigo, y de vuestros parientes, sin poner mas intervalo de tiempo entre la muerte y una salud robusta, que el último suspiro? ¿Son acaso imposibles estas desgracias? ¿Son tan raros estos accidentes? ¿Se ha pasado algun año, ó algun dia, sin que Dios os haya avisado con alguno de estos grandes exemplares? ¿Se han podido librar de estos golpes ni aun las mas elevadas cabezas? ¿Quántas veces os han venido á decir con susto; N. acaba de espirar al levantarse de la mesa, al salir del juego, y aun acaso del pecado? Llegó el Ministro de Jesu Christo, pero no le pudo sacar señal alguna de dolor; ¿qué consternacion entonces! ¿Qué reflexiones acerca de vosotros mismos, y de la incons-

tan-

tancia de la vida y de todas las cosas humanas! ¿Qué resoluciones secretas de tomar en tiempo vuestras medidas para no ser tambien sorprendidos! ¿Aquellos temores eran acaso en vosotros imprudencia, ó demasiada timidez? ¿Quántas veces han sucedido en vuestra presencia estos terribles accidentes? Y aun sin salir de vuestra casa, ¿no habeis recibido en ella alguna leccion domestica? Pues ahora os pregunto, ¿quáles han podido ser los designios de la misericordia de Dios en proporcionarnos unos espectáculos tan terribles? Puede ser que haya querido avisaros que será semejante vuestro fin. ¿Qué sabemos si la misma disposicion de vuestro temperamento os dá motivos de temer lo mismo? ¿Qué sabemos si teneis ya la muerte dentro de vuestro seno, y si vuestra muerte repentina hará que mañana nos vistamos de luto, y dará á los que me escuchan, grandes, aunque inútiles motivos de reflexion sobre el engaño del mundo y de sus esperanzas?

¿Pues cuál es vuestra ceguera, amados oyentes míos, en hacer que dependa vuestra salvacion de una cosa que es en la que menos podeis fiar en el mundo! Si para el feliz éxito de una grande empresa contarais con la prudencia de vuestras medidas, con el socorro de vuestros amigos ó vasallos, con vuestra clase, con vuestras riquezas, con vuestro crédito, ó con vuestro poder, podriais confiar en todas estas cosas; pero contaís con el tiempo; ¡Ah! ¿quién podrá salir fiador de él? ¿De quién dependen los dias y los años? ¿Quién hace que el Sol salga, y se oculte sobre nuestras cabezas? ¿Podeis acaso vosotros mandar á este astro, como aquel Capitan del pueblo de Dios, que se detenga y alargue el dia de vuestra vida para daros tiempo de acabar la victoria, y de domar vuestras pasiones? ¿Los títulos, el puesto, el poder, ni aun los mismos centros nos dán acaso derecho sobre uno solo de nuestros instantes? ¿Los que mandan en la tierra pueden ase-

gu-

gurar para sí mismos el instante siguiente? ¿No es esto en lo que Dios quiere darnos á conocer que es nuestro dueño, que tiene nuestra suerte en sus manos, y que no tenemos excusa para uniros con tanto apego á un mundo, al que nunca podremos estar unidos mas que el instante presente, que ya no existe?

¡Oh Dios mio! Vos que sois el que unicamente pone límites á la vida de cada uno de nosotros, vos que desde el principio habeis contado mis dias como mis cabellos, que presidisteis al instante de mi nacimiento, y desde entonces señalasteis en mi frente el de mi muerte; vos solo, Señor, que habeis escrito en el libro eterno los dias de mi destierro y de mi peregrinacion; vos solo estais viendo si yo me hallo aun lejos de mi carrera, ó si toco ya aquel término fatal, despues del qual no se halla mas que la muerte y el juicio.

Pero acaso confiais en que son raros estos exemplos de muertes repentinas, y que estos son unos golpes extraordinarios, que no caen mas que sobre un corto número de infelices; pero pudiera deciros que la justicia de Dios los hace muy comunes todos los dias, y que lo que rara vez sucedia en los siglos anteriores, ha llegado á ser un suceso diario en nuestro siglo: Pero quiero concederos que estos terribles accidentes no caen mas que sobre un corto número de infelices; pero además de que puede suceder que seais de este corto número, y que aun quando no debiera caer esta desgracia mas que sobre uno solo de vuestros ciudadanos, sería imprudencia el no temerla; además de esto os digo, que es mayor el número de los que son asaltados; que casi todos los pecadores mueren al tiempo que creen estar su muerte mas distante; que el dia del Señor viene siempre como un ladrón á la hora que menos se piensa; os aseguro que el último instante que acaba nuestros dias, nunca es el último en nuestra imaginacion; que quando os halleis en la cama de vuestro

tro dolor, y esté la muerte á la puerta, aun os parecerá que está lejos: Retardareis aun el negocio de vuestra salvacion, y la propuesta que se os hará de llamar al Ministro de Jesu Christo: Os aseguro que aun despues de haberle llamado mirareis su ministerio, mas como una ceremonia que se usa con los enfermos, que como una noticia de que se acerca vuestra muerte. No confesareis vuestras culpas como quien va á parecer en el tribunal de Dios para dar cuenta de su alma: Dexareis aun en vuestra conciencia mil cosas dudosas, cuyo exámen dilatareis para lo último. Os aseguro que aun al tiempo de espirar os estareis prometiendo algunos dias de vida: Os aseguro que la mayor parte de las muertes son repentinas; que casi ningun pecador espira, creyendo que muere; que á casi todos se les niega el tiempo, y se hallan en el tribunal de Dios sin haberse dispuesto para la terrible cuenta: Despues de estas reflexiones podeis fiaros en el corto número de los que mueren repentinamente.

Pero demos que se os conceda el tiempo, y que los Ministros del Señor tengan lugar para ir á deciros, como en otro tiempo un Profeta al Rey de Judá. *Arreglad vuestra casa, porque habeis de morir.* (a) ¿Os permitirá entonces la confusion en que os hallareis el buscar á Jesu Christo? Segunda reflexion: Decidme, ¿qué puede hacer entonces una alma pecadora, consumida de dolores, desfallecida con el peso y con la multitud de sus males, y que apenas tiene la vida suficiente para animar su cadaver? ¿Os parece que con un entendimiento que ya se ofusca, con una lengua que se traba y entorpece, con una memoria que se confunde, con un corazon que se deshace, os parece que en este estado

(a) *Isai. 38. v. 1.*

puede un pecador registrar los abismos de su conciencia? ¿Quereis que pueda conocer con claridad sus sacrilegios, sus escandalos, sus venganzas, sus restituciones, aquel abismo de impurezas en que siempre ha vivido, aquellos estorvos acerca de los quales nunca se ha explicado bien; y en una palabra, que éntre en unos cuidados y en unas menudencias para las que apenas bastarian el espíritu mas sereno y la mas entera razon? ¿Quereis que esta alma, ya inmobil, y atada con las cadenas de la muerte conozca el horror de sus pasadas iniquidades? ¿Que piense seriamente en implorar las misericordias de su Dios, quando las ideas de aquella última hora no parecen mas que sueños, y los pensamientos son como los de un hombre dormido?

¡Gran Dios! Vos que desde lo alto de vuestra justicia estais entonces mas atento que nunca á los secretos movimientos de aquella alma desgraciada, ¿qué es lo que pasa en aquellos ultimos instantes entre ella y vos? ¿Qué es lo que en ella descubris que pueda reparar una vida entera de culpas, y aplacar vuestra indignacion? ¿Se vuelve entonces á su Criador? ¿Adora en secreto al Autor de sus beneficios, y al vengador de sus ingraticudes? ¿Se humilla baxo la mano que está levantada para hierla? ¿Se mira como una víctima destinada á los tormentos eternos, si la juzgais segun vuestra justicia? ¿Os dirige desde el abismo de su dolor los clamores de un sincero arrepentimiento? ¿Forma siquiera un deseo que merezca vuestra atencion? ¿En vez de aplacaros, se halla ni aun en estado de conoceros? ¿Y qué otra cosa veis, ó gran Dios, en las funestas inquietudes que manifiesta, sino los últimos esfuerzos de un alma que se defiende contra la muerte, y de una máquina que se deshace!

Responded por mí vosotros, Católicos, á quienes la mano del Señor ha llevado algunas veces hasta las puertas del Sepulcro, y librado despues de ellas; quando os hallabais postrados en la cama del dolor, y lucha-

bais

bais entre la vida y la muerte, ¿os ocupabais entonces en los cuidados de vuestra eternidad? ¿En dónde estabais entonces? ¿Qué uso haciais de vuestra razon? ¿Formabais en vuestro interior mas que algunas confusas y mal coordinadas ideas, en las que tenían mas parte vuestros males que vuestra salvacion? ¿Qué os parecieron los últimos remedios que aplica la Iglesia á los moribundos? Unos sueños, de los que ni aun memoria os ha quedado, ¿Si aquella enfermedad hubiera puesto fin á vuestros dias, os hubierais hallado dispuestos para parecer delante de Jesu-Christo? ¿Qué alma hubierais presentado á los pies del tremendo Tribunal? ¿No os habeis dicho á vosotros mismos, despues que recobrasteis la salud, que es locura esperar á la ultima hora, que entonces no somos capaces de nada, que es preciso ordenar la conciencia mientras gozamos salud? esto os habeis dicho, ¿pero lo habeis hecho así? ¿Os dexareis engañar otra vez? ¿Es posible que el único fruto que sacais del beneficio que alargó vuestros dias, solo hayan de ser las culpas de una vida mas dilatada?

Pero lo que en este punto nos mueve mas á adorar los juicios de Dios para con los pecadores que dilatan su conversion para la muerte, es el que si su misericordia dexa entonces algunos instantes libres al moribundo, emplea unos momentos tan preciosos y tan decisivos para su eternidad en disponer de su sucesion, y en arreglar la casa terrena; los parientes, los hijos codiciosos esperan al rededor de la cama; el momento en que se despeje la razon del enfermo están atentos algunas veces, como los hijos de Isaac, para engañar al Padre que está para morir, y adelantarse unos á otros; se dan priesa á aprovecharse del tiempo, para hacerle que declare sus últimas intenciones; los cuidados de la conciencia se dexan para

otro tiempo menos proporcionado; y el negocio de la eternidad es el ultimo de todos. Entonces llaman al Ministro de Jesu-Christo, porque es preciso esperar á que el enfermo casi no conozca, para que no se asuste al verle llegar; entretanto el mal insta, ya no se puede esperar del pecador una relacion exácta de sus desordenes, es preciso contentarse con algunas voces vagas y mal coordinadas, que casi se le sacan por fuerza; le decimos que se arrepienta, ¿pero quién sabe si lo oye? Le pedimos alguna señal de dolor; levanta sus ojos moribundos; se esfuerza en vano para mover una lengua ya inmóvil; dice que sí con la cabeza; nos parece que le hemos entendido; ¿pero quién sabe si se entiende él á sí mismo? Da voces el Sacerdote del Señor; procura que á lo menos resuenen en sus oídos las palabras de salud eterna, y el nombre de su Salvador repetido mil veces con esfuerzo; ¿pero quién sabe si este dulcísimo nombre llega hasta su corazón? Se arma con la señal de nuestra Redención, presenta un Dios crucificado al pecador que espira, le aplica á su boca ya trémula y cardena, le hace que levante ácia este objeto de consuelo sus manos desfallecidas, y sus ojos ya medio apagados; ¿pero quién sabe si consigue que él le conozca? Llega la muerte, y espira el pecador; ¡gran Dios! ¿Qué sucede entonces á aquella alma? ¿Qué halla al tiempo de salir de su morada terrena? ¡Y cuándo cae en las eternas manos de vuestra venganza, qué susto al hallarse, como si despertara, á los pies de el Tribunal terrible! Vé abierto el abismo en su presencia, y que no ha mediado entre una vida llena de delitos, y la severidad de vuestros juicios, mas que el letargo y los sueños de una corta enfermedad. ¿Qué puedo añadir á esto, Católicos, mas que la sencilla reflexion del Profeta? Escuchad esto los que

os olvidais de Dios en vuestra vida, para que no os sorprenda en aquella ultima hora, y no haya quien pueda entonces libraros de sus manos: *Intelligite hæc, qui obliviscimini Deum, nequando rapiat, & non sit qui eripiat.* (a)

Por otra parte, Católicos, y no es menos digna de vuestra atencion esta ultima verdad, aunque os prometais que habeis de conservar hasta el ultimo suspiro la razon tan sana y tan entera como la teneis al presente: ¿Os parecen nada los obstáculos que entonces hallareis en vuestro propio corazón? ¿Os parece que unas pasiones, que estais criando desde la niñez, que han llegado á ser como vuestra natural inclinacion y vuestro temperamento, han de ceder, y se han de deshacer en un instante? ¿Qué se ha de obrar en vosotros un milagro repentino, y que en un instante os habeis de mudar en nuevos hombres? ¿Las graves enfermedades, á que no se ha seguido la muerte, obran acaso muchas conversiones? ¿Se ven muchos pecadores, que al salir de estos ultimos peligros, despues de los mas vivos propositos, y de haber recibido los ultimos remedios de la Iglesia con una compuncion aparente, muden de vida? ¿Quién puede responder á esto mejor que vosotros mismos? ¿Algunas veces habeis llegado hasta los umbrales de la muerte; pero os habeis convertido despues de vuestras enfermedades? Os parecia que estabais mudados; se lo asegurabais al Ministro de la Penitencia, y aun acaso tambien á los que os asistian; ¿pero lo estabais en la realidad? ¿Despues que pasó el peligro, despues que recobrasteis la salud, no han vuelto á manifestarse las pasiones, y á poco tiempo os hallasteis el mismo que antes? ¡Acaso puede el corazón formarse tan presto

nue-

(a) *Psalm. 40. v. 22.*

nuevas inclinaciones, ó pudieron estas renacer de nuevo!

¿Os parece, amados oyentes míos, que despues de una vida llena de desordenes, dos días de enfermedad os han de hacer castos? ¡Ah! Acaso Dios permitirá, que la memoria de vuestros pasados deleytes os arranque aun mil pecaminosas complacencias quando esteis para morir; acaso entonces todavia os deleytareis en mirar con vuestros ojos moribundos pintadas en vuestras paredes las funestas imagenes de vuestros pasados desordenes: Acaso espirareis teniendo á la cabeza de vuestra cama el infeliz objeto que corrompió vuestro corazón; y no obstante el escandalo público no podeis resolveros á separaros de él, aun en la muerte. Esta es una verdad pronosticada ya por el Espíritu de Dios: Los huesos del impuro se llenarán entonces de los desordenes de su juventud; y sus vicios dormirán con él entre las cenizas del sepulcro. *Ossa ejus implebuntur vitiis adolescentia ejus, & cum eo in pulvere dormient.* (a) ¿No se han visto en nuestro siglo, y aun en el de nuestros Padres, algunos monstruos que al mismo tiempo de espirar juraban una funesta fidelidad, hasta mas allá de la muerte, al detestable objeto de su pasión, mientras sus almas reprobadas salian de sus cuerpos entre suspiros y pesares de apartarse de las culpas y del deleyte? ¡O Dios mio!, qué terrible sois quando entregais al pecador á su propia corrupcion!

¿Os parece que un hombre cuyo unico deseo mientras ha vivido ha sido el juntar riquezas á costa de los pueblos, y por los mas injustos é infames caminos, os parece que entonces podrá persuadirse á que son pecaminosas unas ganancias que siempre ha

(a) Job 20. v. 21.

tenido por licitas, y que querrá que las infinitas restituciones que debiera hacer reduzcan su nombre y posteridad al polvo de que los habia sacado? ¡Ah! dice el Espíritu Santo, su alma vomitará las riquezas que habia tragado, pero será muy contra su voluntad; el Señor las arrancará de sus entrañas, pero no arrancará de su corazón el amor que las tenia. *Divitias quas devoravit, evomet, & de ventre illius extrahet eas Deus.* (a)

¿Os parece que un impío que puso su gloria en su confusion, y que mil veces ha profanado la santidad de nuestros misterios con sacrilegas irrisiones, se hará fiel y religioso en la hora de la muerte? Acaso se preciará hasta el ultimo instante de su vida de una superioridad de entendimiento con que lisongeará su vanidad; acaso querrá manifestarse superior á los temores vulgares, mirando tranquilamente y con seguridad la incertidumbre de la otra vida; acaso al tiempo de morir divertirá á los asistentes con algun dicho gracioso á costa de su salvacion; y acaso morirá como un monstruo y un desesperado.

¿Os parece que una muger mundana, desvanecida con su hermosura, entregada á sus placeres, y estrechamente unida con el mundo, y consigo misma, ¿os parece que podrá ver entonces sin pena la destruccion de su cadaver, y que el mundo y todas sus diversiones se desvanecen y se separan de ella para siempre? ¡Ah! Entonces permitirá Dios que aun estando para morir solamente piense en los cuidados de su hermosura; que continuamente esté pensando en las mutaciones que habrá ocasionado en su rostro una larga enfermedad, que acerca de esto oyga con

(a) Job Ibid.

gusto todo quanto quiera persuadirla la lisonja; que al tiempo de espirar se renueve todo su amor al mundo, y diga como aquel desgraciado Rey de Amalec; ¿de este modo me arrebatara la muerte cruel en la flor de mis dias? *¿Siccine separat amara mors?* (a)

Vos, Señor, nos avisais en las Divinas Escrituras, que su fin será semejante á sus obras: *Quorum finis erit secundum opera ipsorum.* (b) Si habeis sido deshonestos en vuestra vida, morireis como tales; si habeis sido ambiciosos morireis sin que muera en vuestro corazon el amor al mundo y á sus falsos honores; si habeis vivido tibios, sin vicios ni virtudes, morireis con tibieza, y sin compuncion; si habeis vivido irresolutos, formando continuamente proyectos de penitencia, sin ponerlos jamás en execucion, morireis llenos de deseos, y vacios de buenas obras; si habeis vivido inconstantes, siendo tan presto del mundo como de Dios, tan presto sensuales como penitentes, gobernandoos siempre por vuestro gusto, y por la inclinacion de un genio inconstante y ligero, morireis en estas deplorables alternativas, y vuestras lágrimas en la hora de la muerte serán de la misma especie que las de vuestra vida: esto es, vuestro arrepentimiento será pasajero y superficial; vuestros suspiros nacerán de un corazon tierno y sensible, pero no de un corazon penitente: En una palabra, morireis en vuestro pecado: *In peccato vestro moriemini.* En aquel pecado en que habeis vivido encenagados tanto tiempo; en aquel pecado que es mas propio vuestro que los demás, porque domina en vuestras costumbres, y en vuestro temperamento; en aquel pecado que os es como na-

(a) 1. Reg. 13. v. 32.

(b) 2. Corinth. 11. v. 15.

natural, y del que no habeis conseguido enmendaros en toda vuestra vida: *In peccato vestro moriemini.* Acab muere impio, Jezabél deshonesto, Saúl venegativo, los hijos de Helí sacrilegos, Absalón rebelde, Balthasar afeminado, y Herodes incestuoso. Toda la Escritura está llena de semejantes exemplos; todos los Profetas publican estas amenazas; Jesu-Christo se explica hoy de un modo capaz de hacer temblar á los mas insensibles; la experiencia es terrible en este asunto, y vosotros mismos estais diciendo que la muerte es conforme la vida: ¿Pues qué mas se necesita, Católicos, para haceros tomar desde ahora la resolucion de trabajar en vuestra eterna salud, y no dilatar hasta el fin un negocio que nunca se puede empezar demasiado temprano, y mas quando regularmente se yerra si se dilata? Trabajad, pues, mientras Dios os concede tiempo; no llegueis á la hora de la muerte con deseos, sino con frutos de penitencia; buscad á Jesu-Christo mientras podeis hallarle, porque si dilatais vuestra conversion hasta el fin, no solamente no podreis buscarle, sino que aun quando pudierais no le buscariais, y aun quando le buscasis, no le hallariais: *Quæretis me, & non invenietis, & in peccato vestro moriemini.* Ultima verdad, aun mas terrible, reducida á dos reflexiones, con las que probaré que casi siempre es inutil la penitencia en la hora de la muerte.

SEGUNDA PARTE.

SI dilatais vuestra conversion para la muerte, morireis en vuestro pecado: porque aun quando pudierais entonces buscar á Jesu-Christo no le buscariais, y aun quando le busqueis no le hallareis.

Dixe primeramente, que entonces no buscariais á Je-

su-Christo, porque se habrá apartado de vosotros, y os habrá abandonado: *Ego vado, & in peccato vestro moriemini.* Primera razon: El pecador en su ultima hora abandonado de Dios.

Es una verdad eterna que el Señor tiene puestos limites á su paciencia, y que nunca se pueden traspasar estos limites; y que así como ha establecido un tiempo para acordarse del pecador, segun la expresion de Job, ha señalado tambien otro para olvidarse de él; en los tesoros de su misericordia hay numero cierto de favores especiales, destinados para cada uno de nosotros en particular, y si llegamos á agotarlos con una continuada serie de infidelidades, podemos infaliblemente contar con la indignacion de Dios, sin que quede para los que han abusado de ellos mas que, ó los socorros ordinarios, y casi siempre inútiles, de la gracia, ó aquellos recursos que se sacan unicamente de su omnipotencia, de los que no le permiten servirse el orden de su Providencia, y de sus consejos eternos. Por eso quando las abominaciones de Sodoma llenaron la medida, y no se halló el numero de justos decretado en los Consejos eternos, por mas que Abraham levantó las manos al Señor, no se dexó vencer su Magestad, é hizo llover desde lo alto del cielo su indignacion y su fuego sobre aquellas ciudades pecadoras.

Bien sé que todo el tiempo de la vida presente es tiempo de salud eterna y de propiciacion; que siempre estamos en estado de volvernos á Dios; que en qualquiera hora que el pecador se convierta al Señor, su Magestad se convierte á él; y que mientras esté levantada la serpiente de metal no hay llaga incurable; esta es una verdad eterna, pero tambien sé que cada gracia especial de que abusais puede ser la ultima de vuestra vida; que Dios se cansa; que no son unos mismos respecto de todos los hombres los limites de su bondad; que despues

pues de haber perdonado tres pecados á Damasco no quiso perdonar el quarto, y que algunas veces una sola culpa consume la reprobacion de un pecador: Bien sé que *es terrible en sus consejos para con los hijos de los hombres; (a) que no conocemos el poder de su indignacion; y que nadie ha podido jamás contar su furor y su ira. (b)*

Supuesta esta verdad tan terrible y tan cierta, se infiere desde luego una consecuencia, que no lo es menos: Si la Escritura nos anuncia en todas partes, que Dios algunas veces se retira de una alma infiel, y que despues de haber cuidado inutilmente por mucho tiempo de Babylonia, se venga, por último, abandonandola á sí misma, no hay circunstancia en que sea mas propia, y mas justa esta severidad, que quando el pecador está para morir. Porque decidme, Católicos, si despues de haber despreciado un corto número de inspiraciones, dexa Dios algunas veces entregada el alma á sí misma, ¿qué podeis prometeros en aquel último instante, particularmente los que no podreis contar vuestros dias pasados mas que por el abuso que habeis hecho de sus gracias; los que desde el principio de vuestra vida hasta aquella última hora siempre habeis vivido agitados con crueles é inútiles remordimientos acerca de vuestro estado; quando vuestra impenitencia y vuestra ingratitude acaso habrá llegado hasta envidiar mil veces la suerte de los compañeros de vuestros desordenes, por haber observado en ellos una conciencia tranquila en medio de las culpas, y un corazon obstinado contra todas las amenazas de la religion; los que habeis despreciado sus misericordias, mientras habeis podido gustar del fruto de vuestras infidelidades: en una palabra, quando os habia dispuesto para este abandono con los repetidos avisos de

(a) Psalm. 65. v. 5. (b) Psalm. 39. v. 11. 12.
Tomo IV. G

de su inflexibilidad para con los pecadores que dilatan su conversion hasta este último instante? ¿Quereis que entonces el Dios justo y terrible os mire con ojos de misericordia; que se acuerde de vosotros en el tiempo de vuestra afliccion, esto es, en la única circunstancia que tanto tiempo habia estado esperando para vengarse, y para castigar el indigno abuso que siempre habeis hecho de sus gracias?

Pero ¡oh Dios mio! ¿Dónde estará entonces aquella justicia que baña sus flechas en la sangre del pecador, que insulta á las lágrimas del impío que está para morir, y que se consuela con su venganza? ¿Qué habia de ser de aquellas terribles amenazas que nos habeis dexado en vuestros santos libros, que siempre llegan á tener efecto? ¿Y cuándo habia Dios de vengarse, Católicos, si no se vengára entonces? La paciencia con que sufre al pecador mientras goza de salud, ¿sería tan terrible como nos asegura el mismo Señor en las Divinas Escrituras, si viniera á parar en un acto de clemencia? ¿Sería por ventura tan severo quando tarda en castigar, si al mismo tiempo que disimula sus ofensas no le preparará una funesta obstinacion para el fin?

Pero, amados oyentes míos, aun quando la justicia de Dios no se opusiera á su clemencia en aquel último instante, bastaría solamente la misma naturaleza de la gracia que os prometeis para entonces, para que no la esperaseis: porque no solamente os prometeis la gracia de la conversion, esto es, aquella gracia que muda el corazón, sino que os prometeis tambien la gracia que nos hace morir en santidad y justicia; la gracia que consuma la santificacion del alma; la gracia de la perseverancia final: Pero esta gracia es propia de solos los escogidos; es el mayor de todos los dones; es la consumacion de todas las gracias; es la última señal del amor que Dios tiene á una alma; es el fruto de toda una vida inocente y piadosa; y es la corona re-

servada para los que han peleado legitimamente: Dios, rigurosamente hablando, á nadie debe este inestimable favor: Algunas veces suele negarle aun á aquellos que han caminado mucho tiempo en su presencia por los caminos de la justicia y de la santidad; y el deplorable fin de Salomón es un exemplo capaz de hacer temblar á los justos de todos los siglos, ¿y os parece á vosotros que el beneficio mas señalado de todos ha de ser premio de una vida llena de ingraticudes? ¿Y os atreveis á lisongearos que no se le ha de negar entonces á un pecador inveterado, siempre advertido, y siempre infiel, una gracia que no siempre se concede á los que han sido justos por mucho tiempo? ¿Y os prometeis que el Señor ha de llenar la medida de sus misericordias quando vosotros hayais llenado la de vuestras culpas? ¡Oh Dios mio! ¿Es posible que casi todos los hombres vivan entretenidos con una tan necia esperanza, y que otros siervos que siempre están crucificando su carne para alcanzar este precioso don, y que siempre están temblando el que se les niegue, se hayan de engañar? ¿En qué se funda el pecador que continúa ofendiendos para contar con este excelente don, quando al mismo tiempo no ofrece para alcanzarle mas que sus delitos, y la presuncion de haberle esperado?

Sí, Católicos, aun quando Dios concediera algunas veces esta gran misericordia en la última hora á una alma que hasta entonces hubiera diferido su conversion, digo que nunca os la concederá á vosotros que solamente la dilatais hasta aquella hora, porque en ella esperais esta misma misericordia: Es verdad, que pudiera suceder que un pecador, que en el tiempo de sus desordenes nunca hubiera reflexionado acerca de su estado, ni de su salvacion, y que hubiera vivido sin pensamiento alguno de fé, y sin remordimiento alguno de sus culpas, volviese sobre sí en aquel terrible momento, se atemorizase de su pasada insensibilidad, levantase al

cielo los ojos bañados de lágrimas, y un corazón nuevamente enternecido, y que el Señor desde lo alto de sus misericordias mirase con ojos propicios á este ciego, que solamente entonces empezaba á abrir los ojos á la luz; si alguna vez se concede la gracia de la penitencia en la última hora, parece que se podría conceder á un pecador de esta naturaleza. Pero vosotros, que de esta esperanza formais el funesto motivo de vuestros desordenes; vosotros que solamente dilatais la conversión, porque os persuadís á que tendréis tiempo en la hora de la muerte para volveros á Dios, y que no despreciará entonces el Señor vuestro arrepentimiento; vosotros que os valeis aun de su misma misericordia para ultrajarle. ¡Oh pecador, indigno entonces aun de la vista de un Dios que no pudiera irritarse, de un Dios que solamente fuera misericordioso sin ser justiciero, de un Dios que no te hubiera declarado que entonces te ha de abandonar! ¿Qué recurso puede quedarte? Aun quando tu vida, llena toda de delitos, no apartara entonces de tí esta especial gracia que esperas, no bastaba para hacerte indigno de ella la temeridad con que la has esperado? Ninguna cosa pone tanta distancia entre el alma delinquente, y la misericordia de Dios, como el señalar dias y momentos á su gracia y á su espíritu, que inspira donde quiere, y quando quiere: ¿Y quién sois vosotros, como decia en otro tiempo Judith á los de Bethulia, que habian señalado dia para entregarse á Holofernes, si no acudia al Señor á libertarlos; ¿quién sois vosotros para poner de ese modo termino á la misericordia del Señor, y para señalarle dias y momentos á vuestro arbitrio? *Qui estis vos, qui posuistis tempus miserationis Domini, & in arbitrium vestrum diem constituitis ei?* (a)

(a) *Judith. 2. v. 11. 13.*

A unas verdades tan terribles oponéis sin duda aquella secreta y falsa esperanza, de que estas amenazas generales no os comprenderán en particular: Pero os pregunto, ¿quáles son los pecadores á quienes se amenaza en los libros santos, que serán abandonados de Dios en la hora de la muerte? ¿No son los que se parecen á vosotros? ¿Qué merito hallais que os pueda lisongear de que entonces Dios haya de usar con vosotros de particulares atenciones? ¿Acaso vuestra vida pasada: Bastante favor sería el que Dios quisiera olvidarse de ella; ¿acaso los deseos de conversión que habeis estado formando continuamente? Esos mismos deseos acabarán de haceros inescusables: ¿Acaso aquella buena disposición de vuestro natural, que casi os precisaba á amar la virtud? Esa era una gracia de que entonces Dios nos ha de pedir cuenta: ¿Acaso la esperanza que tuvisteis en su misericordia para la última hora? Ya habeis oido que este será el mayor de todos vuestros delitos. Lo que yo hallo particular en vosotros es que sereis mas indignos de la misericordia del Señor que ningun otro pecador, y que el justo Dios tendrá contra vosotros algunas razones mas para negaros lo que esperais, que contra la mayor parte de las almas impenitentes. ¿Pues en qué os podeis fiar todavía, Católicos? Sin duda en la bondad de Dios, que no quiere la muerte del pecador; ¿en su bondad? ¿Pensais acaso que su bondad consiste en una insensibilidad que no siente el ser ofendida con los mayores ultrajes? ¿En su bondad? Por lo mismo que es bueno abandonará al pecador en la hora de la muerte; su bondad no le permite entonces conceder unas gracias que servirian de escollos á los demás hombres; su bondad no quiere poner lazos á la falsa confianza de los pecadores, abriendo sus entrañas en aquellos ultimos instantes á los gritos de una alma infiel: Tambien es bondad en Dios el quitar á nuestras pasiones los pretextos de error

y de impenitencia, y no hacer que la salvacion de uno sirva de perdicion para muchos: De este modo contais con la bondad de Dios, y su misma bondad es la que pide vuestro castigo, y la que debe hacernos temer en todo.

No os pido, Católicos, mas de que hagáis aqui una reflexion: No hay hombre que durante su vida no forme mil veces la resolucion de mudarla; y casi no hay hombre que no muera antes de haberlo executado: Aun los mas distraidos desean acabar santamente; todos quieren, como Baalám, morir con la muerte de los justos, y nadie quiere vivir como ellos; todos mueren con este deseo; de este modo hemos visto morir á nuestros parientes, á nuestros amigos, á nuestros superiores, y aun despues de su muerte para consolarnos de su pérdida, nos solemos acordar de aquellos quimericos proyectos de conversion que les habiamos oido algunas veces en su vida: Estaba pensando en convertirse, solemos decir; siempre nos estaba hablando de esto; y luego quedamos tranquilos acerca de su suerte, y pronosticamos favorablemente de su salvacion. ¡Gran Dios! esto es lo que unicamente me hace temblar acerca de la suerte de mi alma: esto lo que me hace temer la severidad de vuestros juicios para con ella. ¿Qué hacemos con acordarnos de los deseos de penitencia que tantas veces hemos formado sin efecto, sino acordarnos de vuestras gracias, siempre despreciadas por nosotros? Esperamos nuestra salvacion, en lo que es sin duda el mas terrible motivo de nuestra condenacion: Nos lisonjamos de que nos mirareis con ojos de misericordia en aquella última hora, porque no os habeis cansado de avisarnos mientras dura nuestra vida; y sin duda, el no habernos entregado á la muerte, ha sido porque nos habeis visitado muchas veces, aunque en vano, durante el tiempo de nuestra vida mortal. ¡Oh vanos juicios de los hombres! ¡Qué diferen-

tes son, ó Dios mio, vuestros pensamientos de los nuestros! ¡Y qué poco conformes vuestros juicios con la ilusion de nuestras esperanzas!

Pero á lo menos direis; todos los dias estamos viendo algunos pecadores, que despues de una vida llena de desordenes, dán en la hora de la muerte señales tan vivas y tan seguras de arrepentimiento, que no se puede dudar de que el Señor se mueva con sus lágrimas, ni de que su dolor borrará todas sus pasadas infidelidades: A este error con que se lisongean tantas almas impenitentes responde Jesu Christo por mí, que entonces se le buscará, pero no se le hallará; esto es, que serán despreciadas aun las mas claras señales de arrepentimiento que podais dar entonces, que buscareis á Jesu Christo, pero que morireis en vuestro pecado. Ultima verdad, mas terrible aun que las otras, y que no dexa al pecador impenitente recurso alguno con que poder lisongearse: *Queretis me, & in peccato vestro moriemini.*

Confieso, Católicos, que quando considero esta terrible verdad, y veo por una parte al pecador en la hora de la muerte buscando á su Dios, y levantando sus manos en accion de suplicar, y por otra al Dios de las venganzas apartarse de él, y cerrar sus oidos á los gritos de su dolor, y á todas las señales de su penitencia, confieso, vuelvo á decir, que en este lance me parece el Señor un Dios terrible que no necesita del hombre; pongo á mi vista la severidad de sus juicios, y me siento sobrecogido de un secreto horror; pero por mas formidable que entonces parezca su modo de proceder, es justo, y no puede portarse de otro modo con el pecador.

No quiero decir que un solo instante de verdadera penitencia no pueda borrar los delitos de toda la vida, pero Dios entonces desprecia la penitencia del pecador que está para morir, porque es falsa: Es falsa pri-

primeramente, porque no es libre; mas es efecto de la fatal necesidad á que se ve reducido, que de la gracia y de un verdadero arrepentimiento; porque decidme, amados oyentes míos, despues de haber llegado hasta el último exceso en vuestra rebelion contra vuestro Dios, y despues que el último día de vuestra salud ha sido el último de vuestras culpas, rendís las armas, y pedís misericordia, quando os veis perdidos, y quando veis que el Dios de las venganzas tiene levantada la espada sobre vosotros; alzais los ojos al cielo, hacia donde nunca habiais mirado, quando empieza á faltaros la tierra: Detestais los infames deleytes, quando vuestro cadaver se deshace, y quando ya no percibís cosa alguna con tanta vehemencia como su fetor: Derramais vuestras riquezas sobre los pobres, quando desfallcidas vuestras manos se caen por sí mismas, y no las pueden mantener: Al tiempo de morir dais las mas sanas instrucciones á vuestros hijos y criados, quando ya no los podeis escandalizar con vuestro mal exemplo. En una palabra, os arrepentís quando ya no se os permite que prosigais siendo pecador. ¿La ocasion en que derramais vuestras lágrimas, no basta por sí sola para hacerlas sospechosas? ¿No es cierto tambien que entonces Dios juzga con equidad, despreciando vuestra penitencia? ¿Si el Señor os alargára los días, no proseguiriais tambien vosotros en vuestros delitos? ¿Si hubiera quien os asegurase de su parte que no morirais de esa enfermedad, tomariais tantas medidas para hacerose propicio? Quando no eran aun desesperados vuestros males, y teniais alguna esperanza de vida, ¿permitisteis el que se llamase al Ministro de Jesu-Christo? ¿Hubo siquiera quien se atreviese á proponerlo? ¿Pues qué dabais á entender en eso, sino que os aparteis del pecado con tanto pesar como de la vida, y que no queriais exponeros, por decirlo asi, á volveros á Dios, sin estar antes bien asegurados de que ya no podias servir para el mundo?

Se-

Segunda razon; la penitencia del pecador en la hora de la muerte casi siempre es falsa, porque su dolor no es mas que un temor puramente natural, que le inspiran el horror del sepulcro, y la memoria de las eternas penas que entonces se le representan con mas viveza: Es verdad que llora, pero no es tanto por sus culpas, como por sus desgracias: Es verdad que clama, pero no es porque con tierno afecto se vuelva ácia su Padre, sino porque dirige á su Juez unas súplicas muy interesadas; detesta sus desordenes, pero no porque sienta la injuria que con ellos ha hecho á su Dios, sino porque siente los males en que vá á precipitarse; él mismo es unicamente el objeto de su dolor, el fin de sus súplicas, y el motivo de su penitencia; nunca contó con el Señor en sus deleytes, y así no cuenta con él en su arrepentimiento: ¡Ah! Si tuviera seguridad de que no tenia que temer despues de la muerte, y de que era un sueño el Infierno, presto se borraría de su memoria el horror de sus culpas, y muy presto se enjugarían sus lágrimas, si se pudieran calmar sus temores.

Por eso, ¡ó gran Dios! Vos que penetráis lo íntimo de los corazones, y no juzgais por las apariencias, no podreis ser engañado por mis falsas lágrimas si dilato hasta entonces mi arrepentimiento: Mis lágrimas serán como las de Esaú, y las de Antioco, lágrimas estériles y reprobadas: Estaré en vuestra presencia como un reo que tiembla á vista de su suplicio, y no como un verdadero penitente, que se confunde con la memoria de sus pecados: Vereis la raíz de mis vergonzosas pasiones, que aun está viva en lo íntimo de mi alma; á vuestra vista seré impudico, mundano, sensual, ambicioso y vengativo; porque mis temores no serán mas que efecto de aquel exceso de amor propio que siempre me ha inspirado tanto horror aun á los mas cortos trabajos; quanto mas sensual

Tomo IV.

H

sual

sual y mas idólatra haya yo sido de mi cuerpo, mas vivos serán entonces mis temores, mas cobardes mis sustos, y seré mas eloqüente en mis acusaciones: pero ¿qué caso hareis; ¡ó Dios mio! de unas lágrimas que nacieron del mismo principio que todos mis pecados?

Y así, amados oyentes míos, entonces levantareis la voz al cielo desde el abismo de vuestros males, y el justo Dios se reirá de vuestros clamores: *Ego quod in interitu vestro ridebo*: (a) Llorareis, é insultará á vuestras lágrimas desde lo alto de su justicia; & *subsanabo*: os herireis el pecho, y no se ablandará vuestro corazon; le prometeréis mas fidelidad si dilata vuestra vida, y se burlará de vuestras promesas, porque verá en la corrupcion de vuestro corazon, que si dilatára vuestros días, no haría mas que dilatar vuestros delitos: Exórtareis á los que asisten á vuestra muerte á que se aprovechen de vuestro exemplo, y á que sirvan á Dios mientras tienen salud, y el Señor os responderá en lo interior: *¿Por qué tú has de contar mis justicias* (b) Le direis: no entreis en juicio, Señor, con vuestro siervo, y os responderá, *que ya estais juzgados*: Le direis, ¡ó Dios mio! lleno de bondad, Vos, Señor, solamente venisteis á salvar á los pecadores; y os responderá, *que no hay salvacion para el impío*: le direis, ó Salvador de los hombres, yo solamente pongo mi confianza en vuestra infinita misericordia; y os responderá que *la esperanza del pecador perecerá con él*: Le direis, ó Pastor Divino de nuestras almas, Vos nunca despreciais á las ovejas descarreadas que vuelven á buscaros; y os responderá, que *hay tiempo de perdonar, y tiempo de castigar*: Le direis, ó Jesus: yo pongo mi alma en vuestras manos;

(a) Psalm. 49. v. 16.

(b) Psalm. 1. v. 24.

y os responderá que no la tiene por suya, y que solamente la recibe para hacerla eterna víctima de su justicia; y vuestros infructuosos gemidos é inútiles supplicas servirán de espectáculo agradable á su furor y á su venganza. *Consolabor, & vindicabor*.

¡Ah! Entonces el pecador que nunca habia buscado en el Confesor mas que una peligrosa condescendencia, ó por mejor decir, que habia escogido el primero que le ofrecia la casualidad; entonces, como Saúl en el día que precedió á su funesta muerte, viéndose rodeado de unos peligros de que no se puede librar; entonces, vuelvo á decir, como aquel reprobado Principe, hace salir á otro Samuel del sepulcro; llama á algun hombre de Dios de lo mas oculto de su retiro, al mas conocido, al mas docto, al mas respetado por su zelo, y por sus talentos, y le dice, como aquel desgraciado Rey: Me hallo entre mortales penas. *Coarctor nimis*. (a) Os he enviado á llamar para que me digais lo que debo hacer en la extremidad en que me hallo: *Vocavi ergo te, ut ostenderes mihi quid faciam?* (b) ¿Pero qual sería entonces la respuesta del hombre de Dios, si le fuera permitido el responder lo que la religion le obliga á pensar? ¿Por qué inquietais el sosiego de mi sepulcro, le diría, como Samuel á Saúl, y me obligais á salir de mi retiro para venir á este lugar? *¿Quare inquietasti me, ut suscitarem?* (c) Ya no es tiempo de recurrir al Señor: ¿De qué sirve el consultarme, quando ya os ha abandonado? *¿Quid interrogas me, cum Dominus recesserit à te?* Morireis, y la Justicia de Dios cumplirá en vos lo que tantas veces os habiamos anunciado de su parte. *Faciet enim tibi Dominus sicut locutus est in manu mea.*

(a) 1. Reg. 18. v. 19.

(b) Ibid.

(c) Ibid.

ma. (a) Esto es lo que entonces piensa el Ministro del Señor. Os exorta á que no desesperéis, pero no porque él forma mucha esperanza; os habla de las misericordias del Señor, pero adora interiormente los terribles decretos de su justicia para con vosotros. Os abre el seno de la Gloria para despertar vuestra esperanza, pero al mismo tiempo vé abierto el abismo que os ha de tragar: Os pone delante el Divino Salvador espirando en la Cruz, pero no se atreve á deciros, que aquella Cruz no es para vosotros trono de gracia, sino un Tribunal severo, desde donde se pronuncia vuestra sentencia. Os disminuye con santos artificios de caridad el horror de vuestras culpas para que no caygáis en desesperación, pero sabe muy bien que el Señor tiene su peso y medida, y que no está en mano del hombre el alterarlos. Os repite muchas veces, para asegureros contra una vida llena de desordenes, que la gracia no necesita mas que un momento para salvar al pecador, y que un solo movimiento de verdadero dolor equivale á muchos años de virtud, y puede consumir la santificación; pero no ignora que este movimiento es uno de aquellos prodigios singulares de gracia, con los que es cosa terrible tener que contar para la salvación; y que el comun y casi infalible efecto de una vida pecadora es la muerte en pecado.

Permitidme, Católicos, que os haga otra reflexión, con que concluyo estas espantosas verdades. ¿Qué cosa mas favorable podeis desear para vosotros en la hora de la muerte, que el tener tiempo, y hallaros en estado de poder buscar á Jesu-Christo? ¿Qué el buscarle efectivamente, y ofrecerle lagrimas de dolor y penitencia? Esto es lo mas favorable que os podeis prometer para aquella ultima hora; y no obstante eso (tiemblo al considerar esta verdad) no obstante, ¿qué

(a) *Ibid.* v. 17.

es lo que Jesu-Christo os permite esperar de vuestras diligencias y lágrimas, si las dilatais hasta entonces? Me buscareis, y morireis en vuestro pecado. *Quæritis me, & in peccato vestro moriemini.* Pues conso laos ahora, Católicos, con las señales de arrepentimiento que dan en aquella ultima hora vuestros amigos y parientes; vivid tranquilos acerca de vuestros desordenes mientras os dura la vida, lisongeandoos de que los podreis expiar con una muerte semejante á la suya; decís de un pecador inveterado, á quien entonces atemoriza el espectáculo de los juicios de Dios, que el Señor le concedió la gracia de acabar christianamente; que aunque su vida no haya sido muy regular, su muerte ha sido de mucha edificacion; que seriamos felices en morir como él; y que no se debe dudar de que el Señor le haya perdonado. ¡O Dios mio! No intento poner limites á vuestra misericordia; pero, Católicos, es verdad que él ha buscado á Jesu-Christo, ¿pero le ha hallado? Es verdad que ha suplicado y gemido, ¿pero ha sido oído del Señor? Es verdad que tomó en sus manos á Jesu-Christo Crucificado, que bañó sus sagrados pies con sus lágrimas, como la pecadora del Evangelio; ¿pero acaso se le dixo como á esta: *Tus pecados quedan perdonados?* (a) Es verdad que le suplicó con una voz desfallecida, como el Buen Ladrón desde la Cruz, que se acordase de él en su reyno; ¿pero oyó acaso aquellas dulces palabras: *Oy estarás conmigo en el cielo?* Vosotros lo esperais así, pero no lo sabeis: Lo que yo sé es, que entonces buscareis á Jesu-Christo, y no le hallareis, y que morireis en vuestro pecado: Lo que yo sé es, que los Sacramentos de eterna salud, aplicados entonces al pecador, acaso consuman su reprobacion, y que muchas veces la ultima de las gracias de la Iglesia es el

(a) *Luc.* 7. v. 88.

ultimo de sus sacrilegios : Lo que yo sé es , que todos los Padres que han hablado de la Penitencia de la hora de la muerte , hablan de un modo que hace temblar : Lo que yo sé es , que vuestra justicia , ¡ó Dios mio! permite muchas veces que unos pecadores famosos por los excesos de su vida, se den golpes de pechos , quando están para morir, usen de las mas vivas expresiones de dolor y arrepentimiento , y mueran á vista de todo un Reyno con señales exteriores de conversion ; y parece que vuestra Justicia , terrible siempre en sus consejos , lo permite, para que se engañe con estos exemplos , si es licito decirlo así , la falsa confianza de los pecadores impenitentes. Estos son los castigos , gran Dios , que exerce vuestra Justicia con las pasiones humanas ; os servis de la falsa penitencia de unos para preparar castigos á la impenitencia de otros ; y castigais á los pecadores , valiendos de ellos mismos : Lo que sé es esta verdad de fé , que es corto el numero de los que se salvan , y no obstante si todas las señales de arrepentimiento que dan los pecadores en la hora de la muerte nacieran de un corazon verdaderamente arrepentido , y fueran suficientes para conseguir la eterna salud , casi no hubiera pecador que no se salvase ; pues á excepcion de algun impío , que estiende hasta aquella hora su funesta insensibilidad , y muere sin querer oír hablar del Dios que le ha de juzgar , lo que apenas se vé una vez en un siglo , los demás pecadores todos mueren dandose golpes de pechos , y implorando las misericordias del Señor , y así seria mayor el numero de los que se salvaran , lo que es contrario á la sentencia de Jesu Christo. Lo que sé es , que es necesario hacer penitencia mientras Dios nos concede tiempo para ello , y que en la ultima hora , ó no estareis en estado de buscar al Señor , ó aun quando le busqueis no le hallareis , y consiguientemente

te si dilatais vuestra penitencia hasta la muerte , morireis en vuestro pecado , porque entonces casi siempre es imposible é inutil la penitencia : Quiera Jesu Christo , Católicos , que no os comprendan estas amenazas , y que en la ultima hora vuestra muerte , semejante á la de los justos , sea un tránsito á la feliz inmortalidad. Amen.



SERMON
PARA EL MARTES
DE LA SEGUNDA SEMANA
DE QUARESMA.
SOBRE EL RESPETO HUMANO.

Omnia vero opera sua faciunt, ut videantur ab hominibus.

Todas sus acciones las hacen de modo
que las vean los hombres. *Matth. 23.*

v. 5.

LA falsa devocion, y el cuidado en grangearse las atenciones públicas con el exercicio de las obras santas, no me parece que es el escollo que mas deba temerse para la mayor parte de los Fieles. Es verdad que puede suceder que el vicio de los Fariseos tenga imitadores, pero no es este el vicio dominante en la mayor parte de los hombres. El respeto humano, que hace que sirvamos á Dios por grangearnos la

es-

estimacion de los hombres, es mas raro que el que nos impide el servirle por temor de perderla. La tentacion mas comun no es gloriarse de una virtud falsa, sino el avergonzarse de la verdadera; y el temor culpable del respeto humano condena á muchos mas Christianos, que la desvergüenza y el doblez de la hypocresía.

Estos dos vicios se parecen entre sí, en que ambos sacrifican la salud eterna á los vanos juicios de los hombres. Pero como entre todos los obstáculos para la conversion es el mas comun y peligroso el respeto humano, y el cobarde y pecaminoso temor del mundo, importa mucho el explicar claramente en que consista su engaño; porque en qualquiera estado que nos haya colocado la providencia, siempre estamos unidos á cierta especie de gentes que nos rodean; á nuestros parientes, á nuestros amigos, á nuestros protectores, á nuestros Gefes: Este corto numero de personas forma para nosotros un mundo aparte; tememos sus juicios, y sacrificamos á su gusto aun nuestros deseos de virtud, si por ponerlos en execucion hemos de merecer sus burlas y censuras. Digo, pues, que esta disposicion encierra primeramente un desprecio de Dios que la hace muy culpable; en segundo lugar, un temor del mundo que la hace muy insensata; y finalmente, una preocupacion contra la virtud que la hace muy injusta; un desprecio de Dios que la hace muy culpable, porque temeis al mundo mas que á Dios; un temor del mundo que la hace muy insensata, porque haceis demasiado caso de la vanidad de sus juicios; finalmente, una preocupacion contra la virtud que la hace muy injusta, porque os la figurais como una condicion siempre expuesta al desprecio, y á las burlas del mundo, siendo así que el mismo mundo la respeta y admira: El delito del respeto humano, su locura y su

Tomo IV.

I

in-

SERMON
PARA EL MARTES
DE LA SEGUNDA SEMANA
DE QUARESMA.
SOBRE EL RESPETO HUMANO.

Omnia vero opera sua faciunt, ut videantur ab hominibus.

Todas sus acciones las hacen de modo
que las vean los hombres. *Matth. 23.*

v. 5.

LA falsa devocion, y el cuidado en grangearse las atenciones públicas con el exercicio de las obras santas, no me parece que es el escollo que mas deba temerse para la mayor parte de los Fieles. Es verdad que puede suceder que el vicio de los Fariseos tenga imitadores, pero no es este el vicio dominante en la mayor parte de los hombres. El respeto humano, que hace que sirvamos á Dios por grangearnos la

es-

estimacion de los hombres, es mas raro que el que nos impide el servirle por temor de perderla. La tentacion mas comun no es gloriarse de una virtud falsa, sino el avergonzarse de la verdadera; y el temor culpable del respeto humano condena á muchos mas Christianos, que la desvergüenza y el doblez de la hypocresía.

Estos dos vicios se parecen entre sí, en que ambos sacrifican la salud eterna á los vanos juicios de los hombres. Pero como entre todos los obstáculos para la conversion es el mas comun y peligroso el respeto humano, y el cobarde y pecaminoso temor del mundo, importa mucho el explicar claramente en que consista su engaño; porque en qualquiera estado que nos haya colocado la providencia, siempre estamos unidos á cierta especie de gentes que nos rodean; á nuestros parientes, á nuestros amigos, á nuestros protectores, á nuestros Gefes: Este corto numero de personas forma para nosotros un mundo aparte; tememos sus juicios, y sacrificamos á su gusto aun nuestros deseos de virtud, si por ponerlos en execucion hemos de merecer sus burlas y censuras. Digo, pues, que esta disposicion encierra primeramente un desprecio de Dios que la hace muy culpable; en segundo lugar, un temor del mundo que la hace muy insensata; y finalmente, una preocupacion contra la virtud que la hace muy injusta; un desprecio de Dios que la hace muy culpable, porque temeis al mundo mas que á Dios; un temor del mundo que la hace muy insensata, porque haceis demasiado caso de la vanidad de sus juicios; finalmente, una preocupacion contra la virtud que la hace muy injusta, porque os la figurais como una condicion siempre expuesta al desprecio, y á las burlas del mundo, siendo así que el mismo mundo la respeta y admira: El delito del respeto humano, su locura y su

Tomo IV.

I

in-

injusticia son todo el asunto de este discurso: Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

LA malicia del comun enemigo, dice San Agustin, ha mucho tiempo que pone dos peligrosos lazos á la flaqueza de los hombres, uno de seducción, y otro de terror. *Posuit in muscipula errorem, & terrorem.* (a) Un lazo de seducción, atrayendolos con esperanzas lisonjeras; y un lazo de terror, asustandolos con necios temores: *Errorum quo illi-iat, terrorem quo frangat.* (b) Se vale del primero quando quiere corromper la inocencia, y enredarla en los funestos caminos de las pasiones; y recurre al otro quando quiere intimidar al pecador, que está ya medio movido, y ahogar en su nacimiento sus débiles deseos de penitencia y salvacion.

Es verdad, Católicos, que la experiencia de el mundo y de los placeres casi basta por sí sola para defendernos contra la primera ilusion que nos promete en ellos encantos y felicidades imaginarias; y tambien es cierto, que nada ayuda tanto á desengañarse del mundo como el mismo mundo. Pero esta larga experiencia, en vez de curar los vanos temores acerca de sus juicios, parece que solo sirve de hacernos mas timidos: Quanto mas hemos vivido en el mundo, mas le tememos; quanto mas hemos envejecido baxo su yugo, mas le respetamos; quanto mas hemos experimentado sus placeres y sus agitaciones, mas respetos queremos guardar con él quando se tra-

(a) *In Psalm. 30. Enarr. 2. num. 10.*

(b) *Ibid.*

ta de abandonarle, y de entablar una vida mas regular y retirada.

Pues sabed, amados oyentes míos, vosotros á quienes un temor tan culpable retiene aun en la esclavitud del mundo y de las pasiones, no obstante las santas inspiraciones que continuamente os están llamando á unas costumbres mas christianas, sebed que esta disposicion ultraja á la grandeza de Dios, y á la verdad de sus promesas; y que los timidos respetos que actualmente os separan de él, son mas injuriosos á su gloria, que los mismos delitos que os habian separado hasta aquí.

A la verdad, la grandeza de Dios pide que no le compareis con un mundo despreciable, y que tengais toda la gloria que proviene de los hombres por sueño y por error, puesta en paralelo con la suya. Pero quando por una parte os llama la voz de Dios, y por otra os detiene el temor de los hombres, decid con la disposicion de vuestro corazon: Señor, yo os sirviera desde ahora si el estado en que me hallo me permitiera el servirlos. Yo bien quisiera romper para siempre con un mundo que me es pesado é insufrible, si declarandome por vuestra Ley no le diera motivo para que lo censurase, y se burlase de mi nueva conducta: Es verdad que conozco que el vivir separado de Vos es una cosa triste; me habeis favorecido con inclinaciones propensas á la virtud, y con un género de horror á los vicios, de que tanto tiempo he sido esclavo. Con todo eso, aun arrastro mis cadenas, aunque contra mi voluntad; porque el mundo, con el que me es preciso vivir, y que no puede amarnos, tampoco quiere que os ame. Ah! Si mis inclinaciones, Señor, hubieran de decidir de mi suerte, y si yo pudiera vivir lejos de la vista del público, solamente viviría para Vos, porque verdaderamente, solo Vos mereceis ser servido;

pero bien sabeis quan terrible es el mundo para con los que os sirven publicamente, y del modo que que- reis ser servido; y como yo estoy precisado á vivir en el mundo, y es preciso declararme por Vos, ó por él, aunque no quiero ofenderos, soy tan cobarde que aun sigo los caminos que os ofenden; y aunque el mundo no me gusta, conozco que no tengo valor para atreverme á desagradarle. ¡O hombre, exclama San Juan Chrisóstomo, sabes bien qual es el estilo que usas con tu Dios! Sabes que le estás diciendo: Me conformo, Señor, en que me maldigais, con tal que me apruebe el mundo; mas quiero ser eterno objeto de vuestras venganzas y de vuestro desprecio, que dexar de gozar acá en la tierra de la estimacion y vanos aplausos de los hombres. Católico, ¿no te horroriza esta impiedad? Pues advierte que estás incurriendo en ella.

Pero no solamente ultraja á la grandeza de Dios este temor del mundo, sino que tambien es injurioso á la verdad de sus promesas. ¿Os parece que quando os hayais declarado por Jesu Christo, no sabrá su Magestad confirmar vuestro corazon contra el desenfreno de los juicios humanos, y que los dardos que tirarán entonces contra vosotros las lenguas de los necios no serán como los que arroja un tierno niño, de los que no se hace caso? *Sagitta parvulorum facta sunt plaga eorum.* (a) ¿Os parece que hallándoos ilustrados con nuevas luces de la gracia, no oireis con santa firmeza unas conversaciones, en que no hallareis mas que los funestos desordenes de un entendimiento abandonado de Dios? ¿Os parece que mirareis siempre de un mismo modo los juicios de los hombres? ¡Ah! Si entonces aun haceis caso de sus burlas, solo será

(a) *Psalm. 63. v. 15.*

para compadeceros de su perdicion y desorden: Desearéis que ellos conozcan al Señor, y no que aprueben vuestros procederes; que bendigan su Santo Nombre, y no que alaben el vuestro, que amen la virtud, y no que admiren vuestros exemplos; su salvacion os interesará mas que sus aplausos, y la Gloria del Señor mas que la vuestra. Yo he afligido á mi alma con el ayuno, decia en otro tiempo un penitente Rey, y el mundo se burlaba de mí; me cubrí de ceniza y de cilicios, y era la fabula de Jerusalén; lloré mi pecado en vuestra presencia, ¡ó Dios mio! y fui el asunto de las conversaciones y canciones satyricas de los insensatos: *Et posui vestimentum meum cilicium, & factus sum illis in parabolam..... & in me psallebant, qui bibebant vinum.* (a) Y entonces, movido mas de su locura que de su desprecio, os supliqué, Señor, que tuvieseis piedad de su ceguera, y que les manifestaseis las eternas verdades de vuestra justicia: *Ego vero orationem meam ad te Domine.* (b) Esta será la impresion que harán en vosotros los vanos discursos de los censores de la virtud. Omíto el deciros que en aquellos primeros momentos de gracia y de verdadera mudanza del corazon, no hay cosa alguna que pueda mover á una alma sino su Dios, y el horror de su vida pasada. Es tan viva la compuncion de aquellos felices principios, son tan divinos entonces los atractivos de la gracia, que embriagado el corazon, por decirlo así, con la fuerza de su dolor, y con la novedad de aquel santo consuelo, nada conoce mas que la alegría de poseer á su Dios, y el pesar de haberle ofendido. ¡Mundo profano! ¿Qué podrán en-

(a) *Psalm. 6. v. 12. 13.*

(b) *Ibid. 13.*

tonces tus discursos con una alma que ya no te conoce? ¿Qué le importarán entonces las censuras y burlas de los hijos de los hombres al justo, elevado ya por la fe sobre todas las cosas humanas, que ya conversa con su Dios como un amigo con otro, que ni aun sabe lo que pasa en la tierra, que está como Moisés sobre el Monte Santo viendo á su Dios cara á cara, gustando del inesable deleyte de su presencia, y no se halla en estado de que le muevan las murmuraciones y calumnias que contra él se esparcen en el Campo? Almas justas que me escucháis, responded por mí, contad las maravillas del Señor, y cuáles fueron los principios de las Divinas operaciones de la gracia que mudó vuestro corazon, y confundid la flaqueza del pecador tímido, que no puede comprender cómo Dios se puede hacer amar mas de lo que el mundo se puede hacer temer.

Pero á estas santas máximas se opone una ilusión: Queremos tomar inmediatamente las medidas para nuestra eterna salud, nos hallamos disgustados del mundo y de sus deleytes, y conocemos que no hay en la tierra mas verdadera felicidad que el entregarse á Dios, pero nos detiene el que para empezar una nueva vida es necesario hacer ruido, que es preciso poner carteles, como para avisar al mundo que vamos á tomar el partido de la devoción, y vamos á presentar al mundo una Scena, en la que regularmente la imprudencia y el amor propio tienen mas parte que el Espíritu de Dios, y que no conseguiremos mas que hacer ridicula la virtud. ¿No será cosa mas prudente, nos decimos, el condescender con el mundo en ciertas cosas que pide la buena crianza, y reservar al mismo tiempo el corazon para Dios, que no quiere mas que los corazones, aunque al mismo tiempo parezca que nuestro exterior se conforma con los demás? Semejantes en esto á aquel Angel que guiaba á Tobías el jóven, el que aunque

estaba siempre en la presencia del Señor, y se sustentaba con una comida invisible, parecia no obstante semejante á los demás hombres, y que usaba de la misma comida que ellos. *Videbar quidem vobiscum manducare, & bibere, sed ego cibo invisibili, & potu qui ab hominibus videri non potest, utor.* (a)

De este modo, como refiere San Agustin, se engañaba en otro tiempo aquel célebre anciano Victorino, tan conocido en Roma por su sabiduría y eloquencia: desengañado de la vanidad de los Idolos, convencido de la verdad de nuestros santos libros, y christiano en el corazon, se persuadia á que el Señor que no mira mas que el interior, tampoco le pedia mas; y que en su edad podia ya dispensarse de dar que decir en Roma, y de declarar abiertamente su conversion. Yo soy Christiano, aunque no lo parezco, decia muchas veces al Santo Presbytero Simpliciano, que no cesaba de exórtarle á la fe: *Noveris me jam esse Christianum*, y como aquel Siervo de Jesu-Christo le respondiese que no le creía, si no le veía concurrir con los fieles, y dar con sus hermanos señales públicas de su fe y de su mudanza: *Non credam, nec deputabo te inter Christianos, nisi in Ecclesia Christi te videro*. Respondia Victorino, engañado aun, y como burlandose de la sencillez de su amigo; ¿acaso las paredes hacen al Christiano? *¿Ergo ne parietes faciunt Christianum?* Pero Vos: ¡ó Dios mio! continúa este Santo Padre, no tardasteis en desengañarle de su error; le disteis á conocer que era impiedad el avergonzarse de los humildes misterios de vuestro Verbo, y no de las sacrilegas ceremonias de los demonios; avergonzóse de la vanidad, y no volvió á tener empacho de seguir la verdad: *Eruibuit vanitati, depuduit veritati.*

(a) Tobias 12. v. 19.

Y á la verdad, Católicos, el usar con el mundo de estos tímidos respetos es no ser todavía Christianos: Bien sé que hay ciertos cumplimientos inevitables, que no puede negar la mas escrupulosa devocion á las costumbres; que la caridad es prudente, y toma diversas formas; que algunas veces es necesario saber ser flaco con los flacos; y que muchas veces hay virtud y merito en saber ser á tiempo menos virtuoso y perfecto, por decirlo así; pero digo que todas las condescendencias que solamente se dirigen á persuadir al mundo que todavía aprobamos sus abusos y máximas, y escusar el que nos tengan por siervos de Jesu Christo, como si fuera esto un título infame y vergonzoso, es un disimulo culpable, injurioso á la Magestad de la Religion, y menos digno de excusa, que el desorden manifiesto y declarado.

Porque es una afrenta que haceis á la grandeza de Dios á quien adoran todas las criaturas. ¿Pues qué, no os habeis de atrever á reconocerle por Dios á las claras? ¿Habeis de fingir delante de los hombres que no le conocéis? ¿No ha de ser mas que vuestra oculta Divinidad, al mismo tiempo que tributais al mundo vuestros respetos, y un culto público y declarado? ¡O hombre! ¡El Dios del cielo y de la tierra no ha de ser para tí mas que un Dios domestico, y confundiendo con los Idolos que antiguamente estaban reducidos al hogar y recinto de cada familia, te has de contentar como Raquel, con ocultarle en tu tienda, y adorarle sin que lo sepan tus hermanos!

Tambien es ser ingratos á la gracia que os ilumina, que os mueve, que os disgusta del mundo, y de las pasiones: ¿Es posible que os hayais de avergonzar de haber sido escogidos de Dios como un vaso de misericordia, de haber sido separados de tantos pecadores que continuamente perecen á vuestra vista, dexandose ar-

ras-

rastrar de los encantos de los sentidos y de las pasiones? ¿Os habeis de avergonzar de ser el objeto de la clemencia y de la bondad Divina? ¿Os han de causar mas confusion los favores del cielo, y el beneficio que curó vuestra alma de sus heridas, que la que os causaba en otro tiempo la infamia de esas mismas llagas? ¡O hombre! ¿podrá un corazón noble avergonzarse de amar á su bienhechor? ¿Es modo de agradecer el Don de Dios, avergonzarse de haberle recibido?

Tambien es un fingimiento indigno de un corazón generoso; porque si teneis pensamientos de virtud y de justicia, ¿por qué habeis de hacer traycion á vuestra conciencia en este punto? ¿Por qué habeis de disimular cobardemente lo que sois? ¿Por qué habeis de ser en algun modo un público impostor? Una alma grande ¿puede disfrazarse de este modo? Si sois amigo de Jesu-Christo, ¿por qué lo habeis de ocultar? Aun quando vivieramos en aquellos desgraciados siglos, en que le miraban como á un impostor, y en que los Reyes y Magistrados se levantaban contra él y contra su culto, sería accion muy gloriosa el tener valor para declararse á favor de un amigo perseguido y abandonado, y sería infamia el negarle en público; y ahora quando nada arriesgais, fingis no estar de su parte? Basta la generosidad de corazón para no poder sufrir este engaño. ¡O hombre que por otra parte te precias de tener una alma tan generosa, y de que todas tus acciones son nobles, sinceras, y grandes, solamente en asuntos de religion has de ser mas falso, mas tímido, y mas cobarde que la gente mas vil de la plebe!

Finalmente, tambien con eso dais ocasion de escandalos y de error á vuestros proximos, porque esos exemplos de condescendencia entre el mundo y Jesu-Christo son mas peligrosos que los mismos exemplos de una dissolution declarada. A la verdad, la vida licenciosa de un pecador le grangea mas censores de su proceder, que

Tomo IV.

K

imi-

imitadores de sus excesos. Pero los placeres y los abusos del mundo, autorizados con una vida, por otra parte regular, y aun muchas veces mezclada de acciones piadosas, causan un engaño casi inevitable: Quanto mas eviteis los desordenes ruidosos, si por otra parte os permitis todas las diversiones y todos los abusos que autoriza el mundo, mas peligrosos sois para vuestros proximos: Quanto mas les persuadis que el mundo no es tan incompatible con la salvacion como se piensa, hacedis que nuestros oyentes estén mas incredulos y preocupados, quando les anunciamos que es imposible servir á dos Señores. Y finalmente mas multiplicais en la Iglesia las falsas penitencias, sirviendo de modelo á muchos pecadores casi arrepentidos, los que no se persuaden á que en la virtud haya mas de lo que os ven executar, y hubieran pasado mas adelante con la gracia de su conversion, si vuestra cobardia no los hubiera persuadido á que todo lo que ven de mas en otros es demasia y exceso, y que solamente vosotros sabeis evitar la indiscrecion, ateneros á lo esencial, y ser virtuosos como se debe en el mundo. ¡ O hombre! vuelvo á decir, ¡ no basta el que tus desordenes hayan servido de escandalo á tus proximos, sino que tambien ha de ser oy funesta para ellos tu falsa virtud!

Pero por ultimo, Católicos, ¿ merece el mundo tantos respetos? Aun quando no fuera pecado el sacrificar la salvacion al temor de sus juicios y censuras, ¿ á lo menos no sería una locura? Pues esto es lo que voy á manifestaros en esta segunda parte de mi discurso: la locura del respeto humano.

SEGUNDA PARTE

Todos los pecadores son necios, porque todos prefieren un deleyte instantaneo á las promesas eternas. Con todo eso, nuestras pasiones forman cier-

NI como los

tos errores, que no siempre es facil distinguir de la verdad; los confunden con tanta destreza, y de un modo tan parecido, y es tan dificil el conocerlos, que casi es imposible el no engañarse, y se puede muy bien decir que hay algunas ilusiones, que aunque opuestas á las reglas y á la obligacion, á lo menos se pueden escusar por las apariencias que tienen de equidad y prudencia. Pero la pasion de que hablamos no es de este número; su extravagancia se manifiesta con tanta claridad, que casi no dexa lugar al engaño: Es verdad que la locura es como el caracter propio del pecador, que movido de un sincero deseo de convertirse á Dios, no se atreve á hacerlo, porque teme al mundo, y á la puerilidad de sus discursos y censuras. Verdaderamente, Señores, que si me dais lugar para considerar este vano temor en sí mismo, y en las circunstancias que le acompañan, vendreis á confesar que es absolutamente insensato.

Dixe; si se considera este vano temor en sí mismo; porque, Católicos, poneos en las circunstancias que quisiereis, ya sean de hombre justo, ó de mundano: escoged la corte, ó el retiro; vivid como Philosophos ó como libertinos; figuraos que sois una muger regular ó una muger mundana; ¿ os parece que todos los hombres aprobarán siempre vuestra conducta, ni que habeis de tener los votos de todos á vuestro favor? Aun en el mismo estado en que os hallais, sin atreveros á romper con el mundo, y guardando con él tantos comedimientos, ¿ os parece que todos os aplauden, y que no teneis vuestros censores como vuestros panegyristas? Unos os tienen por hombre cabal, por amigo generoso, por un guerrero superior á los demás, por un Cortesano sincero y desinteresado, por de un talento instruido y superior, por una muger irreprehensible, y libre de toda sospecha; otros os acusan de pérfido, de hombre de mala fé, abaten el

K 2

res-

resplandor y mérito de vuestros talentos y de vuestros servicios; os colocan entre los entendimientos vulgares, y os atribuyen flaquezas indignas de vuestra gloria. Registrad todos los estados, y ved si jamás podreis conseguir el que todos los hombres esten conformes acerca de vuestra reputacion y de vuestra conducta. Moysés vengando la causa de un Israelita oprimido, contra la violencia de un Egypcio, no está libre de la censura de sus hermanos; Moysés vengando la gloria del Señor contra sus mismos hermanos, y exterminando á los murmuradores, tampoco es mas feliz, ni puede evitar sus quejas. Moysés retirado por quarenta dias á la montaña, prefiriendo los santos consuelos de la soledad, y la inefable comunicacion con su Dios, al gobierno de las Tribus, y al vano resplandor del mando y de la autoridad, es tenido en las publicas conversaciones de todo el exercito por un impostor, que despues de haber engañado al pueblo, llevandole al desierto, ha desaparecido por librarse del castigo que merecia su impostura; Moysés, aun en medio del mismo Pueblo, guiando las Tribus y exerciendo el Ministerio que le habia encargado el Señor, es tenido por un ambicioso, que apetece el Gobierno, y usurpa él solo una autoridad que debía dividir con su hermano Aarón. El zelo y la condescendencia; la vida comun y el retiro; el huir de los grandes puestos, y el poseerlos, todo halla censores. Ved si podeis hacer que todos los hombres se conformen con vosotros en un mismo asunto, y entonces se os permitirá enhorabuena, que de la vanidad de sus opiniones hagais regla para vuestra conducta: Siempre desagradais á unos por las mismas circunstancias que son motivo de que agradeis á otros: Los hombres no se pueden convenir entre sí, porque las pasiones son la regla de sus juicios, y las pasiones son distintas en todos los hombres.

Aho-

Ahora bien, amados oyentes míos, supuesto que no podeis evitar la locura de los juicios humanos en circunstancia alguna de vuestra vida, ¿por qué la habeis de temer solamente en asuntos de devocion? ¿Qué os podrá suceder quando os declareis abiertamente á favor de Jesu-Christo? Lo mismo que os sucede todos los dias en vuestras pretensiones temporales. Cada uno se hará juez de ese nuevo genero de vida; cada uno creará tener derecho para daros reglas segun su gusto, y consejos á su modo; nunca os faltarán ni apologistas, ni censores; pero si en los negocios de la tierra no os sirve de estorvo este inconveniente, ¿por qué lo ha de ser para el gran negocio de la salvacion? ¿Os parece prudencia el no atreveros á salvaros por temor de un mal que no podeis evitar, aun quando no pretendais la salvacion? ¡Ah! Mirad la contradiccion de las lenguas, y la loca variedad de los juicios humanos como efecto de los eternos Decretos de la Divina Sabiduría, que permite que el mundo sea siempre aquella Babel insensata, en donde cada uno habla distinto idioma, para que en esta confusion se instruya la fe de sus siervos, y descubra en ella la poca solidéz de las opiniones y censuras humanas, y aprenda á no temer lo que el mismo mundo nos enseña á despreciar.

Pero aun paso mas adelante, y digo: Aun quando declarandoos á favor de la virtud tuvierais al mundo entero por censor de vuestro modo de proceder, ¿qué importan, Católicos, los juicios de los hombres á quien tiene á Dios de su parte? ¿Acaso el mundo es el fin de vuestros trabajos por la salvacion? ¿Si pereceis os podrá salvar el hombre? ¿Si el Señor os justifica, quién se ha de atrever á condenaros? No ha de parecer cada uno con sus propias obras en la presencia de la terrible Magestad de aquel

Se-

Señor; que reprehenderá al mundo la injusticia de sus juicios, y juzgará á los jueces de la tierra? Temed, pues, los juicios de Dios, amados oyentes míos, porque ellos son los que han de decidir de vuestra eternidad, y no os digneis de saber ni aun lo que piensan los hombres de vosotros: ¿Qué conexión puede tener su estimacion ó su desprecio con vuestra salud eterna?

Pero no, Católicos; me parece que me engaño: sus desprecios y censuras son siempre recompensa de la virtud, y el mas cierto pronóstico de nuestra salvacion; y por consiguiente si vuestra mudanza de vida hubiera podido merecer los aplausos de ciertas personas del mundo, debierais desconfiar de una conducta que fuese capaz de agradarlas. Una virtud que se conformase con el gusto de los pecadores me sería sospechosa; la obra de Dios, aprobada por los hombres, me haría temer que aun habia en ella mucha parte de humano; dudaría de una mudanza que no hubiese apartado de vosotros al mundo reprobado. Siempre tendriais motivo para temer que entre vosotros y el mundo habia alguna secreta conformidad, porque regularmente no gusta el mundo de lo que no le es semejante; y que Jesu-Christo reprobase en vosotros lo que aun está aprobando el mundo; pero si sois tan dichosos que merezcáis sus censuras, os digo de parte de Dios que no temais; el desprecio de los hombres os debe asegurar de la aprobacion del cielo; y desde el punto que el mundo os reprueba, perteneceis á Jesu Christo.

A la verdad, Católicos, el justo en la tierra se parece á aquel sagrado fuego que los Judíos hallaron escondido en las entrañas de la tierra quando volvieron de su cautiverio: Al principio, dice la Escritura que no les pareció mas que una agua espesa y

cenagosa. *Non invenerunt ignem, sed aquam crasam.* (a) Pero apenas venció el Sol las nubes que entonces le ocultaban, y echó sobre ella algunos rayos de su calor y su luz, quando inmediatamente se encendió aquel Divino fuego, y empezó á brillar con un resplandor tan nuevo y extraordinario, que pasmados los concurrentes, quedaron poseídos de admiracion y espanto. *Utque tempus affuit, quo Sol refulsit, qui prius erat in nubilo, accensus est ignis magnus, ita ut omnes mirarentur.* (b) Asi es la condicion del justo en esta vida; el sagrado fuego que tiene oculto en su corazon está cubierto con viles apariencias; le tienen por un cieno despreciable, que solo merece ser pisado, porque está en el tiempo de su cautiverio, y Jesu Christo, eterno Sol, aun está oculto para él entre una triste nube; pero luego que el hijo del hombre se manifieste en lo alto de los ayres sobre una nube de gloria; quando vencedor de sus enemigos, y teniendo á sus pies todas las naciones juntas, arroje sobre el justo algunos rayos de su luz y magestad, se verá como se enciende aquel fuego que estaba oculto baxo las apariencias de un lodo vil; aquel hombre tan desconocido y despreciable será separado de la multitud, brillará con un nuevo resplandor, se levantará en los ayres rodeado de gloria é inmortalidad, y se dexará ver á los amadores del mundo de un modo tan admirable, que añadirá á su espanto la fatal desesperacion de una suerte muy diversa: *Utque tempus affuit, quo Sol refulsit, qui prius erat in nubilo accensus est ignis magnus, ita ut omnes mirarentur.* Hombres flacos, qué despreciables son vuestros discursos para una alma que puede consolarse con esta esperanza!

(a) *Mach. 1. v. 28.* (b) *Ibid. v. 2.*

Pero Católicos, si el temor del respeto humano es insensato en sí mismo, lo es mucho mas por razon de las circunstancias que le acompañan. Oíd, Señores, la prueba: Primeramente, ¿si estais tan desengañados del mundo, que continuamente deseais el romper con él, por qué haceis todavia caso de sus juicios? ¿Si despues de haberle conocido os parece digno de eterno desprecio, por qué quereis aun tener la aprobacion de lo que os parece tan indigno de ser aprobado?

Por otra parte, ¿no se os podría decir? Vosotros que hasta ahora, habeis gozado tan injustamente de la estimacion de los hombres, y á la vista de Dios habeis sido un abismo de miseria y corrupcion; vosotros que sabeis bien á qué extremo ha llegado en su presencia la medida de vuestras flaquezas y de vuestras culpas; de unas flaquezas que si hubieran sido vistas de los hombres, os hubieran cubierto de un oprobrio y de una eterna ignominia, y no obstante eso habeis recibido los aplausos del mundo, mientras habeis seguido sus sendas; que ha tributado vanas alabanzas á unos talentos vanos; que habeis pasado por generosos, fieles, moderados, prudentes, desinteresados, equitativos; bien sabeis que todas esas virtudes, no habiendo, como no habia, piedad, eran falsas; y aun eran mas falsas en vuestro corazon, por el cuidado que teniais de ocultar á la vista de los hombres vuestros verdaderos vicios. ¿Pues no es preciso que Dios se venga? ¿No es preciso que volvais á entrar en el orden de la verdad y de la justicia? ¿Qué sufrais que el mundo niegue injustamente á vuestra virtud las alabanzas que en otro tiempo dió injustamente á vuestros vicios? ¿Y qué reparéis con un corto abatimiento la injusticia de la gloria y estimacion que por tanto tiempo habeis usurpado?

¿Juz.

¿Juzgad vosotros mismos si esta compensacion es justa?

Aun no lo he dicho todo, ¿por qué habeis de temer en los caminos de la salvacion lo que no habeis temido en los del pecado? Quando os entregabais á los vergonzosos excesos, ningun caso haciais de los discursos de los hombres; y no habiendo temido vuestras pasiones la pública censura, ha de ser mas tímida vuestra penitencia? No usasteis de precaucion alguna para los deleytes, ¿y habeis de usar de ellas para la penitencia? ¿Quántas veces, quando estabais embriagados con los insensatos placeres, os deciais para consolaros de las murmuraciones del público, que era menester dexar hablar al mundo, y esto en el tiempo que mas le amabais, y quando seguiais con mas gusto sus máximas; ¿y ahora han de ser sus juicios de tanto peso para vosotros, quando estais resueltos á abandonarle? ¿Solamente habeis de empezar á temerle quando empezais á despreciarle?

¡Ah Católicos! Solamente somos tímidos quando se trata de servir al Señor: ¡Camina la culpa con la cara descubierta, y ha de esconderse y avergonzarse la virtud! El pecado, aquel hijo de las tinieblas, ¿no ha de temer la luz y la virtud que es fruto de la luz, ha de buscar las tinieblas, y no se ha de atrever á manifestarse! Herodes afrentó su nombre y su dignidad á vista de toda Palestina con la infamia de una pasion incestuosa: Jezabél, aquella Princesa tan llena de delitos, escoge un dia solemne para dexarse ver con mas indecencia y ostentacion en las ventanas de su Palacio de Samaria: ¡Y Sedecías, Rey de Judá, quando movido de arrepentimiento quiere por último rendirse á los avisos del cielo, y á las públicas reprehensiones de Jeremías, envia á llamar ocultamente al Profeta, toma sus medidas para no ser descubierto, y aun teme que lo sepan sus Cortesanos! ¡Y quando

Tomo IV.

L

aque-

aquella Reyna de Israel, muger de Jeroboam, quiere recurrir en su afliccion á un Profeta del Señor, y con esta accion parece que reconoce la presencia del Dios de Judá, y la vanidad de los ídolos, que habia levantado su esposo, y que no podian restituir la salud á su hijo; se disfraza con vestidos prestados, y guardando aun respetos á los Becerros de oro, y al público error de sus vasallos que los adoraban, no quiere tener testigo alguno de este su primer paso de religion con que se vuelve al Dios de sus padres!

¡Gran Dios! ¡Es posible que haya quien se averguence de servirlos, á Vos, Señor, que dais la vida, el ser, y el movimiento á todas las criaturas! ¡A Vos, á quien solamente corresponde el imperio, la gloria, la alabanza, y la accion de gracias! ¡Puede haber quien se averguence de confesar vuestro nombre, de reconocer que Vos solo sois el grande, el inmortal, y el digno de ser adorado! ¿Qualquiera temor que en este asunto tenga la criatura, no es ultrajar vuestra gloria, y el honor que Vos mismo la haceis en permitir la que os adora?

Pero si no bastan todas estas razones, amados oyentes míos, para hacerlos conocer suficientemente lo ridiculo de vuestra cobardía, examinemos de otro modo el asunto: ¿Qué es lo que podrá el mundo decir de vosotros, que tanto os acobarda? ¿Dirá acaso que sois inconstante, y que dais que decir al público? ¡Feliz inconstancia, que os aparta de un mundo, que siempre está inquieto y sin sosiego por uniros á los bienes permanentes, que nadie os podrá quitar! ¿Podrá decir que sois loco en privaros de los placeres de vuestra edad? Santa locura, mas prudente que toda la ciencia del siglo, pues renunciando á los placeres, de nada os privais, y buscando á Dios, lo hallais todo. ¿Podrá decir que no permanecereis en ese estado, y que en eso vienen á parar todas las conversiones tan

repentinas y fervorosas? Útiles reprehensiones, porque os servirán de instruccion que anime vuestra vigilancia. ¿Que solamente dexais al mundo porque el mundo os dexa? Apreciable injusticia, que os impide el que recibais en la tierra, con las alabanzas de los hombres, una recompensa vana: ¿Que teneis vuestros fines particulares, y que solamente haceis esa nueva figura por conseguirlos con mas seguridad? Esta sospecha es mas vergonzosa para el mundo que para vosotros mismos: ¿Que afectais ciertas singularidades que os hacen ridiculos para con el mundo? Esta censura es de mucho consuelo, porque os dá á entender que seguís el camino de los Santos, que nunca se parecieron al comun de los hombres, y en todos los siglos han sido mirados como hombres singulares. ¿Podrá decir finalmente, que despues que mudasteis de vida no sois bueno para cosa alguna? ¡Dios mio! El servirlos, el amarlos, el trabajar para gozaros eternamente, el cumplir con las obligaciones de Principe, de vasallo, de hombre de republica, de padre de familias, el rogar por sus hermanos, edificarlos con sus exemplos, socorrerlos en sus necesidades, consolarlos en sus penas, seguir los decretos de vuestra santa Ley, ¿es esto ser inutil en el mundo? ¿Y qué otra cosa son las mas ruidosas empresas de los amadores del mundo, comparadas con la menor obra que sea digna de la eternidad, sino unas diversiones pueriles, y una inutilidad deplorable?

Estos son, amados oyentes míos, los discursos tan terribles que os hacen abandonar la empresa de vuestra salvacion; y no quiero preguntaros, quiénes son los que hablan de este modo; porque supongo que no son los justos, pues estos siempre alaban al Señor por las misericordias que exerce con vuestras almas; tampoco son los mas prudentes entre los mundanos,

porque para con estos la virtud siempre tiene su estimacion y su valor; sino un corto número de entendimientos superficiales, ó libertinos, que en lo íntimo de su corazón glorifican á la virtud, y no la pueden negar un secreto respeto, al mismo tiempo que en público se están burlando de ella: Esta es la última reflexión contra el vicio que impugno; este vicio incluye en sí un error injurioso á la virtud, pues forma de ella una idea vergonzosa y despreciable, al mismo tiempo que el mundo la respeta y admira: Esta es la injusticia del respeto humano.

TERCERA PARTE.

ES verdad que los Libros santos no prometen mas que persecuciones á todos los que quieran vivir conformemente á la piedad christiana, y no permita Dios que yo me oponga aquí al language de la fé, ni que pretenda quitar á la virtud un carácter tan divino, y de tanto consuelo para los justos. Pero no siempre persigue el mundo á los justos, despreciandolos, como dice San Agustin, sino tambien ofreciendoles atractivos, capaces de engañar su inocencia, y autorizando los escandalos que pueden hacer titubear su fé, ó que hacen, por lo menos, que gima su piedad; porque hay muchos generos de persecuciones; y los desprecios y oprobrios no son ni la mas peligrosa, ni la mas comun.

Y así, Católicos, este escollo no es el mas temible para la virtud: Este mundo enemigo de Jesu Christo, que no conoce á Dios; este mundo que llama bien al mal, y mal al bien; este mundo no obstante ser el que es, aun respeta á la virtud; tiene envidia algunas veces á su felicidad; suele buscar amparo y consuelo

ea

en los que siguen el partido de la virtud, y aun la honra publicamente.

Y á la verdad, no es creible que el error y el desorden hayan de tal modo prevalecido en la tierra, que no haya quedado aun en los hombres algun rastro de rectitud, y alguna centella de verdad: aun los mas depravados pecadores hallan en sí mismos algunos pensamientos justos y razonables, que no obstante su propia depravacion los ponen de parte de la virtud, y los obligan á que respeten lo que aun no pueden amar: Hay impresos en la frente de los justos no sé qué divinos caracteres, que hacen que no se les puedan negar los secretos respetos; son como un espectáculo de religion, que no puede mirarse sin una especie de culto; son el arca del Señor, morada de su gloria, que aun entre los Filisteos conserva su terror y magestad.

Quanto mas esclava de sus pasiones se halla una alma mundana, mas estima en su interior al justo que sabe despreciarlas; por su propia flaqueza conoce todo el mérito de la virtud; quanto mas la oprime el amor á los deleytes, mejor conoce que nada iguala á la grandeza y valor de una alma que puede resistir á este impetuoso encanto; todas sus caídas la sirven de lecciones que la enseñan á honrar á los justos, y aprende á estimar la piedad, por las violencias que conoce es necesario hacerse para vivir segun Dios: De este modo, una alma fiel la parece un espectáculo mil veces mas digno de admiracion que todos los que admira el mundo: Conoce que la temeridad, ó la fortuna, puede formar conquistadores; que el nacimiento, ó la casualidad dá los Cetros y las Coronas; que los hombres grandes las mas veces son deudores de este nombre á las proporciones de su siglo, ó al capricho ó zudaciones de los pueblos: Que los honores y dignidades no siempre son fruto de la re-
pu-

putacion y del mérito; y finalmente que unos buenos talentos, cultivados con el trabajo y la aplicacion, pueden aspirar á los diversos generos de gloria que dá el mundo; y que no hay cosa alguna para la qual no encuentre cada uno dentro de sí mismo las primeras disposiciones; pero que la virtud por sí sola es un mérito que no se le puede disputar al justo, porque en nuestro interior todo se opone á él, y en lugar de disposiciones solo hallamos en nosotros oposicion y repugnancia; de este modo el mismo vicio nos dirige á honrar la santidad; y las tinieblas dan testimonio á la luz.

Pero no solamente no desprecia el mundo á los siervos de Jesu-Christo, sino que él mismo los llama felices, envidia su suerte, y confiesa que han escogido lo mejor: Católicos, ¿á vosotros os parece que los pecadores, esclavos de sus pasiones, siempre están embriagados con el eucanto de los sentidos, y de su engañosa felicidad? ¿Os parece que siempre les dura la ilusion, y que toda su vida es un sueño? Pues os engañais: Aun en medio de sus falsos placeres miran al justo con envidia; contraponen la paz de su conciencia á las crueles inquietudes que los sobresaltan: los consuelos que él experimenta en la virtud, á las vivas amarguras que mezcla siempre el mundo con sus pasiones; el descanso y la tranquilidad de su retiro á los continuos movimientos de sus pretensiones y esperanzas: Sus dias llenos de buenas obras, y ocupados en la salvacion, á la nada de sus inutilidades y tareas. Este paralelo, que es tan triste para ellos, les hace suspirar en lo interior: Conocen toda la miseria de su estado, y toda la felicidad de la condicion del justo, ¿pues por qué habeis de temer el parecer siervos de Jesu-Christo en la presencia de unos pecadores, que desearian parecerse á vosotros, luego que vosotros dexais de pareceros á ellos?

Aca-

Acaso tambien miran con desprecio todos los talentos mundanos de que tanto os preciais, y por los que os parece que merecis su estimacion; acaso se burlan de los mismos medios con que os parece que los agradais; acaso la semejanza de sus pasiones minorá á su vista el mérito de las vuestras; la envidia os disputa una vana hermosura; la soberbia vuestro nacimiento; la ambicion vuestro valor y vuestros servicios; la vanidad vuestros talentos y vuestra suficiencia; pues sed justos, y vereis como la piedad no tiene envidiosos: El mundo, como no aspira á esta especie de mérito, no os negará la reputacion, y acaso con ella os concederá las demás alabanzas que ahora os niega injustamente; la piedad grangeará nuevas atenciones á vuestro nacimiento, á vuestros servicios, á vuestros talentos, á las prendas de vuestra persona; y el mundo empezará á estimar en vosotros todas esas vanas excelencias luego que vosotros mismos empecéis á despreciarlas por Jesu-Christo.

Entonces dirán que es un prodigio en vuestra edad, teniendo, como tenéis, todas las qualidades propias para agradar al mundo, un nacimiento ilustre, y grandes riquezas, el haber hecho ese sacrificio: No quiero deciros que el mundo tenga razon para ponderaros tanto el mérito de ese desprecio; porque, ¿ó Dios mio! aun quando se ponen á vuestros pies los Cetros, las Coronas, y toda la gloria del mundo, ¿qué es lo que se renuncia más que unos sueños agradables, y unos pesares verdaderos? ¿Qué es lo que se os sacrifica, que merezca compararse con el tesoro de la justicia con que enriqueceis al alma fiel, y con la gloria que adquiere en serviros? Pero el mundo, injusto apreciador de las cosas del cielo, no dexará de admirar y ponderar el valor de ese sacrificio; y en vez de temer sus censuras, gemireis en secreto por la injusticia de sus alabanzas; y vengando la gloria del Señor con-

contra los injustos aplausos de los hombres y le direis con un profundo conocimiento de vuestra nada, y de su grandeza; ¿Qué he dexado yo por Vos, ¡oh Dios mi! en que no me hayais dado ciento por uno?

Pero lo que me parece que aun hace mas honor á la virtud, es que no solamente envidia el mundo la suerte de los justos, sino que regularmente no busca ni halla consuelo sino en su fidelidad, y en su rectitud; y á la verdad, vosotros mismos, amados oyentes míos, en vuestras aflicciones, y en aquellas tristes circunstancias, en que arruinadas enteramente vuestra fortuna y estimacion, casi no os dexan esperanza de remedio, en que os es insufrible la presencia de los que eran vuestros amigos en los deleytes, y que acaso tambien os abandonan; ¿en dónde hallastéis consuelo sino en las conversaciones de un amigo santo y fiel? ¿No lloraba este con vosotros, dice San Agustin? ¿No derramó el aceyte sobre vuestras heridas? ¿No sujetó insensiblemente vuestro corazon exasperado á las ordenes de la providencia? ¿Quién os socorrió en vuestra afliccion? ¿Quién fue el depositario de todo vuestro dolor, haciendose confidente de vuestras penas? ¿No habeis experimentado, que solamente los justos saben ser amigos verdaderos, y que solamente ellos son capaces de participar de las desgracias de sus amigos sin indiferencia, y de su prosperidad sin envidia?

Sí, Católicos, los mundanos siempre buscaron los justos para consolarse de las perfidias del mundo, y de los caprichos de la fortuna; con ellos descansan de la molestia de los placeres, del enfado de las sujeciones y cumplimientos, de la agitacion de las esperanzas y proyectos: con ellos respiran aquel ayre candor, de buena fé, y de verdad, que no se halla en el mundo; depositan en su pecho los mas secretos movimientos de su corazon, los intereses de su

for

fortuna, las ocultas medidas de sus proyectos, y los misterios de sus esperanzas; los confiesan que son necias todas las inquietudes de los hombres, y que no debe hacerse caso del mundo. Con los justos no tienen los mundanos aquel temor de declararse, que siempre suelen tener con un enemigo, con un competidor, ó con un amigo falso; á los justos los manifiestan su corazon, descansan con ellos, escusan la fatiga de las cautelas y desconfianzas, y tienen la satisfaccion de declararse sin temor.

De esto provienen los públicos honores que el mismo mundo tributa á la virtud: Todos los dias vemos en él algunas personas de baxa suerte, aunque ennoblecidas con los dones de la gracia, grangearse la estimacion y los aplausos que no dan las dignidades ni el nacimiento: Hemos visto muchos siervos de Jesu-Christo, viles segun el mundo, llegar á ser los árbittros de los Principes y de los pueblos, y adquirirse unicamente con la fama de su virtud los respetos á que jamás se atrevió á aspirar la vanidad mas excesiva. En otro tiempo vió el Oriente al solitario Antoniso apenas conocido en su patria, llenar todo el Universo, con la fama de su nombre; y los Cesares hacian mas aprecio de recibir una carta de aquel hombre de Dios, que de haber conquistado todo el Imperio. Jehú Rey de Israel, en una ceremonia solemne hizo que el santo hombre Jonadab subiese á su carroza, sin que se avergonzase la Magestad Real de ver á su lado la simplicidad de un Profeta. Daniél, siendo uno de los hijos de la cautividad, recibe, no obstante, en el Palacio de un Rey infiel, y en un Imperio donde se hallaba cautivo, los honores de la púrpura, y el anillo de oro. La Corte mas disoluta de Palestina no pudo negar los honores públicos á la austeridad del Bautista, y Herodes sufrió con respeto la santa libertad del Precursor, antes de caer en la culpa de hacerle martyr. ¡O

hombre! ¿Te avergüenzas de la virtud? Pues sabe que, como dice el Espíritu Santo, sola ella puede hacerte ilustre entre los pueblos; que te honren los Sabios y los Ancianos; que te atiendan los Principes; y además de esto hará inmortal tu nombre en la memoria de la posteridad. *Habebo propter hanc claritatem ad turbas, & honorem apud Seniores... & in conspectu potentium admirabilis ero... & memoriam eternam his qui post me futuri sunt, relinquam.* (a)

Pero tened cuidado de no mezclar con la piedad cosa alguna que provenga de la flaqueza humana; no junteis con la virtud el genio, las pasiones, ni las flaquezas de hombre, porque esa es regularmente la causa de que el mundo la censure, y se burle de ella: Y sobre todo, si algo debéis temer es el que el mundo tribute todos los elogios de una perfecta penitencia á unos débiles principios de conversion: temed que el mundo os corone antes que hayais peleado legitimamente; temed que el error público sea motivo de que olvideis vuestra miseria; y que á fuerza de oír alabar los débiles principios de vuestra conversion, os olvideis de las culpas que apenas pueden lavarse con una vida entera de lagrimas: En esto sí que hay peligro: Temed que la injusta estimacion de los hombres sea para vosotros castigo de Dios, que acaso proporciona esta vana recompensa á algunas virtudes naturales que se hallan en vosotros, para castigaros mas quando venga á juzgar las justicias, y la oculta soberbia que las corrompe; hay muchos justos fingidos, que reciben de este modo su recompensa en la tierra; en la virtud débil y principiante, quando es muy aplaudida, hay mucho que temer; suele parecerles que han llegado al fin de la carrera á los que aun no han dado el primer paso; y el mundo, que en otras ocasiones

(a) *Sapient. 8. v. 13.*

nes nos ha engañado minorando nuestros vicios á nuestra vista, nos engaña tambien exágerandonos nuestras costumbres.

Para evitar esta desgracia no debéis hacer caso de los hombres; debéis obrar sin mirar mas que á Dios; poned en sus manos los intereses de la virtud; entregaos á él en orden á los efectos que debe producir en el mundo vuestra mudanza de vida: Si el Señor permite que vuestra conversion os grangee aplausos y alabanzas, sabrá muy bien daros á conocer, en medio de esas vanas aclamaciones, vuestra nada y vuestra profunda miseria. Pablo, al mismo tiempo que todo un pueblo movido de su virtud le tiene por una divinidad, y quiere ofrecerle Sacrificios, Pablo recibido de los fieles como un Angel de Dios, Pablo en medio de tanta gloria siente interiormente el vergonzoso aguijón de Satanás que le humilla; y la mano de Dios que le ensalza, parece que se divierte en abatirle, y en imprimir en su corazon su propia flaqueza, temiendo que se desvanezca. Pero si acaso permitiese que vuestra virtud sea burlada y censurada. ¡Ah! El sabrá bien recompensaros con interiores consuelos todas las amarguras humanas, y mantener su obra contra la opresion y vanos esfuerzos de un mundo profano: Somos despreciados, decia en otro tiempo el Apostol, nos pisan como al cieno, pero no por eso somos abatidos; nos miran como desprecio de el mundo, pero nosotros nos regocijamos en las tribulaciones y en los oprobrios, porque sentimos en nosotros los inefables consuelos de aquel Señor que nunca dexa de consolar á los que padecen por su nombre: Dexad, pues, vuelvo á decir, en manos de su sabiduría las conseqüencias de vuestra nueva vida, empezad siempre de nuevo á servirle, romped por ultimo las cadenas, cuyo vergonzoso peso no podeis sufrir, sacudid el yugo que os oprime, tened valor para

despreciar los juicios de un mundo, cuyos placeres habeis ya despreciado, y no hagais á la grandeza de Dios el agravio de temerle menos que al mundo; á vuestro entendimiento, el de hacer caso de los juicios del mundo; y finalmente, á la virtud, la injusticia de creer que siempre es despreciada en el mundo. Y Vos, ¡ó Dios mio! acabad de iluminar á estas almas flacas que empiezan á conoceros; fortaleced su voluntad tímida y cobarde; triunfad nuevamente del mundo en su corazon; enseñadlas que solamente vuestros juicios deben temerse; que el desprecio y las censuras de los hombres no sirven mas que de dar nuevo esplendor, y añadir nuevo mérito á las acciones que aprueba vuestra sabiduría; y que las obras de piedad, siendo dones vuestros, no pueden tener otra justa recompensa sino á Vos mismo. Amen.



SER-

SERMON
PARA EL MIERCOLES
DE LA SEGUNDA SEMANA
DE QUARESMA.
SOBRE LA VOCACION.

Tunc accessit ad Jesum Mater filiorum Zebedaei cum filiis suis, & ait illi: Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, & unus ad sinistram in regno tuo.

Entonces la Madre de los hijos del Zebedeo se acercó á Jesus con sus dos hijos, y le dixo: Mandad que estos dos hijos míos se sienten en vuestro reyno, uno á vuestra derecha, y otro á vuestra izquierda. *Matth. 20. v. 20. 21.*

QUé pocas veces sucede, Católicos, que la naturaleza convenga con la gracia, y que los fines de la fé sirvan de regla á los proyectos y deseos de un amor absolutamente humano! Esta Madre solamente pide para sus hijos una gloria y una grandeza temporal; sus deseos de verlos unidos á Jesu-Christo no eran mas que por las esperanzas de que algun dia ocupasen los primeros puestos

despreciar los juicios de un mundo, cuyos placeres habeis ya despreciado, y no hagais á la grandeza de Dios el agravio de temerle menos que al mundo; á vuestro entendimiento, el de hacer caso de los juicios del mundo; y finalmente, á la virtud, la injusticia de creer que siempre es despreciada en el mundo. Y Vos, ¡ó Dios mio! acabad de iluminar á estas almas flacas que empiezan á conoceros; fortaleced su voluntad tímida y cobarde; triunfad nuevamente del mundo en su corazon; enseñadlas que solamente vuestros juicios deben temerse; que el desprecio y las censuras de los hombres no sirven mas que de dar nuevo esplendor, y añadir nuevo mérito á las acciones que aprueba vuestra sabiduría; y que las obras de piedad, siendo dones vuestros, no pueden tener otra justa recompensa sino á Vos mismo. Amen.



SER-

SERMON
PARA EL MIERCOLES
DE LA SEGUNDA SEMANA
DE QUARESMA.
SOBRE LA VOCACION.

Tunc accessit ad Jesum Mater filiorum Zebedaei cum filiis suis, & ait illi: Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, & unus ad sinistram in regno tuo.

Entonces la Madre de los hijos del Zebedéo se acercó á Jesus con sus dos hijos, y le dixo: Mandad que estos dos hijos míos se sienten en vuestro reyno, uno á vuestra derecha, y otro á vuestra izquierda. *Matth. 20. v. 20. 21.*

QUé pocas veces sucede, Católicos, que la naturaleza convenga con la gracia, y que los fines de la fé sirvan de regla á los proyectos y deseos de un amor absolutamente humano! Esta Madre solamente pide para sus hijos una gloria y una grandeza temporal; sus deseos de verlos unidos á Jesu-Christo no eran mas que por las esperanzas de que algun dia ocupasen los primeros puestos

tos de un reyno terrestre; los dispone destino á medida de su gusto, sin atender á si los Divinos decretos son conformes á la temeridad de sus esperanzas; no consulta mas que á los excesos de su maternal amor; y sin reflexionar si la elevacion en que quiere colocar á sus hijos es el estado que Jesu-Christo les tiene preparado, los ensalza, y quiere sentarlos por sus propias manos sobre unos tronos imaginarios, y usurpa los derechos de Dios, que es el único árbitro de la suerte de los hombres.

Sí, Católicos, solamente Dios que vé nuestros corazones, y que desde el principio ha señalado el camino por donde quiere conducirnos es quien puede inspirarnos la eleccion; á él solo pertenece llamarnos al estado en que nos ha preparado en sus eternos consejos los medios para nuestra salvacion; á él solo debemos consultar en un negocio, en que él solo nos puede iluminar y guiar: Las costumbres, las pasiones, las circunstancias de la riqueza, del puesto, del nacimiento, que son las que regularmente tienen mas parte en la eleccion de estado, son unas guias falaces, que casi siempre son causa de que nos engañemos; y como el engaño en esta materia es el mas irreparable de todos, os quiero manifestar hoy las reglas de la fé en un punto tan importante de la Doctrina Christiana.

Es verdad que la mayor parte de los que me oyen ya han hecho eleccion de estado, por lo que no les es permitido elegir otro nuevo; pero me parece que no será inutil el manifestarlos en el defecto de la vocacion la primera raiz de sus infidelidades á las obligaciones de su estado, ó para que enmienden con abundantes lágrimas la imprudencia de su eleccion, ó para que respetando el orden de Dios en los diversos caminos que ha señalado á los hombres, no se hagan árbitros de la suerte de sus hi-

hijos, porque ésta está en las manos de el Señor.

Este, pues, es todo el asunto de mi discurso. La eleccion de estado es entre todas las circunstancias de la vida, en la que con mas frecuencia se introduce el engaño. La eleccion de estado es entre todas las circunstancias de la vida, en la que mas debe temerse el engaño. Lo raro de una vocacion verdadera, y los peligros de una vocacion falsa son los puntos en que pretendo instruiros. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

LA santidad es la general vocacion de todos los Fieles; y el Señor nos ha llamado á todos, hablando con el Apostol, para que seamos santos y puros en su presencia. No obstante, el camino para llegar á este feliz término no es uno mismo respecto de todos los hombres; esta vida es una tierra estraña, en donde hay diferentes é infinitas sendas, por las que caminamos todos nosotros como pasajeros ácia la celestial patria; pero no podemos caminar con seguridad, sino quando la mano de Dios nos ha colocado en ellas.

Y á la verdad, Católicos, la razon, y la fé nos prohiben igualmente el pensar que el Señor despues de habernos llamado á la luz del Evangelio, haciendonos nacer de padres fieles, no ha querido mezclarse, por decirlo asi, en nuestra suerte; y que sin determinar cosa alguna en orden al genero de vida, y al estado en que queria que obrásemos nuestra salvacion, nos ha dexado de tal modo en manos de nuestro consejo, que haya fiado unicamente á nuestro capricho una eleccion tan decisiva para nuestra eternidad.

Dixe primeramente, que es contra la razon; porque esto sería figurarnos, como aquellos locos Philosophos, una Di-

Divinidad insensible, que dexa á el acaso y á la ventura el cuidado de las cosas de la tierra; que no tiene en sus manos las suertes de los hombres, que sigue el curso de las revoluciones humanas, sin darlas ella misma el movimiento; que se dexa llevar del impulso casual y fortuito; que mueve á este grande Universo, sin gobernarle ni guiarle; y que mas es esclava, que gobernadora de los sucesos: Sería quitarla aquella atenta providencia, y aquella universal sabiduría que dispone de todo desde el uno hasta el otro extremo de la tierra, con peso, con numero, y con medida; que forma aquella harmonía, y aquel orden admirable, en el que es preciso conocer un sér supremo é intelectualivo, que por unos inexplicables caminos lleva todas las cosas á su fin. Sería, en una palabra, ó darnos un Universo de hombres sin Dios, ó un Dios mas flaco y despreciable que el hombre.

Dixe en segundo lugar, que es contra la fé; porque la eleccion de los justos no es mas que la eterna disposicion de los medios que deben infaliblemente libertarlos; y siendo el principal de estos la eleccion de estado, debió sin duda incluirse en aquella voluntad misericordiosa, que les ha preparado los caminos seguros para la salvacion; y por otra parte, debiendo tambien servir la suerte de los malos, en los designios de Dios, para mil secretos fines en orden á la salud eterna de los justos, debió tambien entrar en el plan eterno de su justificacion, y ser igualmente decretada desde el principio, como la misma suerte de los escogidos. Es pues indubitable, que antes que naciesemos habia señalado el Señor para cada uno de nosotros el plan de nuestras suertes, y el camino de nuestra eternidad, por decirlo así; que entre los muchos caminos que forman las diversas condiciones de la sociedad, no hay mas que uno para nosotros, y que aquel es por donde Dios quiere salvarnos.

No

No obstante lo cierto de estas verdades, es indubitable que las mas veces no es el camino que nosotros nos escogemos el que Dios nos habia preparado desde el principio, y que entre todas las circunstancias de la vida, en ninguna es el engaño mas frecuente que en la eleccion de estado. Vosotros, Católicos, sereis de este mismo dictamen, si quereis considerar la naturaleza de esta eleccion, y las esenciales circunstancias que deben acompañarla. Primeramente, las pasiones y la preocupacion hacen que en este punto sean mas frecuentes los engaños, y nunca pueden ser excesivas la circunspeccion y madurez en este particular. En segundo lugar, esta eleccion depende de los fines de Dios para con nosotros, y así no debe decidir de ella el orden de la naturaleza. En tercer lugar, tambien depende de ella la felicidad y descanso de nuestra vida, y así es preciso atender en esta eleccion á nuestro gusto, mas que al ageno, y nunca contar con el respeto humano. Finalmente, es el unico camino que nos guia á la salvacion, y así el principal cuidado de esta eleccion deben ser las felicidades y provechos que nos pueden resultar en orden á nuestros eternos intereses. Ahora bien, Católicos, ¿dónde están los que en la eleccion de estado observan todas estas condiciones? Pues inferid qué engaños no habrá en ella. La inconsideracion, la costumbre, el respeto humano, y la concupiscencia son el peso que hace inclinar la balanza en los diversos destinos de los hombres; y si queremos registrar los primeros fines que decidieron de nuestra vocacion, acaso no habrá entre los presentes quien no halle su principio en alguna de estas venenosas raíces.

Y primeramente, Católicos, ¿hay asunto en toda nuestra vida en que se necesite de mas madurez, de mas cuidado, de mas atencion, que en esta eleccion de que hablamos? ¿Qué conocimiento no debe

Tomo IV.

N

te-

tener uno de sí mismo, para que las inclinaciones no desapruében despues la resolución? ¿Qué continuas y fervorosas oraciones no debieran preceder á esta grande accion, para que el Señor se dignase manifestarnos sus caminos? ¿Con qué inocencia de costumbres no debieramos prepararnos para inclinar al cielo con estas santas primicias de nuestra vida, á que él mismo nos colocase en aquel camino en que unicamente podemos concluir con felicidad nuestra carrera?

No obstante, esta eleccion suele hacerse en una edad, en la que apenas se halla la razon capáz de conocer, y por consiguiente mucho menor de elegir: Un punto en que la mas atenta circunspeccion debiera temer el engañarse, siempre es obra de las diversiones y de los gustos pueriles de la infancia; apenas empezamos á formar las primeras voces, quando ya determinamos el negocio mas serio de la vida; y las irrevocables palabras que deciden nuestra suerte, son las primeras que nos enseñan á formar, aun antes que hayamos aprendido á entenderlas; acostumbra anticipadamente á nuestro tierno entendimiento á estas ideas que le sugieren, y la eleccion de estado no es mas que una impresion recibida desde la niñez; y asi antes que se manifiesten nuestras inclinaciones, y que sepamos lo que somos, entramos en unas obligaciones eternas, y determinamos lo que hemos de ser para siempre.

Y aun quando se espere á una edad mas madura para elegir estado, tampoco son mas serios los cuidados que en esto se ponen, sino que regularmente la ocasion, ó la casualidad deciden de la eleccion. Una Sagrada Dignidad que no esperabamos, nos despoja inmediatamente de la ignominia del siglo, y nos coloca en el lugar santo. La muerte de un hermano mayor muda nuestros intentos, y nos vuelve al mundo que acababamos de dexar, y nuestra vocacion para el Altar espira á proporcion que vemos renacer nuevas esperanzas en la tierra: Un

en-

enfado es muchas veces todo el motivo de apartarnos repentinamente del mundo, y de precipitarnos en el retiro: Una conexion de amistad nos hace seguir la fortuna y la suerte de un amigo; finalmente, entre todas las elecciones ninguna hay en que tenga menos parte la prudencia christiana que en la del estado, y por eso no hay alguna en que sean mas freqüentes los engaños. Porque ¿cómo no quereis engañaros en una eleccion tan grave y decisiva, quando en ella os valeis de menos precauciones, que en las acciones de menos importancia de vuestra vida? ¿Y cómo habeis de conocer los designios de Dios en orden á vuestra suerte, si no os dignais de consultarle, ni contais con su Magestad en la que os formais á vosotros mismos?

Y en esto, Católicos, vosotros á quienes Dios ha constituido cabezas de vuestras familias, en esto no tenéis escusa: ¿Enseñais á vuestros hijos á que desde su tierna edad hagan al Señor aquella oracion del Profeta: Señor, enseñadme vuestros caminos, y manifestadme las sendas por donde me quereis guiar? (a) ¿Pedís al Cielo continuamente que se explique en orden á su destino? ¿Decís al Señor, como en otro tiempo los Apostoles, Señor, Vos que conoceis el corazon de todos los hombres, manifestadnos qual de estos hijos habeis elegido? Ostende quem elegeris. (b) ¿Haceis que su tierno entendimiento se dedique á contemplar lo importante de esta eleccion? ¿Les dais suficientemente á conocer que de ella depende su salud eterna, y que nunca pueden ser demasiadas las precauciones en un asunto en que son irreparables las faltas? ¿Les enseñais á que juzguen de la vocacion del cielo, no por las locas costumbres del mundo, sino por las reglas de la fé, por aquella incli-

(a) Psalm. 24. v. 4.

(b) Act. 1. v. 24.

nacion á cierto estado, que nace con nosotros mismos, y que parece nos la imprimió el autor de la naturaleza; por los talentos que parece nos destinan á él; por las impresiones de la gracia que no cesa de aficionarnos á él secretamente; por la pureza de los motivos que nos determinan á abrazarle; por la naturaleza de nuestras inclinaciones, que nos minoran en él los peligros; y finalmente por el consejo de aquellos á quienes confiamos nuestra conciencia, y que conociendo lo íntimo de nuestra alma, se hallan con mas proporcion para poder conocer los caminos que nos convienen? ¿Qué Padres hay que se ocupen en unos cuidados tan christianos é indispensables? ¡Ah! Antes procuran no dar á sus hijos unas instrucciones de las que les pesaria que se aprovecharan: procurarán apartarlos de los lugares y de las personas donde pudieran recibirlas; siempre les están exágerando los inconvenientes del estado que se opone á los intereses de su casa, y ponderando las utilidades y contentos de aquel á que los destinan; y solamente se valen de sus pasiones para inspirarlos una eleccion que les debiera servir para vencerlas.

Segunda raíz de nuestros engaños en la eleccion de estado: Esta eleccion que unicamente depende de los fines de Dios para con nosotros, por lo común solamente es obra de la naturaleza. No se atiende á otra señal de vocacion mas que á la clase del nacimiento, ó al estado de la fortuna: Nos persuadimos á que en estos sucesos, puramente humanos, ha delineado Dios el plan de nuestro eterno destino: Que el ser primogenito de una familia, es lo mismo que haber sido escogido del cielo para suceder en los títulos y dignidades de nuestros mayores; que el ser el segundo de la casa de nuestros Padres, es un derecho que nos abre la puerta de la de el Señor; y que un nacimiento muy illustre con una mediana fortuna, es una precision inevitable de escoger á Jesu-Christo por su Esposo.

Con-

Confieso que la Divina Sabiduría se vale algunas veces de estas señales humanas para manifestarnos desde lejos, y cumplir en nosotros los fines de su misericordia: que las circunstancias del nacimiento, del nombre, de la fortuna, pueden ser medios adorables que nos preparó su bondad desde el principio de los siglos para facilitarnos la eleccion del estado á que nos destina, y que muchas veces nuestra situacion temporal es la primera gracia que nos dispone para la eternidad; pero esta regla no es segura ni universal: Muchas veces un Jacob es llamado á las bendiciones de la primogenitura, al mismo tiempo que á Esau se le destina la menor parte: Muchas veces un David, ultimo de su familia, es ungió con la uncion santa, y declarado Rey de Israel, al mismo tiempo que sus hermanos, con prendas mas estimables á los ojos del mundo, quedan en una condicion obscura y privada: Muchas veces un Aarón, no obstante su mayor edad, es llamado al Sacerdocio, y Moyses su hermano menor, es declarado del cielo por Gefe de los Exercitos del Señor. ¡Ah! ¿qué conexion puede tener la vocacion, que es un don gratuito del cielo, con el curso inevitable de una descendencia carnal? ¿Qué conexion puede haber entre los intereses sensuales, y los incomprendibles Misterios de la Gracia? ¿Por ventura ha sujetado Dios sus eternos designios de misericordia al capricho de las disposiciones humanas? ¿Los talentos propios para un estado están siempre unidos al orden del nacimiento de las familias? ¿El gusto que nos inspira la eleccion viene acaso con el orden del nacimiento? ¿Ha formado la naturaleza el corazon de los hermanos menores mas puro ó proporcionado para cumplir con las santas y sublimes obligaciones del Sacerdocio, que el de sus hermanos? Dios mio, Vos no sois en vuestras elecciones esclavo de las ideas y antojos de los hombres: no sois un Dios de carne y sangre, ni pro-

procedéis en vuestras obras como los hombres.

Pero me direis que es imposible poder colocar en el mundo toda una familia numerosa. ¡Ah! ¿Y es posible, Católicos, que por no dividir vuestros bienes hayais de sacrificar vuestros hijos, y el fruto de vuestras entrañas? Pero direis también, que sería cosa lastimosa el verlos afrentar su familia, y seguir un partido poco decente á su nacimiento: ¿Con que vuestros hijos ó han de ser Grandes segun el mundo, ó reprobados en la presencia de Dios? ¿No ha de haber para ellos mas que uno de estos dos destinos? ¿Una fortuna mediana os ha de parecer mas funesta que su eterna desgracia? ¿Serían desgraciados en el mundo; ¿pero os parece nada el que lo sean en la eternidad? La verdadera desgracia consiste en no colocarse cada uno en el estado que le conviene. Pero decís que de este modo se arruinan las casas: os engañais, Católicos, porque de este modo se prosperan; Dios mira con ojos mucho mas favorables aquellas felices familias en que cada uno ocupa el puesto que su Magestad le ha señalado. El Anciano Jacob vé al tiempo de morir la futura grandeza de sus hijos, porque aunque los anuncia diferentes destinos, solo los pronostica los fines de Dios para con ellos: La prosperidad de las casas no siempre estriva en la fortuna, sino en las qualidades y en la virtud de los que las sostienen: *Si el mismo Señor no edifica la casa, en vano trabaja el que se esfuerza á levantarla; (a)* y por eso su decadencia y sus calamidades son como una maldicion que Dios ha unido para siempre al pecado de vuestras vocaciones forzadas; sacrificais los infelices hijos menores á la grandeza del primogenito, y sucede que los excesos le consumen, que muere sin sucesion, y su nombre se acaba con él, y con el Sacerdocio forzado de sus her-
ma-

(a) Psalm. 126. v. 5.

manos. ¡Quántas casas ilustres, de que ya no hay memoria, subsistieran aun hoy, si estos sacrificios de la ambicion y del antojo no hubieran arruinado sus cimientos, y sepultado su nombre y su grandeza en sus ruinas! Dexad vuestros hijos en la mano de Dios, Católicos, porque no hay para nosotros estado seguro, ni en orden al mundo, ni en orden á la eternidad, sino aquel en que el mismo Señor nos coloca.

Y este es el tercer principio de nuestros engaños en la eleccion de estado. Este es para nosotros el unico camino de salvacion que Dios nos ha preparado, y asi en su eleccion solamente debemos atender á las utilidades que nos pueden resultar para nuestra salud eterna; esto es, que entre todos los caminos la religion y la razon quieren que escojamos aquel, que atendida las qualidades de nuestras inclinaciones, y de nuestras flaquezas, nos proporcione mas medios para nuestra salvacion.

No quiero decir que sea preciso retirarse á las soledades, huir de los empleos que mantienen la tranquilidad de los pueblos y la felicidad de los Imperios, y negarse á las necesidades del estado, despreciar aquellas públicas profesiones, que son utiles para mantener la sociedad, y de las que se forma su orden y harmonía; huir como un escollo el sagrado lazo del Matrimonio, al que la religion llama santo y digno de honor, con pretexto de que hay estados mas seguros para la salvacion; el silencio, el retiro, y aún la austeridad de los Claustros no siempre son la profesion mas segura para todos los hombres; en ella hallareis mas escollos que en el mundo, si no habeis sido llamados de Dios; la seguridad no consiste en el estado, sino en la vocacion del cielo. Loth permanece fiel en medio de Sodoma, en donde le habia colocado el Señor, para confundir con el exemplo de un justo los desordenes de una ciudad pecaminosa; y cae en la montaña, donde se de-

detuvo contra el orden del Angel que le queria llevar mas adelante. El retiro os servirá de escollo, si no os lleva á él el Espiritu de Dios; y la Corte, de lugar de gracia y santificacion, si os llama á ella el orden del cielo.

Lo que quiero decir es, que siendo el principal negocio el llegar á un termino feliz, sería necedad el dar preferencia al camino que se elige, solamente por ser de mas comodidad y lucimiento, y no por hallarse en él mas socorros y proporciones para concluir con felicidad la carrera. ¿Pues si atendemos á este principio, cuántas vocaciones veremos defectuosas? Y si no, vamos á la raíz: ¿De qué proviene que aquel haya seguido la carrera de la Toga? Porque le pareció que haría mejor fortuna por el camino de la Magistratura, que por el de los empleos Militares: ¿Por qué sigue el otro el camino de las Armas? Porque su nombre y los servicios de sus mayores le permitían el aspirar á todo, y qualquiera otro partido que tomase le dexaría en la obscuridad de una vida privada: ¿Por qué uno compra á costa de todos sus bienes un empleo que le acerca á la persona del Principe? Porque estando á la vista del Soberano se halla mas cerca del origen de las gracias: ¿Quáles son los motivos que tiene el otro para inclinarse al Altar? ¿Qué vá á buscar á la Iglesia; sus tesoros, ó sus funciones; sus honores, ó sus ministerios; el esplendor de el Santuario, ó al Dios que en él se adora? No tiene mas señales de vocacion para un ministerio de humildad, que los fines de elevacion y de gloria; para un ministerio de solicitud y de trabajo, que las esperanzas del descanso y de la pereza; para un ministerio de desinterés, de modestia, y de caridad, que los proyectos de luxo, de profusion, y de abundancia; y como el infiel Eliodoro, solamente vá al Templo porque ha oído decir que en él hallará inmensas rique-

quezas; y los santos despojós de los pueblos.

Solamente la avaricia es la que regularmente decide de la variedad de nuestros destinos; porque además de que el espíritu de Dios no puede ser Autor de estos motivos humanos, una eleccion que es obra de la concupiscencia, no puede menos de ser favorable al amor propio; si los fines de fortuna, de elevacion, de deleyte, os han abierto el camino por donde vais, es preciso que en él halleis ocasiones de soberbia, de ambicion, de pereza, y de sensualidad, tanto mas inevitables para vosotros, quanto mas declara vuestra eleccion vuestras desgraciadas inclinaciones á estos vicios; y así sereis un mundano sensual, un cortesano ambicioso, un soldado impío, un Magistrado injusto, un Ministro corrompido, pues solamente habeis elegido el mundo por sus deleytes, la Corte por el favor, las armas por la libertad, la Toga por los vanos distintivos, y el Altar por los honores y riquezas del Santuario: Dios castigará tambien el desorden de vuestra eleccion, favoreciendo en ella las pasiones que os la inspiraron. Sereis colocados en los primeros Tribunales de Justicia: conseguireis el favor del Principe; sereis distinguidos con todos los honores militares, y ensalzados sobre el trono del Santuario; pero estos favores temporales serán dones que os concederá Dios en su indignacion; y como han sido obra de vuestra concupiscencia, serán tambien instrumentos del mas justo castigo.

Pero si es cierto que no debe un gusto desarreglado decidir de la eleccion de nuestro destino, tambien lo es que tampoco debe decidir de esta eleccion el respeto humano que violenta el gusto, y las mas inocentes y naturales inclinaciones que nacieron con nosotros, y que precisamente son obra del Autor de la naturaleza; ultima causa de nuestro engaño en la eleccion de estado.

Y á la verdad, como de esta eleccion depende todo el sosiego y felicidad de nuestra vida, las condescendencias que violentan el corazon en este asunto son peligrosas; aquellas determinaciones en que tienen mas parte el respeto y el temor de los sujetos de quienes dependemos, que nuestras propias inclinaciones, siempre traen consigo el arrepentimiento y la amargura; todo lo que se determina en este particular sin nuestra inclinacion, y como contra nuestra voluntad, no puede tardar mucho en ser desaprobado por nosotros mismos.

Ahora bien, ¿no es este respeto humano el que preside casi siempre á la decision de nuestro destino, y el que nos fuerza á unas resoluciones que desapruera nuestro corazon? Uno toma el partido de las armas, y sigue un camino de que le apartan mil razones de temperamento, de gusto, de conciencia, y aun de interés; solamente porque siendo de distinguido nacimiento le parece cosa impropia el ceñirse á los cuidados domesticos, y porque el mundo tendria este sosiego por una indigna cobardía. Otro prefiere un peligroso celibato á un matrimonio que le degradaria de su honor en el mundo, y quiere mas exponerse á todas las resultas de su fragilidad, que afrentar su nombre con una alianza desigual. Otro sin tener inclinacion alguna al retiro, se consagra al Señor por pura soberbia, porque no teniendo para mantenerse segun su clase, ni con que establecerse en el mundo, el santo retiro le parece mas honroso á la vista de los hombres, que una fortuna baxa y obscura.

Casi ninguno decide de su suerte segun su corazon; el que es dueño de sí mismo decide de su estado; gobernandose por el temor del mundo, y de sus juicios. En la tierna edad se mira como ley la voluntad de aquellos á quienes se debe la vida; no nos atrevemos á manifestar deseo alguno que se oponga á sus designios;

NI OMO PRO-

procuramos ahogar unas repugnancias, que presto llegarán á ser delitos. Hay algunos padres tan bárbaros é inhumanos, que por elevar uno de sus hijos sobre sus antepasados, y hacerle ídolo de su vanidad, no reparan en sacrificar los demás, y precipitarlos en el abismo; apartan del mundo á unos hijos, que no tienen mas vocacion, ni mas amor al retiro que la autoridad de sus padres; llevan al Altar unas desgraciadas víctimas, que van á él mas para ser sacrificadas á la codicia de sus padres, que á la grandeza del Dios que en él se adora; dán á la Iglesia Ministros, que no son llamados á ella, y que solamente aceptan el santo ministerio como un yugo pesado que se les impone por una injusta ley: Finalmente, con tal que lo que queda en el mundo de una familia luzca, brille, y la haga honor, no les dá cuidado de que las sagradas tinieblas del Santuario oculten los pesares, los disgustos, las lágrimas, y la desesperacion de aquella parte de la misma familia que se presenta á la vista del Señor: ¡oh Dios mio! ¡qué terrible será en el día de vuestras venganzas la presencia de estas desgraciadas víctimas para aquellos padres desnaturalizados! ¡y cómo la desgracia de su suerte solicitará vuestra justicia para que vengue su sangre contra los autores de su ser y de su eterna infelicidad! De este modo la imprudencia, el orden del nacimiento, la concupiscencia, y los respetos humanos deciden de la suerte de casi todos los hombres; y de aqui proviene que haya tantos malcontentos en todos los estados, tantos disgustos en los matrimonios, tantas disensiones y tanta division en las familias, tantas murmuraciones y pesares en las Cortes, tanto disgusto en la milicia, tanta violencia, tanto enojo, y tanta amargura en los Claustros. Por eso todos se quejan de su suerte, y envidian la agena; la muger que vive en el mundo tiene por feliz á la Esposa de Jesu-Christo, y esta

no tiene más deseos que de parecerse á la muger del mundo: El Cortesano suspira por el sosiego de una vida privada; y al hombre particular le parece que no hay felicidad como la de la Corte. Por eso, finalmente, nadie es feliz en el mundo, porque casi ninguno se halla en el lugar que le corresponde; pero si entre todas las circunstancias de la vida la eleccion de estado es en la que es mas frecuente el engaño, tambien es en la que este engaño mas debe temerse.

SEGUNDA PARTE.

Entre todas las circunstancias de la vida la eleccion de estado es en la que es mas de temer el engaño, ya se considere por parte de Dios, á quien usurpa sus derechos; ya por parte de las gracias y de los socorros de que nos priva; ó finalmente, por parte de las resultas, casi siempre irreparables, que trae consigo.

Por parte de Dios, á quien usurpa sus derechos: Aunque su Magestad nos ha dado el ser y la libertad, no por eso ha cedido los derechos que tiene sobre su obra. Nosotros no debemos disponer de nosotros mismos; él solo es quien debe emplearnos, segun los fines que se propuso quando nos formó, y quien debe reglar el uso de los talentos que de él hemos recibido. Apenas salió el primer hombre de entre sus manos, quando le aplicó á cultivar aquel lugar de delicias que habia de ser su morada; y con dedicarle á esta ocupacion, parece quiso dar á entender á todos sus descendientes, que á él solo pertenecia el darnos empleo y ocupacion en este Universo en que nos ha colocado.

Pero aun quando su soberanía no le diera este derecho sobre la criatura, por su sabiduría debiera ser el único

co árbitro de nuestro destino; porque conociendo él solo las mas secretas inclinaciones de nuestro corazon, descubriendo ya en los primeros principios de nuestras pasiones todo quanto podemos ser, juzgando de nosotros mismos por las diversas relaciones de vicio, ó de virtud, que tienen los infinitos estados en que puede colocarnos, con las qualidades naturales de nuestra alma, viendo en nosotros mil disposiciones ocultas, que nosotros no conocemos, y que solamente esperan la ocasion para manifestarse, habiendo sido él solo quien sacó de la nada, y quien dió á todas las criaturas aquel orden admirable, y aquel curso armonioso que no ha podido alterar la duracion de los tiempos, él solo puede preveer cuáles son, en este conjunto tan bien ordenado, las circunstancias del siglo, de la nacion, del país, del nacimiento, de los talentos, del estado, mas favorables á nuestra salvacion, y juntandolas todas, por un efecto de su misericordia, formar como el hilo y sucesion de nuestro destino. Por eso le invocan los Apostoles quando tratan de nombrar sucesor al Discipulo infiel, porque él es quien conoce los corazones: Vos, Señor, que conoceis los corazones de todos los hombres, le decian, manifestadnos el que habeis elegido. (a)

A la verdad, Católicos, solo Dios es quien nos conoce, y nosotros no nos conocemos á nosotros mismos. Nuestras inclinaciones nos engañan, nuestras preocupaciones nos arrastran, la confusion de los sentidos hace que nos perdamos de vista; quanto nos rodea nos representa nuestra imagen, ó confusa, ó muda, y es evidente que nosotros no podemos hacer la eleccion de nuestro estado sin engañarnos, porque no nos

(a) Act. I. v. 24.

110 SERMON PARA EL MIERCOLES

conocemos suficientemente para poder decidir cuál es el que nos conviene; nos apartamos de las manos de la soberanía y ciencia divina, queremos ser nuestra guía y nuestra confianza; semejantes al pródigo del Evangelio, obligando al padre de familias á que dexé á nuestra disposicion y á nuestro capricho los dones y talentos, cuyo uso quería arreglar él mismo, rompemos todos los lazos de dependencia con que aun estamos unidos á él; y así en vez de vivir baxo la proteccion de su brazo, nos dexa andar extraviados, lejos de su presencia, siguiendo el impulso de nuestras pasiones en regiones estrañas.

Segunda razon: Si es tan de temer el engaño en la eleccion de estado, es principalmente por razon de las gracias y socorros de que nos priva. Sí, Católicos, así como son distintos los ministerios en el cuerpo de Jesu-Christo, lo son tambien los dones y las gracias. Como en todos los estados hay sus peligros y sus dificultades particulares, en todos se necesita de particulares socorros para vencer estos obstáculos, y evitar estos peligros: En los tesoros de la divina misericordia hay, por decirlo así, gracias de magistratura, de Sacerdocio, de mando militar, de padre de familias, de hombre de Republica, y de persona privada; gracias de matrimonio, de celibato, de corte, y de retiro; y como Dios nunca intenta el fin sin disponer antes los medios para conseguirle, al mismo tiempo que en sus eternos decretos señaló á cada uno de nosotros el estado en que quería que obrasemos nuestra salud eterna, vinculó á esta eleccion los socorros propios y singulares con que pudiesemos cumplir sus obligaciones.

Pero, Católicos, para participar de las gracias de un estado es necesario que Dios nos haya llamado á él; si sois vosotros mismos los que os habeis colocado en él, vosotros debeis buscar los medios para manteneros: Si el Señor no os preparó el camino en que ha-

PLANO DE LA II. SEMANA. 111

habeis entrado, tampoco os alargará su mano misericordiosa, y tendreis que caminar solos por él. El Señor no ha de mudar por nosotros el orden inmutable de sus eternos consejos; vosotros os habeis apartado del plan de su providencia, y no ha de retractar la inmutabilidad de sus designios por acomodarse á vuestro antojo, sino que os entregará á vuestra propia desgracia. Vosotros no habeis elegido el estado y ministerio que os destinaba en el cuerpo mystico de su hijo, y así tampoco os mirará sino como un miembro monstruoso, que está fuera de su lugar, y no es capaz de recibir el influxo y el espíritu que anima á lo restante del cuerpo.

Por eso el Señor en sus misericordiosos fines para con vosotros os habia preparado gracias de retiro, de mortificacion, de castidad, y de silencio; queria santificaros en lo interior de su Santuario, lejos del mundo y de sus peligros; habia determinado uniros á sí con sagrados lazos, y haceros llevar su yugo desde vuestra tierna edad; tambien os habia dotado de felices inclinaciones, las cuales parece os manifestaban desde lejos el camino que el Señor os preparaba, de una alma sencilla y tímida, de un espíritu pacífico y naturalmente apartado de las continuas inquietudes que pide la vida del mundo, de unos secretos y continuos deseos de consagraros á él; y no obstante todos estos atractivos, y todas estas felices señales en que parecian estar escritos los fines de Dios para con vosotros con unos caracteres tan claros, os pusisteis baxo un yugo diferente. ¡Ah! la santidad del lecho conyugal os servirá de ocasion de luxuria y de incontinencia; violareis la fé de un Sacramento tan respetable; vuestros hijos hallarán en vosotros el modelo de sus desordenes: el mundo, para el que no fuisteis llamados, os engañará; los peligros en que no os puso la divina providencia serán para vosotros ocasion inevitable de caída; todo servirá de tenta-

tacion ó escollo á vuestra flaqueza; los más inocentes placeres mancharán vuestro corazón, los objetos más indiferentes serán funestos para vuestra inocencia, las obligaciones más fáciles hallarán en vosotros repugnancias invencibles, inficionareis todas las cosas con el mal uso que hareis de ellas, y en lo mismo en que vuestros próximos, á quienes el Señor ha colocado en ese estado, hallan seguridad, hallareis vosotros un triste naufragio. Por eso tragó el mar en otro tiempo á un Profeta infiel, no obstante el socorro de un navio, y la habilidad de los Pilotos, porque habia entrado en él contra la voluntad de Dios, y respetó las pisadas del Príncipe de los Apostoles, á quien mandó el Señor que caminase sobre las olas, y se acercase á él. Todo es peligroso para el que no tiene por guía al Señor, y el mismo peligro es seguridad para los que siguen sus caminos.

Pero por otra parte; queria el Señor que trabajaseis para vuestra eterna salud en el estado de simple fiel, os habia preparado las gracias de este estado, y este era el camino que os habia de guiar hasta el termino feliz; las mismas disoluciones de vuestra primera edad, las vivas inclinaciones á la fama y á la ambicion, un corazón demasadamente aficionado á los deleytes, todo esto daba bastantemente á entender que un ministerio de trabajo, de modestia, de pureza angelica, de oracion, y de estudio, no era el estado que os convenia: Con todo eso usurpastes este honor divino, os colocasteis vosotros mismos en el lugar santo, llegasteis ayudados de los favores humanos, adonde solamente debiera haberos ensalzado la gracia, os abristeis con vuestra ambicion la puerta de la casa del Señor, que solamente está abierta á la humildad y á la inocencia, alcanzasteis con importunidades una dignidad que solamente se merece huyendo de ella, ¿y qué habeis hecho más que formaros de todos vuestros ministerios otros tantos escollos? El

Con-

Confesonario será el lazo de vuestra inocencia; el Púlpito el teatro de vuestra soberbia; el Altar el lugar de vuestros delitos; el Patrimonio de los Pobres ocasion de vuestras profusiones y desórdenes; la familiaridad con las cosas santas, la raíz de vuestra impiedad y obstinacion. Si sois Pastor, sereis un Mercenario; si os hallais elevado sobre el Trono Sacerdotal, sereis un hombre de pecado, sentado en el Templo de Dios, ¿y de qué provienen todas estas desgracias? de que siendo vuestra vocacion obra del hombre, no podeis executar en ella la obra del Señor; poseeis el dón de Dios injustamente, y así es preciso que le profaneis; deshonorais el Santuario al mismo tiempo que le gobernais, porque le manchasteis al entrar en él; no sois medianeros entre Dios y los hombres, entre la tierra y el cielo, sino anathema del cielo, y escandalo de la tierra.

¡Ah! Católicos, si todos los días perecen tantas almas, no obstante las gracias vinculadas á su estado; si el pérfido discipulo se hace prevaricador, y cae de la gracia y ministerio del Apostolado á que le habia llamado Jesu-Christo: Si Salomón declarado Rey por la voluntad del Señor, y con unas señales tan ciertas y singulares de su proteccion y amparo, halla en los peligros del reynado escollos en que su flaqueza halla su entera ruina, ¿quál podrá ser el destino de aquellos, que privados de estos socorros están expuestos á los mismos peligros? Si la flaqueza del hombre muchas veces no se puede mantener aun en los caminos por donde la guía la mano de Dios, ¿caerá acaso menos veces quando camine sola?

¡Y despues de esto nos admiramos, Católicos, de que hayan degenerado tanto las costumbres de los Christianos! Solemos preguntar ¿de qué proviene que nuestros siglos sean tan diferentes de los de nuestros Padres; que todos los estados hayan corrompido sus caminos; que la Magistratura no sea más que una honrosa ocio-

sidad, ó un arte de hacer servir las leyes á despojar á los pueblos en cuyo favor se hicieron; que el camino de las armas no sea mas que una profesion declarada de irreligion y libertad; que la Corte sea el teatro de todas las pasiones; que todas las artes inventadas para las necesidades y alivio del público solo estén destinadas al luxo y á la pública libertad; que el Arte de las Artes, el honor del Santuario, casi no es mas que un vergonzoso tráfico de ambicion y de codicia; que el contagio no haya perdonado aun á aquellos santos y religiosos asílos levantados entre nosotros; y que aun en estas casas de retiro, de oracion, y de austeridad, en donde parece que habia de hallar el Señor aquella fé que no se halla en lo restante de la tierra, reyne algunas veces el espiritu del mundo, mas que en el mismo mundo? Nos admiramos, vuelvo á decir, y los Justos que hay aun entre nosotros gimen continuamente en presencia del Señor, y le preguntan con dolor, ¿de qué proviene que haya abandonado á su pueblo?

Pero es muy facil hallar la razon; todo está corrompido porque casi nadie ocupa el lugar que le corresponde. Por eso el Magistrado que se ha hecho árbitro de las pasiones humanas, sin aquellas gracias de luz, de integridad, de firmeza, y de zelo por el bien público, que son tan necesarias para cumplir con sus funciones, no es mas que una fantasma revestida con unas insignias de justicia y dignidad, que se mueve á todos vientos, y que casi dá tantas caidas como pasos: Por eso el Cortesano, dedicado á una vida sensual, ambiciosa, disimulada, llena de deleytes, y privado de aquella rectitud de corazon, de aquel temor de Dios, de aquella viva persuasion de las verdades eternas que conservó puras y sin mancha á los Danieles, y á las Es-theres en medio de una Corte infiel, viene muy presto á ser el triste juguete de todos los antojos humanos, y no conoce mas dueño que un dueño mortal, ni mas di-

vinidad que la fortuna: Por eso el soldado, cercado de todos los peligros de su estado, sin el socorro de aquella prudencia, y de aquella valerosa fé que bastó para santificar á los Josues, á los Gedeones, á los Davides, y á todos los Conquistadores Christianos en medio de la licencia de las armas, no puede defenderse mucho tiempo contra los desórdenes, cuyas disposiciones tiene ya en su corazon: Por eso el Ministro de Jesu-Christo, destinado á ser sal de la tierra, y á curar la corrupcion de los pueblos, se inficiona él mismo, porque no ha recibido aquella virtud Sacerdotal que todo lo santifica, y á la que nada puede manchar: Por eso finalmente, el Solitario, ó la Virgen consagrada á Jesu-Christo, habiéndose echado sobre sí una pesada carga, sin haber recibido aquella gracia que la aligera, llevan sin fervor, y aun murmurando, el yugo, en vez de llevarle con alegría; dan al mundo un corazon que nunca habian entregado del todo al Señor; ocultan baxo unas exterioridades de mortificacion mil profanos deseos; hallan en el silencio del retiro las peligrosas imagenes de los placeres, mucho mas temibles para el corazon que los mismos placeres; aman lo que ya no pueden poseer; caen, aun estando lejos de los peligros, y de un lugar de seguridad hacen ocasion de ruina.

Esta es, Católicos, la raíz de la depravacion de todos los estados, la falta de vocacion, ¿y qué consecuencias tan irremediabiles no tiene este desorden, y esta falta de vocacion? Ultima razon porque es tan temible el engaño en la eleccion de estado. No quiero detenerme en deciros, que no hallandoos en el camino que os debe guiar á la salvacion, quanto mas andais por él, mas os descaminais, y nunca podreis conseguirla; tampoco quiero deciros, que la falta de vocacion es una de aquellas culpas acerca de las quales casi nunca sentimos remordimientos, que en vez de reparar esta falta, entre tantas personas como todos los dias se vé que hacen eleccio-

nes temerarias, no se vé ni una que haga escrupulo en este particular; pero os pregunto, ¿conoceis las irreparables resultas de una vocacion ilegítima? Si sois hombre de República, ¿conoceis lo mal que empleais vuestra autoridad, todos los males que haceis, y los bienes que dexais de hacer? Los pueblos hubieran sido defendidos y edificados por otro á quien el Señor hubiera puesto en vuestro lugar, y se hallan oprimidos y escandalizados baxo vuestro ministerio; se hallan autorizados los abusos, y despreciados los proyectos utiles; ved si podreis reparar estos desórdenes, que ni aun podeis conocer, y los que acaso perpetuará vuestro mal exemplo hasta la última edad de la Monarquía.

Si os entrometisteis en el lugar santo, las instrucciones serán ó inútiles, ó despreciables por vuestro mal exemplo; las leyes quedarán sin fuerza y sin vigor por el abandono y transgresiones del Legislador; los Ministros serán autorizados en sus prevaricaciones por la infidelidad del Pastor principal; los pecadores se confirmarán en la culpa; los flacos se hallarán sin socorros; los Justos sin consuelo; los Sacramentos sin fruto; las oraciones de la Iglesia sin eficacia; y el ministerio sin respeto y sin dignidad; todas las fuentes de la gracia estarán cerradas para los fieles, por la corrupcion de aquellos que habian de ser los sagrados canales por donde corriesen; se perderán muchas almas, que en la piedad y zelo de un Ministro fiel hubieran hallado la gracia y la salvacion; registrad este abismo, y ved si podeis hallar remedio para estos males.

Si habeis entrado en una casa de religion, vuestras costumbres sirven de modelo de relajacion á la piedad de vuestros hermanos con vuestro mal exemplo; haceis vacilar su vocacion con los disgustos que los ocasionais; haceis que se rebele su docilidad con vuestras murmuraciones; introducís en el lugar santo las máximas del mundo con vuestras conversaciones; y aun des-

pues

pues de vuestra muerte perpetuais la tibieza y el desorden con sola la memoria de vuestra vida.

Ved ahí, Católicos, vosotros que inspirais á vuestros hijos desgraciados vocaciones injustas, ved las funestas consequencias, y los infinitos delitos de que este solo pecado os hace culpables en la presencia de Dios. Bien podreis reparar vuestros impuros deleytes castigando vuestra carne; vuestras injusticias con liberalidades; vuestros escandalos con exemplos de virtud; vuestros odios y venganzas con obras de caridad y de misericordia. Pero aunque derrameis torrentes de lágrimas, nunca podreis satisfacer á Jesu-Christo por la pérdida de una infinidad de almas, que habrán encontrado el escollo para su salvacion en el desorden, en la ignorancia, en la falta de talento de un Ministro á quien vuestra codicia, y no la vocacion del cielo, habia elevado á las primeras Dignidades de la Iglesia. Aunque distribuais entre los pobres todos vuestros bienes, ¿podreis nunca recompensar los males que hará en la casa de Dios una Virgen loca y mundana, á la que unicamente puso vuestra autoridad por cabeza de las Esposas de Jesu-Christo? Esta introducirá relajaciones, engañará á las almas, aniquilará las gracias, impedirá el que se hagan muchos bienes, introducirá muchas pasiones, pondrá unos obstáculos perpetuos á la renovacion del espíritu primitivo, y á la reforma de las santas reglas. ¡Ah! Vuestro arrepentimiento y vuestras lágrimas nunca borrarán las culpas que no pueden reparar; ó por hablar con mas propiedad, nunca os arrepentireis, y nunca se os concederán las lágrimas para llorarlas.

Pero si los efectos de este engaño son irreparables, amados oyentes míos, respecto de los padres ambiciosos que os los inspiraron, no lo son menos respecto de vosotros que os dexais engañar: Porque aun dado caso que os arrepintais, ¿qué remedio se os puede señalar? ¿Qué medidas podreis tomar? ¿si estais reves-

ti-

tidos de una dignidad santa, habeis de manifestar vuestra ignominia, despojandoos de ella? ¿habeis de disimular la ignominia de la Iglesia, permaneciendo en ella? ¿se os ha de arrancar del Altar, en donde os habeis presentado delante de toda la congregacion de los fieles? ¿se os ha de dexar en él contra el orden de Dios que no os admite? Y por otra parte, ¿será bastantemente heroico vuestro arrepentimiento, para que os mueva á despojaros de esta pompa, y para que llegueis á unos términos tan extraordinarios, sin los que no obstante es imposible que consigais vuestra eterna salud? ¿Habeis contraído unos empeños, ó de matrimonio, ó de religion, de los que no está en vuestra mano el apartaros, y así para conseguir la salvacion estais como obligados á un imposible; pero por otra parte, ¿os salvaréis en un estado, que no siendo el que os corresponde, no puede ser el camino de vuestra salvacion.

¡Oh Dios mio! Vos que teneis en vuestras manos las suertes de los hombres, ¿qué nuevos remedios pueden quedar á vuestra gracia para estas almas infelices? ¿Podréis acaso estorvar el que perezcan? Sí, Católicos: Es verdad de fé que qualquiera que sea la situacion de la criatura, su suerte nunca es desesperada en la tierra, y no hay estado en que no sea posible la penitencia. El Señor no está de tal modo sujeto á las leyes de su justicia, que no pueda templar su rigor con un exceso de su misericordia; y aunque la ley declaraba reos de muerte á los que entraban en el aposento de Asuero sin ser llamados, aun quedaba recurso á los temerarios que la violaban, y el gran Rey podía alargarlos el cetro de su bondad y clemencia. Pero qué raras eran estas gracias! Solamente Esthér fue favorecida con ellas; ¡y qué dignos somos de lástima, si estando condenados á perecer por la ley comun, se reduce toda la esperanza de nuestra salvacion á la incertidumbre de una excepcion, de la que apenas se halla un exemplar en un siglo.

No

No es mi intento infundir vanos temores en las conciencias; la verdad solamente asusta para instruir y consolar. Por eso, amados oyentes míos, si todavia no habeis hecho esta importante eleccion, evitad los escollos, orad mucho, consultad vuestros talentos, vuestras inclinaciones, vuestras fuerzas, vuestras flaquezas y los intereses de vuestra salvacion; desterrad todos los fines humanos; disponed para la gracia de una buena eleccion con la inocencia de vuestra vida; poned en esto toda vuestra atencion, y haced que el Señor se interese en vuestra suerte, de tal modo que nunca la dexé en vuestras manos; si ya habeis hecho la eleccion, y dudais de si han tenido en ella mas parte los motivos humanos que los fines de la gracia, haced cierta vuestra vocacion con vuestras buenas obras, considerad que la fidelidad á las obligaciones de vuestro estado es la mas segura señal de que habeis sido llamados á él; poned el remedio que podeis por vuestra parte, y aprovechaos de los remordimientos; mudad la peligrosa tibieza en que vivís en una santa diligencia; la vida absolutamente natural que haceis en una vida de fé: las negligencias culpables en rigurosos cuidados; el desprecio de vuestras obligaciones en una fidelidad, que os haga respetar todo lo que debéis amar, y nunca esteis tranquilos acerca de la verdad de vuestra vocacion, hasta que cumplais con todas sus obligaciones.

Pero si fuere cierto que el Señor no ha tenido parte en vuestra eleccion de estado; si la imprudencia, el respeto humano, y las pasiones son las que os han formado el estado en que vivís, confieso que vuestra suerte es digna de lástima, pero no por eso es desesperada; es verdad que estais lejos del reyno de los cielos, pero aun podeis aspirar á él; mientras nos hallamos en estado de podernos arrepentir, podemos esperar; Dios puede conceder al dolor de una eleccion in-

jus-

justa las mismas gracias que hubiera concedido á la legitima. Es verdad que exteriormente no estais en el estado que Dios quiere, pero siempre está el corazon en este estado, quando se vuelve á su Magestad; ocupais un lugar que no os habia señalado el Señor, pero una fé viva, un amor fervoroso, un arrepentimiento sincero santifican todos los estados; y si amamos y servimos á Dios, siempre estamos en nuestro propio estado. Os habeis expuesto contra su orden á un mar borrascoso, como el Profeta Jonás; habeis caído como él en lo profundo del abismo, pero aun hay remedio; clamad como él al Señor, quando se vió sepultado en el vientre del monstruo, y decidle: Señor, aunque con una eleccion injusta me he apartado de vuestra mano adorable, que debia conducirme, clamo á Vos desde lo profundo del abismo que me habeis abierto para que me trague: *De ventre inferi clamavi.* (a) Es verdad que no hay cosa que pueda igualar al extremo peligro en que me hallo; un monstruo formidable me tiene cautivo, y me cerca por todas partes. *Abyssus vallavit me;* la profundidad de las aguas, como la de mis delitos, se ha levantado sobre mi cabeza: *Pelagus operuit caput meum.* Parece que la tierra ha formado nuevos abismos para aprisionarme eternamente: *Terra vates concluderunt me.* Con todo eso, ¡oh Dios de mis Padres! Vos que los llevasteis sobre vuestras alas, atravesando las olas del mar, atended á que por mas desesperada que parezca mi suerte, no dexo por eso de esperar en Vos; Vos podreis sacarme, quando gustareis, de la profundidad en que me he precipitado. El abismo oye nuestra voz; y luego que le mandeis que me arroje de sí, me pondrá en vuestras manos; para Vos no es mas difícil el librarme de lo profun-

(a) *Jon. 2. v. 3. & seq.*

fundo de la corrupcion en que me hallo, que si estuviera dentro del recinto de Jerusalén. *Et sublimabis de corruptione animam meam, Domine Deus meus.* Sí, gran Dios, no obstante lo peligroso de este estado, que parece me priva de toda esperanza de salir de él, espero que he de tener el consuelo de volver á vuestro santo Templo, ofreceros en él mis agradecimientos, y aplacaros, mezclando con la sangre de las víctimas las lágrimas de un sincero arrepentimiento: *Veruntamen rursus videbo Templum sanctum tuum.* ¡Ah, Señor! Que los que despues de haberse apartado de Vos se obstinan en huir de vuestra presencia, y que de la soberbia desesperacion del exceso de su miseria forman razones para no desear su libertad, que estos sean abandonados de vuestra misericordia, pues la abandonan ellos mismos, parece justo: *Quia custodiunt vanitates frustra, misericordiam suam derelinquunt.* Pero yo, Señor, que por mas funestas que sean las tinieblas de la muerte en que vivo sepultado, siempre esperaré mientras me permitais invocaros: *Ego autem in voce laudis immolabo tibi.* (a) Mereis que soy mucho mas fiel que antes en seguir vuestros santos caminos; si vuestra misericordiosa mano me saca del peligro, jamás retrataré las promesas que en este lugar de horror os haes mi alma, penetrada de arrepentimiento: *Quaecumque voti reddam pro salute Domini.* Ello restante de mi vida no será mas que un amargo pesar de haberos ofendido, y de haberme apartado de vuestras ordenes, y un continuo cuidado de merecer con la exacta observancia de vuestros preceptos la recompensa que prometeis á vuestros siervos fieles. Amen. (R)

(a) *Ibid. & seq.*

Tomo IV. Q SER-

finido de la corrupcion en que me hallo. que si es



SERMON

PARA EL JUEVES

DE LA SEGUNDA SEMANA

DE QUARESMA.
EL RICO AVARIENTO.

Crucior in hac flamma.

Estoy atormentado en este fuego. *Luca 16.*

v. 24.

QUáles son, Católicos, los terribles delitos que sepultaron á este infeliz en aquel abismo de tormentos, y que avivan el fuego vengador que le consume? ¿Fue acaso profanador de su propio cuerpo? ¿Bañó sus manos en la sangre inocente? ¿Hizo de la viuda y del huérfano presa de sus injusticias? ¿O fue un hombre sin fe, sin rectitud, sin conciencia, ó un monstruo de iniquidad?

Oídlo, Señores, los que estais persuadidos á que una vida sosegada y pacífica, en la que nada se concede á las pasiones estremadas, pero que tampoco se niega cosa alguna al amor propio, es una vida Chris-

NI como Tia-

tiana, y que todo el Evangelio consiste en no obrar mal; este réprobo que hoy sale del abismo para instruirnos era rico, dice Jesu-Christo; estaba vestido de purpura y de finísimo lino; comia con esplendéz; pero no atendia, como era razon que atendiese, á las necesidades de Lazaro que perecía de hambre á la puerta de su casa: Estos son todos sus delitos. Sería cosa inútil el buscar otros en la disolucion de sus costumbres, pues no se le reprehende de más. Habia adquirido grandes riquezas, y disfrutaba sus comodidades. Abrahám no expone otro motivo de su condenacion; y sería temeridad en nosotros el atribuirle desordenes que no refiere su historia, y de los que parece le dá por libre Jesu-Christo con su silencio; y tambien nos opondriamos en esto al intento del Salvador, trastornando el sentido y espíritu de esta historia, y destruyendo todo el fruto que el mismo Señor intenta sacar de ella.

Y á la verdad, ¿qué necesidad habia, Católicos, de que Jesu-Christo nos abriese el abismo para que viésemos los tormentos de un lascivo, de un sacrilego, ó de un público pecador? Bien sabido es que los fornicarios, los impíos, y los ladrones no han de tener parte en su reyno; toda la Escritura es una continua prediccion de las desgracias que les están preparadas; y si hoy abre á nuestra vista el seno del Infierno, es para manifestarnos un réprobo que no esperabamos, y cuyo mayor pecado fue el no tener virtudes; para enseñarnos que la vida mundana por sí sola, sin pasar mas adelante, y sin caer en mayores excesos, es una vida culpable en su presencia, y digna del Infierno y de sus llamas.

Este es el espíritu y el fin de la historia que nos refiere hoy Jesu-Christo, y á esta verdad, acaso la mas importante que puede tratarse en la Moral

Q 2

Chris-

Christiana; quiero reducir con piadosas reflexiones toda la serie de nuestro Evangelio. En la pintura que nos hace Jesu Christo del Rico Aváriento vereis el retrato de una vida ociosa y mundana, que no está acompañada de vicios ni virtudes; en la historia de su suplicio vereis su condenacion, y deplorable suerte; esto es, vereis explicada y condenada la inocencia del mundo. Este es todo el asunto de este discurso. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Poco importa para nuestra instruccion, Católicos, el averiguar si Jesu-Christo quiso contarnos aqui una historia verdadera, sucedida en Jerusalén, ó si segun su costumbre, quiso solamente ocultar con parabras la verdad de su Doctrina: Que se nos represente este Señor como un Pastor amoroso que corre apresurado por medio de los montes en busca de una oveja perdida, lleno de gozo por haberla hallado, y poniendola sobre sus hombros; ó que efectivamente vaya á Samaria en busca de una pecadora, para sacarla de sus desordenes; no despierta menos la conciencia del pecador la parábola que la historia; y así que la condenacion del desgraciado Rico del Evangelio sea un hecho verdadero, ó figurado, no es menos cierta la verdad que con él se intenta probar, ni son menos legitimos los motivos de nuestro temor.

Habia, pues, en Jerusalén, dice Jesu-Christo, un Hombre Rico. *Homo quidam erat dives.* (a) Este parece que era su primer delito: Nació feliz. *Erat dives.* Nada añade Jesu-Christo á esta circunstancia que

(a) *Luc. 16. v. 46.*

la haga odiosa: no nos dice que siendo de baxo nacimiento, descendiente de alguna familia obscura, y habiendo salido de alguna de las mas pequeñas ciudades de Judá, viniese á Jerusalén pobre y necesitado de todo, y que con los mas baxos ministerios, con los mas viles tráficos, por los mas ignorados y siempre sospechosos caminos, llegase á aquella abundancia y prosperidad con que despues se dexó ver en el mundo, ni que gozase con insolencia de unos bienes que hubiese adquirido indignamente: Este no era otro Zaquéo, que hubiese levantado su monstruosa fortuna á costa de la pública miseria, que hubiese cobrado para sí los tributos debidos al Cesar, y que despues á costa de dinero hubiese comprado su nobleza, y ensalzado su baxo nacimiento con el resplandor de las Dignidades y distincion de los titulos; tampoco hay motivo para sospechar que hubiese nacido de un Padre avaro y ladron, y que hubiese recogido una sucesion de iniquidad: El silencio de Jesu-Christo le justifica en todos estos puntos. *Erat dives.* Gozaba tranquilamente del Patrimonio de sus padres, libre de ambicion, esento de cuidados, lleno de placeres y tranquilidad en su casa. ¿Hay entre vosotros, Católicos, alguno que posea sus riquezas con más inocentes circunstancias? No obstante, ved el primer grado de su reprobacion: era rico, *erat dives.*

En segundo lugar, estaba vestido de purpura y finísimo lino: *Induebatur purpura, & bysso.* Es verdad que la purpura era una tela preciosa; pero no dice el Evangelio que en esto excediese los limites que las costumbres de aquel tiempo señalaban á su clase y nacimiento: No nos dice que no alcanzando sus bienes á sus profusiones perjudicase con su vanidad y gastos excesivos al mercader y al oficial; ni finalmente, como dice el Profeta, que su soberbia y ostentacion excediesen

sus fuerzas: *Supervia ejus, & arrogantia ejus... plusquam fortitudo ejus.* (a) Aun no se conocian en su siglo los desordenes, que son tan comunes en el nuestro, en el que el luxo confunde todos los estados, en el que un poco de prosperidad es motivo de que el simple ciudadano dispute con los Principes del pueblo; en el que al paso que las calamidades públicas aumentan las murmuraciones, parece aumentan tambien la profusion; en el que no se conocen ni los hombres por su nombre, ni las mugeres por su rostro, y en el que se tiene por modestia el no exceder los limites que ha establecido el luxo, y el conformarse con el exceso y locura de la costumbre; á este Rico desgraciado no se le reprehende de que tuviese fines pecaminosos en el cuidado de su adorno; ni de que le faltase aquella rectitud de intencion que tanto alegan las mugeres del mundo para justificar la indecencia y artificio de sus adornos: En una palabra, este Rico vestía soberbiamente, gustaba del esplendor y de la magnificencia; en la Synagoga, donde el culto aun era sensible y material, donde se juzgaba que solamente la magnificencia del Templo, y el aparato de los Sacrificios honraban al Señor, donde toda la magestad consistia en el exterior esplendor de las ceremonias, donde aun el mismo Dios solamente se manifestaba baxo de symbolos de grandeza y de gloria, parece que era mas digno de perdon este exceso, que en el Evangelio, donde Jesu-Christo pobre y abatido, á un mismo tiempo ha impuesto obligacion, y dá exemplo de modestia y sencillez á todos los fieles.

En tercer lugar; comia esplendidamente: *Epulabatur quotidie splendide.* Pero la Ley de Moysés sola-

(a) Psalm. 16. v. 6.

mente prohibia los excesos, y no mandaba aquel riguroso cuidado con los sentidos que nos ha impuesto despues la Ley del Evangelio. Entre las promesas hechas á los hijos de Abraham se contenian leche y miel, y asi parece, que tenían algun derecho á gozar de una abundancia, que se les proponia como recompensa de su fidelidad. Por otra parte, se le acusa de que comia esplendidamente, pero no se le arguye de que usase de las comidas prohibidas por la Ley, ni de que faltase á la observancia de los ayunos ni de las abstinencias que en ella se mandaban: No se valía del pretexto de su nacimiento, de sus riquezas, y de su regalo para escusarse de aquellas rigurosas leyes. Observaba fielmente las tradiciones de sus Padres, y asi distinguia los tiempos y los dias; y aunque vivia entre delicias, sabía quando era necesario afligirse con su pueblo, y á lo menos expiaba de algun modo los quotidianos deleytes de su mesa con las observancias de la Ley.

Es verdad que todos los dias comia con abundancia; *quotidie*, pero sus rentas alcanzaban á mantener aquellos gastos: No solo era abundante la comida, sino tambien suntuosa; *splendide*: pero no dice el Evangelio que en su mesa hubiese excesos ni desordenes, que asistiesen á ella los impíos y libertinos, ni que se sazonasen las viandas con conversaciones impuras; tampoco dice que desde la mesa se iba al espectáculo profano para pasar el tiempo, y descansar de las fatigas del banquete; que estuviese poseído del furor del juego, y que fuese este su ocupacion regular, y arriesgase á una sola suerte la fortuna de sus hijos, y el Patrimonio de sus mayores; ni finalmente, que ocupase lo restante del dia en concurrencias peligrosas, y en incentivos de las pasiones; tampoco se le reprehende de culpa alguna en orden á la fé y religion de sus Padres; no se preciaba de incrédulo, ni hacía gala de proponer dudas escan-

dalosás en orden á las maravillas que antiguamente habia Dios obrado en favor de su pueblo, ni de sus apariciones á los Patriarcas; no tenia la comun creencia por preocupacion vulgar; no inferia de la supersticion de los Phariseos, y de los errores de los Saduceos, y de las disputas y oposicion de las dos Sectas que dividian la Synagoga, que no eran ciertas sus leyes y su culto, y que la religion era una invencion puramente humana; ofrecia los sacrificios que estaban señalados, y practicaba las abluciones de la Ley; en una palabra, el Evangelio no le llama amo cruel, amigo pérfido, enemigo irreconciliable, esposo infiel, hombre soberbio, injusto, desleal; no se valia de sus riquezas para corromper la inocencia; no violaba el lecho de su proximo; no envidiaba, ni murmuraba de la prosperidad y reputacion ajena; segun el modo con que nos le pinta el Evangelio era un hombre que comia esplendidamente, que hacia mucho gasto en Jerusalén, que vivia con tranquilidad y alegria, pero sin faltar á lo esencial de la rectitud, siendo de unas costumbres arregladas, viviendo una vida irreprehensible, y segun quiere el mundo que vivan los que tienen conveniencias, que admitia á su mesa á los ciudadanos y extranjeros; finalmente, uno de aquellos hombres á quienes alaba el siglo, á quienes exalta la voz pública, á quienes propone por modelos, y á los que la misma piedad no se atreveria á condenar. *hab sup*
 Ahora bien, Católicos, os parece demasiado culpable como os le acabo de pintar, que es como en la realidad era; y si alguno hubiera dicho antes de Jesu Christo que este camino guia á la perdición; y que este hombre merecia el Infierno; ¿no hubierais reclamado contra la dureza é indiscrecion de su zelo? No hubierais dicho con indignacion, como en otro tiempo todo el exercito de Israel, quando condenó Saúl á su hijo Jonathás, ¿pues en qué ha pecado? ¿Es posible que ha de morir

por

por haber probado un poco de miel? *Ergo ne Jonathas morietur?* (a) Las preocupaciones de la niñez han formado en vosotros una falsa idea de este rico, pero veamos la verdad del hecho; y no añadais cosa alguna á lo que dice el Evangelio. *hiera rico*, vestia magnificamente, y comia con regalo. ¿Qué excesos hallais en esto? Si yo he de juzgar por vuestras costumbres y por vuestras máximas, no solamente no le halló tan culpable, sino que me parece virtuoso; y segun la depravacion que hoy se ve en el mundo, si yo hubiera de hablar como un sabio mundano, os le propondria como modelo á quien debierais seguir. *sup no es sup comitov, sup no sup oia*
 ¿Qué es lo que continuamente decís de los que se parecen á él? Fulano vive con honra, come sus rentas con estimacion, su mesa es abundante y bien servida; en lo demás es hombre de bien, amigo fiel, y tiene aquella rectitud de costumbres en que consiste la verdadera religion, y la sólida virtud. No os contentais con alabarle, sino que haceis, ó Dios mio, unas comparaciones que son injurias á la piedad de vuestros siervos; decís que de este modo es como se debe vivir en el mundo, y no como N. y N. á quienes la devocion ha trastornado el entendimiento, y desacreditan la verdadera virtud con ridiculas extravagancias, y con indiscretas singularidades. Este es el mundo, Católicos, y lo que mas me hace temblar es que el único reprobo que Jesu Christo nos presenta en su Evangelio, acaso seria hoy entre nosotros el mas justo. *sup no es sup comitov, sup no sup oia*
 Pero me opondreis la dureza que usó con Lázaro, y direis que á lo ménos en esto no os pareceis á él. A este motivo que tenéis de confianza os responde desde luego con San Pablo, que en vano repartireis todos

(a) 1. Reg. 14. v. 44.
 Tom. IV.

dos vuestros bienes con los pobres; si no teneis en el corazón aquella caridad que lo cree todo, que todo lo espera, que todo lo sufre, y que todo lo perdona; que no es vana, envidiosa, interesada, ni sensual; si la abundancia de vuestras liberalidades no se sostiene con la santidad de vuestras costumbres, nada hacéis, y nada sois en la presencia de Dios: *Nihil sum.* (a) La limosna ayuda á expiar los pecados, supuesto el arrepentimiento, pero no nos justifica mientras no nos arrepentimos. Esta es una de nuestras obligaciones; pero no es la única, y aunque el faltar á ella sea hacerse culpable de todas las demás, el cumplir con ella no es observar toda la ley.

Pero por otra parte, veamos cuál es en este asunto el delito de nuestro Rico. Avarientos, y lacayos hallareis mas culpados que él. Había un continuo Jesu-Christo, un pobre llamado Lázaro, cubierto de llagas, echado á la puerta de este rico, que se contentaría con recoger las migas que caían de su mesa; pero nadie quería dárselas. (b) Confieso que en este modo de proceder había un género de crueldad que se oponía á todos los sentimientos de humanidad. El espectáculo de un glotón sentado á una mesa cubierta de manjares exquisitos, é insensible á los trabajos de un infeliz que se pone en su presencia, cubierto de llagas, y reducido á desear las migajas para remediar el hambre que le consume, forma desde luego una oposición monstruosa, y basta una virtud mundana para indignarse de esta barbaridad. Pero atended á todas las circunstancias, y vereis que no tanto quiso Jesu-Christo representarnos á este rico como un monstruo de inhumanidad, quanto como un hombre perezoso, entregado á sus placeres, y sin atender á las miserias de Lázaro; vereis que el hacer mencion de este

(a) 1. Cor. 13. v. 2.

(b) Luc. 16. v. 20. 21.

pobre en la historia, no es mas que como un incidente, y que el asunto principal de ella es la vida regalada y sensual del rico.

Primeramente: Lázaro era un público mendigo, mendicus; pero por lo comun no se hace tanto caso de estos públicos mendigos, porque tienen á toda la ciudad por testigo y recurso en su miseria, y suele haber motivo para creer que sus continuas importunidades son puro artificio, y que sus clamores y miserias mas son efecto del ocio, que de verdadera necesidad: En una palabra, nuestro Rico podia valerse para con Lázaro de los mismos pretextos de que os valéis vosotros todos los dias para despreñar á estos pobres vagos; Puede ser que otras necesidades secretas, y otras obras de misericordia que lisongeasen mas su vanidad, le hallasen mas misericordioso y compasivo.

En segundo lugar: Es verdad que Lázaro, cubierto de llagas, estaba sentado á la puerta de este rico: *Ulcibus plenus, jacebat ante januam divitis.* Sin duda que un objeto tan digno de compasion debiera haberle enternecido; pero á lo menos alguna estimacion merece el que se permitiese á la puerta de su casa, sin echarle de ella, un espectáculo tan horrible á la vista, como Lázaro; que el Rico nunca se quejase ni diese muestras de enfado, estando continuamente viendo este objeto, y que permitiese que este infeliz se hubiese formado asilo de la puerta de su casa. Acaso vosotros, amados oyentes míos, os hubierais dado mucha priesa á socorrerle con una limosna, pero mas hubiera sido por apartar de vuestra vista un objeto tan fastidioso, que por socorrerle á un miembro de Jesu-Christo; tambien puede ser que por escusar á vuestra delicadeza un solo instante de disgusto, no os hubiera parecido vuestro infeliz hermano digno de recibir este beneficio de vuestras propias manos, y que encargaseis á uno de vuestros criados que se lo diera

se de vuestra parte, en vez de reconocer entonces de una carne ligada la imagen de las vergonzosas llagas que presenta vuestra alma á la vista de Dios, y de expiar todos los delitos de vuestra vista, fijandola en un objeto desagradable; y así puede ser que hubierais sido mas culpables en la presencia de Dios, por un exceso de delicadeza; que el réprobo de nuestro Evangelio por su indiferencia y olvido. Finalmente; no quiso darle ni aun las migas que caían de su mesa, pero tampoco se nos dice que Lázaro las pidiese; solamente refiere el Evangelio que las deseaba, *cupiebat*. No se acusa á nuestro Rico de haberselas negado, sino solamente se dice que no habia quien se las diese: *Nemo illi dabat*. No se dice que Lázaro le hablase, que le importunase, que le expusiese su hambre y sus miserias: Lázaro calla, y dexa hablar en su favor á sus heridas. Esta modestia parecia solicitar con mas viveza la piedad de aquel Rico; pero su clase, su distraccion, y sus deleytes no le daban lugar á reparar en eso: Puede ser que hubiese mandado con tibieza á unos criados infieles que socorriesen á este mendigo, porque á esto vemos reducida todos los dias la piedad de sus semejantes: en una palabra, no nos le representa el Evangelio tan culpable de dureza, como de indiferencia y falta de atención.

Por eso quando Abraham desde lo alto de la Celestial morada le manifiesta el motivo de su condenacion, no le dice, como dirá Jesu-Christo algun dia á los réprobos: Lázaro estaba desdudo, no le vestiste; tenia hambre, y no le alimentaste; estaba enfermo, y no le consolaste; sino que solamente le dice: Hijo mio, acuerdate de que en tu vida gozaste de muchos bienes: *Fili recordare quia recepisti bona in vita tua*. Acuerdate de que no tuviste que padecer en la tierra, y no se consiguen de este modo los premios prometidos á mi

pos-

posteridad. Tus padres siempre anduvieron vagos, fugitivos y peregrinos en la tierra, nada poseyeron en ella, y ahora gozan en mi seno de la herencia prometida, por la que tanto habian suspirado; tú buscaste tu consuelo en la tierra, y así no perteneces al pueblo de Dios, no eres hijo de las promesas, no te alcanza la bendicion que á mí se me concedió, y tu destino es con los infieles; del lugar de tu peregrinacion hiciste el lugar de tus delicias, aquella injusta felicidad no podia durar, aquí todo muda de semblante; aquí se enjugan las lágrimas de Lázaro, y recibe el consuelo de sus aflicciones; pero tus risas y alegrías se mudan en llanto y crugido de dientes, y tus deleytes instantaneos en tormentos que nunca se acabarán. *Recordare fili, quia recepisti bona in vita tua, Lazarus similiter mala; hic consolatur, tu vero cruciaris*. Este es todo su delito, el haber pasado toda su vida en los deleytes de la abundancia y en el regalo, y este fue el motivo de su condenacion, y sería temeridad en nosotros buscar otras razones mas que las que el espíritu de Dios nos ha dexado señaladas en el Evangelio.

¿Os admirais de esto, Católicos? ¿Acaso ignorais que entre los Christianos es delito el no tener virtudes? ¿Os parece que el Infierno solamente está destinado para los adúlteros, para los fornicarios, para los injustos? ¡Ah! Si un discipulo de Moysés, viviendo baxo su Ley, aun imperfecta y carnal, la que no pedía tan sublimes virtudes, en la que el despego del mundo no era tan riguroso, ni tan severo el uso de los sentidos, se halla reprobado por haber vivido una vida regalada, deliciosa, sin vicios, ni virtudes, un miembro de Jesu-Christo crucificado, un hijo de la nueva ley, un discipulo del Evangelio, en el que son tan perfectas las virtudes que se mandan, tan continúa la mortificacion, tan prohibidos los deleytes, tan ne-

ce-

cesarios los trabajos, en el que el uso de los sentidos está rodeado de tantos preceptos, y de tan rigurosos consejos, en el que la Cruz es el sello de los que están predestinados; ¿os parece que será tratado mas favorablemente, si nada niega á los sentidos, y si solamente se abstiene, como este Rico, de los excesos enormes, y de los deleytes injustos y vergonzosos.

Pues, Católicos, sabed que es una verdad de eterna salud, que el Christiano no puede ser predestinado si acá en la tierra no se conforma con la imagen de Jesu-Christo, y si sus costumbres no son una expresion de las suyas; si el Padre no halla en vosotros la semejanza de su hijo; si los miembros no se conforman con la cabeza, y estando unidos con ella hacen una monstruosa disonancia, sereis arrojados como una imagen infiel, como una piedra inutil, que no ha sido librada por la mano del Artifice, y que no puede ser colocada en el edificio; como un miembro disforme, que no puede ser unido con lo restante del cuerpo.

Ahora os pregunto, Católicos, ¿para parecerse á Jesu Christo basta no ser fornicario, impío, sacrilego, ni injusto? ¿Se contentó Jesu Christo con no hacer mal á nadie, con no sublevar los pueblos, con no negar al Cesar lo que le pertenecía, con no ser glotón, con que sus mismos enemigos no pudiesen arguirle de pecado grave? en una palabra, ¿con no ser Samaritano, y enemigo de la ley? ¿Limitó á esto todas sus virtudes? ¿No fue manso y humilde de corazón? ¿No rogó por sus enemigos? ¿No reprobó al mundo en vez de amarle? ¿Se conformó acaso con el mundo quando vino á corregirle y reprehenderle? ¿No nos dió á entender que la salvacion no era para el mundo, quando dixo que no rogaba por el mundo? ¿Ego autem pro eis rogo non pro mundo? ¿No maldixo los deleytes en vez de amarlos? ¿No declaró que el mundo se alegraría, pero que sus discipulos no tendrían parte en sus vanas alegrías, y es-

tarian tristes? ¿Pudo buscar los honores y distinciones humanas el que nunca buscó su gloria, sino la de su Padre, y que se ocultó quando quisieron aclamarle por Rey? ¿Pudo vivir con tranquilidad y descanso el que llevó su Cruz desde el primer instante de su vida mortal, y que consumió su carrera con la consumacion de sus trabajos? Este es vuestro modelo, seais del mundo, ó solitario; cortesano, ó Religioso; consagrado á Dios, ó dividido entre el Señor y los cuidados del matrimonio: si no procuráis pareceros á Jesu-Christo estais perdidos.

No obstante con tal que vivais con aquella regularidad que aprueba el mundo, y que no os arguya la conciencia de vicios enormes, nada temeis en orden á vuestra suerte; es tan evidente el que en este estado no padeceis susto alguno en orden á vuestra salvacion, que si os persuadimos á que imiteis el exemplo de los que despues de haber vivido como vosotros han conocido el peligro, y se han retirado de los placeres y distracciones del mundo, dedicandose á la oracion, al retiro, á la mortificacion, y al exercicio de las obras santas, respondeis que es cosa peligrosa el subir tan alto; os parece mayor prudencia el evitar lo que llamais exceso, y nada juzgais tener que mudar en vuestro genero de vida. San Agustin se quejaba antiguamente de que algunos Paganos de su tiempo reusaban el convertirse á la fé, porque hacian una vida arreglada segun el mundo: Quando se les exortaba, dice este Santo Padre, á que abrazasen el Christianismo, respondian que bastaba el vivir bien: *Bene vivere opus est.* ¿Qué podrá mandarme Jesu-Christo á quien me predicais? *Quid mihi precepturus est Christus?* ¿Que haga una vida irreprehensible? *Urbene vivam?* Pues ya há mucho tiempo que lo hago así: Yo no hago mal á nadie, no mancho el lecho de mi proximo, no le usurpo sus bienes por caminos injustos: *Jam bene vivo, nullo adulterio con-*

raminor; nullam rapinam facio. ¿Pues qué necesidad tengo de mudar de religion, y abrazar otra nueva? Si mi vida fuera culpable, razon tendriais para persuadirme una ley que regla las costumbres, y prohíbe los excesos, pero estos los evito sin la ley de Jesu-Christo; y así, ¿qué necesidad tengo ya de Jesu-Christo? *Quid mihi necessarius est Christus?*

Este es precisamente, Católicos, el estado de aquellos Christianos sensuales y tibios, de aquellos virtuosos del siglo, de aquellas personas irreprehensibles segun el mundo de quienes voy hablando. Quando los exortamos á una vida mas christiana, mas conforme á las máximas del Evangelio, á los exemplos de los Santos, y de Jesu-Christo; quando les anunciamos que no se puede ser su discípulo sin renunciar al mundo y á sus deleytes, como se lo prometimos en el Sagrado Bautismo, nos responden que importa poco el privarse ó no de ciertos deleytes: el ir á recrearse en un espectáculo, ó hacer escrupulo de esta diversion; el conformarse con las costumbres en orden al gasto, al adorno, y al modo de vivir, ó el afectar singularidad; que lo que importa es vivir bien: *Bene vivere opus est.* El ser buen ciudadano, esposo fiel, amo desinteresado, generoso, justo y sincero; que esto es lo principal, que estas virtudes bastan para salvarse, y que no es necesario lo demás: que se añade á la devocion: *Jam bene vivo, quid mihi necessarius est Christus? (a)*

Pero oid lo que el mismo Santo Padre dice en otra parte sobre el mismo asunto. Su conducta es irreprehensible segun el mundo, son hombres honrados, mugeres regulares, reverencian á sus padres, no engañan á sus proximos, son fieles en sus promesas, no cometen injusticias, pero no son Christianos: *Christiani non*

(a) S. August. in Joann. 45.

non sunt. ¿Y por qué? Porque los Christianos han crucificado su carne con sus deseos, y vosotros mantenéis y alhagais continuamente á estos enemigos domésticos; los Christianos no son de este mundo, y vosotros sois sus esclavos, sus partidarios y Apologistas; los Christianos están siempre gimiendo en lo íntimo de su corazon por los peligros de los sentidos, y por los objetos de vanidad de que están rodeados, y vosotros los amais; los Christianos se hacen una continua violencia, y vosotros vivís en una inaccion, y en una profunda paz con vosotros mismos; los Christianos son pasajeros en la tierra, no se detienen en ella, desprecian quanto encuentran en el camino, y están continuamente suspirando por su patria; y vosotros quisierais poder fabricaros acá en la tierra una ciudad permanente, y eternizaros en este valle de lágrimas y de dolor; los Christianos aprovechan el tiempo, que es corto, y todos sus dias son llenos en la presencia del Señor; y toda vuestra vida no es mas que un gran vacío, y aun la parte mas inocente de ella es la inutilidad; los Christianos miran las riquezas como embarazo, las dignidades como escollo, la grandeza como la altura de un precipicio, las aflicciones como gracias, las prosperidades como infortunios, la figura de este mundo como un sueño; ¿mirais vosotros todas estas cosas con los mismos ojos? En una palabra, los Christianos son espirituales, y vosotros sois aun terrestres: *Christiani non sunt.*

¿Ah! si para ser Christianos bastara el no cometer excesos, ¿no tenemos en el Paganismo bastantes hombres prudentes, arreglados, y templados; bastantes mugeres fuertes, de una austera virtud, de un modo de vida heroyco, dedicados á la obligacion por la fama y el honor? ¿Los hombres mas virtuosos de nuestro siglo se parecen en algo á la austeridad de aquellos antiguos modelos? Luego el ser Christianos no consiste en evitar

los desórdenes, sino en practicar las virtudes Evangélicas; las costumbres irreprehensibles á la vista de los hombres no constituyen al Christiano, sino el espíritu de Jesu-Christo crucificado; tampoco le constituyen las qualidades que admira el mundo, el honor, la provida, la buena fé, la generosidad, la rectitud, la moderación, la humanidad; sino una fé viva, una conciencia pura, y una caridad no fingida: ¿en la vida con que no se puede merecer el cielo, cómo faltará pecado? la vida que no es digna de un Santo, es indigna de un Christiano. El arbol que no lleva mas que hojas, es herido de maldicion, como arbol muerto y sin raices; y el Evangelio condena á las mismas eternas tinieblas, y á los mismos suplicios al siervo infiel, y al inutil: Y así, despues de haberos manifestado en las costumbres de nuestro Rico réprobo la imagen de una vida sensual y mundana, aunque esenta de culpas y desórdenes, es necesario enseñaros en su castigo qual es su destino, y su fin.

SEGUNDA PARTE.

Sucedió, pues, prosigue Jesu Christo, que murió este pobre, y fue llevado por los Angeles al seno de Abraham; murió tambien el Rico, y fue sepultado en el infierno. Oh Católicos, qué nuevo orden de destinos! Lázaro muere el primero, porque el Señor se dá prisa á visitar á sus escogidos, y abreviar sus dias con sus trabajos; el Rico le sobrevive, porque el Señor se porta muy al contrario con los pecadores, abriéndoles lentamente las puertas de la muerte, para esperarlos mas tiempo á que hagan penitencia; pero finalmente muere el Rico, porque aunque las grandes riquezas nos aficionen á la vida, no nos hacen inmortales: Es sepultado, *sepultus*; circunstancia, que

que no se nota en la muerte de Lázaro; sin duda que tributaron á su memoria los honores fúnebres, y que la pompa y vanidad se manifestarian hasta en su sepulcro: Ensalzarian con soberbios monumentos su nada y sus cenizas; pero su alma desamparada y precipitada con el peso de sus iniquidades ha penetrado ya hasta lo profundo del eterno abysmo, *sepultus est in inferno*: Lázaro muere, su cuerpo abandonado apenas halla un breve espacio de tierra que le sirva de sepulcro; en su muerte no recibe honor alguno de los hombres, pero su alma gloriosa es llevada en triunfo por todos los Espiritus Celestiales al seno de Abraham: *Factum est autem, ut moreretur mendicis, & portaretur ab Angelis in sinum Abrahamæ*. Muere el Rico, y toda Jerusalén habla de su muerte, alaban sus virtudes, ponderan su magnificencia, sus amigos le lloran, sus parientes, para consolarse en su pérdida, procuran eternizar su memoria con títulos é inscripciones: ¿ó inútiles cuidados de los hombres! ya ni aun su nombre sabemos, y solamente le conocemos por sus desgracias; solamente sabemos que era Rico, y que fue réprobo: Su tribu, su nacimiento, su familia todo pereció con él; porque los impíos, como dice el Espiritu Santo, perecen como los que nunca han existido, y aunque nacieron, es como si no hubieran nacido: *Perierunt quasi qui non fuerint, & nati sunt, quasi non nati*. (a) Lázaro muere, y aun en Jerusalén se ignora si ha vivido; su muerte es obscura como su vida; el mundo, que no le había conocido, no tiene trabajo en olvidarle; pero su nombre escrito en el libro de la vida ha merecido tambien ser conservado en nuestros santos libros, y resonar en nuestros Christianos pulpitos;

(a) Eccl. 44. v. 9.

porque el cuerpo de los justos es sepultado en paz, y su nombre vivirá por todos los siglos. (a) En una palabra, Lázaro muere, y es llevado por los Angeles al seno de Abraham; muere el Rico y es sepultado en el infierno; este es un destino que nunca se mudará: ¡Oh qué necios somos, Católicos! ¿Qué nos importa el que Dios nos coloque en este ó aquel estado, para el rápido instante que hemos de vivir en la tierra? ¿Por qué no hemos de pensar en lo que hemos de ser eternamente? Pero prosigamos la historia de nuestro Evangelio, y examinemos todas las circunstancias del castigo que padece este infeliz en el lugar de los tormentos.

Primeramente, apenas llegó al lugar de su suplicio; dice Jesu-Christo, quando levantó los ojos, y vió á Abraham, y á Lázaro, que descansaba en su seno; *levans oculos*. Desde luego empieza levantando los ojos; qué sobresalto! es decir, que en toda su vida no los había abierto ni una sola vez para ver el peligro de su estado; es decir, que nunca se le había ocurrido el dudar si el camino por donde iba, tan seguro en la apariencia, y tan aprobado en el mundo, podia guiarle á la perdición: Porque los pecadores declarados, las almas entregadas enteramente á la culpa bien conocen que su vida es vida de reprobacion, y solamente se sosiegan con la esperanza de salir de ella algun dia, y vivir mejor; pero aquellas almas entregadas al ocio, al regalo, y á los deleytes, de quienes hablo, que se abstienen de los excesos y desórdenes, mueren regularmente sin haber sabido que habian vivido delinquentes: El Rico reprobado vé desde lejos á Lázaro en el seno de Abraham, revestido de gloria y de in-

(a) *Ibid. v. 24.*

mortalidad, primera circunstancia de su suplicio. Aquel mendigo cubierto de llagas, á quien en otro tiempo no se habia dignado de mirar, está en el seno de la paz y del refrigerio, al mismo tiempo que él se está consumiendo en las llamas: ¡Oh qué paralelo este! ¡Qué deseos de haberse parecido á él! ¡Qué rabia interior por no serle semejante! Vé al mismo tiempo la grandeza de los bienes que ha perdido, y los irreparables males que se ha preparado. Mira aquella paz, aquella serenidad, aquellas delicias, siempre nuevas, de que goza Lázaro; vuelve á mirarse á si mismo con desesperacion, y sus desgracias se le presentan todas juntas: Mas le atormenta la imagen que tiene siempre presente de la felicidad de que está privado, que el horror de las penas que padece. El cielo, dice San Juan Chrysóstomo, le abrasa mas que el infierno.

Sí, Católicos, de este modo manifestará Dios el seno de su gloria por toda la eternidad; de este modo abrirá los cielos en presencia de la multitud de réprobos, que su venganza ha precipitado en el abysmo, y allí manifestará á cada condenado el objeto mas propio para mantener su furor y aumentar sus penas.

Acaso vosotros, Católicos que me estais oyendo, levantareis los ojos desde lo profundo de aquel abysmo, como el réprobo de nuestro Evangelio, y por toda la eternidad estareis viendo en el seno de Abraham aquel Padre sabio y piadoso, cuya piedad y fé os habian siempre parecido una simplicidad de entendimiento, y una flaqueza de la edad; os acordareis de las últimas instrucciones con que procuró corregir vuestras perversas inclinaciones quando ya estaba para morir; os acordareis de las señales de amor que os dió, de las súplicas que os hacía en aquella ultima hora para que viviérais bien; de aquel último instante en que parecia avivarse en vuestro favor su religion y su amor; y vuestras disoluciones, los bienes que habeis disipado,

la ruina de vuestros negocios, y vuestra presente desgracia se os presentarán con sus paternos reprehensiones, y con los exemplos de piedad que os habia dado.

Vosotras, que en un estado de viudez y desconsuelo, vivís entre las delicias, y estais muertas en la presencia de Dios, tambien levantareis los ojos, y desde lo profundo de aquellas llamas vereis eternamente en la morada de la gloria aquel esposo, con quien en otro tiempo no formabais mas que un corazon y una alma, sobre cuyas cenizas derramasteis tantas lágrimas, y que movido de vuestra fidelidad os hizo depositarias de sus bienes y de sus hijos, como de su amor, y este objeto, tan querido en otro tiempo, os echará continuamente en cara las infidelidades que despues habeis hecho á su memoria, la vergüenza de vuestro modo de vida, los bienes que os habia dexado para consuelo de vuestra afliccion, empleados en deshonorarle; y sus hijos, las preciosas prendas de su memoria y de su amor, abandonados y sacrificados á otros amores injustos.

Sí, Católicos, estos hijos de ira verán desde en medio de las llamas en el seno de Abraham, por toda la eternidad, que sus hermanos, sus amigos, y sus parientes con quienes habian vivido, gozan de la gloria de los Santos; verán que son felices, porque poseen al mismo Dios á quien habian servido; solamente este espectáculo será para ellos motivo de mayor desesperacion que todas sus penas: Conocerán que habian nacido para gozar de la misma felicidad; que su corazon habia sido criado para poseer al mismo Dios; la presencia de aquel bien que no es propio, ó que nunca se ha amado, no mueve tanto á los infelices que están privados de él; pero aquí el corazon de estos desgraciados será llevado hácia el Dios para quien solamente fue criado, con un movimiento mas rápido que

el

el que imprime una robusta mano en la saeta que arroja del arco, y al mismo tiempo otra mano invisible le apartará del mismo Señor. Continuamente se sentirán despedazar por los violentos esfuerzos que hará su alma para reunirse á su Criador, á su fin, y al centro de todos sus deseos, y por las cadenas de la Divina justicia que les apartarán de él, y con las que estarán atados á las eternas llamas.

Aun el mismo Dios de la gloria para aumentar su desesperacion se les manifestará mas grande y magnífico, si es posible, de lo que se manifiesta á sus escogidos. Hará patente á su vista toda su Magestad, para despertar en su corazon los mas vivos movimientos de un amor inseparable de su sér; y su clemencia, su bondad, y su liberalidad los atormentará mas cruelmente que su indignacion y su justicia. Nosotros no conocemos en la tierra, Católicos, la fuerza del amor natural que nuestra alma tiene á su Dios, porque los falsos bienes de que estamos rodeados, y que tenemos por verdaderos, ó la ocupan, ó la dividen; pero separada el alma del cuerpo, se desvanecerán todas estas fantasmas que la engañaban; perecerán todas las aficiones estrañas; ya no podrá amar sino á su Dios, porque no conocerá cosa alguna digna de ser amada sino su Magestad; todas sus inclinaciones, todas sus luces, todos sus deseos, todos sus movimientos, y todo su sér se reunirán en este solo amor; todo la arrebatará, todo la precipitará, si es lícito decirlo así, hácia el seno de su Dios, y el peso de su iniquidad la hará continuamente volver á caer sobre sí misma; eternamente se verá forzada á querer subir al cielo, y eternamente será rechazada hácia el abismo; y será mas infeliz por no poder dexar de amar, que por experimentar en sí los terribles efectos de la justicia y de la venganza de lo que ama.

¡Oh qué suerte tan terrible! El seno de la gloria es-

ta-

tará siempre abierto á estos infelices, continuamente se dirán á sí mismos: aquel es el reyno que nos estaba preparado, aquella la suerte que nos esperaba, aquellas las promesas que se nos hicieron, aquel el Señor solamente digno de ser amado, solamente poderoso, solamente misericordioso, solamente inmortal, para quien fuimos criados; á todas estas felicidades hemos renunciado por un sueño, por unos placeres que no han durado mas que un instante. ¡Ah! aun quando no padeceramos mas en esta morada de horror y de desesperacion, ¿pudiera ser bastantemente llorada esta pérdida? Esta es la primera circunstancia que nos refiere Jesu-Christo del Rico reprobado: Es infeliz por tener siempre presente la imagen de la felicidad que ha perdido.

Pero tambien es infeliz por acordarse de los bienes que recibió en su vida: Segunda circunstancia de su suplicio: Hijo mio, le dice Abraham, acuerdate de los bienes que recibiste durante tu vida: *Fili, recordare quia recepisti bona in vita tua.* ¡Y qué multitud de pensamientos infaustos no despertaria Abraham en su alma con esta memoria! El desprecio que hizo del privilegio de descender de un pueblo santo, y de una raíz bendita, el haber inutilizado para sí las promesas hechas á la posteridad de Abraham, el ser infructuosos para su salvacion, el Templo, el Altar, los sacrificios, la ley, las instrucciones de los Profetas, y los exemplos de los justos de la Sinagoga; el ver que empleó en regalar á un cuerpo destinado á arder eternamente, los bienes temporales de que se hubiera podido servir para comprar una corona inmortal: *Recordare, quia recepisti bona in vita tua.* Y así el alma reprobada oirá continuamente por toda la eternidad en medio de sus tormentos aquella amarga voz: *acuerdate de los bienes que recibiste durante tu vida; acuerdate de aquellos dias que pasaste en la abundancia, de aquella multitud de esclavos, que solo atendian á ad-*

vinarte tus deseos, de las públicas distinciones que tanto te lisongearon, de aquellos sobresalientes talentos que te engrangearon el aplauso y admiracion de los pueblos: *Recordare, acuerdate.* ¡Qué suplicio será para aquella alma el paralelo de lo que fue con lo que entonces será! Quanto mas agradable sea la imagen de su pasada felicidad, mas molesta será entonces la amargura de su condicion; porque es propio de la adversidad aumentarnos y traernos continuamente á la memoria los placeres de nuestro antiguo estado, y las desgracias inseparables de nuestra condicion presente.

Aun mas; entonces se la harán presentes todos los bienes de la gracia de que abusó: *Recordare quia recepisti bona.* Acuerdate de que eras hijo de los Santos, de que naciste en medio de un pueblo fiel; recibiste todos los socorros de una educacion Christiana, te doté de una alma buena, de un corazon defendido con mil inclinaciones buenas, casi todos los instantes de tu vida fueron señalados ó por alguna secreta inspiracion, ó por algun publico suceso que te llamaba á los caminos de la salvacion: Te hice nacer en unas circunstancias tan favorables para la piedad, te cerqué de tantos obstáculos contra tus pasiones, y de tantas facilidades para la virtud, que mas te ha costado el perderlo de lo que te hubiera costado el salvarte: *Recordare.* Acuerdate: Acuerdate tambien de todas las gracias de que has abusado con tanta ingratitud, y de lo facil que te hubiera sido el evitar la desgracia en que has venido á caer. Entonces el alma reprobada, repasando todas las facilidades para la salvacion que Dios la habia proporcionado, se enfurece contra sí misma: quanto mas conoce su ceguedad, mas la exaspera y consume su desgracia, y mas se acrece y se aumenta su furor; y la ocupacion de bienes molestos en su desesperacion des-

aborrecese eternamente á sí misma. O Dios! que justo sois en el modo de castigar al pecador, pues le haceis á él mismo el mas terrible instrumento de su suplicio. Segunda circunstancia de los tormentos de el réprobo de nuestro Evangelio; es infeliz por acordarse de lo pasado.

Tambien es desgraciado por las penas que al presente experimenta. *Cruor in hac flamma* Padezco crueles tormentos en este fuego. Tercera circunstancia de su suplicio, es la proporeion de sus tormentos con sus culpas. Unas llamas eternas abrasan su deshonesta lengua; una sed ardiente le consume; pide una gota de agua, no para apagar, sino para mitigar aquel fuego vengador en que se abrasa, y no se le concede. En lugar de la purpura, y finísimo lino con que en otro tiempo cubria su cuerpo, está hoy rodeado de un vestido de fuego; en una palabra, hoy son sus tormentos á proporeion de lo que fueron sus placeres. Nosotros, Católicos, no sabemos lo que padece, ni yo tampoco pretendo explicarlo, ni desfigurarlo con pinturas vulgares una imagen tan terrible; pero sabemos que ha mas de dos mil años que está gritando en medio de las llamas. Padezco extremos tormentos en estas llamas. *Cruor in hac flamma*. Sabemos que padece lo que nunca vieron los ojos, ni oyeron los oídos, y lo que el entendimiento del hombre no puede conocer. Sabemos que están pegadas á su cuerpo unas eternas llamas, encendidas por la Divina justicia, y que padece todo quanto Dios puede hacer padecer á un culpado, á quien tiene empeño en castigar; sabemos que en la morada del horror, y de la desesperacion se conservará la víctima con un fuego eterno; que se consumirá continuamente, y continuamente renacerá de sus cenizas. Sabemos que un serceto y cruel gusano, colocado por la mano de Dios en medio de su corazon, le estará despedazando por

todos los siglos. Sabemos que sus lágrimas nunca apagarán las llamas que le han de consumir, y que no pudiendo él mismo consumirse, la rabia suplirá á este fatal deseo. Sabemos que cansado de blasfemar en vano contra el Autor de su ser, será su lengua pasto de su propio furor; y que su cuerpo humeando como un negro tizon, será, dice el Profeta, juguete de los espiritus inmundos, á los que habia servido de asilo en la tierra: Finalmente, sabemos que en el ardor de su pena maldecirá eternamente el dia en que nació, y el vientre en que estuvo; que llamará á la muerte, y que esta no parecerá; que el mas suave consuelo de sus penas, será el deseo de una eterna aniquilacion; lo sabemos, y estas son las expresiones con que se explican los libros santos.

Continuamente nos estais diciendo, Católicos, en un tono deplorable de confianza, decia en otro tiempo San Juan Chrysostomo (a) á los Grandes de Constantinopla, para calmar en vosotros el miedo de lo por venir, que quisierais que viniera alguno del otro mundo á deciros lo que allá pasa. Pues bien, continuaba aquel eloquente Obispo, satisfaced hoy vuestra curiosidad; oíd á este infeliz, á quien llama Jesu-Christo, que os cuenta la terrible relacion de sus desgracias y de su suerte. Este es un Predicador que os envia al mismo Infierno. Quando nosotros os hablamos de los tormentos de la otra vida es necesario suavizar nuestras expresiones, por no ofender vuestra falsa delicadeza. Una verdad que asustó á los Cesáres, convirtió á los tiranos, y mudó el Universo, hoy casi solamente está destinada á mover las almas sencillas y vulgares; estas imágenes puestas en nuestra boca se oyen con desprecio, y se dexan para el pueblo; pero hoy debéis creer á un infeliz que no os cuenta

(a) Confer. 3.

ta mas que su propia desgracia; que mas os habla con sus gritos y con su desesperacion, que con sus palabras. Estais oyendo con tanta atencion á los que volviendo de las mas remotas Islas os refieren los usos y costumbres de unos países á donde nunca habeis de ir; ¿pues por qué no habeis de escuchar con mas atencion á un desgraciado, que os viene á decir lo que pasa en un lugar de donde nadie sino él ha vuelto, y que acaso será vuestra eterna morada?

Pero sus tormentos son mucho mas terribles, porque conoce que nunca se han de acabar. Quarta circunstancia de su suplicio: *Además, le responde Abraham, hay un grande abysmo entre vosotros y nosotros, de modo, que los que están aquí, aunque quisieran pasar á donde tú estás, no podrian, como tampoco pueden venir acá los que están en ese lugar.*

Y así el alma reprobada estiende su vista por toda la eternidad, sin poder ver en ella el termino de sus desgracias; las penas que se han de acabar, siempre admiten algun consuelo, y la esperanza sirve de alivio á los desgraciados; Pero aquí el mas terrible de sus tormentos es el pensar en lo futuro; quanto mas se adelanta en los infinitos espacios de la eternidad, mas camino la falta que andar. Solamente la eternidad es la medida de sus penas. Quisiera poder á lo menos apartar de sí la memoria de esta terrible eternidad, pero la justicia de Dios la presenta continuamente esta funesta imagen, la obliga á que la mire, á que la examine, á que piense en ella, y á que la sirva del mas cruel de todos sus suplicios; cada instante es para ella un tormento eterno, porque cada instante no es mas que el principio de sus penas, y en ningun tormento halla esperanza: sufre crueles castigos, padece una eternidad en cada instante, padece sin esperanza, y continuamente está empezando de nuevo su suplicio: esta es la suerte de esta alma desgraciada. No quiero detenerme mas

en estas circunstancias: hay algunas verdades que basta el apuntarlas, y que por sí mismas dan motivo á grandes reflexionas, y así deben dexarse á la consideracion de los que las oyen.

Finalmente, la ultima circunstancia de sus penas es el desorden de sus hermanos, que aun vivian, y á los que el exemplo de su vida descansada y sensual les habia parecido un modelo digno de seguirse, y por consiguiente les era motivo de ruina y de escandalo: *Padre Abraham, exclama: A lo menos embiad á Lazaro á la casa de mi Padre, para que lavise á los cinco hermanos que he dexado en ella, y no vengan ellos tambien á este lugar de tormentos, porque si no resuscita alguno de los muertos, no los han de creer.* Padece por los pecados ajenos, todas las culpas en que aun caen sus hermanos, aumentan el furor de sus llamas, porque son efectos de sus escandalos, y pide su conversion como alivio de sus penas.

Ah! Carólicos! Quántas almas reprobadas habrá en el infierno con las que en otro tiempo habeis vivido; y que son atormentadas por las culpas que aun estais vosotros cometiendo. Acaso aquella infeliz persona, que fue la primera que corrompió vuestra inocencia, clama actualmente en el lugar de su suplicio, y hace rabiosas instancias á su Juez para que se le permita venir á manifestaros aquel horrible espectáculo, que en otro tiempo encendió en vuestra alma, todavia inocente, desos impuros, de los que se ha seguido la libertad de vuestras costumbres. Acaso aquel impio que os enseñó á dudar de la fé de vuestros Padres, y que inficionó vuestro espíritu y vuestro corazón con maximas de irreligion y libertinage, levanta su voz en la morada del espanto y de la desesperacion; y desengañado, aunque tarde, pide que se le dexen venir á él mismo á desengañaros, y aliviar sus tormentos corrigiendo vuestra incredulidad. Acaso aquel escritor profano y lascivo,

cuyas obras, y veneno del pudor, están continuamente haciendo tan funestas impresiones en vuestras inocencia, está continuamente gritando entre las llamas, y solicita, aunque en vano, que algun compañero de su suplicio venga á informaros de las desgracias de su suerte: Acaso el inventor de aquellos espectáculos pecaminosos, adonde acudis con tanta afición, conociendo que se aumenta el rigor de sus penas, á proporcion de que los peligrosos é irreparables frutos de su arte introducen un nuevo veneno en vuestras almas, acaso hace subir sus lamentos hasta el Seno de Abrahám, suplicando el poder volver con su cadaver asqueroso y consumido por el fuego eterno, á presentarse en aquellos infames teatros, que levantó el mismo con sus manos, y á corregir con el asombro de este nuevo espectáculo el peligro de los que le debén su nacimiento, y á los que él debe su eterna desgracia.

¿Pero qué respuesta se dá desde el Seno de Abrahám á todas las almas reprobadas? Allí tenais á Moysés, y á los Profetas, y además los preceptos de Jesu-Christo, y si no os enmendais con las verdades de las Escrituras, sería inútil el que resucitasen los muertos para convertirlos, y aun os dexaría incrédulos este espectáculo: *Habuit Moysen, & Prophetas; si Moysen, & Prophetas non audiunt, neque isti, quis ex mortuis resurrexerit credent.* Os parece que un milagro, que un muerto resucitado, que un Angel que viniese á hablaros de parte de Dios, os haría renunciar al mundo, y mudar de vida? Siempre estais diciendo esto, pero os engañais, Católicos; aun hallarais razones para dudar, y vuestro corrompido corazón todavía hallaría pretextos para defenderse contra la evidencia de la verdad, y los milagros de Jesu-Christo no corrigieron la hyprocrisia de los Phariséos, ni la incredulidad de los Saduceos; con ellos se hacian más inescusables, pero no más fieles, y el mayor milagro de la religión es lo sublime de su doctrina, la

santidad de su moral, la magnificencia y divinidad de vuestros esecurds, si chm esto no os moveis, no os ilustrais, ni os imbuís, todo lo demás sería inútil. *Habuit Moysen, & Prophetas; si Moysen, & Prophetas non audiunt, neque isti, quis ex mortuis resurrexerit credent.* Leed, pues, los Sagrados libros Católicos, empezad el día con esta leccion, y adabade con ella, y pues este es el unico, mejor que hoy nos propone Jesu-Christo para evitar la suerte del réprobo de nuestro Evangelio: ¡Ah! Católicos, si meditabais estos libros Divinos, no tendríamos necesidad de haceros ver que una vida mundana y sensual, aunque esté recenta de los desordenes, es una vida culpable, y odiosa del Infierno: No tendríamos necesidad de enseñaros que el reyno de los ciegos padece violencia, que el no negarse continuamente á sí mismo, el buscar su consuelo en este mundo, el no usar de él como si no se usase, y el vivir solamente para el cuerpo, es perder el alma, y no ser discipulo de Jesu-Christo. Estas son las verdades mas sencillas y mas familiares del Evangelio, y los primeros fundamentos de la doctrina de la salvacion.

Y á la verdad, en qualquiera estado de opulencia y de prosperidad que hayais nacido, como nuestro Rico réprobo, no son tan dilatados los dias de nuestra peregrinacion que, ó podais entregaros tranquilamente á los deleytes, ó asustaros con las penosas obligaciones que os aseguran mejor suerte. Nosotros no vivimos mas que un instante en la tierra, y á un volver de cabeza todo desaparece, y volvemos á entrar en el abismo de la eternidad, ¿pues qué impresion pueden hacer en nuestros corazones unos deleytes que se han de acabar mañana, y que nada nos dexan de verdadero, sino el pesar de haberlos gozado? Si en el espacio de una larga vida no hubierais de gozar mas que un solo sueño agradable, y todo lo restante de ella estuviera destinado á expiar con indecibles tormentos el deleyte de aquel corto sueño,

ño, ¿os parece que sería digna de envidia vuestra suerte? Pues este es el destino, dice San Juan Chrysostomo de los que vivís en las delicias, y en el olvido de Dios; os parecéis á un hombre que se sueña feliz; y que después del contento de este pasagero engaño, despierta al ruido de una voz terrible, y vé con espanto que desaparece aquella fantasma de felicidad, que divertía sus sentidos adormecidos; todo se aniquila á su vista, todo desaparece á sus ojos, y se abre un abismo eterno, en donde las llamas vengadoras han de castigar por toda la eternidad el fugitivo error de un sueño agradable. Meditad estas santas verdades, Católicos. Aprended cuál es la esperanza, y quales las obligaciones de vuestra vocacion; para que despreciando las cosas perecederas nunca perdáis de vista los bienes eternos. Amen.



UNIVERSIDAD SALAMANCA

Se fue á un País extraño muy distante, y allí gastó toda su hacienda en excesos, y desórdenes. Luc. 15. v. 13.

SBR.



SERMON PARA EL VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE QUARESMA. EL HIJO PRODIGO.

Peregrè profectus est in regionem longinquam, & ibi dissipavit substantiam suam vivendo luxuriosè.

Se fue á un País extraño muy distante, y allí gastó toda su hacienda en excesos, y desórdenes. Luc. 15. v. 13.

LA parábola del Pródigo penitente es uno de los pasages de la Escritura de mas consuelo para los pecadores, y como hoy intento manifestaros todas sus circunstancias, me parece necesario deciros desde luego, qué fue lo que dió motivo á esta parábola. Un gran número de publicanos y gente de mala vida, movidos de las palabras de gracia y de salud eterna que salian de la boca del Salvador, se habian

Tomo IV.

V

apar.

ño, vos parece que sería digna de envidia vuestra suerte. Pues este es el destino, dice San Juan Chrysóstomo, de los que vivís en las delicias, y en el olvido de Dios; vos pareceis á un hombre que se sueña feliz, y que después del contento de este pasagero engaño, despierta al ruido de una voz terrible, y vé con espanto que desaparece aquella fantasma de felicidad, que divertía sus sentidos adormecidos; todo se aniquila á su vista, todo desaparece á sus ojos, y se abre un abismo eterno, en donde las llamas vengadoras han de castigar por toda la eternidad el fugitivo error de un sueño agradable. Meditad estas santas verdades, Católicos. Aprended cuál es la esperanza, y quales las obligaciones de vuestra vocacion; para que despreciando las cosas perecederas nunca perdais de vista los bienes eternos. Amen.

SERMON
PARA EL VIERNES
DE LA SEGUNDA SEMANA
DE QUARESMA.

EL HIJO PRODIGO.

Peregrè profectus est in regionem longinquam, & ibi dissipavit substantiam suam vivendo luxuriosè.

Se fue á un País extraño muy distante, y allí gastó toda su hacienda en excesos, y desórdenes. *Luc. 15. v. 13.*

LA parábola del Pródigo penitente es uno de los pasages de la Escritura de mas consuelo para los pecadores, y como hoy intento manifestaros todas sus circunstancias, me parece necesario deciros desde luego, qué fue lo que dió motivo á esta parábola. Un gran número de publicanos y gente de mala vida, movidos de las palabras de gracia y de salud eterna que salian de la boca del Salvador, se habian

apar.

apartado de sus desordenes, y seguian al Señor entre sus discipulos. Este Celestial Médico, que solamente habia venido para aquellos que tenian necesidad de ser curados, honraba sus casas con sus visitas, sus personas con su familiaridad, y aun sus mesas con su presencia; tanta bondad no tardó mucho en escandalizar la soberbia de los Escribas y Fariseos, porque la falsa devocion siempre es cruel: de la intima conexi6n que Jesu-Christo tenia con los pecadores tomaron motivo para murmurar, y de este modo de proceder inferian que era semejante á ellos en las costumbres; le desacreditan con el pueblo por aquella parte que mas debia grangearle el amor y estimacion, y le hacen pasar plaza de pecador, y de hombre entregado á los regalos.

A unas calumnias formadas unicamente por la envidia, á una obstinacion tan indigna de los que eran tenidos por Pastores del rebaño, y cuyo principal cargo era ofrecer sacrificios por los pecadores, solamente responde Jesu-Christo con tres parábolas, que todas contienen un mismo sentido, y guian á una misma verdad.

Ya se presenta baxo la imagen de un Pastor, que dexa las noventa y nueve ovejas, y corre en busca de una sola que se le habia descarreado; ya baxo la figura de una muger, que parece hace poco caso de las nueve piezas de plata que la quedaban, y busca con extraordinarios cuidados é inquietudes la décima que habia perdido: ya finalmente, baxo el symbolo de un padre de familias, que habiendo perdido al mas joven de sus hijos, á quien la libertad y desórdenes de la edad habian hecho andar vagando por regiones extrangeras, lleno de gozo al verle volver, le dá unas señales de cariño que nunca habia dado á su hijo mayor, que siempre habia sido fiel. El fin de todas estas parábolas era dar á conocer á los Fariseos, que la conversion de un sólo pecador causa mas

ale-

alegria en el cielo, que la perseverancia de un gran número de justos; y que los mismos desórdenes que irritaron á Dios contra nosotros, mueven su clemencia y su piedad luego que vé en nuestros corazones un sincero arrepentimiento.

Para darnos, pues, en esta parábola una idea mas viva de su bondad para con los pecadores, nos refiere Jesu-Christo por menor los excesos y desórdenes en que las pasiones y la edad habian precipitado al Pródigo. Nos le pinta atado con las cadenas de un vicio vergonzoso; y entre todos los pecados elige aquel que parece pone mayores obstáculos á su gracia, y que dexa en el alma pecadora menos esperanzas de arrepentimiento.

Para explicar, pues, hoy las intenciones del Salvador, y animar á los pecadores que me oyen á una sincera penitencia con estas imagenes tan vivas, y de tanto consuelo, de la misericordia de Dios, os explicaré en la primera parte de esta Homilia todas las circunstancias de los desórdenes del Pródigo, y en ellas vereis lo que puede la fuerza de esta infame pasion en un pecador que se dexa arrastrar de ella. En la ultima os manifestaré los cuidados del Padre de familias en favor del hijo que ha parecido, y en ellos admirareis con mucho consuelo hasta donde se estiende la bondad de Dios para con un pecador que se convierte á su Magestad.

El primer punto será el exceso de la pasion en los desórdenes del hijo Pródigo: El segundo, los excesos de la misericordia de Dios en los cuidados del Padre de familias.

¡Dios mió! purificad mis labios, y dadme unas expresiones puras para que pueda referir los excesos de un pecador lascivo, sin ofender á la virtud cuyo amor vengo á inspirar á los que me oyen, porque aunque el mundo no conoce moderacion en este vicio, quie-

re, no obstante, que nosotros observemos mucha circunspeccion en el lenguaje con que le condenamos. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

EL vicio, cuyas funestas conseqüencias intentó hoy manifestar, vicio tan universalmente esparcido en la tierra, y que con tanto furor destruye la heredad de Jesu Christo, vicio de que limpió al mundo la religion Christiana, y que hoy ha prevalecido contra la misma religion, tiene ciertas propiedades que se advierten en la historia de los desórdenes del hijo Pródigo.

Primeramente, no hay vicio que tanto aparte de Dios al pecador: En segundo lugar, no hay vicio que despues de haberle apartado de Dios, le dexé menos arbitrio para volverse á él: En tercer lugar, no hay vicio que le haga mas despreciable, aun á la vista de los hombres. Reparad en todas estas propiedades que se hallan en la historia del pecador de nuestro Evangelio.

La primera propiedad del vicio de que hablamos es poner como un abysmo entre Dios y el alma sensual, y casi no dexar esperanza de conversion al pecador. Por eso el Pródigo de nuestro Evangelio se fue desde luego á un país muy remoto, en donde no podía haber comunicacion entre él y el Padre de familias: *Peregrè profectus est in regionem longinquam.* A la verdad, en los demás vicios parece que el pecador aun está unido á Dios, aunque con lazos débiles. Hay vicios que respetan á lo menos la santidad del cuerpo, y no fortifican sus desatregadas inclinaciones: Hay otros que no derraman tan profundas tinieblas sobre el corazon, y que á lo menos permiten que pueda hacerse algun uso de las luces del entendimiento; finalmente,

hay otros que aunque se apoderen del corazon, es de modo que no le quitan absolutamente el gusto para todo lo que pudiera volverle á Dios; pero la infame pasion de que hablo, deshonorra al cuerpo, apaga la razon, hace insípidas todas las cosas del cielo, y levanta un muro de separacion entre Dios y el pecador, que parece le quita toda esperanza de poder volverse á unir con su Magestad: *Peregrè profectus est, &c.*

Y primeramente deshonorra al cuerpo del Christiano, profana el Templo de Dios en nosotros, hace que los miembros de Jesu-Christo sirvan á la ignominia, mancha una carne que se sustenta con su cuerpo y con su sangre; una carne consagrada por la gracia del Bautismo, una carne que ha de recibir la inmortalidad, y ha de ser conforme á la semejanza gloriosa de Jesu-Christo resucitado, una carne que ha de descansar en el lugar santo, y cuyas cenizas esperarán al pie del Altar del cordero el dia de la revelacion, mezcladas con las cenizas de las Vírgenes, y de los Mártires, una carne mas santa que estos augustos Templos en donde descansa la gloria del Señor, mas digna de poseerse con honor y respeto, que los mismos vasos del Santuario, consagrados á los terribles Misterios que encierran. ¿Pues qué barrera no opone el oprobrio de este vicio para que Dios vuelva á habitar en nosotros? Un Dios santo, en cuya presencia se tienen por impuros aun los mismos celestiales espiritus, ¿podrá nunca apartarse suficientemente de una carne cubierta de vergüenza y de ignominia? El ser la criatura polvo y ceniza sería bastante para que la bondad de Dios padeciése en humillarse hasta ella; ¿pues qué puede profetarse el pecador, que junta á su nada y á su baxeza las ignominias de un cuerpo infamemente deshonorado? *Peregrè profectus est in regionem longinquam.*

En segundo lugar, este vicio no solamente deshonorra

ra al cuerpo, sino que tambien apaga en el alma todas sus luces, y el pecador se hace incapáz de aquellas saludables reflexiones con que muchas veces se convierte una alma infiel: El Pródigo de nuestro Evangelio, ciego ya con su pasion, no vé el daño que se le sigue en apartarse de la casa paterna, ni la ingratitude de que se hace culpable para con el Padre de familias, ni los peligros á que se expone, queriendo él solo ser árbitro de su destino, ni el respeto á que falta yendose á un país extraño sin el consejo y consentimiento de aquel á quien debe la obediencia y sumision que inspira la naturaleza; y asi marcha sin ver mas de lo que le permite su pasion: *Peregrè profectus est in regionem longinquam.*

Esta es la propiedad de esta desgraciada pasion: Pone sobre el entendimiento una especie de nube: Muchos hombres prudentes, sabios, é ilustrados pierden repentinamente en este asunto toda su habilidad y toda su prudencia, y en un instante se borran todos los principios de su buen proceder, se forman un nuevo modo de pensar del que destierran todas las ideas comunes: Sus pasos se gobiernan por una inclinacion impetuosa, y no por la luz y por el consejo; se olvidan de lo que deben á los demás, y de lo que se deben á sí mismos; se ciegan en orden á su fortuna, á su obligacion, á su fama, á sus intereses, y aun á aquellos respetos que tanto los detienen en otras pasiones; y al mismo tiempo que sirven de espectáculo al público, no se vén á sí mismos; se ciegan en orden á su fortuna, y Amón pierde la vida y la corona por no haber podido vencer su injusta flaqueza; se ciegan en orden á la obligacion, y la precipitada muger de Putifar no se acuerda de que Joseph es un esclavo, olvida su nacimiento, su reputacion, su vanidad, y nada vé en aquel Hebréo, mas que el objeto de su infame pasion; se obscurece su razon, y David no tie-

ne

né ojos para ver ni la fidelidad de Urias, ni la ingratitude de que se vá á hacer culpable para con Dios, que le habia levantado del polvo de la tierra para colocarle en el trono de Judá; luego que fue herido su corazon, se obscurecieron todas sus luces; se ciegan en orden á los peligros, y el hijo del Rey de Sichein, sin atender á que expone la casa de su padre al justo sentimiento de los hijos de Jacob, roba á Dina, y solo cuida de contentar su pasion; se ciegan en orden al honor, y los dos viejos de Susana no atienden ni á lo venerable de su edad, ni á la gravedad de su carácter, ni al puesto que ocupan en Israel; arrastrados de su deplorable fragilidad no conocen la indecencia, ni se avergüenzan de su misma confusion; se ciegan en orden á las conversaciones del público, y Herodías no repara en tener á todo un reyno por testigo de su infamia y su flaqueza: Finalmente, se ciegan aun en orden á la indignidad del objeto que los cautiva, y Samsón, no obstante la experiencia que ya tiene de la perfidia de Dalila, no dexa de confiarla su secreto y su amor. De este modo, ¡oh Dios mio! castigais las pasiones de la carne con las tinieblas del entendimiento; vuestra luz no alumbra á las almas adúlteras y corrompidas, cuyo insensato corazon se obscurece: *Peregrè profectus est in regionem longinquam.*

Finalmente, esta deplorable pasion pone en el corazon un disgusto invencible para las cosas del cielo. Nada hay que pueda moverle: cansado de sus propias miserias quisiera algunas veces volverse á Dios, y todo le aparta de su Magestad, y le vuelve contra sí mismo: un fatal disgusto se apodera de él, y le sepulta en sus propias flaquezas; y acostumbrado á no gozar mas que unos deleytes injustos, desfallece, y no halla en sí movimiento alguno para la virtud.

Aun mas; no gusta de cosa alguna que no esté

se-

señalada con el infame carácter de la sensualidad; las obligaciones de la sociedad, las funciones de su empleo, el honor de su dignidad, los cuidados domésticos todo le cansa, todo le es insípido menos su pasión. Balthasar no cuida del gobierno de sus pueblos, ni sabe que el enemigo que está ya á las puertas de su capital le ha de quitar al día siguiente la corona y la vida. Salomón tiene mas cuidado de edificar Templos profanos á los Dioses de las mugeres extranjeras, que de aliviar á sus pueblos oprimidos por sus profusiones con el peso de las cargas públicas. Los hijos de Helí desprecian las funciones del Sacerdocio. La muger de Babylonia, entregada á las delicias, dice en su corazón: Solamente quiero dexarme adorar, y para mí no habrá cuidados ni pesares: *Sedeo Regina::: & luctum non videbo.* (a) La muger de quien se habla en los proverbios, no puede sufrir el estar en el recinto de su casa; la presencia de sus propios criados la es molesta: *Nec valens in domo consistere pedibus suis.* (b) De aquí proviene el ocuparse solamente en aquellas cosas que se dirigen á fomentar el apetito; en los espectáculos profanos, en la leccion perniciososa, en las armonías lascivas, y en las pinturas obscenas. Herodes no halla gusto sino en las danzas y festines. Salomón multiplica los conciertos, y en todo su palacio resuenan cánticos de sensualidad y regocijo: Manasés pone en el mismo Templo del Señor las imagenes de sus infames deleytes. Este es el carácter de esta pasión; ocupa el corazón todo entero, y en nada le dexa pensar sino en ella; trae al hombre embriagado y fuera de sí; todos los objetos le representan sus funestas imagenes; todo aviva sus injustos de-

(a) *Apoc. 18. v. 7.*(b) *Prov. 7. v. 11.*

seos; el mundo, la soledad, la presencia, la ausencia, los objetos mas indiferentes, las ocupaciones mas serias, aun el mismo Templo, los Sagrados Altares, y los Misterios terribles se los traen á la memoria; todo es impuro, como dice el Apostol, para el que es impuro: *Peregrè profectus est in regionem longinquam.*

Pero si no hay vicio que mas aparte al alma de Dios, tampoco le hay que dexé menos recurso para volverse á su Magestad despues de haberse una vez apartado de él. Segunda propiedad de esta pasión, y segunda circunstancia de los desordenes del prodigio: *Disipó toda su hacienda en desordenes*, dice Jesu-Christo; y despues que la habia disipado sobrevino una grande hambre en aquella region: *Dissipavit substantiam suam, vivendo luxuriosè.* Disipó todos sus bienes, los de la gracia, y los de la naturaleza.

La pérdida de la gracia es el comun efecto de todo pecado que mata al alma; pero éste aun pasa mas adelante: no solo priva al pecador de aquella justicia que le hacia amigo de Dios, sino que borra los dones del Espíritu Santo hasta en su raíz. La fé, aquel fundamento de todos los dones, y basa del sér Christiano se trastorna inmediatamente en el corazón del pecador impúdico. De la disolucion á la impiedad hay muy poco camino; para sosegarse el pecador en orden á los remordimientos de una vida desatreglada se persuade facilmente que todo muere con el cuerpo; sacude inmediatamente el yugo de la creencia comun, dexandose arrastrar del apetito, y muy presto se forma máximas de libertinage: En el principio sus disoluciones provenian de flaqueza, pero luego son fundadas en la impiedad; los deleytes que se compran á costa de remordimientos cuestan caros, y el pecador quiere gozar con tranquilidad de sus delitos; busca en los libros mas monstruosos, y en las compañías mas impías, arbitrios para asegurarse contra las ideas de la educacion, é inventa nuevas impie-

dades para acabar de obstinarse; como no se propone otra felicidad mas que la de las bestias, tampoco espera otro fin despues del sepulcro, y el mismo deleyte que corrompe el corazon, corrompe muy presto hasta los primeros principios de la fé: *Dissipavit substantiam suam vivendo luxuriosè.*

No solamente se disipan los bienes de la gracia, sino tambien los de la naturaleza: Recibisteis de Dios una alma tan pura, un natural tan modesto y vergonzoso, un pundonor tan noble y delicado, que parece que el cielo se habia complacido en formaros para la virtud, y en poner en vosotros mil inclinaciones y mil lazos con que uniros á la obligacion; y una injusta pasion ha forzado las felices barreras que la misma naturaleza oponia á vuestros desordenes; aquel pudor que os dió vuestro nacimiento, ya no es mas que una indigna flaqueza, incapaz de detenerse con freno alguno; y todo el fruto que habeis sacado de ella se reduce á cometer mas excesos, y no guardar tantas precauciones como otros luego que se rompió ese primer dique: *Dissipavit substantiam suam vivendo luxuriosè.*

Los bienes de la naturaleza; erais de un natural afable, tranquilo, familiar; estabais dotados de un corazon sencillo y sincero, de un candor de alma, de un genio pacífico, en el que se hallaban mil disposiciones favorables á la sinceridad christiana, y á la paz; de una conciencia pura, pero despues que esta infame pasion corrompió vuestro corazon, despues que entró en vuestra alma este fuego impuro, ya nadie os conoce, sois semejantes, dice San Judas, á un mar agitado con las mas violentas olas, os habeis vuelto melancolicos, impertinentes, inquietos y disimulados; se apagó aquella serenidad que provenia de la inocencia, aquella tranquilidad que nacia de la calma de las pasiones, y ya no hay mas que un caos inagotable de impertinencias y ridiculeces; aquel candor que manifestaba vuestra alma como era en sí, ya no

deja ver mas que pensamientos infames y disimulados; habeis perdido todo lo que os hacia amables para con los hombres, y lo que os podia hacer agradables á la vista de Dios; y el que os busca en vosotros mismos ya no os halla: *Dissipavit, &c.*

Finalmente, los bienes de la naturaleza; estabais dotados de unos talentos felices; vuestra juventud anunciaba grandes esperanzas, y todos creían que habiais de seguir los pasos de vuestros mayores, y resucitar su nombre, su dignidad y su fama; aquellos primeros rasgos de las prendas que forman los grandes hombres daban ya mil señales lisonjeras, y abrian á vuestros parientes los mas remotos caminos de elevacion y de fortuna, pero la sensualidad acabó con todos esos talentos; un infame vicio sepultó esas grandes esperanzas; esos principios de gloria acabaron en infamia é ignominia; ese entendimiento tan superior, tan capaz de cosas grandes se ha envilecido, le habeis empleado en servir á vuestras pasiones, y en adelantar en los infames deleytes; vosotros, que sin esta pasion hubierais podido servir al estado, ser alivio de la patria, y aun honrar vuestro siglo, y servir de ornamento á nuestras historias, vivís confundidos con los demás ciudadanos, ocultando entre ellos las reliquias de un mérito ofuscado, sin sacar mas fruto de las ventajas con que os habia adornado la naturaleza, que dar motivo para que todos puedan decir de vosotros: hubiera sido otro hombre, si hubiera sabido vencerse á sí mismo. ¡Oh ciudad fiel! exclama un Profeta: tú que naciste adornada de tanta rectitud y equidad, ¿cómo has llegado á tanta infamia? En tí habitaba la justicia, y ahora no se hallan mas que delitos; la hermosura de tu plata se ha mudado en cieno, y la fuerza de tu vino ha degenerado en la floxedad del agua: *Dissipavit, &c.*

No quiero hablar de los bienes de la fortuna que se sepultan en este abismo. ¡Ah! Si registráramos la his-

toria de las familias, si fuéramos á ver el principio de su decadencia, si revolviéramos las cenizas de aquellos grandes nombres, cuyos títulos y riquezas han pasado á los estraños; si llegáramos hasta el primero de sus antepasados que dió el primer golpe á la fortuna de su posteridad; acaso halláramos el origen en esta infame pasión. Veríamos que los excesos de un lascivo eran la causa de las desgracias que padecen sus descendientes; y sin ir á buscar exemplares en los tiempos pasados, ¿quántas familias ilustres, ya casi olvidadas, están pagando hoy á vuestra vista los desordenes de este vicio? ¿Quántas casas medio aniquiladas ven todos los dias acabarse con los desordenes y quebrantada salud de un deshonesto toda la esperanza de su posteridad, y toda la gloria de los títulos que una larga sucesion de siglos las habia adquirido, y que tanta sangre y trabajos habian costado á la virtud de sus mayores? *Dissipavit substantiam suam vivendo luxuriosè.* De este modo, ¡oh Dios mio! castigais á los pecadores con sus mismas pasiones, y delineais en la decadencia de las cosas humanas, y en las desgracias y revoluciones sensibles de los títulos y fortunas, los eternos suplicios que preparais á las almas impuras.

Pero en tercer lugar; este infame vicio no solamente llega á ser castigo del pecador deshonesto, destruyendo en él los bienes de la naturaleza y de la gracia, sino que le castiga principalmente con las inquietudes y remordimientos que dexa en lo interior de su alma. Tercera propiedad del vicio de que hablamos, y tercera circunstancia de los desordenes del Pródigo. *Después que gastó sus bienes, continúa Jesu-Christo, sucedió una grande hambre en aquel país, y él mismo empezó tambien á padecer necesidad: Et ipse cepit egere.*

De este modo este vicio hace al pecador insufrible á sí mismo, por las inquietudes que dexa en una conciencia impura. Bien sé que la inquietud interior es pena de

de todos los pecados que matan al alma; que la culpa nunca halla sosiego, y que la region de la iniquidad siempre es un triste teatro del hambre, y de la mas funesta miseria. *Falta est fames valida in regione illa.* Pero en este vicio de que hablo hay yo no sé qué cosa tan opuesta á la excelencia de la razon, y á la dignidad de nuestra naturaleza, que hace que el pecador continuamente se esté reprehendiendo á sí mismo su propia flaqueza, y que se averguence en su interior de no poder sacudir el yugo que le oprime: Este vicio dexa en el corazon una tristeza que le consume, que le sigue á todas partes, y derrama una secreta amargura en todos sus placeres; el deleyte huye y pasa, pero la conciencia impura nunca puede huir de sí misma; el pecador se cansa de sus inquietudes, y no tiene valor para acabarlas; se disgusta de sí mismo, y no se atreve á mudar de vida; quisiera poder huir de su propio corazon, y le halla en todas partes; envidia la suerte de aquellos pecadores obstinados, á quienes ve tranquilos en la culpa, y no puede conseguir esta funesta tranquilidad; intenta sacudir el yugo de la fé, y al principio le causa mas horror este pensamiento que el mismo delito. Finalmente, los placeres de que goza solo son instantáneos y fugitivos, pero los crueles remordimientos forman el estado permanente de toda una vida pecaminosa.

En segundo lugar, es insufrible á sí mismo por los disgustos, las envidias, los furores, las violencias, los sustos y los funestos sucesos que son inseparables de esta pasión: ¿qué cosas no hay que temer por parte de la reputacion y la fama? Es preciso comprar el injusto deleyte á costa de las mas molestas precauciones, y si llega á faltar una, todo está perdido. Es preciso aguantar las conversaciones del público, y la murmuracion de los criados; sufrir el anto-

jo, las inconstancias, los desprecios, y aun acaso la perfidia del objeto que os cautiva; o mantened vuestras obligaciones, vuestras correspondencias, vuestras intereses; los que siempre son incompatibles con vuestros placeres; sufrirse á sí mismo contra sí mismo. ¡Ah! En los principios de la pasión todo se manifiesta risueño y agradable; los primeros pasos que se dan en el camino de la iniquidad son sobre flores; los primeros excesos, de este vicio particularmente, ofuscan la razón, y no la dan lugar á que pueda conocer su miseria; las ideas que entonces se forman de la pasión todavía son nobles y lisonjeras; su estilo corresponde á estas ideas; á esta pasión llaman regularmente en el principio, elevación de pensamientos, bondad del corazón, discreción, honor, buena fé, distinción del mérito, y conformidad en las inclinaciones. Entonces todo lisonjea todavía á la vanidad. Pero sus resultas; dice el Espíritu Santo, siempre son amargas como el ageno. Resfriada la pasión, conocido lo injusto del deleyte, entiblad los primeros afectos con la familiaridad y el largo uso, desengañada la vanidad con la infamia de la pasión; entonces empiezan las molestas inquietudes, las murmuraciones públicas, las disensiones domésticas, la ruina de los negocios, los atrasos de la fortuna, las sospechas, los zelos, los disgustos, las infidelidades, y los furors. ¿Qué otra cosa te queda entonces, alma infiel, más que las terribles reflexiones que haces acerca de ti misma? Un peso de amargura sobre tu corazón, una vergüenza interior de tu flaqueza, un pesar de no haber seguido otros consejos más prudentes, unas tristes reflexiones del sosiego, de la fama, y de la felicidad que podías prometerle en la obligación y en la inocencia; ¿has podido hasta ahora conseguir el vivir sosegado, y con una conciencia tran-

tranquila en la culpa? *Et ipse capit egere.*
 En tercer lugar: es insufrible á sí mismo por los nuevos deseos que continuamente despierta este vicio en el corazón; de las cenizas de una pasión nace otra nueva; satisfecho un deseo; nace otro nuevo deseo; siempre está disgustado el pecador, sin estar nunca satisfecho. Es propiedad de esta infeliz pasión, dice el Apostol, el ser insaciable, *insatiabilis delicti*; no sabe poner límites á su infame deseo; los más monstruosos excesos no son capaces de satisfacer el furor de una alma impura; los más excesivos desordenes siempre dexan algo que desear al desorden de los sentidos; busca con ansia nuevos delitos en el mismo delito; forma, como el Pródigo, deseos más infames, que exceden á la misma infamia de las acciones: *Cupiebat implere ventrem de siliquis, quas porci manducabant.* Todo yugo es pesado, é insufrible; la molestia de las reflexiones, inseparable de la condición humana, desagrada y fatiga; llega á tal extremo que envidia la suerte de las bestias. *Cupiebat implere ventrem de siliquis, quas porci manducabant.* Tiene por más feliz la suerte de estas, que la del hombre, porque nada se opone á su instinto brutal. El honor, la obligación, las reflexiones, ni el respeto humano jamás sirven de estorbo á sus placeres, porque una ciega inclinación es la única obligación que los gobierna, y la sola ley que los guía. *Cupiebat implere ventrem de siliquis, quas porci manducabant.* ¡Dios mio! ¿Es posible que un deseo tan impio, tan monstruoso; tan vergonzoso á toda la naturaleza; tan sacrilego en la boca de un Cristiano que tiene la dicha de ser miembro de vuestro Hijo, haya de resonar todos los días en los teatros infames, y servir de adorno á las impresiones que hace en el alma una poesía lasciva? ¡Oh Pueblo mio! dice el Señor, ¿quién

¿quién te ha embriagado con el vino de la fornicación? ¿quién ha mudado mi heredad en habitación de espíritus inmundos? ¿Y quién ha entregado á Jerusalén á todos los excesos de las Naciones?

En quarto lugar, es insufrible, si es lícito decirlo así, por las funestas consecuencias de sus desordenes, las que casi siempre le hacen pagar en un cuerpo cargado de dolores, la infamia de las pasiones de su juventud; le hacen pasar unos dias tristes y desgraciados, y sentir en todos los instantes de su vida el indigno uso que de ella ha hecho: *Et ipse cepit egere.*

Finalmente, no hay vicio que haga al pecador mas vil y despreciable á la vista de los demás hombres; última circunstancia de los excesos del Pródigo, y última propiedad de esta pasión. Cayó en una ruindad que no se puede leer sin horrorizarse. Pusose á servir á uno de los habitantes de aquel país: embióle éste á un cortijo á que guardase los puercos, y allí deseaba remediar su hambre con las bellotas que comian aquellos inmundos animales, y no habia quien se las diese. ¡Qué imagen esta! ¡Y qué propia para representar toda la infamia y toda la indignidad del vicio de que hablamos!

Sí, Católicos, en vano ha dado el mundo nombres gloriosos á esta infame pasión: En vano una deplorable y necia costumbre ha procurado ennoblecerle con la pompa de los teatros, con el adorno de los espectáculos, con la fineza de las expresiones, y con todo el arte de una poesía lasciva. En vano prosituyen sus plumas y sus talentos los escritores profanos, haciendo infames apologías de este vicio. Las alabanzas que le tributan nada tienen de verdaderas, mas que las scenas en donde se publican; en los teatros fabulosos se representa como pasión de Heroes, y es la mayor flaqueza de las almas grandes; porque

en

en saliendo de allí, esto es, quando se considera la verdad y realidad de las cosas en la conducta regular de la vida, ésta pasión es una vileza que afrenta al hombre, y al Christiano; es un borron que mancha las mas brillantes acciones, y una nube que obscurece la vida mas digna de aplausos: Es una baxeza, que lejos de hacernos semejantes á los Heroes, nos confunde con las bestias: y á la verdad, vosotros que segun parece haceis gala de ella delante de los hombres, ¿quisierais que se hiciesen públicas todas vuestras secretas flaquezas, todas las indignidades, todos los pasos, todos los necios pensamientos, todas las pueriles acciones en que os ha precipitado esta pasión, las que Dios ha visto claramente, y que hará patentes su justicia en el dia de sus venganzas? ¿Gustaríais de que aquella parte de vuestra vida, tan oculta, tan infame, tan diferente de lo que parece á la vista de los hombres, se hiciese tan pública y conocida como ciertas acciones de honor, con las que acaso os habeis grangeado la estimación pública, y la fama que durará por todos los siglos? ¡Oh hombre! Tus pasiones siempre te están engañando á tí mismo: verdaderamente, Católicos, el mismo mundo, este mundo tan corrompido respeta el pudor; cubre con una eterna ignominia á los que le abandonan, se burla y murmura de ellos, les dá á conocer con su olvido y sus desprecios lo indigno de su conducta; es decir, que no obstante el puesto que ocupais en el mundo, todos os desprecian en su interior, os despojan de aquel nacimiento, de aquellos títulos, de aquel esplendor de que estais rodeados; solamente vén en vosotros á vosotros mismos, esto es, la infamia de vuestras inclinaciones. Quanto mas ensalzados os hallais, mas os abaten, mas se habla de vuestras flaquezas, y acaso se perpetúan para todos los siglos en los públicos anales; y vuestra ignominia se aumenta á

Tomo IV.

Y

pro-

proporcion de vüestra fama. *Secundum gloriam ejus, multiplicata est ignominia ejus.* (a)

Pero el alma entregada á los desórdenes no vé esta confusion, no conocé la vergüenza, dice el Espiritu Santo, no repara en el nacimiento, en el carácter, en la dignidad, ni en el sexó; nada sirve de freno á una alma entregada á esta deplorable pasion; por todo atropella sin detenersé; la avisa lo sagrado de su carácter, pero no importa; vé que en el puesto en que se halla todo es reparado, pero no hace caso; que su mismo traje anuncia virtud, é inspira continencia, pero nó se vé á sí misma; que en su sexó solamente la sospecha es una mancha, y que todo su mérito consiste en el pudór, pero quiere constituirle en la disolucion; que el público murmura, pero aun habla mas alto la pasion; que el esposo clama; y que la disension doméstica será muy presto asunto de las públicas conversaciones; pero para una persona poseida de esta infeliz pasion no hay mas mundo que el infame objeto que se la inspira; en nada estima todo lo demás de la tierra; nada vé de quanto sucede en el mundo; solo vive para su pasion, y no vé mas objeto que ella, como si no hubiera en el mundo otra cosa mas que el infeliz objeto que la abrasa. Abre los ojos alma infiel; atiende á que todos te están mirando; que tus pasiones son la fabula pública; que tu nombre representa en todas partes la imagen de tu oprobio; contempla por un oinstante el papel que haces en el mundo. *Et missit illum in villam, ut pasceret porcos.*

Ved aquí, Católicos, los desórdenes del pecador de nuestra parábola, y las funestas consequencias de un vicio, hasta cuyo nombre prohibia en otro tiempo

(a) 2. Mach. I. v. 42.

San Pablo á los Christianos, y el que con mas razon jamás debierais oirnos, á nosotros en este santo lugar, en el que continuamente se ofrece el Cordero sin mancha, y en estos christianos púlpitos destinados á anunciaros la casta ley del Señor, y las palabras de la vida eterna.

¡ Ah! en aquellos felices tiempos, en que aun tenía sus Mártires la castidad, en que los Tiranos se esforzaban á castigar mas rigurosamente á las Virgenes Christianas con la pérdida de esta virtud, que con la de su vida; en aquellos felices tiempos, los púlpitos christianos solamente estaban destinados á hacer elogios de la castidad; los primeros Pastores, los Cyprianos, los Ambrosios, los Agustinos, solo se ocupaban en las asambleas de los fieles en animar á las Virgenes inocentes, manifestandolas la excelencia y las utilidades de su estado; y en los preciosos monumentos de su zelo y de su ciencia, que se han conservado hasta nuestros tiempos, se hallan mas elogios de la virginidad, que invectivas contra los deshonestos, fornicarios, y adúlteros, que entonces eran muy raros entre los fieles.

Pero hoy, que este vicio ha inficionado todas las edades, todos los sexós, y todos los estados; hoy, que ha borrado en todo el christianismo aquellos primeros rasgos de pudór, que distinguian á nuestros padres de las naciones corrompidas y perversas; hoy finalmente que la pública libertad, y la fuerza de el mal exemplo pretenden quitarle hasta la infamia que le habia quedado; ¡ Ah! nos es preciso levantar la voz; es preciso que no nos avergoncemos de prohibiros lo que vosotros casi os preciais de permitir; y que os digamos con la santa libertad de nuestro ministerio, que Dios ha de perder eternamente al que mancha y profana su Templo en su propio cuerpo.

Estas son las amarguras, la indignidad, la servitud-

dumbre, el oprobrio, los furores, y las inquietudes que trae consigo esta pasion, aun en esta vida: No quiero hablar del fuego eterno que la está preparado en la otra, porque mas quiero proponeros sus remedios que sus castigos, y haceros ver en la conversion del Pródigo hacia el Padre de familias los medios, los motivos, y la imagen de un verdadero penitente.

SEGUNDA PARTE.

NO basta el haberos explicado en los excesos de el Hijo Pródigo la imagen de los desórdenes, y desgracias de un pecador lascivo; es necesario proponeros tambien en su conversion el modelo y los consuelos de su penitencia. A la verdad, Católicos, al volver á la casa de su padre halla en ella quanto habia perdido en sus desórdenes; su arrepentimiento repara todas las resultas de sus excesos, y los mismos pasos que habia dado para seguir los caminos injustos, vienen á ser como el modelo de los que dá para salir de ellos. Sigamos la historia de nuestro Evangelio, y vamos reparando en todas estas circunstancias.

El primer efecto de su deplorable pasion habia sido el poner como un abismo entré él y la gracia, con las tinieblas con que habia ofuscado su entendimiento; con el fatal disgusto que le habia infundido para las cosas del cielo, y con la esclavitud de los sentidos al imperio de la sensualidad. *Peregrus profectus est in regionem longinquam.* Pero el primer paso de su penitencia aparta todos estos obstáculos.

Primeramente; su penitencia le abre los ojos para que vea el vergonzoso estado á que le habia reducido la pasion, *in se autem reversus.* El encanto que le cegaba se deshace de repente, se asusta al verse á sí mis-

mismo cubierto de oprobrio, confundido con los mas viles animales, participando de sus deleytes y de su sustento: Entonces se desvanecen todas las falsas y alhagüenas ideas con que se habia representado su pasion, aquella falsa constancia, aquella bondad de corazon, aquella nobleza de pensamientos, aquel afecto que nace con nosotros, aquel inevitable destino de nuestras inclinaciones; estas expresiones vanas con que la corrupcion procura cubrir la vergüenza del vicio, todas mudaron de nombre á su vista, y solo vé su infame ceguedad, la depravacion de un corazon entregado por la justicia de Dios á sus propios deseos, y una vileza que le llena de confusion; ya no se mira sino como el desprecio de su pueblo, vergüenza de la religion, oprobrio de la humanidad, y como un monstruo á quien solamente debiera mirar el Padre celestial para castigarle, y sepultar en el abismo su persona y su ignominia: *In se autem reversus.*

Entonces el pecador movido, y ya iluminado, se acuerda con unas lágrimas de compuncion, que empiezan á caer de sus ojos, de aquella primera estacion de su vida, quando aún se hallaba inocente, quando educado á la vista del Padre de familias, gustaba del regalo y abundancia de su casa; compara el candor y tranquilidad de sus primeras costumbres con los pesares y amarguras de las pasiones que las sucedieron, vé que solamente han sido felices en su vida aquellos primeros años, en que su corazon, tranquilo, é inocente no habia experimentado las crueles turbaciones é inquietudes de las conexiones profanas; que entonces sus alegrías eran puras, sus deseos arreglados y tranquilos, sus costumbres rectas y sosegadas; que con aquellas impuras centellitas que encendieron su corazon le vinieron todas las desgracias, y que desde aquel fatal instante todos sus dias han sido señalados con funestos pesares; su vida siempre ha sido agitada,

é inquieta, y aun sus deleytes tristes y funestos: *In se autem reversus.*

En segundo lugar; disipadas sus tinieblas, aquel fatal disgusto que tenia á las cosas del cielo se muda en un santo deseo de virtud y de justicia: *¡Quantos criados en la casa de mi padre tienen pan con abundancia, y yo aqui número de hambre!* Quando en otro tiempo la sola idea de la regla y de la virtud le hacia temblar, le molestaba la presencia de los justos, y no podia sufrir el ver la casa del Padre de familias, ahora empieza á envidiar la suerte de sus criados, y de aquellas almas fieles que le sirven; y comparandola á la suya, compara la abundancia de aquellos al hambre que le aflige, la decencia de su estado al oprobrio del suyo, su tranquilidad con sus inquietudes, la estimacion en que viven entre los hombres á la vergonzosa infamia en que él ha caído. Quanto mas exâmina la condicion de los justos, mas insufrible le parece su estado. *¿Es posible, se dice á sí mismo, que quando tantas almas fieles gozan de las utilidades de la casa de mi Padre, de los socorros de la religion, de los interiores consuelos de la gracia, y aun de la estimacion de los hombres; que comiendo ellos el pan de los hijos, y teniendo esperanza de no ser excluidos de la herencia, yo me he de ver aqui hecho presa de las infames pasiones, disgustado, consumido, tiranizado por mi propio corazon, viviendo sin consuelo, y aun sin honor para con los hombres? ¡Ah! ¿Hasta quando esta injusta flaqueza se ha de oponer á mi sosiego, á mis talentos, á mis verdaderos intereses, y á mi eterno destino? ¡Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus, ego autem hic fame pereo!*

De este modo, Católicos, nuestro feliz penitente quiere entrar al instante en la compañía de los justos, y aumentar el número de los siervos del Padre de fa-
mi-

mias: *Fao me sicut unum de mercenariis tuis.* No se contenta con simples deseos de imitarlos, como sucede de todos los dias en el mundo, respecto de aquellas personas cuya virtud nos vemos obligados á respetar: No se contenta con decir que ellos han escogido la mejor parte, que solamente aquello es lo verdadero, que es felicidad el serlos semejantes, que todo lo demás nada vale, y que no pierde las esperanzas de imitar algun dia su exemplo. Vanos discursos, ¡oh Dios mio! con que nos engañamos á nosotros mismos, y que solamente sirven de calmar en nosotros los secretos remordimientos de una conciencia delinqüente.

Nuestro Pródigo arrepentido no espera á mas adelante. No alaba la virtud con la vana esperanza de seguir algun dia sus santas reglas. No pondera las desgracias de una vida pecaminosa, persuadiendose á sí mismo que algun dia saldrá de ella. El verdadero dolor es tardo en hablar y pronto en executar; conoce que aquel instante es para él el instante de eterna salud: Combatido de aquellas inquietudes que dividen el corazon quando está para mudarse, de aquella agitación de pensamientos con que se defiende y se acusa, buscando las tinieblas y la soledad para entregarse á ellos mas libremente, derramando arroyos de lágrimas, no siendo ya dueño de su dolor, baxando los ojos de vergüenza, sin atreverse á mirar al cielo, de donde no obstante espera su salud y libertad; ¿pues qué tardo, dice con una voz mezclada de suspiros? ¿qué es lo que aun me detiene en los vergonzosos lazos que respeto? ¿Los placeres? ¡Ah! ya ha mucho tiempo que no los gozo, y mis dias están llenos de enojo y amargura. ¿Las conexiones profanas, y la constancia que mil veces he prometido? ¿Pero acaso era mio mi corazon, para poder disponer de él? ¿Y por qué he de querer ser yo fiel con unas criaturas que nunca lo han sido conmigo? El ruido que hará en el mundo
mi

mi conversion? Pero con tal que Dios la apruebe, ¿qué me importa lo que digan los hombres? ¿No será razon que sean testigos de mi penitencia todos los que lo han sido de mis escandalos? Por otra parte, ¿qué puedo yo temer del público, despues del desprecio y vergüenza que me he adquirido con mis desórdenes? ¿La incertidumbre del perdon? ¡Ah! tengo un Padre compasivo y misericordioso, no desea mas de que su hijo vuelva á su casa, y al verme se despertará todo su amor.

Voy, pues, á levantarme: *surgam*; procuraré vencer la vergüenza y mi propia flaqueza que me detienen: iré á su santa casa, donde siempre está dispuesto para recibir y escuchar á los pecadores: *ibo ad Patrem*. Es verdad que yo soy un hijo ingrato, rebelde, desnaturalizado, indigno de su nombre, pero todavia es mi Padre, *ibo ad Patrem*; iré, y derramaré á sus pies toda la amargura de mi alma, y allí, dexando hablar á mi dolor, le diré: *Padre mio, pequé contra el cielo, y en presencia vuestra*. Contra el cielo, con los escandalos y públicos desórdenes de mi vida; contra el cielo, con los discursos de impiedad y libertinage que yo me formaba para sosegar y afianzarme en la culpa; contra el cielo, porque como un vil animal nunca levanté los ojos para mirarle, ni para acordarme que allí estaba mi patria y mi origen; contra el cielo, por el infame abuso que he hecho de su luz, y de los dias de que se ha compuesto mi vida triste y culpable: *Peccavi in Caelum*: Pero lo que se ha visto de mis desórdenes ha sido la parte menos infame de ellos; los delitos de que vos solo habeis sido testigo merecen mucho mas vuestra indignacion. He pecado en vuestra presencia: *Peccavi in Caelum, & coram te*. En vuestra presencia con tantas obras de tinieblas, que han sido patentes á vuestros ojos invisibles, con las mas infames circunstancias, con cuya memoria tiemblo y me confundo: En vuestra presencia, por el indigno uso que he hecho de los dones y talentos con que me habeis favorecido: En vuestra presencia, final-

almente, despreciando tantos interiores auxilios con que me habeis socorrido desde mi infancia; y habiendo sido para mí el mejor de todos los padres, yo he sido para Vos el mas desnaturalizado de todos los hijos: *Peccavi in Caelum, & coram te*.

¡Qué mudanza, y qué exemplo de tanto consuelo para los pecadores! La gracia abunda en donde habia abundado el pecado. Parece ¡oh Dios mio! que gustais de ser particularmente Padre de los ingratos, bienhechor de los culpados, Dios de los pecadores, y consuelo de los penitentes; y como si todos los gloriosos titulos con que se explica vuestra grandeza y poder no fueran dignos de Vos, quereis ser llamado *el Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo*. (a) No, amados oyentes míos, no se acobarde vuestra confianza con el exceso de vuestras iniquidades; el Celestial Médico gusta de curar los males mas desesperados, y los mayores pecadores acreditan mas su piedad y su misericordia; sin duda que el haber permitido que cayeseis en ese abismo, y que nada faltase á vuestras desgracias, fue para que resplandeciese mas en vosotros el poder y las riquezas de su gracia. ¿Por ventura no se manifiesta mas grande quando saca á Jonás de lo profundo del abismo, que quando no hace mas que sostener á Pedro que empezaba á hundirse en las aguas? Si vuestros pecados han llegado al mayor exceso, ¡ah! acaso ese es el momento de su gracia, acaso la misericordia de Dios tiene señalado el primer instante de sus favores para el último de vuestros delitos; lo que mas debe temerse en nuestros males es la desconfianza del remedio. Pero si no es suficiente para moveros el perdon que el Padre de familias concedió al Pródigo de nuestro Evangelio; á lo menos acaben de vencer vues-

(a) 1. Corinth. 1. ca. 8. *Peccavi in Caelum, & coram te*.
Tomo IV. Z

tra resistencia los consuelos que acompañan á su arrepentimiento.

Sí, Católicos, esta es la tercera circunstancia de la conversion de nuestro feliz penitente. Los frutos de la iniquidad habian sido para él amargos como el agenjo, y los primeros pasos de su penitencia están acompañados de mil consuelos.

Primeramente, le sirven de consuelo las facilidades que halla en la santa empresa de su conversion. Apenas vé el Padre de familias desde lejos á su hijo, quando viendole flaco, extenuado, inquieto, y casi sin poderse tener, corre á él; corre, dice San Ambrosio, y vá apresurado á sostenerle, temiendo que encuentre en el camino algun obstáculo que le detenga: *Accurrit ne quis impediatur*. Poco necesita un pecador en el principio de su carrera para detenerse; se halla como un hombre que por mucho tiempo ha padecido los golpes de las olas y de la borrasca, y quando se levanta está aturdido, y sin poderse tener en pie, si alguna mano caritativa no le socorre para que no cayga; una ocasion, un disgusto, un obstáculo, qualquiera cosa es capaz entonces de apagar en una alma las primeras operaciones de la gracia; el mismo demonio, mas atento entonces que nunca á que no se le escape la presa de las manos, esparce mil nubes sobre su espiritu, y presenta á una alma movida al arrepentimiento unas dificultades insuperables en su empresa; la representa dificultades por parte del mundo, con el que aun quisiera guardar respetos; dificultades por parte de sus pretensiones, y de sus esperanzas humanas, las que teme perder, ó atrasar; dificultades por parte de sus conexiones, de sus parientes, de sus amigos, de su clase, de su nacimiento, de sus empleos, las que son otras tantas fantasmas que la representa el demonio como verdades, aumentandolas y pintandolas con mucha viveza en la imaginacion, y representandolas continuamente á el alma tímida que no

acaba de resolverse: De modo que vacilando muchas veces entre sus temores y sus buenos deseos, entre sus resoluciones y sus desconfianzas, entre sus antiguos errores y sus nuevas luces, suele detenerse, delibera, se desanima, vuelve atrás, y despues de haber echado por mucho tiempo la cuenta de los gastos, y de sus fuerzas, segun la frase del Evangelio, no pasó mas adelante, y no llega á poner ni aun la primera piedra del edificio.

¿Pero qué hace entonces el cuidadoso amor del Padre de familias? Corre hácia donde está su hijo, se dá prisa á sostenerle, le asegura contra sus temores, y contra su propia flaqueza, calma sus inquietudes, y disipa sus nubes: *Accurrit ne quis impediatur*. Aun no se contenta con esto. Junta mil circunstancias para facilitarle el camino, aparta los obstáculos en que pudiera tropezar su flaqueza, destruye los proyectos que pudieran exponerle á nuevos peligros, proporciona los sucesos de modo que le sirvan de nuevas facilidades para romper sus cadenas: *Accurrit ne quis impediatur*. Todo parece que ayuda á esta alma movida á el arrepentimiento, todo la sostiene, todo la favorece, se allanan como con un repentino encanto aquellas montañas que la parecia ver delante de sí, y que nunca las podria atravesar, y aquellas dificultades tan temibles se desvanecen; quanto mas adelanta mas fácil se le hace el camino, y los mismos obstáculos que la asustan le sirven de facilidad para su penitencia: *Accurrit ne quis impediatur*.

En segundo lugar, le sirven de consuelo las secretas dulzuras que halla en los primeros pasos de una nueva vida. No se contenta el Padre de familias con correr hácia donde está su hijo, sino que se arroja á su cuello, le abraza, y le besa, apenas basta su corazón para contener todo su paternal amor: *Cecidit super collum ejus, & osculatus est eum*. Halla el hijo que habia perdido: *Perierat, & inventus est*. Es verdad que le halla sucio, asqueroso, desgarrado, y esto que debiera ser motivo de encender

mas su ira, solo sirve de avivar su amor; vé en él sus desgracias, y no sus delitos: *Perierat, & inventus est.* No se ha olvidado de que era un hijo ingrato y rebelde; pero esta misma memoria es la que mas le mueve; vé revivir un hijo que para él estaba muerto, y halla lo que habia perdido: *Cecidit super collum ejus, & osculatus est eum.* Imagen tierna y consoladora de la alegría que causa en el cielo la conversion de un solo pecador, y de los interiores consuelos que Dios hace experimentar al alma en los principios de su conversion: *Cecidit super collum ejus, & osculatus est eum.* ¡Oh paternal clemencia! ¡Oh fuente inagotable de bondad! ¡Oh misericordia de mi Dios! ¿Qué utilidad sacais de la salvacion de la criatura?

En tercer lugar, la sirve de consuelo la participacion de sus santos Misterios, de que por tanto tiempo habia vivido privada por sus desordenes. El Padre de familias manda matar un gordo cabrito, convida á su hijo convertido á este celestial convite, y le alimenta con la vianda de los escogidos: *Adducite vitulum saginatum, manducemus, & epulemur.* Despues de haber vivido tantos años sin Dios, sin religion, sin esperanza, separado del Altar y de los Sacrificios, excluido como un anatema de la Congregacion Santa, de la sociedad de los justos, y de todos los consuelos de la fé, ¡qué gozo se experimenta en hallarse al pie del Altar santo en compañía de sus hermanos, en ser sustentado con el mismo pan, mantenido con la misma vianda, esperando las mismas promesas, socorrido con sus oraciones, fortalecido con sus exemplos, animado con la harmonía de los santos cánticos que acompañan la solemnidad y la alegría de aquel divino banquete! *Et cum veniret, audivit Symphoniam, & chorum.* ¡Alma feliz! ¿Echas menos entonces los infames placeres de que acaba de disgustarte la gracia? ¿Vés por ventura en el mundo, en donde pasaste unos dias tan llenos de amargura, alguna cosa que te pueda volver á aficionar á él, que te parezca digna de tu co-

razon? Un solo dia en la casa del Señor al pie del Altar santo, ¿no es para tí de mas consuelo que años enteros pasados en los placeres, y en las concurrencias de los pecadores?

Finalmente, la última circunstancia de los desordenes del Pródigo fue el desprecio y vileza en que llegó á caer; y el honor y la gloria son el último privilegio de su penitencia; se le vuelve á poner en posesion de los antiguos derechos que habia perdido; le ponen un vestido de dignidad y de inocencia, y en su dedo una señal de poder y autoridad; se le prefiere á su hermano mayor; es decir, que la virtud hace que se olvide la locura y el desprecio que habia en nuestras pasiones; ó por mejor decir, nadie se acuerda de ellas sino para dar mas estimacion á las virtudes que las han sucedido; muda en estimacion y respeto el desprecio que nos habian grangeado nuestros vicios; nos restablece en todos los derechos de nuestro nacimiento, de nuestros títulos, y de nuestras dignidades, que estaban envilecidas con nuestras disoluciones; nos saca del cieno y de la obscuridad de los desordenes, para resituirnos á las funciones públicas; nos aparta de la compañía infame y vergonzosa de los hombres viles y disolutos, para reunirnos á los hombres prudentes é ilustres de nuestra clase y de nuestro estado; en una palabra, quando antes eramos, como el Pródigo, oprobrio del cielo y de la tierra, nos hace alegría de los justos, consuelo de los Pastores, gloria de la religion, admiracion de los mismos mundanos, y un espectáculo digno de los Angeles y de los hombres.

Pues qué mas se necesita, amados oyentes míos, para animaros á seguir este exemplo. Ha tanto tiempo que como el Pródigo andais descaminados por regiones extrañas, entregados á la infamia, y al oprobrio de vuestras pasiones, ¿por qué habeis de reusar el arrojaros al Seno que hoy os abre el Padre celestial con tanta mi-

sericordia? Os ha sufrido los excesos de vuestra desreglada juventud, se prometia que pasados aquellos primeros desórdenes, la edad, la experiencia, y la gracia moverian por último vuestro corazon; ya ha llegado este tiempo, ¿pues qué esperais para volveros á él? Los primeros desórdenes de vuestra vida pudieron hallar escusa en la fuerza de las pasiones, y en la licencia de la edad, pero ahora ¿qué escusa podeis tener? Veis que se pasan los años, que huye la mejor estacion de vuestra vida, que se acaba la juventud, que se os desfigura el rostro, y que todas las cosas con su mudanza os están continuamente avisando que ya es tiempo de que tambien vosotros os mudeis; cada dia os disgusta mas el mundo, porque cada dia sois vosotros menos á propósito para él; veis que todo lo que os rodea ó os enfada por lo mucho que lo habeis usado, ó apartandose poco á poco de vosotros, os dá á conocer que no debeis contar con un mundo en el que no servís mas que de incomodar, y que es locura el correr tras lo que huye de vosotros, y obstinaros en huir de un Dios que os busca, ¿pues qué podeis esperar?

Y en la realidad, ¿qué infeliz es vuestra vida! sin fé, sin religion, sin el consuelo de los Sacramentos, sin poder volveros á Dios en vuestras oraciones, sin ninguna verdadera alegría en el corazon, cansados de los placeres que aun buscáis, enfadados de un mundo en el que lleváis arrastrando el peso de vuestros disgustos, y de vuestras culpas. ¿Pues qué esperais para acabar vuestras penas y vuestras desgracias con vuestros desórdenes? Los Santos Misterios que se acercan, el tiempo de propiciacion en que nos hallamos, toda la Iglesia que está ocupada en la conversion de los pecadores, la voz de sus Ministros que en todas partes os exórta á penitencia, vosotros mismos que os hallais movidos y excitados con todo este aparato de religion, ¿á qué esperais? ¿Habeis de llegar con vuestras impurezas y con vuestra

ignominia hasta el festin de la Pasqua, y hasta la solemnidad de la Resurreccion? ¿Habeis de permanecer Anathemas en medio de vuestros hermanos, separados del Altar y de los Sacrificios, mientras que ellos participan todos del ázimo sagrado, y celebran el dia del Señor.

¿Qué alegría para vosotros, amados oyentes míos, si movidos hoy de compuncion, si tomando al salir de aqui unas sólidas medidas de penitencia, si encaminándoos á algun hombre de Dios, á cuyos pies pongais ese peso de iniquidad que os oprime, os vemos sentados á la mesa del Padre celestial en los dias solemnes que esperamos! ¿Qué alegría si le oímos decir: *Mi hijo estaba muerto, y ha resucitado; se habia perdido, y acaba de parecer!* ¿Qué divinos consuelos experimentará entonces vuestra alma! Los Espiritus que están al rededor del Trono de Dios solemnizarán este feliz dia con Cánticos Celestiales: Los Santos que habitan en la tierra bendecirán las riquezas de la Divina Misericordia; aun los mismos pecadores admirarán vuestra mudanza, y seguirán el exemplo de vuestra penitencia. Ojalá os movierais, amados oyentes míos, con unos motivos tan poderosos; y Vos, ¡oh Dios mio! haced que no sean vanos mis deseos; oíd las ansias de mi corazon y mis ardientes votos por la salvacion de mis hermanos, y derramad sobre los pecadores que me oyen un espíritu de compuncion, para que saliendo de sus desórdenes os hallen dispuesto á recibirlos en el seno de vuestra gloria, y de vuestra inmortalidad. Amen.

SERMON
PARA EL TERCER DOMINGO
DE QUARESMA.
SOBRE LA INCONSTANCIA
en los caminos de la salvacion.

Et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus.

Y el último estado de este hombre viene á ser peor que el primero. *Lucæ II. v 26.*

LA parábola del espíritu inundo que vuelve al cuerpo de aquel hombre de donde habia sido arrojado, y que hace su último estado peor que el primero, no es mas, segun San Juan Chrysóstomo, que una Profecía encubierta que hace Jesu-Christo á los Judíos, de las desgracias que habian de suceder en Jerusalén. Baxo aquellos misteriosos rasgos pretende el Salvador del mundo acordarlos el deplorable estado á que habian reducido aquella ingrata ciudad las iniquidades de sus padres; y el exceso de su misericordia, atenta siempre á libertarla de

de ellas, y les dá á entender que Jerusalén caerá tantas veces en sus infidelidades, que por último se retirará de ella el Señor absolutamente, y que su último estado será peor que el primero: *Et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus.*

Que es lo mismo que si hablara de este modo: Jerusalén estaba poseída de un demonio quando imitaba antiguamente todas las impiedades de las naciones, quando multiplicaba sus Altares, quando se olvidaba del Señor que la habia sacado de Egipto, y quando los mismos Principes iban á sacrificar sobre los lugares eminentes, y daban muerte á mis Profetas; con todo eso no la abandoné en aquel estado; suscité otros Profetas siervos míos, que la anunciaron mi voluntad; rompí los lazos que la tenian cautiva en Babilonia; la restituí su templo y el Altar santo, y arrojé al demonio impuro que se habia apoderado de mi heredad; pero ya que sus delitos continuamente están volviendo á nacer, ya que me paga todas mis misericordias con nuevas ingratitudes, y que despues de haber dado muerte á los demás Profetas, vá á llenar la medida de sus culpas, derramando la sangre del hijo y del heredero, tambien yo voy á entregarla á unas calamidades que nunca ha experimentado: Sus muros serán demolidos para siempre; su templo y su Altar, en los que pone toda su confianza, no serán mas que unas tristes ruinas; no habrá mas Sacrificio, mas Tabernáculo, mas Sacerdocio, ni mas Profeta: *Universa arma ejus auferet, in quibus confidebat, & spolia ejus distribuet.* (a) Será presa de un pueblo incircunciso, que dividirá entre sí sus despojos; que juntará las aguilas profanas al rededor de su cadaver; que la mudará para siempre en una funesta soledad; y su último estado será peor que el primero.

(a) *Lucæ II. v 26.*

Tomo IV. Aa

estado será mucho peor que el primero: *Et sunt novissima hominis illius, pejora prioribus.*

Apliquemos, Católicos, á nosotros mismos esta espantosa parábola. Nuestra alma, como la infiel Jerusalén, ha sido muchas veces libertada del demonio, y otras tantas le hemos vuelto á recibir en ella; mil veces nos hemos arrepentido, y otras tantas hemos vuelto á caer; hemos llorado nuestros injustos placeres, y en el instante siguiente hemos enjugado nuestras lágrimas con otros nuevos; disgustados del mundo y de nosotros mismos nos hemos vuelto muchas veces al Señor, y al día siguiente disgustados del Señor hemos vuelto á dar al mundo, que nos presentaba nuevos encantos, el corazón que acabábamos de entregarle; hasta ahora siempre han caminado nuestras costumbres baxo esta triste alternativa de culpa y de arrepentimiento; quantos pasos hemos dado hácia nuestra conversion, otros tantos hemos vuelto á dar hácia atrás; nuestras recaídas han sido tantas como nuestras confesiones. ¡Ah! Temamos que el Señor se retire absolutamente de nosotros, y que nuestro último estado sea peor que el primero. Y esto, Católicos, sucede, porque todos los medios de salud eterna, útiles para los demás pecadores, se hacen inútiles para el alma inconstante; esto es, la inconstancia en los caminos de Dios es entre todas las malas qualidades de una alma la que menos esperanza la dexa de salvacion. Esta verdad es tan importante, que ella sola basta para asunto de este discurso. Implorémos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Aunque la gracia tiene infinitos arbitrios para atraer á sí un corazón rebelde, y aunque muchas veces muda las inclinaciones mas opuestas á la obligación en dis-

disposiciones de penitencia, con todo eso hay algunas almas que por su natural disposicion prometen menos esperanza de salvacion, y parece que dexan menos caminos á la gracia para atraerlas á la verdad y á la justicia.

¶ Pues este es el carácter de una alma inconstante, que tan presto, movida de sus miserias se convierte á Dios, como olvidandose de Dios se dexa arrastrar de sus miserias: que tan presto se disgusta del mundo como de la virtud: Hoy parece que está abrasada de zelo por sus obligaciones, y mañana desea con mas ansia que nunca los placeres, sin tener mas subsistencia que una continua variedad de resoluciones, que no se puede fijar ni en la gracia ni en el pecado: Este estado es muy común en el mundo, porque está lleno de este género de almas flacas é inconstantes, en las que aunque infunde la gracia santos deseos, y principios de penitencia, destruyen inmediatamente las pasiones estos principios, y siempre prevalecen contra la gracia.

¶ A la verdad, es imposible, dice el Apostol, que los que una vez han sido iluminados, que han gustado del don del cielo, y de las virtudes del siglo futuro, que han participado del Espiritu Santo, y despues de esto han vuelto á caer, se renueven con la penitencia; es decir, para reducir esta verdad á los límites de la fé y de la santa doctrina, y explicar al Apostol segun su misma sentencia, que los medios ordinarios de que Dios se vale para ganar á los pecadores son, primeramente, las nuevas luces con que se favorece *Smel sunt illuminati.* (a) En segundo lugar; el nuevo gusto de la justicia y de la verdad que

(a) *Hebr. 6. v. 4.*

que acompaña siempre los primeros pasos de la penitencia: *Gustaverunt etiam donum caeleste.* (a) Finalmente, la participacion del Espiritu Divino en los Santos Mysterios, los que con la gracia de la justificacion dán, por decirlo así, la última mano á la penitencia: *Participes facti sunt Spiritus Sancti.* (b) Todos estos medios son inútiles para el alma inconstante de que voy hablando, de tal modo, que casi desesperando el Apostol de que su conversion á la virtud sea constante y durable, parece que dice que es imposible, esto es, tan difícil que apenas se halla remedio para las almas de este carácter: Oíd la prueba de esta verdad.

El primer remedio util para sacar á una alma de el desorden es el conocimiento de la verdad: *Semel sunt illuminati.* Como todo el mundo vive en error y en tinieblas en orden á las obligaciones de la fé; como en él son falsas las máximas, injustas las preocupaciones, peligrosas las reglas, y hasta las verdades están mudadas y corrompidas; y como toda la seguridad de los pecadores consiste en su ceguedad, el primer medio de que se vale la gracia para la conversion de una alma mundana es manifestarla el mundo y la eternidad como en la realidad son, y de un modo que nunca los habia considerado: Entonces cae de repente el velo que cubria sus ojos; á qualquiera parte que mire esta alma vé lo que nunca habia visto; vé sus obligaciones, sus esperanzas, sus pasados desórdenes, los motivos que tiene para temer en orden á la eternidad, la nada de las criaturas, el abuso de todos los placeres, el error de todas las fortunas, y la vanidad de todo lo que no es Dios: Entonces esta alma,

(a) *Ibid.* (b) *Ibid.*

ma, despertando como de un profundo sueño, con el repentino resplandor de estas divinas luces, se admira de haber ignorado por tanto tiempo las únicas verdades que la importaba conocer; se asusta de haber estado hasta entónces durmiendo á orillas del precipicio sin saberlo; se confunde de habersepreciado siempre de talento, de prudencia, de capacidad, y de conocimiento, sin haberle tenido para el punto mas esencial, y de haberse tan torpemente engañado en orden á sus intereses eternos; y dando la novedad como una nueva fuerza á las impresiones que en ella hace la verdad, se alegra de haber, por último, abierto los ojos: Dice como San Agustin: ¡Oh verdad antigua y siempre nueva, tarde te he conocido y amado! y arreglando sus inclinaciones, sus costumbres, sus obligaciones, y sus pesares con estas nuevas luces, mira con desprecio los errores de que en otro tiempo se habia dexado engañar tan tristemente. De este modo, ¡oh Dios mio! sacais todos los dias de los caminos de el desorden á muchas almas felices, y abriendolas repentinamente los ojos para que vean aquella luz, que hace conocer la verdad, abris tambien su corazon á los atractivos que se la hacen amar.

Pero este saludable remedio, tan infalible para otros pecadores, es inútil para vosotros; que tantas veces habéis sido iluminados, y otras tantas habéis vuelto á vuestras infidelidades; que tantas veces os habéis desengañado de los errores y abusos del mundo, y otras tantas os habéis vuelto á sus engaños; y así, casi nada podeis esperar de estas divinas luces, porque ¿qué impresion podrán hacer en adelante en vosotros las verdades de la fé que se os manifiesten? ¿Qué os podrán manifestar que ya no hayais visto? Habéis conocido claramente, tanto la vanidad de todas las cosas humanas, como las grandes verdades de la eternidad; y así no serán ya para vosotros nuevas estas luces: Ya

no podrán asustaros, heriros, ni confundiros; y por lo menos habrán perdido para vosotros la admiración y el atractivo de la novedad, tan feliz para otros pecadores. La primera vez que vieron los Israelitas por la noche en el desierto la resplandeciente columna que había de guiarlos, les atemorizó la novedad del espectáculo; temieron la Magestad del Dios que se les manifestaba; el espanto, el temor, la admiración, y el respeto, les hizo dociles á las órdenes del cielo; pero quando recayeron en sus murmuraciones, aunque se les manifestase aquella luz celestial, no era para ellos mas que un espectáculo ordinario, que no les hacía ya impresión, y que en nada mudaba sus costumbres.

Leed, amados oyentes míos, en esta figura la historia de vuestras desgracias. La primera vez que Dios os manifestó su luz, y que os hizo ver las miserias y llagas de vuestra alma, atemorizados de vuestro estado, hicisteis esfuerzos para salir de él; heridos con unas nuevas luces, que os descubrían lo que nunca habiais visto, os apartasteis al instante de ciertos peligros, y de lo mas reprehensible y abominable que se hallaba en vuestras pasiones; permanecisteis fieles por algun tiempo á la gracia y á la verdad que se os manifestó; pero despues, dexandoos arrastrar de vuestra flaqueza, es verdad que habeis hecho nuevos esfuerzos para romper las cadenas que tan presto os han vuelto á aprisionar, pero si os acordais, estos esfuerzos han sido muy tibios; vuestra compuncion no ha sido tan viva; habiendoo ya familiarizado con las mas terribles verdades, el horror de vuestro estado no hace tanta impresion en vuestros corazones, y no habeis adelantado tanto con este paso de penitencia que habeis dado, ni ha surtido tan buen efecto como el primero; de modo que despues, siendo continuamente ilustrados, y siempre infieles, llamados conti-

nuamente á la verdad, y detenidos siempre por vuestras injustas inclinaciones, no ha sido vuestra vida mas que una triste alternativa de luces y tinieblas; un estado en que la verdad solo se manifiesta para volverse á eclipsar inmediatamente; y solo vuelve á parecer para rendirse á las pasiones que vienen á colocar en su lugar el error y la mentira. Alma infiel!! ¿Qué recurso puede ya quedarte en el conocimiento de la verdad? ¿Qué podrá ésta enseñarte de nuevo? ¿Que el mundo es un engaño? ¡Ah! Ya lo habias tú misma dicho en los instantes de tu penitencia. ¿Que los placeres no dexan mas que fastidio y un funesto vacío en el corazón? Mil veces te lo habias confesado á tí misma, quando experimentabas sus falsas delicias: ¿Que es cosa terrible el sacrificar una eternidad entera á un instante de embriaguez y de gusto? Esta es la primera reflexion que te acomete, aun al mismo tiempo que acabas de cometer el delito. ¿Que un instante puede decidir de nuestra vida? ¿Que la penitencia en este último momento no es mas que una desesperacion sin confianza, un temor sin merito, y finalmente que se muere del mismo modo que se vive? La reflexion de esta verdad es la que ha producido en tí aquellos intervalos de arrepentimiento, que tantas veces has experimentado en tu vida.

¿Que puede enseñarte de nuevo el mismo Dios? ¿Con qué luces te podrá aun favorecer, que no hayas ya mil veces seguido, y abandonado? ¿Que verdad podrá aun manifestarte que ya no hayas gustado y despreciado, y con la que no te hayas ya asustado y sosegado casi en el mismo instante? Es verdad que aun puede iluminarte; pero esto mas te servirá de nuevo motivo de resistir á la verdad, que de atractivo para seguirla: ya estás familiarizado con ella y con tus pasiones; has juntado en tu corazón la luz y las

las tinieblas; te has acostumbrado á sufrir la vista de las santas máximas, y de tus injustas flaquezas. ¡ Ah! ¡ Ojalá, dice un Apostol, estuvieras todavía en las tinieblas de tu primera ignorancia! ¡ Ojalá nunca te hubiera iluminado la luz del cielo, y que permaneciendo ciego hasta ahora con el exceso de las pasiones, nunca hubieras conocido la verdad! ¿ Por qué os habremos nosotros abierto los ojos desde éstos christianos púlpitos, para que vieseis la infamia de vuestras pasiones, y las verdades de la vida eterna? ¿ Para qué habremos disipado vuestras tinieblas, é introducido la luz en vuestros corazones con la eficacia de la divina palabra? Sin querer hemos empeorado y puesto en estado de desesperacion vuestros males; nuestro ministerio, que aun es tan feliz para otros pecadores, es ya para vosotros inutil: Ya no somos para vosotros mas que una campana que suena: Por haberos explicado la ley de Dios, que convierte á las almas, (a) os hemos quitado el remedio para la eterna salud, y el medio de conversion que veniamos á ofrecer: *Melius erat illis non cognoscere viam justitie, quam post agnitionem retrorsum converti.* (b) Ignorando los Judios al volver de su cautiverio el libro de la ley, que tanto tiempo antes habian perdido, y que ya casi habian olvidado, se deshacen en lágrimas á la primera leccion que les hace el piadoso Esdras, se dan golpes de pechos, despiden las mugetes estrangeras, se abstienen de los desordenes en que les habia precipitado el comercio con las naciones estrañas, y arreglan sus costumbres por la ley: Este es el primer efecto de la verdad quando se manifiesta; pero la continua leccion de esta misma ley, que ya conocian,

(a) *Psalmo 8. v. 8.*
 (b) *2. Petri. 2. v. 21.*

los obstina despues en vez de corregirlos; los pecadores mas iluminados son comunmente los mas incorregibles; no tenemos cosa nueva que poderlos decir para reducirlos; todo lo saben; hablan con mas eloquencia que nosotros de los engaños del mundo, y de la necesidad de la salvacion; nuestras instrucciones no les sirven mas que de repeticiones molestas; solamente se acuerdan de las primeras impresiones que en ellos hizo la verdad, y que inmediatamente se borraron, para servirse de ellas como de muralla contra la misma verdad. No les hacen tanta fuerza unos temores, que otras veces han vencido y despreciado. Son unos corazones aguerridos, si es lícito decirlo así, contra el mismo Dios: Rechazan las armas de la luz, con las armas de la misma luz; el conocimiento del peligro parece que los hace vivir mas tranquilos; y discutiendo siempre que les será tan fácil amar algun dia la verdad, como les ha sido conocerla, se entregan sin remordimiento á sus pasiones, y llegan á presentarse en el tribunal de Dios cargados, no solamente de sus delitos, sino tambien de la verdad que debia libertarlos, y será la que los condene. No, Católicos, no hay cosa que no deba temerse, quando ya no queda cosa nueva que conocer en los caminos de la salvacion, sin haber entrado en ellos; primer remedio de salvacion, inutil para el alma inconstante; el conocimiento de la verdad. *Impossibile est eos, qui semel sunt illuminati, & prolapsi sunt, rursus renovari ad poenitentiam.* (a)

(a) *Hebr. 6. v. 6.*

SEGUNDA PARTE.

EL segundo remedio, favorable para otros pecadores, es el nuevo gusto que acompaña siempre á los principios de la conversion: *Gustaverunt etiam donum caeleste*: Un consuelo que derrama siempre la gracia sobre los primeros pasos de la mudanza de vida; una alegría que se experimenta en tener libre el corazón de sus pasiones, y de sus remordimientos; un regocijo que sale de lo íntimo de la conciencia, descargada ya del peso de los pecados que la oprimía, y que jamás había gustado la paz y la tranquilidad de la inocencia: Sí, Católicos, no hay mayor consuelo que el de aquellos primeros movimientos que experimenta el corazón con su conversion y libertad, que aquel primer testimonio que se dá á sí misma la conciencia de su paz y de su seguridad, que aquellos primeros instantes en que cayendose por último nuestras cadenas, empezamos á respirar, y á gozar de una suave y santa libertad. Habeis roto mis cadenas, Señor, decía un Rey penitente en los primeros instantes de su libertad: *Dirupisti vincula mea.* (a) Por eso en el exceso de la alegría, y del santo contento que me enagena, nada tiene de amargo para mí vuestro caliz; las obligaciones mas penosas de vuestra santa ley, lejos de parecerme pesadas, son mi mayor consuelo, y mis mas amables delicias: *Calicem salutaris accipiam.* (b) Las conversaciones de los hombres, en vez de entibiar mi resolución, animan mi fé, y no me parecen mas que discursos vanos y pueriles: *Ego dixi in excessu meo,*

(a) *Psalm. 115. v. 2. 7.*(b) *Ibid. v. 4.*

omnis homo mendax. (a) ¡Oh Señor! Que gran consuelo es el ser del número de vuestros siervos, y quanto mas glorioso me parece para el hombre, el poder contar entre sus antepasados una sola alma que haya sabido agradaros, que una larga sucesion de Príncipes y Conquistadores: *Ego servus tuus, & filius ancillae tuae.* (b)

Estos son los primeros consuelos de la gracia, y lo que desde luego hace con un corazón que aun no está acostumbrado á la fuerza y á las dulzuras de sus divinas impresiones. Pero vosotros que tantas veces habeis dicho á Dios en aquellos primeros movimientos de un corazón convertido: Señor, el mundo en la realidad nunca me ha gustado, aun en los mismos deleytes; en el tiempo que yo corría tras ellos con mas furor, siempre me dexaron vacío, triste é inquieto; solamente los consuelos que he hallado en la fidelidad á vuestra santa ley, son los que han dexado una verdadera alegría en lo íntimo de mi alma: *Consolationes tuae letificaverunt animam meam.* (c) Vosotros que estais continuamente pasando del gusto de la virtud al gusto del mundo y de los deleytes: ¿almas inconstantes y ligeras, ¿qué suavidad ni qué consuelo podreis hallar en una nueva y santa vida, de que ya no hayais gustado mil veces? Un solo pensamiento de salvacion triunfa muchas veces de la dureza de una alma que hasta entonces ha sido insensible; pero vosotros os habeis formado un corazón acostumbrado á sentir, á suspirar, á gemir, y despues de esto á recaer: teneis una alma afectuosa, criada con pensamientos de religion, facil de compungirse, sin que nunca se arrepienta como debe: No será la obstinacion

(a) *Ibid. v. 2.*(b) *Ibid. v. 7.*(c) *Psalm. 93. v. 19.*

cion la que os condene, sino una sensibilidad de conciencia que os entretiene, y no os corrige; no teneis un corazon empedernido é incapáz de enternecerse, sino muy á proposito para recibir todas las primeras impresiones, y que dexando el mismo imperio sobre él al mundo que á Jesu-Christo, es causa de que no seais á proposito para el uno ni para el otro.

¡Ah! Si tuvierais un corazon de piedra, como aquellos pecadores insensibles, pudiera un golpe de la gracia herirle, romperle ó ablandarle; pero teneis un corazon de cera, como dice el Profeta, en el que las ultimas impresiones son siempre las mas vivas; facil de moverse, difícil de fixarse, pronto en un instante de gracia, y mas pronto en otro instante de placer; sin hallar otra cosa alguna digna de ser amada en vuestros instantes de arrepentimiento mas que solo Dios, y sin hallar gusto mas que para el mundo luego que se borran estos pensamientos. Apenas habeis arrojado el espíritu impuro de vuestra alma, dice nuestro Evangelio, quando lejos de gustar la paz de este nuevo estado, no hallais sosiego en él: *Quærens requiem, & non invenit.* Os parece que todo os ha de faltar con el mundo que acabais de dexar; vuestro corazon desembarazado de las pasiones no basta para sí mismo; toda vuestra vida no es mas que un gran vacío, que no podeis sufrir; en vuestras nuevas costumbres buscáis con que reemplazar los placeres que antes ocupaban vuestro corazon, y no hallais equivalente en nada: *Quærens requiem, & non invenit.* Parece que quisierais hallar en la virtud el mismo gusto, el mismo contento, las mismas diversiones; y aun la misma embriaguez que en la culpa: Mirais á todas partes para colocar un corazon que os estorva y molesta, y no hallando donde fixarle, os enfadais de vuestra libertad: *Quærens requiem, & non invenit,* y entonces os decís en vuestro interior, continúa el Evangelio, me

vol-

volveré á la casa de donde habia salido; volveré á entrar en mis antiguos caminos: *Revertar in domum meam unde exivi.* Experimentaré si los deleytes que tanto me disgustaban, me ofrecen esta vez nuevos encantos: en ese estado permanecéis hasta que un nuevo disgusto os saque otra vez de la embriaguez de las pasiones, para volveros á hacer entrar en los caminos de la justicia.

¡Ah! amados oyentes míos, si supierais lo peligroso de vuestro estado, y la poca esperanza que en él podeis tener de vuestra salvacion, os estremecierais. Yo no pretendo ahora infundir nuevos temores; pero no puedo deciros sin estremecerme, que son muy raras las verdaderas conversiones de las almas semejantes á la vuestra. La sentencia de Jesu-Christo en este asunto es decisiva y terrible: *El que despues, dice, de haber puesto la mano en el arado, vuelve á mirar atrás, no es á proposito para el Reyno de Dios. Non est aptus Regno Dei.* No dice Jesu-Christo que pierde el derecho que tenia al Reyno de los cielos, ni que se expone á ser excluido de él para siempre, sino que no es á proposito para el Reyno de Dios. *Non est aptus Regno Dei.* Es decir, sus inclinaciones, su interior, la natural disposicion de su talento y de su corazon le inhabilitan para su eterna salud. Quando se dice que un hombre no es á proposito para las ciencias, para la Milicia, ó para la Toga, se dá á entender que tiene en sí ciertos defectos incompatibles con las funciones de estos estados, y que es imposible el que adelante en ellos. Pues eso mismo dice Jesu-Christo en orden á la salvacion del alma inconstante, que entre todas las qualidades no hay otra menos á proposito para el Reyno de Dios. *Non est aptus Regno Dei.*

¡Ah! un deshonesto puede arrepentirse; David hizo penitencia de su adulterio. Un impío puede ser tocado de Dios, y sentir el peso de la Magestad que habia blasfemado; Manasés en las cadenas adora al Dios

Dios de sus padres, cuyos altares habia arruinado. Un Publicano puede apartarse de sus injusticias: Zachéo, despues de haber restituido lo que habia hurtado, reparte liberalmente sus propios bienes con los pobres. Una alma entregada á los deleytes, y á las mas infames pasiones, puede ser repentinamente iluminada; la Pecadora llora á los pies de Jesu-Christo sus pecados, los que borra aun mas felizmente su amor que sus lágrimas. Pero un Acab, que avisado por Elias, ya se cubre de ceniza y de cilicio, ya se vuelve á sus ídolos, y tan presto se vuelve al Profeta, como á sus falsos Dioses: Un Sedecías, que movido de las reconvenciones de Jeremías, le embia á llamar ocultamente, le consulta en orden á la voluntad del Señor, y al salir de allí vuelve á caer en su ceguedad, hace arrojar al Profeta en un silo, y despues vuelve á llamarle para consultarle otra vez, y ultrajarle al dia siguiente: Aquella Reyna de Israel, que en su afliccion se viste con unos modestos adornos para consultar al Hombre de Dios, que parece respeta el poder y Magestad del Dios verdadero en la persona de su Profeta, y al volver á Samaria hace sacrificios á sus becerros de oro como antes; Ah! en ninguna parte se lee que han hecho penitencia, y los Libros santos siempre nos los representan como Principes réprobos, y aborrecidos de Dios: ¿De qué proviene esto, Católicos? de que entre todas las qualidades de una alma, la inconstancia es la menos á proposito para el Reyno de Dios: *Non est aptus Regno Dei.*

¿De qué proviene esto? de que la piedad christiana supone un entendimiento maduro, capaz de una verdadera resolucion, que sabe el partido que ha de elegir, y que habiendo una vez conocido el camino derecho, entra en él, y no se aparta tan facilmente; supone una alma fuerte, que sabe vencer un disgusto, un

obs.

obstáculo, un peligro, y su propia flaqueza: Una alma prudente que no se gobierna ni por el gusto, ni por el antojo, sino por las reglas de la prudencia y de la fé. ¿De qué proviene esto? De que para formar una alma christiana se necesita no sé que grandeza, elevacion y solidéz superior á las preocupaciones y flaquezas vulgares. De que la misma religion es una luz y una razon divina, y perfeccion de la razon humana. De que la virtud siempre se nos representa en las Divinas Escrituras baxo la idea de la sabiduría; el justo baxo la de un hombre cuerdo y prudente, que lo experimenta todo, que juzga sanamente de todo, que toma medidas constantes, y nunca empieza á edificar para dexar imperfecto el edificio; de que aun en el mismo mundo un espíritu inconstante y variable no es capaz de cosa alguna; y al verle empezar una empresa, todos la tienen por destruida. En una palabra, de que la inconstancia es una de las qualidades menos á proposito para el Reyno de Dios: *Non est aptus Regno Dei.*

Ahora bien, las desigualdades de vuestra conducta no provienen mas que de una inconstancia natural, porque la naturaleza ama la novedad, y se enfada muy presto de una misma cosa; provienen de una incertidumbre, y de una inconstancia de corazon, que no puede fiarse de sí mismo para el instante siguiente, que no hace cuenta con la razon, que en nada consulta, y siempre sigue su gusto, sin tener de fixo mas que su continua variedad.

No hablo aquí de vuestra conducta exterior como la ven los hombres; acaso la soberbia que en vosotros ocupa el lugar de la razon, hace que las costumbres exteriores parezcan iguales y uniformes, que eviteis aquellos extremos, y aquellas inconstancias ruidosas, que de una extrema piedad hacen pasar á una alma insensata é inconstante al desorden mas excesivo,

y

y acostumbran al público á que censure, ya los excesos de su virtud, ya los de sus vicios. Es verdad que procurais no dar á los hombres estos motivos de burlarse. Pero juzgad de vosotros mismos por lo que sois en la presencia de Dios, por vuestra conducta interior, por vuestros secretos pensamientos, por la inconstancia de corazón, que hace que el primer objeto que se presenta decida siempre de vuestra determinacion, por aquellas promesas tantas veces renovadas, y otras tantas violadas, por aquellos principios de penitencia tan facilmente empezados, y tan facilmente retratados; sois la mas mudable é inconstante de todas las almas; teneis el corazón mas ligero y mas variable; sois una de aquellas nubes sin agua, como dice San Judas, que se dexan llevar de todos los vientos; uno de aquellos Astros errantes, que jamás tienen camino seguro; un mar inconstante y borrascoso, que despues de haber arrojado los cadaveres fuera de su seno, se vuelve á hinchar, y los recoge de las mismas riberas adonde los habia arrojado: *Fluctus feri maris, despumantes suas confusiones.* (a) Esto es, que aunque podais tener qualidades propias para el mundo, no sois á proposito para el Reyno de Dios. *Non est aptus Regno Dei.* Segundo medio de salvacion, inutil para el alma inconstante; el gusto de la verdad: *Impossibile est eos, qui gustaverunt donum caeleste, & prolapsi sunt, rursus renovari ad poenitentiam.*

TERCERA PARTE.

Pero lo mas terrible y lo que mas debe asustar á estas almas, es que la participacion de los Sacramentos,

(a) *Epist. Jud. 17.*

tan util para otros pecadores, sirve de escollo para el alma inconstante: *Participes facti sunt Spiritus Sancti.* La sirve de escollo; lo primero, porque usa inutilmente de este remedio divino. Porque una alma que ha vivido mucho tiempo separada del Altar, y que ha ocultado por muchos años en el tesoro de su corazón sus iniquidades antiguas y nuevas, sin llegar á descubrirlas en el sagrado tribunal de la penitencia, quando por último vá á postrarse á los pies del Confesor, lleva unos temores y unas inquietudes que nunca habia experimentado. La Magestad del lugar, la santa severidad del Juez, la importancia del remedio, y la vergüenza y confusion de sus delitos, todo esto hace en su corazón unas impresiones tan nuevas y profundas, que es muy difícil el borrarlas. Pero vosotros vais al sagrado tribunal con una alma familiarizada con su misma confusion; la relacion de vuestras flaquezas, tantas veces repetida, casi no hace ya impresion en vuestro corazón; las mas vergonzosas heridas no son para vosotros mas que repeticiones, que por freqüentes no hacen novedad; vais al sagrado tribunal asegurados contra vosotros mismos; no os avergonzais de las culpas que confesais; y como la vergüenza que descubre las miserias de vuestra conciencia es casi imperceptible, tampoco tiene efecto el dolor con que las detestais.

En segundo lugar; la sirve de escollo por el fingimiento inseparable de las recaídas; lleva arrastrando de tribunal en tribunal el peso de sus delitos; á cada nueva caída busca nuevo Confesor, para escusar la vergüenza que acompañaria á la confesion de las mismas flaquezas; no le manifiesta las pasadas inconstancias, y hace gemir á los Ministros de Jesu-Christo, porque segun parece, solo les manifiesta sus infames fragilidades, para darles mas motivo, abandonandolos despues, de que se asijan y lloren en la presencia de Dios.

En tercer lugar; la sirve de escollo por el inevitable

sacrilegio que se comete en las recaídas. Porque está continuamente arrepintándose y recayendo; venir á purificarse para volverse á manchar; no decir, Señor pequé, sino para pecar de nuevo; esto no es ser penitente, dice un Santo Padre, sino mofador y profanador de las cosas santas.

Bien sé que la gracia del Sacramento no fija la inconstancia del corazón humano, ni pone al hombre en un estado firme é invariable de justicia; ni quiero decir absolutamente, que el que después de haber sido penitente vuelve á ser pecador, profana el Sacramento. ¡Ah! Para decir esto era necesario no conocer la miserable condición de la naturaleza humana, é ignorar nuestra propia flaqueza; pero si digo que el que ha salido verdaderamente justificado de los pies del Sacerdote, aun quando tenga la desgracia de recaer, á lo menos las recaídas no serán tan prontas, y es necesario que el tiempo y las ocasiones vayan debilitando insensiblemente la gracia; que muchas infidelidades interiores hayan dispuesto poco á poco al alma para una nueva caída; y que los peligros, mil veces despreciados, nos hayan llevado como con pasos insensibles hasta el fatal momento en que caímos, pues no se pasa en un instante de el estado de la gracia al del pecado.

La obra de la conversion no es obra de un instante; es una obra difícil; es necesario establecerse en ella con abundantes lágrimas, con continuas oraciones, con mortificaciones rigurosas, y con obras de perseverancia. No se pierde, pues, en un instante lo que se habia adquirido á costa de penas y trabajos infinitos, lo que era premio de las lágrimas, de las mortificaciones, de la confusion, y de todos los dolores del corazón; quando ha costado tanto el levantarse, no se vuelve á caer tan facilmente; la seguridad de una verdadera conversion consiste, por decirlo así, en sus dificultades.

La obra de la conversion es una obra sólida, forma

en

en nosotros una nueva criatura, muda nuestras inclinaciones, nos dá un corazón nuevo, levanta el nuevo edificio sobre la roca, y así no es fácil que el primer golpe arruine lo que debía mantenerse contra los vientos y borrascas, y desafiar aun á la misma duracion de los siglos; lo que se arruina en un instante es porque estaba edificado sobre arena movediza, y nada se ha mudado en nosotros quando nos hallamos tan cobardes en la virtud como quando viviamos en la culpa.

La obra de la conversion es una obra seria. Se delibera mucho antes de entablar este tan importante negocio; mucho tiempo antes nos hacemos violencia á nosotros mismos; titubeamos, volvemos atrás, no nos atrevemos á empezar, ya queremos, ya no queremos, hacemos infinitas reflexiones acerca de los obstáculos, y de las consecuencias, y estamos indecisos y suspensos; no es regular, pues, abandonar un negocio tan premeditado, casi en el mismo dia en que se acaba de entablar.

Es decir, que quando salimos del Tribunal de la Penitencia verdaderamente absueltos en la presencia de Dios, salimos mudados: Y si no obstante al salir de allí os hallais siempre el mismo; si en las mismas circunstancias se observan las mismas caídas; si aun triunfa de vuestra flaqueza la presencia del objeto que antes triunfaba; si el deleyte que antes os hacia infiel á la obligacion hace aun el mismo efecto; si no evitais aquellas concurrencias, aquellos lugares, aquellos placeres que han dado materia á todas vuestras confesiones; si aun frequentais las mismas amistades, que siempre han sido funestas para vuestra inocencia; si no os retirais del juego, en el que habeis gastado la mayor parte de vuestra vida; si no moderais las profusiones con que haceis padecer á vuestros acreedores, á vuestros criados, y á los pobres; si nada quitais á un sueño, en el que con el regalo de la cama, y el ocio de vuestros pensamientos, dexais descansar vuestro espíritu entregado á imagi-

Cc 2

na-

naciones que siempre han sido peligrosas para vuestra alma; si no moderáis una vida inútil que os condena; si no os valeis de precauciones para lo futuro, ni tomáis medidas para satisfacer lo pasado; si no conocéis los ayunos, las vigilijs, las lágrimas, las mortificaciones, ni ninguna demonstracion de penitencia; si despreciáis la oracion, el recogimiento, el retiro, y todos los socorros que son tan necesarios á la piedad: En una palabra, si aun sois el mismo, y si el penitente es en vosotros parecido en todo al pecador. ¡Ah! No fue el dedo de Dios el que arrojó al demonio de vuestra alma; ¡oh Dios mio! desde luego se conoce quando la salud es obra de vuestra poderosa mano; vuestros milagros, y las transformaciones de vuestra gracia son permanentes, y no se parecen á los prestigios de los impostores, que desaparecen y huyen de la vista inmediatamente que se manifiestan.

Por eso los Santos, todos han tenido á la penitencia de estas almas infieles por públicas irrisiones de los Sacramentos, y por ultrages hechos á la santidad de nuestros misterios, y así las separaban del sagrado Altar; las miraban como á animales inmundos que volvian á su vómito, y á los que no era lícito ofrecer las cosas santas; desconfiaban de una penitencia, que acaso habia sido seguida de una infidelidad: Juzgad, pues, amados oyentes míos, lo que los Santos hubieran pensado de vuestras confesiones, y lo que hoy piensa la Iglesia: Juzgad de las quejas que muchas veces formáis contra los Ministros de la penitencia, que viendoos recaer todos los días en los mismos desordenes, y viendoos renovar todos los días vuestras promesas y vuestras recaídas, no se atreven por último á absolveros, hasta haber hecho largas experiencias, por no dar lo santo á los perros.

Bien sé que nosotros no debemos agravar el yugo: Que no se desacredita ni afrenta menos á la religion quan-

quando se añade un solo punto á la ley por un exceso de severidad, que quando se la quita por una infame cobardía; y que no se debe dar pretexto á los pecadores para que se aparten de las cosas santas con una vana ostentacion de zelo y de rigor. ¿Pero por eso se ha de entregar al instante la sangre de Jesu-Christo á unos profanos que la han pisado mil veces? ¿Se han de creer unas promesas tantas veces violadas? ¿Se han de conceder á la perseverancia en la ocasion y en el hábito de la culpa, esto es, á todas las señales menos equívocas de impenitencia, las gracias que solamente se pueden conceder á un sincero arrepentimiento? ¿No debemos saber detener, como el Profeta Eliseo, el aceyte de la gracia, y suspender la virtud de los Sacramentos, quando nos presentan unos vasos llenos, esto es, unos corazones siempre ocupados con las mismas pasiones?

¿Y qué haríamos con concederos un perdon que Dios os niega, sino multiplicar vuestros delitos, y cargaros con una nueva maldicion? ¡Ojalá, alma infiel que me escuchas, ojalá hubieras hallado cerrados todos los tribunales de la penitencia á tus infames inconstancias, y que tus fragilidades, tantas veces confesadas, y otras tantas renovadas, no hubieran hallado asilo en la misma indulgencia del Santuario! No se te veria caer en las mismas flaquezas, y en las mismas miserias, despues de tantos años como há que te estás acusando de ellas: No estarias cubierta de esa lepra que tienes casi desde tu infancia. Si, como la hermana de Moysés, hubieras hallado un Legislador prudente y severo, que sin tener respeto al puesto que ocupas en tu pueblo, se atender á la carne ni á la sangre, te hubiera separado del tabernáculo santo, y del campo del Señor, hasta que tu humildad y tu dolor te hubiesen dispuesto para recibir la salud, y para presentar tus ofrendas con los demás fieles, una sola confesion hecha con un

un Ministro santo y docto te hubiera renovado, y ahora te hallas la misma despues de tantos Sacramentos, y de tantos inuites pasos de penitencia.

¡Pero qué digo la misma! No solamente subsisten aun todos vuestros pasados delitos, tantas veces inutilmente confesados, sino que tambien sois culpables de haber profanado una infinidad de Sacramentos: habeis añadido á unos desordenes, que nunca han sido perdonados porque nunca os habeis arrepentido de ellos como debiais, la terrible circunstancia de un gran número de sacrilegios. ¡Luego hubiera sido mejor, me direis, el perseverar obstinados en nuestras costumbres, sin hacer esfuerzos para salir de ellas? Eso es decir, que por evitar el ser profanadores, quereis ser impíos. ¡Ah! Sin duda hubiera sido mejor permeneceer pecador, que venir á profanar la Sangre de Jesu-Christo. ¿Pero no habia otros medios de evitar el sacrilegio? ¿No podiais disponeros con una sincera penitencia para llegar dignamente al Altar? ¿Es acaso alternativa inevitable, ó abusar de las cosas santas, ó apartarse de ellas? ¡Ah! No debemos huir de estos divinos remedios; lo que sí debemos hacer es vencer nuestras pasiones; no debemos evitar las profanaciones sacudiendo el yugo, sino valiendonos con devocion de las gracias de la Iglesia; no diciendo con el impío: Pues la ley es para mí ocasion de caída, ¿por qué se me reprehende su inobservancia? Sino diciendo con una alma arrepentida: ¿si he lavado mis pies, cómo los he de volver á manchar? ¡Dios mio! Vos habeis desatado mis lazos, y ya no se me verá apretar sus fatales nudos; habeis arrojado al demonio impuro de mi alma, que debia ser templo del Espiritu Santo, ¡ah! ya no permitiré que vuelva á entrar en ella, no sea que se quede para siempre, y que mi último estado sea peor que el primero.

Digo peor; porque ¿qué remedio os puede quedar para la salvacion? ¿Acaso el conocimiento de la verdad?

Na-

Nadie está mas instruido, ni la conoce mejor que vosotros. ¿El gusto á la devocion, y á los impulsos de la gracia? No ha habido corazon mas sensible que el vuestro: ¿El socorro de los Sacramentos? Pero estos mismos divinos remedios son para vosotros los males mas desesperados, y vuestros mayores delitos. ¡Gran Dios! Vos solo conoceis los que os pertenecen, y los habeis señalado en la frente con un sello indefectible de salvacion; este es un eterno secreto que no puede hombre alguno atreverse á registrar sin temeridad: Pero quando llegué el tiempo de que le manifesteis, ¿veremos acaso en este número muchas de aquellas almas inconstantes de que hablo? Último remedio de salvacion, inutil para el alma inconstante; el socorro de los Sacramentos: *Impossibile est eos, qui participes facti sunt Spiritus Sancti, & prolapsi sunt, rursus renovari ad penitentiam.*

Luego con razon os decia yo, Católicos, que entre todas las qualidades la inconstancia en los caminos de la salvacion era la menos á proposito para el reyno de Dios: Para los demás pecadores hay otros socorros; pero para los inconstantes ninguno hay, á lo menos yo no le alcanzo; para hallarle es preciso salir de los caminos ordinarios de la providencia en orden á la salvacion de los hombres. Con todo eso, entre todos los pecadores el pecador inconstante es el que menos se asusta con el peligro de su estado; los movimientos de religion que de quando en quando le llevan al tribunal de la penitencia, y al Altar Santo, le sosiegan y aseguran; el libertinage de tantos pecadores obstinados, que viven como impíos, sin Dios, sin culto, y sin Sacramentos, es motivo de que tenga por mérito la indiferencia de su conducta; está contento con no haber llegado aun á este punto de obstinacion é irreligion; se lisóngea de que á lo menos conserva en sus flaquezas, y sus continuas inconstancias, valor para recurrir de quando en quando

al

al remedio, y se dice interiormente á sí mismo como el Fariseo: *Yo no soy como los demás hombres.* (a) Esta idea mantiene y lisongea interiormente su falsa seguridad; se tiene por mas religioso, y no advierte que no le ha quedado mas señal de religion que la profanacion de las cosas santas.

Aun hay mas; estas vanas exterioridades, estas débiles reliquias no duran mucho tiempo, y al fin desaparecen. Aunque se ande fluctuando algunos años entre los Sacramentos y las recaídas, este abuso de las cosas santas siempre conduce á la obstinacion. Dios, á quien se ha despreciado tanto tiempo, llega tambien á despreciar; el corazon se cansa de sus inconstancias; como las verdades á fuerza de ser conocidas no hacen ya impresion; como el gusto de la virtud se hace insípido por haberle experimentado muchas veces; y como los Sacramentos no sirven mas que de carga molesta que incomoda, se llega por ultimo á escusarse de la ceremonia de recibirlos, y se tiene por mejor el descansar en el desorden; como nunca han sido sincéros los esfuerzos que se han hecho para levantarse, nunca han tenido efecto, y así no nos dexan gusto para hacer otros nuevos, y nos acostumbran á que nos abandonemos tranquilamente á nosotros mismos; como los pasos que se daban para la salvacion eran tan penosos, porque no los acompañaba ni suavizaba un verdadero arrepentimiento, nada se desea tanto como el abandonarlos, y librarse de ellos. De este modo la misma inconstancia nos guía á esta funesta tranquilidad. Cesan las inspiraciones, se sosiegan los remordimientos, se serena la conciencia; las alternativas de vicio y de virtud vienen finalmente á parar en un estado fijo y tranquilo de culpa, los espíritus impuros vuelven á entrar en mayor número.

(a) *Luc. 18. v. 11.*

mero en el alma, y establecen en ella por último una morada constante y perpetua: *Et ingressi habitant ibi.*

Y entonces es quando casi se desespera de la conversion, y se consume la iniquidad. En otro tiempo, al acercarse la solemnidad de la Pasqua, sentiais algunos movimientos de compuncion, los que ya no sentís: Las conversaciones piadosas hacian en vosotros algun efecto, pero ya solamente os sirven de disgusto, ó de motivo de murmuracion. La vista de un hombre justo despertaba en vosotros deseos de virtud, y ahora sereis el primero que se burle de la santidad de sus exemplos: Conservabais aun ciertas costumbres piadosas; de tiempo en tiempo soliais pedir á Dios que os librase de vuestras miserias, pero despues que el Señor se retiró de vosotros: ¡Ah! Vivireis sin yugo, y sin regla; pondreis monstruo sobre monstruo; jamás reflexionareis vuestras miserias; no tendreis mas inquietudes que las que nacerán de ver malogradas vuestras pasiones, ni otro temor mas que el que os falte la ocasion para el deleyte, y para el pecado; ni otro desasosiego en el corazon mas que el que ocasionare en él el nacimiento de alguna nueva pasion; ni mas inclinaciones que á satisfacer el apetito; ni mas disgusto que para la devocion y la justicia.

¿No estamos viendo todos los dias que no hay pecadores mas extremados en sus desordenes, que aquellos que despues de haber seguido por algun tiempo el camino de la virtud vuelven á entregarse á los deleytes, y al mundo que habian abandonado? Parece que Dios, indignado de su apostasia, maldice á estas almas inconstantes y ligeras; que las castiga con la ceguedad, y las entrega á los efectos de su venganza, y á toda la corrupcion de sus deseos; y entonces no son ya unos pecadores regulares, sino monstruos, sin fé, sin vergüenza, sin freno alguno que los contenga; y su último estado es infinitamente peor que el primero. El mundo nos presenta todos los dias muchos de estos tristes espectáculos,

y la inconstancia de los pecadores en los caminos de la piedad, y el verlos volver con mas ansia y extremos que antes al vicio, le dá suficiente motivo para que se burle de la misma piedad. No, Católicos, la virtud nunca degenera en un vicio mediano. El Manná, aquella vianda que se formaba en el cielo, quando llegaba á corromperse en la tierra, dice la Escritura, que no era mas que un conjunto de gusanos y podredumbre. *Staterae cepit vermibus, atque computruit.* (a) Pues esta es la suerte de una alma, que habiendo sido elevada hasta el cielo por una sincera conversion, cae desde alli, y vuelve á corromperse de nuevo en la tierra; es un espectáculo horroroso; no exhala sino un olor de muerte: Sus escándalos derraman por todas partes la infeccion del vicio, y no hay corrupcion, dice el Profeta Michéas, peor que la suya. *Corrumperetur putredine pessima.* (b)

Pues, amados oyentes míos, si aun vivís en estas alternativas de gracia y pecado, acabad de declararos; bastante tiempo habeis balanceado entre el cielo y la tierra, como decia en otro tiempo un Profeta á los pecadores semejantes á vosotros: *¿Usquequo claudicatis in duas partes?* (c) Si Baal es vuestro Dios, adorad á él solo en hora buena; pero si el Señor es el Dios verdadero, adoradle á él solamente. *Si Dominus es Deus, sequimini eum; si autem Baal, sequimini illum.* ¿De qué sirven esos esfuerzos que haceis para volveros al Señor, con esas flaquezas que os apartan de él? ¿De qué sirven esas pueriles y continuas inconstancias entre la culpa y la virtud? ¿De qué esos deleytes y esas lágrimas? ¡Ah! O enjugad vuestras lágrimas para siempre, y recibid vuestro consuelo en este mundo, ó no busqueis en él mas consuelos ni mas placeres que los de la gracia

(a) *Exod. 2. v. 10.*(b) *Mich. 2. v. 10.*(c) *3. Reg. 18. v. 20.*

cia y la inocencia; fixaos por último en una cosa; yo solamente hablo aqui por el interés de vuestro sosiego. ¡Qué vida tan penosa es el vivir con estas continuas revoluciones de culpas y de arrepentimiento! Bien lo sabeis; os hallais continuamente combatidos de aquellas interiores turbaciones que os llaman á la inocencia, y de las infelices inclinaciones que os vuelven á arrastrar al vicio: Vivís siempre ocupados, ó en llorar vuestras flaquezas, ó en vencer vuestros remordimientos: Jamás sois felices, ni en la culpa, en la que no hallais paz, ni en la virtud, en la que no podeis permanecer constantes: Tened, pues, piedad de vuestra alma; estableced una paz sólida en vuestra conciencia; aprovechad de estos últimos rayos de misericordia que la bondad de Dios embia aun á vuestro corazon: Acaso llegais ya á aquella última inconstancia que vá á poner fin con la obstinacion á todas las desigualdades de vuestra vida, y que como un árbol, muchas veces seco, muerto y arrancado de raíz, segun la expresion de un Apostol, vais á permanecer para siempre del lado que caygais; fixad, pues, en la obligacion todas las inquietudes de vuestra alma, para que fundados y arraigados en la caridad, no seais de aquellos hombres inconstantes de que habla Jesu-Christo, que no creen en él mas que por un poco de tiempo, para que podais algun dia ir á recibir en el cielo la corona de la salvacion y de la inmortalidad, que está prometida á los que perseveraren hasta el fin. Amen.

SERMON
PARA EL LUNES
DE LA TERCERA SEMANA
DE QUARESMA.

SOBRE EL CORTO NUMERO
de los Escogidos.

*Multi Leprosi erant in Israel, sub Elisaeo
Propheta, & nemo eorum mundatus est,
nisi Naaman Syrus.*

En tiempo del Profeta Eliséo habia muchos
Leprosos en Israel, y ninguno de ellos
sanó sino Naamán, Syro de nacion.
Luc. 4. v. 27.

Todos los dias nos estais preguntando, Católicos,
si es verdad que es tan difícil el camino del cie-
lo, y si el número de los que se salvan es tan
corto como os decimos? A una questão tantas veces pro-

propuesta, y tantas veces explicada, os responde hoy
Jesu Christo, que habia en Israel muchas viudas afligidas
de hambre, y que solamente la de Sarepta mereció ser
socorrida por el Profeta Elias; que en tiempo del Profeta
Eliséo habia muchos Leprosos en Israel, y que no obstante
solamente curó el hombre de Dios á Naamán.

Católicos, si yo viniera á este puesto á atemorizaros
mas que á instruiros, me bastaria el exponeros simplemente
lo mas terrible que se lee en las Divinas Escrituras acerca
de esta verdad, y recorriendo de siglo en siglo la historia
de los justos, haceros ver que en todos tiempos han sido
muy pocos los escogidos. La familia de Noé fue la única
en la tierra que se salvó del universal diluvio. Solo
Abrahám fue separado del resto de los hombres, y
constituido depositario de la alianza. Entre seiscientos
mil Hebreos, Josué y Caleb fueron los únicos que
entraron en la tierra prometida. En la tierra de Hus
no habia otro justo mas que Job; en Sodoma Loth; y
en Babylonia los tres Niños Hebreos.

A estos exemplares tan terribles sucederian las
expresiones de los Profetas; os haria ver en Isaías, que
los escogidos son tan raros como los racimos que quedan
en la viña despues de vendimiada, y que se han ocultado
á la diligencia del vendimiador: y como aquellas espigas
que por casualidad quedan despues de la siega, á las
que ha perdonado la hoz del segador.

Tambien os expondria las nuevas circunstancias que
añade el Evangelio á lo espantoso de estas imagenes; os
hablaria de dos caminos, de los cuales el uno es estrecho,
aspero, y por el que caminan muy pocos; el otro ancho,
espacioso, sembrado de flores, y que es como el camino
público de todos los hombres; finalmente, os haria ver
que en toda la Escritura Santa se dice que la multitud
es el partido de los réprobos, y que los escogidos
comparados con los demás hombres no forman mas que
un pequeño rebaño, casi imperceptible.

ceptible; os infundiría unos temores en orden á vuestra salvacion, que siempre son crueles para las almas que conservan aun algunas reliquias de la fé y de la esperanza de su vocacion.

¿Pero qué fruto sacaría yo, ciñendo todo mi discurso solamente á probar que son pocos los que se salvan? ¡Ah! No haría mas que descubrir el peligro, sin enseñar á evitarle; os manifestaría con el Profeta la espada de la divina indignacion levantada sobre vuestras cabezas, sin ayudaros á evitar el golpe que os amenaza; turbaría las conciencias, sin instruir á los pecadores.

Mi intento, pues, es hoy el buscar en nuestras costumbres la razon de ser tan corto este número. Como cada uno se lisonjea de que no será excluido de él, importa mucho examinar si es bien fundada su esperanza; no pretendo, señalandoos las causas que hacen que sea tan rara la salvacion, que infirais en general que serán pocos los que se salven, sino obligaros á que os preguntéis á vosotros mismos, si viviendo como vivís podreis esperar salvaros, y á que os digais, ¿quién soy yo? ¿Qué hago para conseguir el cielo? ¿Y cuáles pueden ser mis eternas esperanzas?

Este es el orden que me propongo en una materia de tanta importancia: ¿Cuáles son las causas de que sea tan rara la salvacion? Señalaré tres, que son las principales, y este será todo el asunto de mi discurso. La Retórica ni sus figuras no serían aqui del caso. Escuchadme todos con cuidado; el asunto no puede ser mas digno de vuestra atencion, pues se trata de enseñaros qué esperanzas podeis formar de vuestro eterno destino. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

SON pocos los que se salvan, porque en este número no pueden comprehenderse mas que dos generos de personas, ó las que han tenido la felicidad de conservar su inocencia pura y entera, ó las que despues de haberla perdido la han recobrado con los trabajos de la penitencia. Primera causa; no hay mas que dos caminos para la salvacion, y el cielo solamente está abierto, ó para los inocentes, ó para los penitentes. Ahora bien, Católicos, ¿en qué estado os hallais? ¿Sois inocentes ó penitentes? En el reyno de Dios no ha de entrar alma alguna manchada, y así es preciso ir á él, ó con una inocencia que siempre se ha conservado, ó con una inocencia que se ha recobrado. El morir inocente es un privilegio á que pocas almas pueden aspirar; el vivir penitente es una gracia mucho mas rara por la mitigacion de la disciplina, y por la relajacion de nuestras costumbres.

A la verdad, ¿quién puede aspirar hoy á la salvacion, fundado en el título de la inocencia? ¿Dónde están aquellas almas puras en quienes no haya jamás habitado el pecado, y que hayan conservado hasta el fin el sagrado tesoro de la primera gracia que les confió la Iglesia en el Bautismo, la que les ha de pedir Jesu-Christo en el terrible dia de las venganzas?

En aquellos felices tiempos, quando toda la Iglesia no era mas que una congregacion de santos, eran muy raros los fieles que despues de haber recibido los dones del Espíritu Santo, y confesado á Jesu-Christo en el Sacramento que nos reengendra, recaían en los desordenes de sus primeras costumbres: Ananías y Saphira fueron los únicos prevaricadores de la Iglesia de Jerusalén;

lén; la de Corinto no vió mas que un incestuoso; la penitencia canónica era entonces un remedio raro; y apenas se hallaba entre aquellos verdaderos Israelitas un solo leproso á quien fuese preciso separar del Altar santo, y de la comunión de sus hermanos.

Pero despues, debilitandose la fé, empezando ya á apagarse, y minorandose el número de los justos, segun se iba aumentando el de los fieles; parece que los progresos del Evangelio detuvieron los de la piedad, y haciendose christiano todo el mundo, traxo finalmente consigo á la Iglesia su corrupcion, y sus máximas. ¡Ah! Casi todos nos descaminamos desde el seno de nuestras madres; el primer uso que hacemos de nuestro corazon ya es un delito. Nuestras primeras inclinaciones son á la culpa, y quando nuestra razon empieza á manifestarse y á crecer, es sobre las ruinas de nuestra inocencia. La tierra, dice un Profeta, está inficionada con la corrupcion de los que la habitan; todos han violado las leyes, quebrantando los preceptos, y roto la alianza que debia durar eternamente; todos practican la iniquidad, y apenas se halla uno solo que obre el bien; la injusticia, la calumnia, la mentira, la perfidia, el adulterio, y los mas infames delitos han inundado la tierra: *Mendacium, & furtum, & adulterium inundaverunt.* (a) El hermano pone asechanzas á su hermano, el padre se separa de sus hijos, el esposo de su esposa, y no hay lazo que no rompa un vil interés; la buena fé es una virtud destinada solamente á los simples, los odios son eternos, las reconciliaciones fingidas, y nunca se mira al enemigo como á proximo; los hombres se aniquilan y destruyen unos á otros; las concurrencias no son mas que lugares de pública murmuracion; la mas constante virtud no está libre de la contradiccion de las lenguas; el jue-

(a) *Ossa 4. v. 2.*

juego se ha convertido en negociacion, en fraude, ó en furor; los convites, aquellos inocentes lazos de la sociedad, en excesos de que no se puede hablar; las diversiones públicas en escuelas de lascivia; en nuestro siglo se vén unos horrores de los que ni aun noticia tuvieron nuestros padres; la Ciudad es una Ninive pecadora; la Corte el centro de todas las pasiones humanas; y aunque la virtud autorizada con el exemplo del Soberano, honrada con su gracia, y animada con sus beneficios, hace que la culpa sea mas circunspecta, no por eso la hace mas rara; todos los estados, todas las condiciones han corrompido su camino: los pobres murmuran contra la mano que los mortifica; los ricos se olvidan del autor de su prosperidad; los grandes parece que solamente nacieron para sí mismos, y que la libertad es el unico privilegio de su elevacion; aun la misma sal de la tierra se ha puesto insípida, las lámparas de Jacob se han apagado, las piedras del Santuario están indignamente esparcidas en el cieno de las plazas públicas, y el Sacerdote se ha hecho semejante al pueblo. ¡Oh Dios! ¡Es esta vuestra Iglesia, y la Congregacion de los Santos! ¡Es esta aquella heredad tan querida, aquella viña tan amada, objeto de vuestros cuidados y de vuestro amor! ¿Qué mayores delitos podia presentar Jerusalén á vuestra vista quando la heristeis con una maldiccion eterna?

Ved ahí ya un camino para la salvacion, que está cerrado casi á todos los hombres; todos se han descaminado; ¡oh vosotros los que me escuchais! seais quien fuereis; el pecado ha reynado en vosotros algun tiempo; La edad podrá haber calmado vuestras pasiones; pero ¿cómo ha sido vuestra juventud? Acaso las enfermedades habituales os habrán disgustado del mundo; pero ¿cómo usabais de la salud antes de ellas? Puede ser que un impulso de la gracia haya mudado vuestro corazon; ¿pero no pedís continuamente al Señor que borre de su memoria el tiempo que precedió á esta mudanza?

¿Pero en qué me detengo? Todos somos pecadores, ¡oh Dios mio! y Vos nos conocéis; aun lo que vemos de nuestros desórdenes, acaso no es á vuestra vista sino la parte mas sufrible; y cada uno de nosotros confiesa que por el camino de la inocencia no puede aspirar á la salvacion. Pues no nos queda mas remedio que la penitencia. Despues del naufragio, dicen los Santos, que esta es la feliz tabla, sobre la que unicamente podemos llegar al puerto; no hay para nosotros otro camino de salvacion; seais quien fuereis los que habeis sido pecadores, Principes, Vasallos, Grandes, ó Plebeyos, solamente la penitencia puede salvaros.

Permitidme ahora que os pregunte, ¿dónde están los penitentes entre nosotros? ¿Dónde están estos? ¿Se hallan muchos en la Iglesia? Mas hallareis, decia antiguamente un Santo Padre, que nunca hayan caído, que de los que despues de haber caído se hayan levantado por medio de una verdadera penitencia: ¡Sentencia terrible! Pero quiero conceder que esta sea una de aquellas expresiones que pasan por exágeracion, aunque siempre son muy respetables las palabras de los Santos; no lleguemos á este extremo, pues la verdad es en sí bastante terrible, sin que haya necesidad de añadir nuevo terror con vanas declamaciones. Basta exáminar si por el camino de la penitencia nos hallamos la mayor parte de nosotros con derecho para aspirar á la salvacion.

¿Qué cosa es un penitente? Un penitente, decia en otro tiempo Tertuliano, es un fiel que en todos los instantes de su vida tiene presente la desgracia que tuvo en perder, y olvidarse en otro tiempo de su Dios; que tiene continuamente á la vista su pecado; que en todas partes halla imagenes tristes que se le representan; un penitente es un hombre encargado de los intereses de la justicia de Dios contra sí mismo; que se priva de los mas inocentes placeres, porque se permitió en otro tiempo los pecaminosos; que goza de los necesarios con pena;

na; que mira á su cuerpo como á su enemigo á quien tiene necesidad de debilitar; como á un rebelde á quien necesita castigar; como á un culpado á quien en adelante debe negar casi todas las gracias; como á un vaso manchado que debe purificar; como á un deudor infiel á quien debe pedir hasta el último maravedí; un penitente es un culpado que se mira como un hombre condenado á muerte, porque no merece vivir, y por consiguiente debe observar cierta austeridad y tristeza en sus costumbres, en su adorno, y aun en sus placeres, como quien solamente vive para padecer; un penitente no vé en la pérdida de sus bienes y de su salud mas que la privacion de unos favores de que ha abusado; en los contratiempos que le suceden la pena de su culpa; en los dolores que le atormentan el principio de los castigos que ha merecido, y en las calamidades públicas que afligen á sus próximos contempla que acaso son castigo de sus delitos particulares. Esto es un penitente. Pero vuelvo á preguntaros, ¿dónde están entre nosotros estos penitentes? ¿Dónde se hallan?

¡Ah! Los siglos de nuestros padres aun veían algunos á las puertas de nuestros templos; aquellos eran sin duda unos pecadores menos culpados que nosotros, de todas clases, de todas edades, de todos estados, prostrados delante del vestibulo del templo, cubiertos de ceniza y de cilicio, suplicando á sus hermanos, que entraban en la casa del Señor, les alcanzasen de su clemencia el perdón de sus culpas, excluidos de la participacion del Altar, y aun de la asistencia á los sagrados Misterios, pasando los años enteros en el ejercicio de los ayunos, de las mortificaciones, de la oracion, y en unas pruebas tan penosas, que no quisieran sufrir hoy ni aun un solo día los mas escandalosos pecadores; privados se veían no solamente de las diversiones públicas, sino tambien de la sociedad y de la comunicacion de sus hermanos, de la comun alegría de las solemnidades, vi-

viendo como Anathemas, separados de la santa Congregacion, y aun despojados por algun tiempo de todas las señales de sus grandezas, segun el mundo, y sin tener mas consuelo que el de sus lágrimas y penitencia.

Estos eran en otro tiempo los penitentes en la Iglesia; si habia en ella algunos pecadores, el espectáculo de su penitencia edificaba mas á los fieles, que lo que les habian escandalizado sus caídas; sus culpas podian en algun modo llamarse felices, pues solian ser mas utiles que la misma inocencia. Bien sé que la Iglesia se ha visto precisada á relajar con una prudente dispensacion las penitencias públicas, y aunque refiero aqui su historia, no es para calumniar la prudencia de los Pastores que han abolido esta costumbre, sino para llorar la general corrupcion de los fieles, que los ha precisado á ello. La mudanza de las costumbres y de los siglos trae necesariamente consigo la variedad en la disciplina; el gobierno exterior, fundado en leyes humanas, ha podido mudarse; pero la ley de la penitencia, fundada sobre el Evangelio, y sobre la palabra de Dios, siempre es la misma. Es verdad que ya no subsisten los públicos grados de penitencia, pero los rigores y el espíritu de la penitencia aun son los mismos, y no se puede prescribir contra ellos. Es verdad que se puede satisfacer á la Iglesia sin padecer las penas públicas que ella imponia antiguamente; pero no se puede satisfacer á Dios sin ofrecerle penas particulares que las igualen, y que sirvan de justa compensacion.

Volved los ojos á todas partes; no quiero decir que juzgueis á vuestros próximos, pero exâminad quales son las costumbres de todos los hombres que conoceis; tampoco hablo aqui de aquellos pecadores declarados, que han sacudido el yugo, y que no guardan medida alguna en la culpa; hablo solamente de aquellos que se parecen á vosotros, que tienen unas

unas costumbres regulares, y en cuya vida nada se halla que sea enorme y escandaloso; son pecadores, ellos mismos lo confesarán; vosotros no sois inocentes, y me persuado á que tambien lo confesareis. Ahora bien, ¿aquellos son penitentes? ¿Lo sois acaso vosotros? Podrá suceder que la edad, los cargos, los cuidados mas serios os hayan retirado de los excesos de la juventud; acaso debeis tambien este favor á las amarguras que la bondad de Dios ha querido derramar sobre vuestras pasiones; las perfidias, las disensiones, el atraso de la fortuna, la ruina de la salud, la decadencia de los negocios, todo esto ha resfriado y contenido las desordenadas inclinaciones de vuestro corazon; el pecado os ha disgustado de el mismo pecado; las pasiones se han ido apagando poco á poco por sí mismas; el tiempo y la inconstancia del corazon ha roto vuestras cadenas; con todo eso, aunque habeis perdido la aficion á las criaturas, no por eso amais mas á vuestro Dios; os habeis hecho mas prudentes, mas regulares segun el mundo, mas honrados, mas exâctos en el cumplimiento de las obligaciones públicas y particulares, pero no sois penitentes; habeis cesado en vuestros desordenes, pero no los habeis expiado; no os habeis convertido, no habeis sentido aun aquel gran golpe que muda el corazon, y renueva todo el hombre.

Con todo eso nada os asusta en este estado tan peligroso; aquellos pecados que nunca han sido purificados con una sincera penitencia, y por consiguiente ni perdonados en la presencia de Dios, son para vosotros como si no fuesen, y morireis tranquilos en una impenitencia, tanto mas peligrosa, quanto menos la conoceis. Esta, Católicos, no es una simple expresion, ni un exceso de zelo, no hay cosa mas real, ni mas verdadera. Este es el estado de casi todos los hombres, y aun de los mas prudentes y apro-

aprobados en el mundo. Las primeras costumbres siempre son licenciosas; la edad, los disgustos, el establecimiento fijan el corazón, le apartan del desorden, y aun le reconcilian con los santos Misterios, ¿pero dónde están los que se convierten? ¿Dónde los que expian sus culpas con lágrimas y mortificaciones? ¿Dónde los que después de haber empezado como pecadores, acaban como penitentes? ¿Dónde están estos, vuelvo á preguntaros?

Hacedme ver en vuestras costumbres ni aun la mas leve señal de penitencia: ¿Se halla ésta en la observancia de las leyes de la Iglesia? No, porque estas no se estienden á las personas de cierta clase, y la costumbre ha introducido que solo sirvan para la gente plebeya. ¿Se halla en los cuidados de la fortuna, en las inquietudes del favor y de la prosperidad; en las fatigas del servicio; en los disgustos y molestias de la Corte; en la sujecion de los empleos y precisos cumplimientos? Tampoco, porque eso sería querer poner vuestros delitos en el número de vuestras virtudes; que Dios os recompensase unos trabajos que no padecéis por su Magestad; y que vuestra ambicion, vuestra soberbia, y vuestra codicia os dispensasen de la obligacion que estos vicios os imponen. Sereis penitentes del mundo, pero no de Jesu Christo. ¿Se halla, finalmente, en las enfermedades con que Dios os aflige, en los enemigos que os suscita, en las desgracias y pérdidas que os proporciona? ¿Pero recibís todos estos trabajos ni aun con conformidad? ¿No tomáis de ellos ocasion para nuevas culpas, en vez de hacerlos servir á vuestra penitencia? ¿Y aun quando fuerais fieles en todos estos puntos, seriais por eso penitentes? Una alma inocente tiene obligacion de recibir con humildad los golpes con que Dios la hiere; de cumplir con constancia con las penosas obligaciones de su estado: de ser fiel á las leyes de la

la Iglesia: ¿Pero vosotros que sois pecadores, no debéis hacer algo mas que esto? Y no obstante aspirais á la salvacion: ¿Pero con qué título? Si decís que sois inocente en la presencia de Dios, vuestra conciencia dá testimonio contra vosotros mismos; Si quereis persuadirnos á que sois penitentes, me parece que no os atreveréis á ello, y que quedareis condenados por vuestra propia boca. ¿Pues en qué puedes fiarte, ¡oh hombre! para vivir con esa tranquilidad? *¿Ubi est ergo gloriatio tua?* (a)

Y lo mas terrible en este asunto es, que vosotros no haceis mas que seguir la corriente. Vuestras costumbres son las mismas que las de casi todos los hombres: Puede ser que conozcais otros mas pecadores que vosotros, porque supongo que aun conservais algunas reliquias de religion, y algun cuidado de vuestra eterna salud, ¿pero conoceis acaso penitentes verdaderos? Estos es preciso buscarlos en los Claustros, y en los desiertos. Apenás contais entre las personas de vuestra clase y de vuestro estado un corto número de almas, cuyas costumbres mas austéras que las del comun, se grangean la atencion, y aun acaso tambien la censura del público; todos los demás van por un mismo camino; yo veo que cada uno se asegura en este particular con el exemplo de sus iguales; que los hijos suceden en este punto á la falsa seguridad de sus padres; que ninguno vive inocente; y que ninguno muere penitente: Lo veo, y exclamo, ¡oh Dios! Si no nos habeis engañado; si quanto nos habeis dicho en orden al camino que guia á la vida eterna se debe cumplir hasta el último punto; si el número de los prescitos no puede minorar en nada la severidad de vuestras leyes, ¿á dónde vá á parar la infinita multitud de criaturas que desaparecen todos los días á nuestra vis-

ta?

(a) Rom. 3. v. 17.

ta? ¿Dónde están nuestros amigos, nuestros parientes, nuestros superiores, nuestros vasallos que nos han precedido? ¿Qué suerte es la suya en la eterna region de los muertos? ¿Y qué será de nosotros algun dia?

Quando en otro tiempo se quejaba un Profeta al Señor de que habia abandonado su alianza con Israel, respondió que aun se habia reservado siete mil hombres, que no habian doblado la rodilla delante de Baal; Este era todo el número de almas puras y fieles que se hallaba entonces en todo un Reyno. Pero ¡oh Dios mio! ¿Podreis consolar hoy los gemidos de vuestros siervos con la misma seguridad? Bien sé que vuestra vista distingue aun entre nosotros á los justos; que aun tiene el Sacerdocio sus Phinés; la Magistratura sus Samueles; la Milicia sus Josueés; la Corte sus Danieles, sus Esthéres, y Davides; porque el mundo solamente subsiste por vuestros escogidos, y todo se aniquilára si faltase su número: ¿Pero qué son estas felices reliquias de los hijos de Israel que se han de salvar, comparadas con los granos de arena del mar, quiero decir, con la multitud infinita que se ha de condenar?

Preguntadme ahora, Católicos, si es verdad que serán pocos los que se salvan: Vos, Dios mio, lo habeis dicho, y así esta es una verdad eterna; pero aun quando Dios no lo hubiera dicho, bastaba, en segundo lugar, registrar por un instante lo que pasa entre los hombres; las leyes con que se gobiernan, las máximas que sirven de regla á la multitud; y esta es la segunda causa de ser tan corto el número de los escogidos, ó por mejor decir, es explicacion de la primera; la fuerza de los usos y costumbres.

SEGUNDA PARTE.

SON pocos los que se salvan, porque las máximas mas universalmente recibidas en todos los estados, y por las que gobiernan sus costumbres la mayor parte de los hombres son incompatibles con la salvacion. Las reglas recibidas, autorizadas y aprobadas en el mundo en orden al uso de las riquezas, del amor de la fama, de la modestia christiana, de las obligaciones, de los empleos, de los estados y de las circunstancias de las obras que se deben practicar, se oponen á las del Evangelio, y así guian indefectiblemente á la muerte.

No referiré estas máximas con aquella prolijidad que sería impropia de un discurso, y nada decente á la Cátedra del Espíritu Santo. Paso en silencio que la costumbre ha establecido en el mundo, que cada uno puede arreglar su gasto segun sus bienes y su clase; y que como sea del patrimonio de sus padres puede muy bien expender, sin poner límites á su lujo, ni consultar en sus profusiones mas que á su vanidad y su capricho. Pero la moderacion christiana tiene sus reglas; vosotros no sois dueños absolutos de vuestras riquezas, particularmente quando mil pobres infelices están padeciendo; quanto gastais fuera de lo necesario para vosotros, y para la decencia de vuestro estado, es una inhumanidad, y un hurto que haceis á los pobres. Direis acaso que estas son sutilezas de la devocion, y que en materia de gastos y profusiones nada hay que sea reprehensible y excesivo segun el mundo, sino lo que puede llegar á parar en arruinar la fortuna, y alterar los negocios.

Paso en silencio que ya es costumbre recibida en el mundo, que el orden del nacimiento, ó los inte-

reses de la fortuna decidan siempre de nuestros destinos, y arreglen la eleccion del siglo ó de la Iglesia, del retiro ó del matrimonio; pero ¡oh Dios mio! ¿puede la vocacion del cielo depender de las leyes humanas de un nacimiento carnal? Decís que es imposible colocarlos á todos en el mundo, y que sería triste cosa ver á los hijos seguir unos partidos poco dignos de su clase y de su nacimiento. Tambien quiero pasar en silencio que ha introducido la costumbre el que las juvenes que se crian para el mundo hayan de ser instruidas muy temprano en todas las artes propias para lucir y agradar, y se hayan de exercitar con mucho cuidado en una funesta ciencia, en que nuestros corazones nacen demasidamente instruidos, siendo así que la educacion christiana es una educacion de retiro, de pudor, de modestia y de aborrecimiento del mundo. Por mas que se les predique, responden que es preciso vivir segun la costumbre, y unas madres por otra parte christianas y timoratas, ni aun escruplo forman en este asunto.

Y así, si aun sois joven, decís que este es el tiempo de los placeres; que no sería justo prohibiros en él lo que otros se han permitido; y que la edad más madura traerá consigo costumbres más serias.

Si sois de distinguido nacimiento, decís que es preciso adelantarse á fuerza de engaños, de ruindades y de gastos, y hacer de vuestra fortuna vuestro ídolo; y la ambicion tan condenada por las reglas de la fe, no es más que un deseo digno de vuestro nombre y de vuestro nacimiento.

Si sois de un sexo, y de una clase que os precisa á vivir en los cumplimientos del mundo, decís que no es razon singularizarse; que teneis precision de concurrir á los regocijos públicos, á los lugares á donde asisten las personas de vuestra clase y edad; asistir á las mismas diversiones, pasar los dias en la misma ociosidad,

y

y exponeros á los mismos peligros; que estas son unas costumbres ya establecidas, y que no está en vuestra mano el reformarlas. Esta es la doctrina del mundo.

Permitidme ahora que os pregunte. ¿Quién os asegura en estos caminos? ¿Cuál es la regla que os los justifica? ¿Quién os autoriza ese fausto, que ni conviene al título que recibisteis en el Bautismo, ni acaso tampoco á los que habeis heredado de vuestros mayores? ¿Quién esos placeres públicos, los que solamente teneis por inocentes, porque vuestra alma demasiado familiarizada, no siente sus peligrosas impresiones? ¿Quién ese continuo juego, que ha llegado á ser la más importante ocupacion de vuestra vida? ¿Quién os dispensa de todas las leyes de la Iglesia? ¿Quién os permite esa vida ociosa, sensual, sin virtud, sin trabajos y sin exercicio alguno penoso de la religion? ¿Quién os mueve á solicitar el formidable peso de los honores del Santuario, los que basta desear para hacerse indigno de ellos en la presencia de Dios? ¿Quién os autoriza para que vivais como extraño en vuestra propia casa; para que ni aun os digneis de informaros de las costumbres de vuestra familia; para que tengais por grandeza el ignorar si creen en el Dios que vosotros adorais, y si cumplen con las obligaciones de la religion que vosotros profesais? ¿Quién justifica unas máximas tan poco christianas? ¿Es, acaso, el Evangelio de Jesu Christo? ¿Es la doctrina de los Santos? ¿Son las leyes de la Iglesia? Porque para vivir seguros necesitais tener alguna regla; ¿pues cuál es la vuestra? Direis que la costumbre; y esto es todo lo que podeis respondernos: Todos quantos veis al rededor de vosotros siguen las mismas reglas: Quando venisteis al mundo hallasteis ya establecidas estas costumbres; nuestros padres, direis, vivieron de este modo, y de ellos las hemos aprendido; los más prudentes del siglo se conforman con ellas, no he de ser yo solo más sabio que

Ff 2

to-

todos los hombres juntos; es preciso conformarse con lo que vemos practicar todos los días, y no querer ser singular.

Con esto vivís seguros contra todos los temores de la religión; nadie examina la ley: el público exemplo es el único fiador de nuestras costumbres; no nos importa el que sean vanas las leyes de los pueblos, como dice el Espíritu Santo: *Quia leges populorum vanæ sunt.* (a) Que Jesu Christo nos haya dexado unas reglas, en las que ni el tiempo, ni los siglos, ni las costumbres nada pueden mudar: que el cielo y la tierra pasarán; los usos y costumbres se mudarán; pero estas divinas reglas siempre serán las mismas.

Nos contentamos con mirar á los demás; no pensamos en que lo que hoy se llama costumbre, eran monstruosas singularidades antes que degenerasen las costumbres de los Christianos; y que aunque han prevalecido la corrupcion y los desordenes, por no tenerse ya por singulares, no por eso han perdido su malicia; no reparamos en que hemos de ser juzgados segun el Evangelio, y no segun la costumbre: segun el exemplo de los Santos, y no segun las opiniones de los hombres: Que las costumbres que no han tenido mas fundamento para establecerse entre los fieles, que el debilitarse la fé, son abusos que se deben llorar, y no modelos que se hayan de seguir: Que aunque se hayan mudado las costumbres, no por eso se han mudado las obligaciones: Que el comun exemplo que las autoriza, solamente prueba que la virtud es rara, pero no que sea permitido el desorden; y en una palabra, que la piedad, y la vida christiana, son demasiado amargas á la naturaleza, para ser abrazadas de la mayor parte de los hombres.

De-

(a) Jerem. 10. v. 3.

Decidnos ahora que solo haceis lo que veis practicar á los demás; pues justamente este será el motivo de vuestra perdición: ¿Y es posible que la preocupacion mas terrible que os condena, ha de ser motivo de vuestra confianza? ¿Cuál es, segun la Escritura, el camino que guia á la muerte? ¿No es aquel por donde camina la mayor parte? ¿Cuál es el partido de los réprobos? ¿No es el de la multitud? ¿Haceis lo que veis practicar á otros? pues de ese modo perecieron en tiempo de Noé todos los que se anegaron en las aguas del Diluvio; en tiempo de Nabucodonosor todos los que doblaron la rodilla á la sacrilega estatua; en tiempo de Elías todos los que adoraron á Baál; en tiempo de Eleazaro todos los que abandonaron la ley de sus padres; ¿haceis lo que veis practicar á otros? Pues eso es lo que os prohíbe la Escritura, *no os conforméis con el siglo corrompido*, (a) nos dice; este siglo corrompido no puede ser el corto número de justos á quienes no imitais, sino la multitud á quien seguís: ¿haceis lo que veis practicar á otros? pues tendreis la misma suerte que ellos. Desgraciado de tí, exclamaba en otro tiempo San Agustín, ¡fatal torrente de las humanas costumbres! ¿Nunca has de suspender tu curso? ¿Siempre has de llevar arrastrando á los hijos de Adán al abismo inmenso y terrible? *Væ tibi flumen moris humani! quousque volves Evæ filios in mare magnum, & formidolosum.* (b)

En vez de decirse cada uno á sí mismo, ¿qué esperanzas son las mías? En la Iglesia hay dos caminos, uno ancho, por donde caminan casi todos, y va á parar

(a) Rom. 12.

(b) S. August. in Confes. lib. 1. num. 6.

rar á la muerte; otro estrecho, por donde caminan pocos, y guía á la vida, ¿quál de los dos es el que yo sigo? Mis costumbres son semejantes á las de los de mi clase, de mi edad, y de mi estado; yo sigo la multitud, luego no voy por buen camino; yo me pierdo, pues en cada estado el mayor número no es el de los que se salvan: En vez de discurrir así, habla consigo mismo: diciendose; yo no soy de peor condicion que los demás; de este modo viven los de mi edad y de mi clase, ¿por qué no he de vivir yo como ellos? ¿Por qué, amados oyentes míos? por lo mismo. La vida de la mayor parte de los hombres no puede ser una vida christiana; los Santos en todos los siglos han sido hombres singulares; sus costumbres han sido diferentes de las de los demás, y han sido santos porque no se han parecido á los otros hombres.

En el siglo de Esdras habia prevalecido la costumbre de aliarse, no obstante la prohibicion de la ley, con mugeres estrangeras; el abuso era universal, los Sacerdotes y el pueblo no hacian escrupulo de ello. ¿Pero qué hizo aquel Santo restaurador de la ley? ¿Siguió acaso el exemplo de sus hermanos? ¿Juzgó que la transgresion, por ser comun, era mas legítima? Lo contrario, apeló del abuso á la regla; tomó el libro de la ley en sus manos; se le explicó al pueblo consternado, y enmendó la costumbre con la verdad.

Registrad de siglo en siglo la historia de los justos, y ved si se conformaba Loth con las costumbres de Sodomá, y si era bien distinto de sus Conciudadanos; si Abrahám vivia como los de su siglo; si Job era semejante á los demás Principes de su nacion: Si Esthéer en la Corte de Asuero se gobernaba como las demás mugeres de aquel Principe: si habia muchas viudas en Bethulia y en Israel, que se pareciesen á Judith: si entre los hijos de la cautividad hubo otro de

de quien se dixese, como de Tobias, que no seguia el mal exemplo de sus hermanos, y que huía hasta los peligros de su trato y compañía; mirad como en aquellos felices siglos, quando todavia eran santos los Christianos, resplandecian como astros en medio de las naciones corrompidas; como servian de espectáculo á los Angeles y á los hombres con lo singular de sus costumbres; como los reprehendian los Paganos su retiro, y su ninguna asistencia á los teatros, á los circos, y á las demás diversiones públicas; como se quexaban de que los Christianos afectaban distinguirse en todo de sus conciudadanos, formar como un pueblo aparte en medio de su pueblo, tener leyes y costumbres particulares; y como luego que algun hombre se convertia al Christianismo, le contaban ya por un hombre inutil para los placeres, para las concurrencias, y para sus costumbres; finalmente, registrad todos los siglos, y ved si aquellos Santos, cuyas acciones y vida se han derivado hasta nosotros, se parecieron á los demás hombres.

Acaso me direis que estas mas son singularidades y excepciones, que reglas que todos debamos seguir; son excepciones, es verdad, pero es porque la regla general es el perderse; porque una alma fiel en el mundo siempre se ha tenido por una singularidad, que se acerca á prodigio: Direis que no está obligado todo el mundo á seguir estos exemplos; ¿pero por ventura no es la santidad la vocacion general de todos los fieles? ¿No es necesario ser santos para salvarse? ¿Acaso el cielo se debe dar á unos á mucha costa, y á otros de valde? ¿Teneis vosotros otro Evangelio por donde gobernaros, otras obligaciones que cumplir, ni otras promesas que esperar distintas de las de los Santos? Pues si habia otro camino mas facil para conseguir la salvacion, ó piadosos fieles que gozais en el cielo de un reyno que habeis conseguido con la violencia, y que

que ha sido el premio de vuestra sangre, y de vuestros trabajos, ¿por qué nos habeis dexado unos exemplos tan peligrosos é inútiles? ¿Por qué nos habeis enseñado un camino aspero, desagradable, y muy á proposito para acobardar nuestra flaqueza, si habia otro mas facil y mas llano, el qual pudierais haber-nos manifestado para alentarnos y atraernos, facilitandonos nuestra carrera? ¡Gran Dios! ¡Qué poco consultan los hombres á la razon en el negocio de su eterna salud!

Fiaros ahora en la multitud, como si ésta fuera capaz de hacer que quedasen los delitos sin castigo, y como si Dios no se hubiera de atrever á perder á todos los hombres que viven como vosotros: ¿Pero qué son todos los hombres juntos en la presencia de Dios? ¿Le sirvió acaso de estorvo la multitud de culpables, para que exterminase toda la carne en el Diluvio, para que hiciese baxar fuego del cielo sobre las cinco ciudades infames, para que sepultase á Faraón, y á todo su ejército en las aguas, y para que quitase la vida á los murmuradores en el desierto? ¡Ah! los Reyes de la tierra pueden tener respeto á la multitud de culpados, porque esta imposibilitaria el castigo, ó á lo menos le haría peligroso, por ser general la culpa; pero Dios que, como dice Job, destruye los impíos en la tierra como quien sacude el polvo que se pega á los vestidos: Dios, en cuya presencia los pueblos y naciones son como si no fuesen, no teme el número de los culpados, y solo mira á los delitos; y lo mas que la flaca criatura puede esperar de los cómplices de su transgresion, es el tenerlos por compañeros de sus desgracias.

Pero si son pocos los que se salvan, porque las máximas mas universalmente recibidas son máximas de pecado, tambien son pocos los que se salvan, porque las máximas y las obligaciones mas universalmente ig-

noradas ó despreciadas son las mas indispensables para la salvacion. Ultima reflexion que prueba y aclara las precedentes.

TERCERA PARTE.

¿**Q**uáles son las obligaciones de la santa vocacion á que hemos sido llamados? Las solemnes promesas del Bautismo. ¿Qué prometimos en el Bautismo? Renunciar al mundo, á la carne, á Satanás, y á sus obras. Estas son nuestras promesas; este el estado del Christiano; estas las condiciones esenciales del santo tratado concluido entre Dios y nosotros, en virtud del qual se nos ha prometido la vida eterna. Estas son unas verdades que parecen demasiado comunes, y propias solamente para el pueblo sencillo; pero esto es engañarse. No hay verdades mas sublimes, ni tampoco mas ignoradas: continuamente deben anunciarse en las Cortes de los Reyes, y á los Grandes de la tierra: *Regibus, & Principibus terræ.* ¡Ah! que aunque estos son hijos de luz para los negocios del siglo, al mismo tiempo suelen hallarse mas ignorantes en los primeros principios de la moral Christiana que las almas mas sencillas y vulgares; suelen tener necesidad de ser alimentados con leche, y quieren que les subministremos un alimento sólido, y que hablemos el idioma de la sabiduría, como si hablásemos en presencia de los mas perfectos.

Priméramente, habeis renunciado al mundo en el Bautismo; esta es una promesa que hicisteis á Dios á vista de los santos Altares: la Iglesia fue su fiadora y depositaria, y solamente fuisteis admitidos en el número de los fieles, y señalados con el indeleble sello de la salvacion, en virtud de la fé que jurasteis al Señor de no amar al mundo, ni á nada de quanto el mun-

do ama. Si entonces hubierais respondido en la sagrada pila lo que estais diciendo todos los dias; esto es, que el mundo no os parece tan infame ni pernicioso como os decimos; que se le puede tener un amor inocente; que el declamar tanto contra él desde los pulpitos, es porque no le conocemos, y que pues habeis de vivir en el mundo, quereis vivir como el mundo: Si hubierais respondido de este modo, la Iglesia no os hubiera recibido en su seno, no os hubiera asociado á la esperanza de los Christianos, á la comunión de los que han vencido al mundo, y os hubiera aconsejado que fuerais á vivir entre los infieles que no conocen á Jesu Christo, porque allí donde se adora al Principe del mundo, es donde se permite amar lo que le pertenece. Por eso en los primeros tiempos, aquellos Cathecumenos, que aun no podian resolverse á renunciar al mundo y á sus placeres, dilataban su bautismo hasta la muerte; no se atrevian á firmar al pie de los Altares, en el Sacramento que nos reengendra, unas obligaciones, cuya estension y santidad conocian, y con las que no se hallaban en estado de poder cumplir: Estais pues obligados con el mas solemne juramento á aborrecer al mundo, esto es, á no conformaros con él; si le amais, si seguís sus placeres y sus costumbres, no solamente sois enemigos de Dios, como dice San Juan, sino tambien faltais á la palabra que disteis en el Bautismo; abjurais el Evangelio de Jesu Christo, sois un apostata de la religion, y pisais los mas santos é irrevocables votos que puede hacer el hombre.

¿Y qual es el mundo que debeis aborrecer? No puedo responderos otra cosa, sino que es el mismo que amais. Por estas señas no os podreis enganar: este mundo es una sociedad de pecadores, cuyos deseos, cuyos temores, cuyas esperanzas, cuyos cuidados, cuyos proyectos, cuyas alegrías, y cuyos pesares se reducen única-

camente á los bienes, ó males de esta vida. Este mundo es un conjunto de gentes que miran la tierra como su patria, el siglo futuro como un destierro, las promesas de la fé como un sueño, y la muerte como el mayor de todos los males; este mundo es un reyno temporal, en donde no se conoce á Jesu Christo, en donde los que no le conocen no le glorifican como á su Señor, le aborrecen con sus máximas, le desprecian en sus siervos, le persiguen con sus obras, le afrentan, ó ultrajan en sus Sacramentos, y en su culto; finalmente, este mundo, para decirlo con toda claridad, es la multitud. Pues este mismo es el mundo de que debeis huir, al que debeis aborrecer, reprobado con vuestros exemplos, desear que él tambien os aborrezca, y que contradiga vuestras costumbres con las suyas; este es el mundo que debe ser para vosotros un crucificado, esto es, un anathema, y un objeto de horror, y al que vosotros mismos debeis tambien parecer tales.

Ahora bien, ¿os hallais en este estado respecto del mundo? ¿Os sirven de molestia sus placeres? ¿Se affige vuestra fé con sus escandalos? ¿Llorais por lo dilatado de vuestra peregrinacion? ¿teneis algo de comun con el mundo? ¿No sois vosotros mismos unos de sus principales actores? ¿Sus leyes no son vuestras leyes? ¿sus máximas no son vuestras máximas? ¿No condenais lo mismo que él condena? ¿No aprobais lo que él aprueba? Y aun quando quedarais solos en la tierra, no se podria decir que este mundo corrompido subsistia en cada uno de vosotros como en un perfecto modelo de quien podrian aprender vuestros descendientes? Y quando digo, vosotros, hablo con casi todos los hombres. ¿Dónde están los que renuncian de veras los deleytes, las máximas, las costumbres, y las esperanzas del mundo. Todos lo han prometido, ¿pero quién lo observa? Es verdad que muchas personas se quejan del mundo, le llaman injusto, ingrato, é inconstante, declaman

contra él, y hablan mal de sus abusos y errores; pero aunque le desacreditan le aman, le siguen, y no pueden vivir sin él; aunque se quejan de sus injusticias, es porque se sienten agraviados, pero no desengañados; conocen sus malos tratamientos, pero no sus peligros; le censuran, pero ¿dónde están los que le aborrecen? Pues inferid de aquí si son muchos los que pueden aspirar á la salvacion.

En segundo lugar: renunciasteis á la carne en vuestro Bautismo, esto es, os obligasteis á no vivir segun los sentidos, á mirar la ociosidad y la pereza como pecado, á no alhagar los corrompidos deseos de vuestra carne, á castigarla, domarla, y crucificarla; esto no es un punto de perfeccion, es una promesa, es la mas esencial de vuestras obligaciones, y el carácter mas inseparable de la fé; ahora bien, ¿dónde están los Christianos que en este punto sean mas fieles que vosotros?

Finalmente: renunciasteis á Satanás y á sus obras; ¿y cuáles son sus obras? Las que componen casi toda la serie de vuestra vida; las pompas, los juegos, los placeres, los espectáculos, la mentira, cuyo padre es, la soberbia, de la que es modelo, las envidias y discordias, de las que es artifice. Ahora os pregunto, ¿dónde están los que no han retratado la anathema que habian pronunciado contra Satanás en este punto?

Y de este modo, quiero decirlo aunque de paso, quedan resueltas infinitas cuestiones. Continuamente nos estais preguntando, ¿si son inocentes para los Christianos los espectáculos y demás públicas diversiones? Yo tambien quiero haceros una pregunta: ¿estas obras son obras de Satanás, ó de Jesu Christo? porque en la religion no hay medio. No quiero decir que no haya algunas diversiones que puedan llamarse indiferentes; pero los placeres mas indiferentes que permite la religion, y que aun hace necesarios la flaqueza de nuestra naturaleza, en algun modo pertenecen á Jesu-Christo, porque deben servirnos para dedicarnos con mas facilidad á las obli-

obligaciones mas santas y mas serias. Todo quanto hacemos, ya lloremos, ya riámos, debe ser de tal naturaleza, que á lo menos lo podamos ordenar á Jesu-Christo, y hacerlo por su gloria.

Fundados, pues, en este principio indefectible, y el mas universalmente recibido en la moral Christiana, no tendreis dificultad en decidir la cuestión. ¿Podeis ordenar á gloria de Jesu-Christo los placeres de los teatros? ¿Puede tener Jesu-Christo alguna conexión con esta especie de diversiones? ¿Podreis vosotros decirle antes de empezar á gozarlas, que en esa accion no os proponéis mas que su gloria, y el deseo de agradarle? ¿Os parece que los espectáculos, en el pie que hoy están, mas infames aun por el público desorden de las infelices criaturas que se presentan en el teatro, que por las impuras y provocativas scenas que en él se representan, os parece que tales espectáculos serán obras de Jesu Christo? ¿Podrá amar Jesu-Christo una boca que profiere canciones profanas y lascivas? ¿Podrá formar el mismo Jesu-Christo los sonidos de una voz que corrompe los corazones? ¿Podrá parecer Jesu-Christo en el teatro en la persona de un Actor, ó de una Actriz descarada, gentes infames, aun segun las leyes de los hombres? Blasfemias son estas que me horrorizan: ¿Ha de presidir Jesu Christo á unas asambleas de pecado, en donde todo lo que se oye infama su doctrina, donde el veneno entra en el alma por todos los sentidos; en donde todo el arte se reduce á inspirar, á despertar, á justificar las pasiones que él condena? Luego si estas obras no son obras de Jesu-Christo, en el sentido ya explicado, esto es, obras que puedan á lo menos referirse á Jesu Christo, son obras de Satanás, dice Tertuliano: *Nihil enim non diaboli est, quidquid non Dei est... hoc ergo erit pompa diaboli.* Luego todos los Christianos deben abstenerse de ellas; luego los que participan de ellas quebrantan los votos de su Bautismo; luego por mas que se precien de inocencia, diciendo que sacan el co-

razon de estos perversos lugares libre de impresiones, siempre salen manchados, pues solamente con haber concurrido han participado de las obras de Satanás, á las que habian renunciado en su Bautismo, y han violado las mas sagradas promesas que habian hecho á Jesu-Christo y á su Iglesia.

Estas son, Católicos, las promesas de nuestro Bautismo; y ya os he dicho que no son consejos ó ejercicios de devocion, sino las obligaciones mas esenciales. No se trata de ser mas ó menos perfectos, despreciandolas, ó abandonandolas, sino de ser ó no Christianos. No obstante, ¿quién es el que las observa? ¿Quién las conoce? ¿Quién cuida de acusarse en el tribunal de la penitencia de haber faltado á ellas? Suele costarnos trabajo el hallar materia para la confesion, y despues de una vida absolutamente mundana apenas hallamos que decir al Confesor. ¡Ah! Católicos, si supierais las obligaciones del título de Christianos con que estais ennoblecidos: Si conocierais la santidad de vuestro estado, el despego que os impone de todas las criaturas, el aborrecimiento que os manda del mundo, de vosotros mismos, y de todo lo que no es Dios; la vida de la fé, la continua vigilancia, la custodia de los sentidos, en una palabra, la conformidad que os pide con Jesu Christo Crucificado; si lo conocierais, si reflexionarais en que debiendo amar á Dios con todo vuestro corazon, y con todas vuestras fuerzas, un solo deseo que no pueda referirse á Dios os mancha; si conocierais esto, os tendriais por un monstruo en su presencia: ¿Es posible, diriais, que siendo tan santas mis obligaciones, han de ser tan profanas mis costumbres? Que mandandoseme una vigilancia tan continua, ¿haya de hacer yo una vida tan descuidada y distraída? Que debiendo tener un amor á Dios tan puro, tan lleno, y tan universal, ¿haya de estar mi corazon entregado siempre á mil afectos, ó extraños, ó culpables? Si esto es así, ¡oh Dios mio! ¿quién po-

podrá salvarse? *¿Quis poterit salvus esse?* (a) Pocos, amados oyentes míos, a lo menos vosotros no os salvareis, si no mudais de vida; ni tampoco los que se parecen á vosotros: no se salvará la multitud.

¿Quién podrá salvarse decís? ¿Quereis saberlo? Los que trabajan para su eterna salud con temblor; los que viven en el mundo, pero no viven como el mundo. ¿Quién podrá salvarse? Aquella muger Christiana, que encerrada en el recinto de sus obligaciones domésticas, cria sus hijos en la fé y en la piedad; que dexa al Señor el cuidado de su suerte; que no divide su corazon, sino entre Jesu Christo y su Esposo; que está adornada de pudor y de modestia; que no se sienta en los congresos de la vanidad, y no tiene por ley las locas costumbres del mundo, sino que las corrige con la ley de Dios, y dá estimacion á la virtud por su clase y con su exemplo.

¿Quién podrá salvarse? Aquel fiel que en la relacion de estos últimos tiempos procura imitar las primeras costumbres de los Christianos; que tiene sus manos inocentes, y el corazon puro y vigilante; que no ha recibido su alma en vano, (b) sino que aun en medio de los peligros del mundo se aplica continuamente á purificarla; el justo, que no jura fraudulentamente á su próximo: (c) ni debe el aumento inocente de su fortuna á unos medios dudosos; el generoso que llena de beneficios al enemigo que ha querido perderle, y no ofende á sus competidores sino con su merito; el sincero, que no sacrifica la verdad á un vil interés, ni sabe complacer agraviando su conciencia; el caritativo, que de su casa y poder hace asi-

(a) *Matth. 19. v. 25.*

(b) *Psalm. 39. v. 4.*

(c) *Ibid.*

asilo para sus próximos; de su persona, consuelo para los afligidos; y de sus riquezas alivio para los pobres; el que es sufrido en los trabajos, Cristiano en las injurias, y penitente aun en la prosperidad.

¿Quién podrá salvarse? Vosotros, amados oyentes míos, si quereis seguir su exemplo. Estos son los que se salvarán: Es verdad que estos no formarán el mayor número; y así mientras vivais como la multitud, es de fé que no podeis aspirar á la salvacion. Porque si pudierais salvaros viviendo de ese modo, casi todos los hombres se salvarian, pues á excepcion de un corto número de impíos, que se entregan á monstruosos excesos, los demás hombres no hacen mas que lo que vosotros haceis; y mandandonos la fé que no creamos que todos los hombres se salvan, es tambien verdad de fé que no podreis aspirar vosotros á la salvacion, si es que solamente os habeis de salvar con la multitud.

Estas son unas verdades que hacen temblar; y no son como aquellas verdades indeterminadas que se dicen á todos los hombres, y que ninguno se las aplica á sí mismo; acaso no habrá persona en mi auditorio que no pueda decirse á sí misma; yo vivo como la mayor parte de los hombres, como los de mi clase, de mi edad, y de mi estado, luego estoy perdido si muero en este camino: ¿Pues qué cosa mas propia para atemorizar á una alma en quien ha quedado aun algun cuidado de su salvacion? Con todo eso la multitud no tiembla; solamente un corto número de justos trabajan separadamente para su salvacion con temor; todos los demás viven tranquilos; todos saben que generalmente hablando, el mayor número se condena; pero todos se lisonjean de que despues de haber vivido con la multitud, serán separados de ella en la muerte; cada uno se figura para sí el caso de una excepcion quimérica, y cada uno se promete una suerte favorable.

Por

Por eso dirijo mi discurso, Católicos, á vosotros solos que estais aqui presentes; no hablo de los demás hombres; os miro como si fuerais solos en la tierra; pero escuchad el pensamiento que me ocupa y espanta: Supongamos que ha llegado ya vuestra última hora, y el fin del universo; que ván á abrirse los cielos sobre vuestras cabezas; que se manifiesta Jesu-Christo con toda su gloria en medio de este templo; y que vosotros solamente habeis venido aqui para esperarle, y como unos tímidos reos á quienes se les vá á pronunciar, ó una sentencia de gracia, ó un decreto de muerte eterna; porque por mas que os lisongeis, morireis en el estado que hoy os hallais; todos esos deseos de conversion que ahora os entretienen, os entretendrán hasta la hora de la muerte; esto lo confirma la experiencia de todos los siglos; lo que hallareis entonces de nuevo, será acaso mayor cuenta que dar que hoy; y así casi podeis juzgar de lo que os ha de suceder al salir de esta vida, por lo que os sucediera ahora, si hubierais de ser juzgados en este instante.

Ahora os pregunto, aunque lleno de confusion y espanto, sin separar en este particular mi suerte de la vuestra, y poniendome en la misma disposicion que yo quisiera que os hallaseis vosotros: Os pregunto, pues, ¿si Jesu-Christo se manifestara en este templo, en medio de este concurso, el mas augusto de todo el universo, para juzgarnos, para hacer la terrible separacion de los cabritos, y de las ovejas, os parece que sería colocado á su derecha el mayor número de los que aqui nos hallamos? ¿Os parece que sería á lo menos igual el número? ¿Os parece que hallaria siquiera entre nosotros diez justos, pues no los halló el Señor en otro tiempo en cinco ciudades enteras? Esto os pregunto, Católicos; vosotros lo ignorais, y yo tambien lo ignoro: Vos solo ¡oh Dios mio! conoceis los que son vuestros; pero si no sabe-

Tomo IV.

Hh

mos

mos quienes son los que le pertenecen, sabemos á lo menos que no le pertenecen los pecadores. ¿Quiénes son, pues, los fieles entre los que aqui estamos? Los títulos y dignidades no se deben apreciar, pues habeis de ser despojados de ellas en presencia de Jesu-Christo; ¿pues quiénes son? muchos pecadores que no quieren convertirse; muchos mas que lo quisieran, pero que dilatan su conversion; otros muchos que nunca se convertirán sino para recaer; finalmente, muchisimos que se persuaden á que no necesitan convertirse; este es el partido de los réprobos; separad de este santo concurso estos quatro géneros de pecadores, pues en el día de la cuenta han de ser separados. Venid acá justos; ¿dónde estais? Reliquias de Israel, pasad á la derecha; trigo de Jesu-Christo apartate de esa paja destinada para el fuego. ¡Oh Dios! ¿Dónde están vuestros escogidos? ¿Y qué es lo que os queda, Señor, para herencia vuestra?

Católicos, nuestra perdicion es casi indefectible, y no pensamos en ello. Aun quando en esta terrible separacion, que ha de llegar á hacerse algun dia, no hubiera de haber mas que un solo pecador de este concurso al lado de los réprobos, y que una voz del cielo nos lo asegurara aqui, sin decirnos qual es, ¿quién de nosotros no temeria ser este infeliz? ¿Quién de nosotros no examinaria inmediatamente su conciencia para vér si por sus delitos merecia este castigo? ¿Quién de nosotros no preguntaria temblando á Jesu-Christo, como en otro tiempo los Apostoles, ¿Señor, acaso seré yo? *Numquid ego sum Domine?* (a) Y si se concedia algun término, ¿quién no procuraria apartar de sí esta desgracia con las lágrimas y los gemidos de una sincera penitencia?

¿Qué

(a) *Matth. 26. v. 22.*

¿Qué prudencia es la nuestra, Católicos? Acaso entre todos los que me oyen no se hallarán diez justos; ¿se hallará menor número? No lo sé. ¡Oh Dios mio! yo no me atrevo á fijar mi vsta en los abismos de vuestros juicios y de vuestra justicia. Acaso no se hallará mas que uno solo: ¿Pues cómo no os asusta, Católicos, este peligro? ¿Se persuade cada uno de vosotros á que ha de ser el solo dichoso entre el gran número que ha de perecer? ¿Vosotros que teneis menos fundamento que otros para creerlo, vosotros, sobre quienes debiera caer la sentencia de muerte, aun quando no cayera mas que sobre un solo pecador de los que me oyen?

¡Gran Dios! ¿qué poco se conocen en el mundo las amenazas de vuestra ley! Los justos de todos los siglos han temblado de espanto, meditando la severidad y profundidad de vuestros juicios en orden á el destino de los hombres. Se han visto muchos Santos solitarios, despues de toda una vida penitente, que atemorizados con la verdad que acabo de predicaros, y poseídos de un temor para el que no habia consuelo, estando para morir hacian temblar de miedo su pobre y austera cama, y con una voz ya desfallecida preguntaban á sus hermanos: ¿Os parece que el Señor tendrá misericordia de mí? Y acaso hubieran caído en desesperacion, si vuestra presencia ¡oh Dios mio! no hubiera calmado inmediatamente la borrasca, y mandado al mar y á los vientos que se sosegasen; y hoy despues de una vida conforme con la de la multitud; despues de una vida mundana, profana y sensual, cada uno muere tranquilo, y quando es llamado el Ministro de Jesu-Christo tiene precision de fomentar la falsa paz del que agoniza, de no hablarle mas que de los infinitos tesoros de las divinas misericordias, y de ayudarle, si es lícito decirlo así, á que se engañe á sí mismo. ¡Oh Dios mio! ¿Qué prepara la severidad de vuest-

tra justicia á los hijos de Adán? *Conslung. 200.*
 ¿Pero qué es lo que se ha de inferir de estas grandes verdades? ¿Acaso qué debemos desesperar de nuestra salvacion? No lo permita Dios: Solamente el impío, por vivir tranquilo en sus desórdenes, procura persuadirse en su interior que todos los hombres perecerán como él. No debe ser este el fruto de este discurso, sino el desengañaros de este error tan universal; á saber, que nos es lícito hacer todo lo que los demás hacen, y que la costumbre es un camino seguro; persuadirnos á que para salvarnos es necesario distinguirnos de los demás, ser singulares, vivir separados en medio del mundo, y no parecernos á la multitud.

Quando los Judíos cautivos estaban para salir de Judéa, y marchar á Babilonia, el Profeta Jeremias, á quien habia mandado el Señor que no desamparase á Jerusalén, los habló de este modo: Hijos de Israel, quando llegueis á Babilonia vereis á los habitadores de aquel país que llevan sobre sus hombros Dioses de oro y de plata, y que todo el pueblo se postra en su presencia para adorarlos; pero vosotros entonces, en vez de dexaros arrastrar de la impiedad de su exemplo, decid en vuestro corazon: Señor, Vos solo debeis ser adorado: *Te oportet adorari, Domine.* (a)

Permitidme, Señores, que acabe mi discurso dirigiendoos las mismas palabras; al salir de este templo, y de esta Sion santa, volvereis á entrar en Babilonia, volvereis á ver aquellos Idolos de oro y plata en cuya presencia se postran todos los hombres; volvereis á hallar los vanos objetos de las pasiones humanas, las riquezas, la fama, los deleites, que son los Dioses de este mundo, y á los que adoran casi

(a) Baruch 6.

todos los hombres; vereis aquellos abusos que el mundo se permite, aquellos errores que autoriza la costumbre, aquellos desórdenes de los que casi ha llegado á hacer ley la impiedad. Entonces, amados oyentes míos, si quereis ser del corto número de los verdaderos Israelitas, decid en lo íntimo de vuestros corazones, Vos solo ¡oh Dios mio! mereceis ser adorado; *te oportet adorari, Domine.* No quiero tener parte con un pueblo que no os conoce; nunca tendré mas ley que la vuestra: Los Dioses que adora esta necia multitud no son Dioses; son obra de la mano de los hombres, y perecerán con ellos; Vos solo sois inmortal ¡oh Dios mio! y solo Vos mereceis ser adorado; *te oportet adorari, Domine.* Las costumbres de Babilonia en nada se parecen á las santas leyes de Jerusalén: Yo os adoraré con el corto número de los hijos de Abraham, de quienes aun se compone vuestro pueblo en medio de una nacion infiel; enderezaré con ellos todos mis deseos hácia la Jerusalén santa; la singularidad de mis costumbres será tenida por flaqueza; pero feliz flaqueza, Señor, que me dará fuerza para resistir al torrente y á los engaños del mal exemplo: Vos, Señor, sereis mi Dios en medio de Babilonia, del mismo modo que lo habeis de ser en la Jerusalén santa: *te oportet adorari Domine.* ¡Ah! llegará tiempo de que se acabe el cautiverio; os acordareis de Abraham, y de David; libertareis vuestro pueblo; nos volvereis á la ciudad santa, y entonces vos solo reynareis en Israel y en las naciones que no os conocen; entonces, destruidas todas las cosas, aniquilados todos los imperios, todos los cetros, y todos los monumentos de la soberbia humana, y permaneciendo Vos solo eternamente, se conocerá que Vos solo mereceis ser adorado; *te Domine oportet adorari.*

Este, Católicos, es el fruto que debeis sacar de este Sermon; vivid separados, pensad continuamente en que el mayor número de los hombres se condena. No hagais caso de las costumbres, si no están autorizadas con la ley; y acordaos de que los Santos han sido en todos tiempos hombres singulares. De este modo, después de haberos apartado de los pecadores en la tierra, sereis tambien separados gloriosamente en la eternidad. *Amen.*



SER-

SERMON
PARA EL MARTES
DE LA TERCERA SEMANA
DE QUARESMA.
SOBRE LA CONFUSION
DE LOS BUENOS
CON LOS MALOS.

*Si peccaverit in te frater tuus, vade, & corripe eum in-
ter te, & ipsum solum; si te audierit lucratus eris
fratrem tuum.*

Si se hubiere ofendido tu próximo, vé, y reprehén-
dele en particular; si te oyese habrás ganado á tu
próximo. *Math. 18. v. 15.*

UNA obligación de las más esenciales, y de las más
ignoradas de la vida christiana es el uso que de-
bemos hacer de los vicios, ó de las virtudes de
los hombres con quienes tenemos precision de vivir. Por
eso la divina sabiduría permite la confusion de la cizaña
y el trigo, de los justos y de los pecadores en la Iglesia,
para

Este, Católicos, es el fruto que debéis sacar de este Sermon; vivid separados, pensad continuamente en que el mayor número de los hombres se condena. No hagáis caso de las costumbres, si no están autorizadas con la ley; y acordaos de que los Santos han sido en todos tiempos hombres singulares. De este modo, después de haberos apartado de los pecadores en la tierra, sereis también separados gloriosamente en la eternidad. *Amen.*



SER-

SERMON
PARA EL MARTES
DE LA TERCERA SEMANA
DE QUARESMA.
SOBRE LA CONFUSION
DE LOS BUENOS
CON LOS MALOS.

*Si peccaverit in te frater tuus, vade, & corripe eum in-
ter te, & ipsum solum; si te audierit lucratus eris
fratrem tuum.*

Si se hubiere ofendido tu próximo, vé, y reprehén-
dele en particular; si te oyese habrás ganado á tu
próximo. *Math. 18. v. 15.*

UNA obligación de las más esenciales, y de las más
ignoradas de la vida christiana es el uso que de-
bemos hacer de los vicios, ó de las virtudes de
los hombres con quienes tenemos precisión de vivir. Por
eso la divina sabiduría permite la confusión de la cizaña
y el trigo, de los justos y de los pecadores en la Iglesia,
para

para proporcionar á unos y á otros medios de conversion, y ocasiones de mérito. Y quando los siervos del Padre de familias, movidos de los escandalos que afrontan su reyno, le piden que les permita arrancar la cizaña, que el hombre enemigo habia sembrado en el campo divino, condena su zelo, y les dá á entender que esta mezcla, que tan injuriosa parece á su gloria, tiene sus razones y sus utilidades en el orden adorable de su providencia.

No obstante esta mezcla destinada á corregir el vicio, y purificar y probar la virtud, engaña, ó desalienta á ésta, y dá motivo de murmuracion á aquel. Esta mezcla que debiera ser util para todos, ha llegado á ser perniciosa para todos; y aun hoy, dice San Agustin, tienen trabajo los justos en aguantar á los pecadores, y los pecadores no pueden sufrir la presencia de los justos, siendo mutuamente molestos los unos á los otros; *onere enim sibi sunt*: Es, pues, muy importante el explicar las razones eternas, y las utilidades de esta conducta de Dios para con su Iglesia, y esta es una materia muy importante, porque se ordenan á ella todas las demás obligaciones de la vida christiana. A la verdad, hallandose siempre mezclados en la tierra el vicio y la virtud, no hay cosa mas digna de explicacion que las reglas de la fé, que enseñan á los pecadores la utilidad que deben sacar de la compañía de los justos con quienes tienen precision de vivir; y á los justos, la que han de sacar del comercio con los pecadores, el que les es inevitable en la tierra.

Para fundar, pues, estas verdades de modo que sirvan de doctrina sólida, basta registrar los primeros designios de la providencia, y exponer quales han podido ser las eternas razones de su sabiduría en la confusion que permite en la tierra de buenos y malos. Dos son las principales, y de ellas deduciré las reglas que intento proponeros.

Lo

Los buenos sirven en los decretos de Dios para la salvacion ó condenacion de los malos: Esta es la primera.

Y á los malos los sufre Dios para la instruccion ó merito de los justos: Esta es la segunda. De la explicacion de estos dos principios se infieren todas las verdades principales que se contienen en esta materia, las que arreglan, ó la conducta de los pecadores para con los justos, ó las disposiciones de los justos para con los pecadores. Imploremos, &c. *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

NO parece, Católicos, que hubiera sido cosa mas gloriosa para Jesu-Christo el haberse formado en la tierra una Iglesia que unicamente se compusiese de justos, sin mancha en sus costumbres, como en su fé, y que fuese natural y anticipada imagen de la Jerusalén celestial, y de aquella Iglesia de los primogenitos, cuyos nombres están escritos en el cielo? ¿No parece que un campo regado con su sangre divina no debía producir cizaña con el trigo? ¿Que en un rebaño, del que es Pastor, no habia de haber animales inmundos mezclados con las ovejas? ¿Que un cuerpo, de quien es él cabeza, no habia de sufrir unos miembros que sirviesen á la ignominia? ¿Y que la Iglesia sería mas digna de su esposo, si negando acá en la tierra á los pecadores las señales exteriores de la paz y de la unidad, no reconociese por suyos en ella sino á los que lo habian de ser en el cielo? Es verdad, Católicos, que los justos forman acá en la tierra la parte mas esencial y mas inseparable de la Iglesia. Ellos son los que propiamente la representan delante de Jesu Christo; en ellos consiste el principal lazo de la union que el Señor tiene con ella; á ellos debe el merito de sus ora-

Tomo IV.

ii

cio-

ciones, el fruto de sus Sacramentos, y la virtud de su palabra: Finalmente, por ellos subsiste, y todo pereciera si se completara su número.

No obstante, aunque los pecadores no sean mas que manchas de este cuerpo divino, no por eso dexan de pertenecer á él: La Iglesia los mira como á hijos; los sufre como á sus miembros, que aunque enfermos, todavía están unidos á lo restante del cuerpo, no solamente por los símbolos exteriores de los Sacramentos y de la unidad, sino tambien con los interiores lazos de la fé y de la gracia; y que aun pueden hallar en su compañía con los justos, ó mil felices medios de salvacion, que les faltarian si vivieran separados de ellos como Anathemas, ó un terrible motivo de condenacion, que justificará la severidad de los juicios de Dios para con ellos.

Dixe primeramente, mil felices medios de salvacion, pues hallan en su compañía con los justos los socorros de las instrucciones, de los exemplos, y de la oracion; esto es, los medios mas eficaces para su conversion.

La primera utilidad que saca el pecador de la compañía de los justos es el socorro de las instrucciones, y estas hacen mayor efecto aun en las almas mas mundanas, porque tienen por caractéres propios é inseparables la verdad la autoridad y la caridad.

La verdad. Los justos tienen la vista demasiado sencilla, y los labios demasiado inocentes para alabar al pecador los deseos de su corazón; ignoran aquel idioma de ficción, de adulacion, y de interés de que usan los hombres para engañarse unos á otros; llaman con una noble sencillez al bien, bien, y al mal, mal; saben que solamente deben respetar la verdad; que el Christiano es un testigo público, que se avergonzaria de sacrificar á unas frívolas condescendencias, ó á un vil interés, una verdad á la que en otro
tiem-

tiempo han sacrificado tantos fieles su propia vida; que tienen en el cielo el invisible testigo de sus pensamientos; que por mas que oculten á los hombres los indignos disimulos de un corazón doble, no pueden ocultarlos al escrutador de los corazones; y que solamente la religion forma hombres verdaderos y sincéros; y así es incompatible el engañar á sus proximos con el amor que los tienen; se compadecen demasiado de sus desordenes para aplaudirselos; desean muy eficazmente su salvacion para poder con lisongeros consejos hacerse cómplices de su perdicion; podrá suceder que callen, porque no siempre es tiempo de hablar; pero quando lleguen á hablar, siempre será para dar gloria á la verdad; y nunca halla en ellos el vicio ni aquellas indignas adulaciones de los que le admiran, ni aquellas artificiosas condescendencias de los que le justifican.

Vosotros especialmente, á quienes vuestra clase y nacimiento ha hecho superiores á los demás hombres, aprendeis de boca de los justos lo que los aduladores que andan á vuestro lado os dexan ignorar. Ellos solos os hablan con sinceridad acerca de Dios, porque solamente ellos no intentan agradaros, sino ganaros para Jesu-Christo. Solamente ellos se atreven á contradeciros, y defender la verdad contra vosotros mismos, porque solo ellos no temen el desagradaros, con tal que os sean mas utiles. Solamente ellos no estudian vuestras inclinaciones para conformar cobardemente con ellas sus dictámenes, sino que estudian vuestra obligacion para atraer á ella vuestras inclinaciones, porque solo ellos aman mas vuestras personas que vuestra elevacion, y les interesa mas vuestra eterna salud que vuestros favores; todos los demás hombres, ó os engañan, ó callan, ó os adulan. Quanto mayor es vuestra elevacion, mas os ocultan vuestras pasiones con el artificio de las alabanzas; menos se os

acerca la verdad, mas se disfraza á vuestros ojos para que no os veais á vosotros mismos, y mas dignos sois de lástima, porque todos los que os rodean solamente cuidan de engañaros, de inspiraros sus pasiones, ó de acomodarse á las vuestras. Esta es la desgracia de las Cortes, y la triste suerte de los Grandes. Vivís privados del inocente placer de la sinceridad, sin el que no hay cosa que pueda agrandar en el comercio de los hombres: Vuestro mismo poder se opone á que tengais amigos verdaderos: Vivís en medio de unos hombres que no conocéis, que se ponen una máscara quando se acercan á vosotros, y de quienes nunca veis mas que el arte y la superficie. Solamente los justos se ponen delante de vosotros como son en sí, y solamente en ellos hallareis la verdad que huye de vosotros, y de la que os priva y os oculta el mismo poder que os facilita todo lo demás. Reparad en que quando todos los Oficiales del Exército de Holofernes le prometen la conquista de Betulia, y al mismo tiempo que todo lisonjea su soberbia y su ambición, solamente Achior se atreve á hablar sin artificio; toma por su cuenta los intereses del Dios de Judá; trae á la memoria de aquel soberbio General, que si el Señor se dignara de mirar y defender la ciudad, todas sus fuerzas se desharian contra ella, como las olas del mar contra la arena. Por eso un Santo Rey de Judá contaba en otro tiempo como una de las mayores prosperidades de su reyno el tener cerca de sí hombres justos y fieles: Entre todos los favores que habia recibido del Dios de sus Padres no estimaba tanto sus victorias y sus prosperidad, como la virtud y la justicia de los vasallos que presidian en sus Consejos, y rodeaban su trono; la piedad de un Nathán, y de un Chusai le parecia una señal mas sensible de la proteccion del Señor sobre su reyno, que la conquista de Jeru-

silén, y los despojos de las Naciones enemigas de su gloria: *Misericordiam, & iudicium cantabo tibi Domine... Oculi mei ad fideles terre ut sedent mecum; ambulans in via immaculata, hic mihi ministrabat.* (a) Un hombre justo es un don del cielo, y los Grandes particularmente nunca pueden honrar con exceso la virtud, porque el poder no puede darlos mas que vasallos, y solamente la virtud los dá amigos fieles, y sinceros.

Peró los justos no solamente conservan aun la verdad entre los hombres, sino que sus palabras tienen tambien cierta autoridad que nace solamente de la virtud, un peso y una fuerza que no se halla en los discursos de los demás hombres. A la verdad, el pecador por mas elevado que sea, pierde con sus desordenes el derecho de reprehender á los que se descaminan: Sus vicios debilitan sus instrucciones: Las flaquezas de su conducta desacreditan la utilidad de sus consejos, y sus costumbres quitan el credito á sus palabras; pero el justo puede condenar con satisfaccion en los demás lo que él ha empezado á prohibirse á sí mismo: Sus instrucciones no pierden por su conducta: Su inocencia hace respetables sus reprehensiones; y todo quanto dice halla en sus costumbres una nueva autoridad, á la que es imposible no rendirse; por eso sin saber como, concedemos á los justos una especie de imperio sobre nosotros mismos: Por mas elevados que seamos, la virtud se forma como un tribunal aparte, á que sujetamos con gusto nuestra elevacion y nuestro poder; y parece que los justos que algun dia han de juzgar á los Angeles, tienen desde ahora derecho para ser Juces de los hombres.

(a) Psalm. 100. v. 5. 6.

Un Juan Bautista, acompañado solamente de su virtud, se hace Censor de una Corte escandalosa, y Herodes no puede menos de temer sus reprehensiones, y respetar su virtud. Un Micheas se opone él solo á los vanos proyectos de dos Reyes, y de dos Exercitos, y todos tiemblan al oír la voz del hombre de Dios: Un Profeta desconocido va de parte de Dios á reprehender la impiedad de sus sacrificios al Rey de Israel, que se hallaba en Bethel con todo su pueblo junto para sacrificar á Baál, é inmediatamente se suspenden los profanos misterios. Elías va solo á amenazar á Acab, en medio de Samaría, con la divina venganza, y el Principe se humilla temblando, y suplica al Profeta le alcance el perdón del Señor. Finalmente, Samuél sin mas armas que la dignidad de su edad y de su ministerio va á reprehender á Saúl, vencedor de Amalec, rodeado aun de sus tropas victoriosas, su ingratitude y su desobediencia, y este Principe tan intrépido con sus enemigos, ve caer todo su valor delante del Profeta, y se vale de quantos medios puede para aplacarle. ¡Oh santa autoridad de la virtud! como resplandecen en tí los augustos caracteres de tu celestial origen.

Es verdad, Católicos, que los justos añaden á esta autoridad inseparable de la virtud los santos artificios, y la discreta circunspeccion de una caridad afectuosa y prudente. Es verdad que se les ha dicho que es necesario reprehender en tiempo, y fuera de tiempo, pero tambien saben que aunque todo les es lícito, no todo es conveniente; que las heridas del corazón piden grandes precauciones, y que para que los remedios sean útiles es necesario hacerselos amar. Saben que la verdad regularmente debe sus victorias á las precauciones de la prudencia y de la caridad que se las dispone; que hay tiempo de llorar en secreto, y tiempo de hablar; que la misma caridad que aborrece el pecado, sufre al pecador para corregirle; y que la virtud solamente tiene

au-

autoridad, mientras tiene direccion y prudencia.

Por eso la virtud es amable aun quando reprehende; el representársela baxo una idea de un zelo áspero, é imprudente, que condena sin remision, y que corrige sin discernimiento, es no conocerla. La caridad no temeraria ni inhumana, sabe escoger el tiempo, y proporcionar sus consejos; sabe ser útil sin hacerse odiosa; y al que ama sinceramente les son naturales las precauciones y el agrado; si faltan estas señales, no es la caridad la que reprehende y edifica, sino el genio que censura y escandaliza; la caridad es afable y prudente, y el genio siempre es altivo y temerario: Nathán no reprehende con aspereza á David el escándalo de su conducta, sino que procura insinuarse antes de reprehenderle; es necesario amar la verdad antes de decirla; es preciso aborrecer la culpa antes de reprehender al pecador, y con los inocentes ardidés de una parábola ingeniosa, halla el secreto de corregir el vicio sin ofender al pecador, y hace que David sentencie contra sí mismo.

Un amigo santo y virtuoso, que junta con la virtud aquella afabilidad amorosa, y aquella discrecion que inspira la caridad, casi no halla corazón alguno, por mas entregado que esté á las pasiones, que sea insensible á sus cargos. No hablo aquí de un austero Anacoreta, que no pudiendo, por razón de su profesion, hablaros sino de virtud, no os halla siempre dispuestos á escucharle; hablo de un Justo de vuestro estado, de vuestra edad, de vuestra clase, que acaso en otro tiempo fue cómplice de vuestros placeres y desordenes; que os quiere dar á conocer la nada de los deleytes de que él mismo ha sido necio adorador; que os inspira el aborrecimiento de un mundo, en el qual él mismo ha vivido tambien neciamente encantado; que os exorta á un genero de vida prudente y christiana, de la que él mismo se ha burlado en otro tiempo; que os promete en la práctica de las virtudes unos consuelos y una paz del

del corazón, que él mismo tuvo en otro tiempo por pueril y quimérica; quanto dice adquiere eficacia nueva con esta semejanza; os hace ceder, os vence casi contra vuestra propia voluntad; y la sencillez de sus discursos es infinitamente mas poderosa para persuadirnos, que toda la eloquencia de los pulpitos christianos.

No quiero mas testigos de esta verdad que á vosotros mismos. ¿Quantas veces, al mismo tiempo que seguiais con mas furor los desordenes del mundo y de las pasiones, un amigo Christiano ha despertado la embriaguez de vuestro corazón á las luces de una razon mas tranquila; os ha hecho confesar la injusticia de vuestros caminos, las secretas amarguras de vuestro estado, el abuso del mundo, y la vanidad de sus esperanzas, y ha introducido en lo íntimo de vuestro corazón un rayo de luz y de verdad, que despues no se ha vuelto á apagar, y os ha atraído secretamente á la virtud y á la inocencia? Agustín conocia que se fixaban sus irresoluciones con las conversaciones de Ambrosio: Alipio sentia confortarse su flaqueza con la santa familiaridad de Agustín: La verdad, quando está acompañada de las persuasiones sinceras y amorosas de un amor christiano, parece que tiene un nuevo derecho sobre nuestros corazones.

No puedo menos de deciros aqui, Católicos, á vosotros á quienes la gracia ha sacado de los desordenes del mundo, que aunque segun parece estais contentos de haberos libertado del naufragio, veis sin dolor perecer á vuestros proximos, y os avergonzais de alargarnos la mano para socorrerlos. Vuestras nuevas costumbres no os han separado de aquellos amigos que os habia dado el mundo y los deleytes: aun conservais con ellos aquella union de cuidados, de afecto y de confianza que no condena la piedad, antes la hace mas sincera y christiana: Con todo eso los dexais perecer sin avisarlos, con pretexto de no querer parecer indiscretos,

ni

ni manifestar aquel zelo importuno que hace odiosa la piedad; y asi faltais á las reglas de la caridad, y á las obligaciones de una amistad santa; jamás se trata de la salvacion entre vosotros y vuestros amigos, antes bien afectais no gustar de estas conversaciones; permitis que os hablen de sus placeres, de la locura de sus diversiones, y de la vanidad de sus esperanzas, y vosotros procurais conteneros por no hablarlos de la felicidad y utilidades de una vida christiana, y de las riquezas de las misericordias de Dios para con los pecadores que quieren convertirse á su Magestad. ¿Pero qué utilidad podrá sacarse de una amistad en la que el Señor no es el principio, en la que la caridad no es el lazo que la une, y la que no tiene por fruto la salvacion?

Es error el persuadirse á que esto no obliga en conciencia: El Evangelio os manda hoy que vayais á buscar á vuestro hermano, y que á él en particular le deis consejos amorosos y saludables: Por otra parte, tambien se os manda á los que os habeis convertido, como se mandó en otro tiempo á San Pedro, que busqueis y conforteis á vuestros hermanos. Pero aun quando la religion no os impusiera este precepto, ¿podreis mirar á unos hombres á quienes nos une la esperanza de una misma vocacion, y á quienes debeis estimar con particularidad por razon de la amistad que profesais con ellos, podreis verlos enemigos de Jesu-Christo, esclavos del demonio, destinados por los desordenes de su vida á las eternas penas, sin atreveros alguna vez á decirlos que teneis compasion de ellos, sin aprovecharos de alguno de aquellos felices instantes en que van á confiar sus pesares y disgustos, para enseñarlos á que busquen solamente en Dios una paz que no puede darles el mundo, para introducir á tiempo una palabra de salvacion, para decirlos con aquellas amorosas expresiones á que con dificultad resiste el corazón, lo que decia en otro tiempo San Agustín, ya convertido, á uno de sus ami-

Tomo IV.

Kk

gos,

gos, á quien quería sacar del desorden: ¿es posible que no teniendo acá en la tierra mas que un mismo corazon, hayamos de tener en lo sucesivo una suerte tan diversa? Muy fragiles y perecederos son los lazos de nuestra amistad, pues no nos une la caridad, que es la que ha de durar eternamente: La muerte nos separará para siempre, porque solamente en Dios puede ser inmortal la union de los corazones; vos no sois mas que un amigo temporal, y á esta amistad rápida y pasajera que nos une en la tierra, sucederá un aborrecimiento eterno, ¿de qué sirven las mas estrechas conexiones si no nacen de la piedad? ¿Puede amarse ni un solo instante lo que no se ha de amar siempre?

En segundo lugar, lo que dá nuevas fuerzas á las instrucciones de los justos es el estar animadas con su exemplo; segundo motivo de salvacion, que su compañía proporciona á los pecadores: Y á la verdad, amados oyentes míos, si vivierais en medio de un mundo en donde Dios no fuera conocido; si todos los hombres fueran semejantes á vosotros, y no vierais mas que exemplos de disolucion por todas partes, como no conoceriais la virtud, nunca la podriais desear; la culpa permanecería siempre tranquila, porque su oposicion á la santidad nunca turbaría sus falsas delicias; no sentiriais levantarse en vuestro interior aquellas secretas turbaciones que os reprehenden vuestra propia flaqueza, y tendriais por imposible la vida de los Christianos, porque no veriais exemplos de ella; pero en qualquiera estado que os haya puesto la providencia hallais justos de vuestra edad, y de vuestra condicion, que observan la ley del Señor, y caminan á su vista con santidad é inocencia: Su exemplo solo es una voz poderosa, que continuamente os está hablando en lo íntimo de vuestro corazon, y que no obstante vuestra repugnancia, os llama á la verdad y á la justicia. Nosotros os anunciamos la piedad desde

de estos christianos Púlpitos; pero los justos os la persuaden con su exemplo. Nosotros os manifestamos el camino desde lejos; pero ellos van delante de vosotros para que se os haga mas facil, y para animaros á que los sigais. Nosotros os señalamos las reglas, y ellos os dán el modelo. ¿Quántas veces, amados oyentes míos, movidos con la vista de un justo de vuestra clase y de vuestro estado, os habeis reprehendido interiormente las infelices inclinaciones que no os permitian hacer lo mismo? ¿Quántas veces la memoria de su inocencia os ha llenado de confusion, os ha hecho suspirar por vuestra flaqueza, y balancear algun tiempo entre la obligacion y la pasion? ¿Quántas veces sola su presencia ha despertado en vosotros deseos de salvacion, y os ha hecho que os prometais interiormente á vosotros mismos que algun dia seguiréis sus pisadas? No, Católicos, nosotros no vemos en el mundo conversion alguna que no haya tenido su principio en los exemplos de los justos; no hablo aqui del mérito de sus obras, porque la union de la fé, y la sociedad de un mismo espiritu establece entre ellos y vosotros una especie de comercio santo, que hace que participeis de los inmortales frutos de sus virtudes: El tesoro que ellos juntan, la medida superabundante que ellos llenan con mortificaciones, que exceden sus deudas, son unos bienes que os pertenecen, y que podeis presentar al Señor como si fueran obras vuestras. No quiero decir en esto que podais borrar vuestras propias ofensas con satisfacciones ajenas, pues es necesario que los mismos miembros que han servido á la iniquidad sirvan á la justificacion, y que el pecado sea reparado en donde ha sido cometido; pero las obras de los justos ofrecen continuamente al Señor, ó el precio de vuestra conversion, ó el feliz suplemento de vuestra penitencia: Con todo eso el mundo,

siempre ingenioso en privarse de los medios de salvacion que la bondad de Dios le proporciona, parece que solo cuida de obscurecer el resplandor, ó minorar el mérito de las obras de los justos: Censura las intenciones de los justos quando sus obras exteriores no dán lugar á la malicia de su murmuracion. Los Cortesanos del Rey Sedecías calumniaban las lágrimas y tristes profecías de Jeremías en orden á la próxima ruina de Jerusalén, diciendo que era un secreto deseo de agradar al Rey de Babylonia, que tenia puesto sitio á aquella desgraciada ciudad. Parece; oh Dios mio! que Vos no sois bastante amable para ser servido sin más interés que Vos mismo; y que vuestras promesas solas no son capaces de recompensar á vuestros siervos las penas que padecen: El mundo busca siempre en las más santas acciones de los justos otros fines más que el honrarlos, y otros intereses más que el agradaos. ¿Pero qué adelantáis, Católicos, en minorar con temeridad el mérito de las obras de los justos? Minoráis los felices medios de vuestra salvacion: Os quitáis á vosotros mismos los motivos de mayor consuelo para vuestra esperanza: Deshonraís vuestras propias virtudes, y recaen sobre vosotros mismos vuestras necias censuras.

Finalmente, sirven también los justos para vuestra salvacion con sus gemidos y oraciones; y en esta última utilidad conoceréis lo respetable que es la virtud en los que la practican.

La oracion continua de el justo, dice el Apostol Santiago, *es de mucho peso en la presencia del Señor.* (a) Sí, Católicos, si el Señor mira aun con ojos de misericordia á la tierra; si aun derrama sus favores sobre los Reynos é Imperios, es porque nos los alcan-

(a) *Jacob. 5. v. 16.*

canzan los justos con sus oraciones é interiores suspiros: Ellos componen aquella parte más pura de la Iglesia, que no tiene más voz para pedir que la voz de Jesu-Christo, cuyos clamores son oídos del Padre Celestial; son aquella paloma que continuamente gime, y que nunca gime en vano: Por ellos se derraman todas las gracias en la Iglesia: A ellos deben los siglos, los Principes religiosos, los Pastores fieles la paz de las Iglesias, las victorias de la fé, aquellos hombres célebres por su doctrina, que suscita Dios en las necesidades de su Iglesia, para que se opongan á las empresas del error, á la relaxacion de las costumbres, y á la debilitacion de la disciplina. ¿Qué más diré? A ellos debe el mundo los inesperados socorros en las públicas calamidades, la tranquilidad de los pueblos, y la felicidad de los siglos: Todo se les debe á ellos, porque todo se hace por ellos. Nosotros que solamente juzgamos por los sentidos, respetamos el poder de los Soberanos, y la prudencia y sabiduría de los que gobiernan; pero si vieramos los sucesos en sus causas, hallariamos que estas felicidades dimanar de los interiores gemidos de los justos, y algunas veces de las oraciones de una alma sencilla y desconocida, que retirada de la vista de los hombres, tiene más parte en los sucesos públicos en la presencia de Dios, que los Césares y sus Ministros, que están á la frente de los negocios; y parece que tienen en sus manos la suerte de los pueblos y de los Imperios.

Comparad, decía antiguamente Tertuliano á los Paganos, las pasadas desgracias del Imperio con la tranquilidad que hoy goza: ¿de qué proviene esta mudanza? ¿No ha sucedido después que Dios ha dado Christianos á la tierra? *Ex quo Christianos à Deo Orbis accepit.* Desde que el Evangelio ha presentado en la tierra unos hombres justos, que ofrecen al Señor

fior oraciones fervorosas por los Principes y por los Reyes, son mas felices los Césares, florece mas el Imperio, y los pueblos viven mas tranquilos: Nosotros solos, levantando nuestras manos puras al cielo, le obligamos con nuestros clamores; y con todo eso, despues que nosotros hemos alcanzado tantas gracias para la tierra, solo Jupiter es honrado en vuestros corazones: *Et cum misericordiam extorsimus, Jupiter honoratur.* ¡Qué gran favor hace á la tierra, Católicos, la misericordia de Dios quando se forma en ella un escogido! ¡Qué tesoro este para un pueblo, para un imperio, para todo el mundo! ¡Qué consuelo para los hombres el tener en medio de sí algunos siervos de Jesu-Christo!

Algunas veces mirais á la virtud, Católicos, como flaqueza, y la piedad de los justos no halla en vosotros sino burlas y censuras. Pero aun quando los justos no fueran tan utiles á la tierra; aun quando no fueran ellos los que aun mantienen entre nosotros las reliquias de la pública seguridad, la buena fe en los tratos, el secreto en los consejos, la fidelidad en los negocios, la religion en las promesas, la integridad en los cargos públicos, y el amor á los pueblos en los que los gobiernan, ¿qué cosa hay mayor ni mas respetable en el mundo que la virtud?

Direis que la virtud es rara, quiero concederlo; pues por eso mismo es mas digna de vuestros respetos. Pero por último, no hagamos caso de estos pueriles discursos del libertinage; aun hay en la tierra almas puras y fieles; vosotros conocéis algunas de vuestra clase y de vuestro estado, á las que no podeis negar el título respetable de la virtud, y esta es la razon, en último lugar, de que los buenos sirvan para la condenacion de los malos, porque quitan á la iniquidad todas las excusas; ¿qué podreis responder en el tribunal de Jesu-Christo, que no se debilite ó se confunda con su ejemplo?

pló? ¿Direis que no habeis hecho mas que seguir las costumbres establecidas, y que para no hacerlo os hubiera sido preciso retiraros á los desiertos? ¿Pero acaso se conforman con ellas los justos que viven entre vosotros? ¿Os escusareis con las obligaciones inseparables de un nacimiento ilustre? Muchos conoceis, que aunque de un nacimiento mas distinguido que el vuestro, santifican su grandeza, y han hallado el secreto de hacerla servir para su eterna salud: ¿Acaso el fuego de la edad, ó la delicadeza del sexó? Todos los dias estais viendo á muchos que en una juventud lozana, y con los talentos mas propios para el mundo, miran como estiercol todas esas vanas utilidades, y no piensan mas que en el cielo: ¿Acaso la distraccion de los empleos? A quantos veis cargados de los mismos cuidados que vosotros, y que con todo eso miran su salvacion como su mas principal cuidado: ¿Acaso vuestra inclinacion á los deleytes? El amor á los placeres es la primera inclinacion de todos los hombres, y hay algunos justos en los que aun es mas violento, y que nacieron con disposiciones menos favorables que vosotros para la virtud: ¿Acaso vuestras afficciones? Muchos justos hay desgraciados: ¿Vuestra prosperidad? Muchos hay que se santifican en la abundancia: ¿Vuestra salud? Pero hallareis muchos que en un cuerpo enfermo encierran una alma llena de una fuerza celestial.

Volved la vista á todas partes, y quantos justos veais serán otros tantos restigos que depondrán contra vosotros: colocaos en el estado que quisiereis: Aun hay entre las mugeres del mundo algunas Esteres que pueden servir de modelo: entre las doncellas Christianas algunas Rebecas: entre los Soldados algunos Josués: entre los Cortesanos Nehemías; entre los Reyes Josías, y Davides; entre los affligidos algun Job: entre los enfermos Timotheos; y entre los que sienten el estímulo de la carne hay Pablos; cada clase tiene sus Santos; cada edad

edad sus exemplos, cada estado sus modelos: De este modo, ¡oh Dios mio! se cumplen en los hombres los designios de vuestra justicia y de vuestra misericordia; y si os servís de los justos para corregir ó confundir á los pecadores, tambien os servís de los pecadores para confirmar la fé, ó para probar la virtud de los justos.

SEGUNDA PARTE.

EL cuerpo de los justos, dice San Agustin, esparcido por todo el mundo, halla su aumento y utilidad en las caídas, y aun en los errores de los que se descaminan: *Omnibus erroribus utitur ad profectus suos*, y los libros santos solamente atribuyen al Señor todos los males y todos los desórdenes de la ciudad, porque con su providencia los permite para que sirvan á la salvacion de sus escogidos.

Advertid, Católicos, que el descuido, el disgusto, y el olvido de las gracias son los mas freqüentes escollos de la virtud de los justos; y su confusion con los malos sirve, en primer lugar, para su instruccion, preservandolos de estos escollos, y dandoles continuas lecciones de vigilancia, de fidelidad, y de reconocimiento.

De vigilancia; á la verdad, los principios de la conversion y de la piedad de los justos siempre son tímidos y desconfiados; instruido entonces su corazon con la memoria aun reciente de sus pasadas caídas, vela sobre su propia flaqueza; se estremece con solo mirar los objetos que les representan las funestas imagenes de ella; todo les asusta, todo les avisa, todo los llama dentro de sí mismos; no bien se hallan libres del naufragio; quando caminan temblando sobre las aguas como Pedro, y el menor movimiento les manifiesta el seno del abismo dispuesto para tragarlos.

Pero á estos piadosos temores, tan necesarios para
la

la virtud, sucede una peligrosa calma: á proporcion que se vá apartando la memoria de nuestras caídas, se vá debilitando el conocimiento de nuestra fragilidad; los dias que se han pasado en ejercicios de piedad parece que nos aseguran de los que están por venir; cesan los temores, se desprecian las precauciones, y como el Rey Ezequias despues de haber triunfado de Senacherib, y libertado á Jerusalén de los enemigos que habian jurado su ruina, se introducen otros nuevos en la santa ciudad, sin temer ni aun el manifestarlos con gusto los tesoros que solamente están seguros quando están escondidos.

Contra una flaqueza tan peligrosa no hay cosa mas util para los justos que su confusion con los pecadores; en las caídas de sus próximos están continuamente leyendo las razones que tienen para estar vigilantes; vén en un principio que les es comun con ellos, que deben temer las mismas flaquezas, y que solamente los distingue el uso de una fé siempre atenta; aprenden en la misma historia de las desgracias ajenas quales son los grados que guian insensiblemente á la culpa; que los principios de ésta son leves; que por poco que se conceda al enemigo siempre son funestas para el alma las ventajas que él logra; y que es mas temible quando inspira relaxaciones, que quando propone culpas; vén que entre los que caen á su vista hay muchos que en otro tiempo han sido mas fervorosos que ellos en los caminos de Dios, y que confiaban mas que ellos de no apartarse con unas tan vergonzosas caídas de aquel estado de fervor y justicia. De este modo aprenden todos los dias en los desordenes de sus próximos, que no hay mas seguridad para la virtud que la vigilancia, y que nunca hay mucha distancia entre la relaxacion y la caída.

El vivir los justos mezclados con los pecadores mantiene su vigilancia contra las tentaciones de relaxacion, y confirma tambien su fidelidad contra la tentacion del dis-

gusto. Y á la verdad, si retirados del siglo vivieran separados de los pecadores, puede ser que en aquellos momentos en que el corazon árido se dexa arrastrar de su propio peso, en que se cansa de sí mismo, en que la virtud no halla gusto alguno sensible que la sostenga, puede ser que entonces se figuraran una suerte mas feliz, y unos placeres mas agradables en el mundo que en la virtud. Pero la presencia de los pecadores disipa esta ilusion; el justo no necesita de su fé para desengañarse de la falsa felicidad de los pecadores: bastale abrir los ojos; busca á los que son felices en el mundo y no los halla; en todas partes vé unas inquietudes, á las que llaman placeres, y en ninguna vé felicidad; consulta á los mismos mundanos, y todos atestiguan contra el mundo, y contra su falsa felicidad; entre los mismos pecadores halla mucho mayor fastidio, y mucho mas disgusto de la vida humana, que el que ellos han experimentado en la virtud; vé que sus pasiones son la causa de todas sus desgracias y penas; que el corazon del justo que está libre de ellas no tiene mas trabajo que el no conocer suficientemente su felicidad. De este modo la presencia de los pecadores confirma la fidelidad de los justos contra la tentacion del disgusto, y además de esto aviva su agradecimiento, y los defiende contra el olvido de las gracias.

En tercer lugar, la presencia de los malos contribuye á la instruccion de los justos: vén que el Señor dexa perecer en el mundo á una infinidad de pecadores menos culpables que ellos, y que nacieron con mas disposiciones de rectitud, de equidad, de bondad, y aun de pudor: que eran incapaces de cometer una infamia, una iniquidad, ó una inhumanidad; que aman la virtud, que respetan á los justos y que solamente hallan el escollo de su inocencia en las tristes flaquezas de un corazon fragil, mas digno de la divina misericordia, que de su ira: quando al mismo tiempo ellos, despues de unos

mons-

monstruosos excesos, que no podian nacer sino de un corazon extremadamente malo y corrompido, han sido escogidos, sacados de la culpa, y llamados al conocimiento de la verdad. Estos objetos que tienen siempre presentes, cada instante están dando á conocer al justo el precio inestimable del beneficio que mudó su corazon. Aun mas, conoce tambien algunos pecadores que gimen con el peso de sus cadenas; que desean su libertad; que toda su vida están fluctuando entre los deseos de la virtud, y la tiranía de las pasiones, y que con todo eso nunca llegan á ponerse en salvo, ó porque son demasiado tibios sus deseos, ó porque el Señor que es dueño absoluto de sus dones se compadece de quien quiere: los conoce, y se acuerda de que el Señor se puso delante de él para sacarle de el desorden, al mismo tiempo que él en vez de esperarle y llamarle, huía de su presencia, y se acuerda de que quando aun tenia las armas en la mano contra su gloria, sin haber llegado á la penitencia con mas preparacion que sus culpas, una luz celestial le hirió repentinamente; una luz invisible rompió de un golpe sus cadenas; y el dueño de los corazones le dió un corazon nuevo.

El fruto de su agradecimiento debe ser el agrado, el sufrimiento, y la caridad para con los próximos que se descaminan. Muchas veces los justos miran con aspezeza y desprecio á los pecadores, y lejos de compadecerse de su desgracia, y de pedir á Dios que los convierta, ponen toda su virtud en huir de ellos como de objetos contagiosos, en lastimarse de ellos como si su mal no tuviera remedio, ó en censurarlos, como si la caridad, que siempre es inexorable con el pecado, no fuera indulgente con el pecador.

¿Pero quién sois vosotros para poner límites de este modo á la divina misericordia, y desesperar de la salvacion de vuestro próximo? ¿No pudo la gracia triunfar de toda la corrupcion de vuestros corazones? Luego no hay cosa que no debais esperar de ella para vuestros próxi-

Ll 2

mos:

mos: el prodigio de vuestra conversión os debe disponer á vér sin admiraros las conversiones menos esperadas. ¿Qué sabéis si los que hoy parecen enemigos de la virtud, los que se oponen al zelo, y á las buenas intenciones de los justos, los que patrocinan con su autoridad los públicos desórdenes, serán algun día los primeros para los santos ejercicios, serán los protectores de la virtud, los asilos de la misericordia, y el apoyo del zelo y de la verdad? ¿Quién hubiera jamás pensado que Manasés, que habia introducido la abominación en el lugar santo, y borrado hasta los vestigios del culto del Señor en Jerusalén; habia de llegar á ser algun día el restaurador del Templo y de los sacrificios, y protector del ministerio de los hijos de Aarón? Aun mas; ¿qué sabéis si ese pecador á quien mirais con tanto horror, será llamado, y vosotros despreciados? ¿Si él se levantará, y creéis vosotros, que estais ahora de pie, para nunca mas levantaros? Nadie creeria, sin duda, que la pecadora de Jerusalén habia de llegar á ser la mas tierna amante de Jesu-Christo, y que Judas que era su discipulo, y depositario de su amor habia de morir traydor y desesperado. ¿No tiene el Señor en sus manos los corazones de todos los hombres? Adorad, pues, sus eternos consejos en orden á sus destinos, y respetad siempre en los pecadores, ó los derechos que se reserva la gracia sobre su voluntad para santificarlos, ó el que puede valerse de ellos, no solamente para la instruccion, sino tambien para prueba y mérito de los justos.

Y primeramente, aun quando los pecadores no sirvieran de mas que de dar nuevo realce á la fidelidad de los justos con la ocasion de su mal exemplo, sería siempre una gloria inmortal para la virtud el poder resistir á ellos; porque además de que se necesita de fuerza para resistir al mal exemplo que se tiene siempre á la vista, particularmente quando se halla favorecido con las inclinaciones corrompidas de la natu-

turalidad, son estos unos exemplos que la amistad, el parentesco, el interés, la complacencia, y el respeto hacen mas poderosos y mas á propósito para engañar al justo: Este tiene que defenderse de sus Gefes, de sus amigos, de sus parientes, y de sus protectores. Es preciso que los ame, que los respete, que los trate, que los dé gusto, y al mismo tiempo tenga valor para no imitarlos. Es preciso que la voluntad de estos le sirva de ley, sin que tenga sus acciones por modelos. Finalmente, necesita evitar unos exemplos autorizados por la multitud, y no dexarse arrastrar de las costumbres comunes, y de los usos que ya están establecidos: Es necesario que tenga valor para ser singular, y sufrir con fortaleza la burla que hace el mundo de la singularidad: Es preciso que él solo tenga valor para condenar con su modo de vida lo que está mas autorizado entre los hombres; para pasar la plaza de una alma cobarde y tímida, despreciando los juicios de los hombres como sus exemplos: De este modo el justo con su fidelidad honra la grandeza del dueño á quien sirve, y es en el mundo un espectáculo digno de los Angeles, y del mismo Dios.

Pero no solamente los malos exemplos de los pecadores dan mayor realce á la fidelidad de los justos, sino que su malicia proporciona tambien á su virtud mil gloriosas pruebas. Porque, Católicos, si la virtud no hallára oposicion, si no fuera oprimida y perseguida, aunque tuvieran los justos el mérito de la inocencia, no tendrían el de la fidelidad. Si su piedad no hallára acá en la tierra mas que aplausos y respetos, sería demasiado agradable el camino para ser seguro. Si todos aplaudieran la virtud, presto se destruiría á sí misma; esta peligrosa calma la adormecería; estos favores humanos la debilitarian; estos aplausos públicos, ó corromperian su raíz, ó la servirían de desquite en las penas. El reyno de la virtud no es de

de este mundo; las contradicciones la mantienen, las tempestades la confirman, las persecuciones la prueban, y las tribulaciones la purifican.

Esta es la utilidad que la divina sabiduría saca de la malicia de los pecadores, como dice San Agustín; los sufre; ¿qué digo sufrir? los favorece de tal modo, que algunas veces se escandalizan sus siervos, con el Profeta, de la prosperidad de los impíos. Por eso parece que acá en la tierra siempre les están destinados el poder, el imperio, y la autoridad; parece que una mano invisible los eleva, los protege, y los hace crecer para que sean mas á propósito para el cumplimiento de los eternos designios de la providencia para con los justos. Son unos instrumentos de justicia, destinados á exercitar su fé; y aunque inútiles para sí mismos, sirven á lo menos á las adorables disposiciones de aquel Señor, que sabe sacar bien del mal, y para la eterna salud de sus próximos. De este modo todas las cosas, y aun los mismos impíos, cooperan á el bien de sus escogidos; óprimiéndolos, hacen que resplandezca su paciencia; cargándolos de burlas y oprobrios, proporcionan nuevas victorias á su caridad; tratándolos de engañadores y de hipócritas, libran su piedad de la tentacion de los aplausos y alabanzas; despojándolos de sus bienes, purifican su desasimiento; suscitando obstáculos y contradicciones á su virtud, coronan su perseverancia; y antiguamente, aun hizo mas Santos el furor de los Tyranos, que el mismo zelo de los Apostoles.

En este punto, Católicos, vosotros que servís al Señor, y caminais por la senda de sus mandamientos, en este punto no siempre os aprovechais de vuestra fé: Quisierais que la devocion siempre fuese amparada, favorecida, y aun preferida al vicio acá en la tierra en la distribucion de las gracias y de los honores; no mirais como debeis á los pecadores que des-

desprecian ú óprimen la virtud, no los mirais como debeis en las manos de Dios, y en el orden de su providencia. Quisierais que fuese humillada la soberbia de los impíos, y que el Señor arruinase aquel coloso de grandeza y de poder sobre que se elevan, y del que se valen para affigiros: Veis con dolor que muchas veces ocupan los primeros puestos los protectores del vicio, y los despreciadores de la virtud; parece que quisierais que la piedad recibiese acá en la tierra su recompensa, y que en vez de las cruces y tribulaciones, que deben ser su galardón, gozase de los honores, del poder, y de las distinciones que no la están prometidas en el mundo: Pero no conoceis que vuestros injustos deseos quitan á la sabiduría de Dios el principal medio de salvacion, que en todos los siglos ha preparado á sus siervos, y que por proporcionar un vano triunfo á la virtud, la quitais la ocasion y el mérito de sus verdaderas victorias.

Además de que la malicia de los pecadores prueba y purifica la fé de los justos; sus escandalos y desordenes los affigen, y arrancan de su piedad gemidos de zelo y de compasion, que les sirven de nuevo mérito en la presencia del Señor. Ultima utilidad que sacan los justos de su confusion con los pecadores.

Siendo testigos de la general corrupcion, y del diluvio de culpas de que parece estar inundado el mundo, se consumen de dolor, como el Profeta; se sienten despedazar con las mas vivas impresiones del Espiritu de Dios, como Pablo, á vista de los desordenes é impiedades de Athenas: *Incitabatur spiritus ejus in ipsum.* (a) Quieren morir de tristeza como Elias al pie

(a) Act. 17. v. 1.

pie de la montaña, al vér las prevaricaciones de Israel: piden como Jeremías una fuente de lágrimas para llorar los excesos é iniquidades de su pueblo: Desean como Moysés ser borrados del libro de los vivientes, por no ser testigos de la incredulidad de sus hermanos; y suspiran como Daniél por el fin de la cautividad, por la libertad del pueblo de Dios, y por la venida del Rey eterno.

Este es el fruto que saca la piedad de los justos de los desordenes y escandalos de que son testigos. Y á la verdad, Católicos, el que tiene fé, el que tiene zelo de la gloria de Dios, el que le sirve y le ama, ¿podrá vér con tranquilidad é indiferencia lo que pasa en el mundo? ¿Podrá vér destruidas las máximas de Jesu Christo, deshonrados sus misterios, despreciados sus siervos, olvidadas sus promesas, y aun debilitado el terror de sus amenazas con las blasfemias de la incredulidad? ¿Podrá vér perpetuados los rencores, honradas las venganzas, las infidelidades del matrimonio hechas motivo, no del horror, sino de la burla pública, y de las canciones satíricas y profanas; autorizados los vicios, los teatros impuros convertidos en diversiones públicas de los Christianos; y colocado el arte de inspirar las más vergonzosas pasiones entre las Artes que son útiles á los pueblos, gloriosas á los reynos, y por las que se levantan estatuas á sus inventores?

Algunas veces os persuadís, Católicos, que vivís en la piedad, al mismo tiempo que condescendeis con el mundo; que el comercio del mundo y de sus placeres, con tal que no se excedan ciertos límites, no está prohibido á la virtud; y que los justos deben distinguirse de los mundanos, mas por las disposiciones del corazon, que por las costumbres exteriores, ó por huir con demasiado rigor de sus diversiones

y concurrencias. ¡Pero si sois de Jesu-Christo, seréis capaces de experimentar alguna alegría en el mundo! ¡Ah! ¿Qué podreis ver en él que no atraviese vuestro corazon con el mas vivo dolor? ¿Os podrá servir de diversion una impiedad? ¿Podreis oír las murmuraciones mas injustas, aplaudir el lenguaje profano de las pasiones, alabar los proyectos frívolos é insensatos de la vanidad, y ser aprobadores de sus preocupaciones y costumbres? ¿Podreis ver crucificar á nuestro Señor Jesu-Christo, y alegrarse con sus enemigos, aunque no tengais parte en sus culpas? Finalmente, ¿podreis ver á todos los amadores del mundo, danzando como locos, y correr con los ojos vendados al precipicio? ¿Podrá un espectáculo tan triste servir de objeto que divierta vuestra ociosidad, ó que disipe vuestros enfados?

Pero aun digo mas, ¿podreis contener vuestras lágrimas en este caso? ¡Qué violencia! ¡Qué situacion tan penosa es el comercio del mundo para una alma que ama á su Dios, aun quando sus obligaciones y su estado la precisan á vivir en él! Buscáis al mundo para descansar de vuestras fatigas; pero debierais huir de él para escusaros los mas amargos instantes de una santa tristeza: Al salir del mundo es quando verdaderamente necesitáis de descanso, y quando vuestro espíritu fatigado con tantas imagenes funestas debiera ir á consolarse á los pies de Jesu-Christo: ¡Ah! Si aun podeis, no digo hallar algun placer en el mundo, sino verle sin dolor y sin gemir interiormente por los juicios de la ira de Dios, que exerce su Magestad sobre los hombres, puede ser que no aborrezcais unos abusos que os dexan tan tranquilos; puede ser que aun tengais en vuestro corazon las mismas pasiones que no estrañais en los demás.

Ve á Jerusalén, decia en otro tiempo el Señor al Angel exterminador, señala en la frente, y perdona á los hombres que gimen y están afligidos por las iniquidades que en ella se cometen: *Transi per medium Jerusalem, & notabis signum super frontes virorum qui ingemunt, & morientur ob iniquitates que fiunt in medio ejus.* (a) Este es el mas esencial carácter de los justos; esta es la señal decisiva por donde se les conoce; todos los demás habitantes de Jerusalén son entregados al furor de la espada, y de la venganza del cielo; solamente el corto número de justos que gime es perdonado, y señalado en la frente con el sello de la salud. El Señor no reconoce por suyas sino aquellas almas, que movidas del zelo de su gloria, derraman continuamente en su presencia la amargura de su corazón por las iniquidades de su pueblo, y todos los dias le dicen con un Profeta: Mirad, Señor, desde lo alto de la morada de vuestra gloria, y ved: *Attende Domine de celo, & vide de habitaculo sancto gloria tua.* (b) ¿Dónde está vuestro zelo? ¿Dónde la fuerza de vuestro brazo? O á lo menos, ¿qué se han hecho las entrañas de vuestras antiguas misericordias para con vuestro pueblo? *Ubi est zelus tuus, fortitudo tua, multitudo viscerum tuorum?* Porque Vos sois aun nuestro Padre, no obstante nuestras iniquidades: Abraham, de quien nos preciamos ser hijos, y todos los Santos protectores de este Imperio, en los que ponemos nuestra confianza, parece que nos han abandonado, si Vos no nos mirais con ojos propicios: *Tu enim Pater noster, & Abraham nescivit nos.* ¿Por qué habeis permitido, Señor, que

(a) *Ezech. 9. v. 4.*(b) *Isai. 63. v. 16.*

nos hayamos apartado de vuestros santos caminos? *Quare errare nos fecisti Domine de viis tuis?* ¿Por qué habeis dexado endurecer nuestro corazón para que no os temiesemos? *Quare indurasti cor nostrum, ne timeremus te?* Miradnos, Señor, atendiendo á los siervos fieles que aun os conservais entre las Tribus de vuestra herencia: Si vuestras infidelidades avivan aun en vuestras manos el rayo que ha de herirnos, desarmeos, Señor, la fé y la piedad de tantas almas santas, que aun veis entre nosotros. *Convertere propter servos tuos, Tribus hereditatis tue.* Sí, Señor, toda la gloria de Judá está extinguida: Este reyno, tan ilustre en otro tiempo por la fé de nuestros padres, por la piedad de sus Soberanos, por la sangre de tantos Martires, y por la santidad y ciencia de vuestros Ministros, sigue todas las costumbres de las Naciones corrompidas y perversas; la incredulidad se levanta en él insensiblemente sobre las ruinas de vuestro culto; otra vez tenemos necesidad de que vuestra misericordia nos suscite hombres Apostolicos, como los primeros que vinieron á anunciar la fé á nuestros mayores, quando aun estaban sentados en las tinieblas de la muerte y de la idolatría; y nosotros ya hemos vuelto á ser casi los mismos que eramos antes de que Vos fueseis nuestro Señor, y que se invocase entre nosotros vuestro Santo Nombre. *Facti sumus quasi in principio cum non dominareris nostri, neque invocaretur nomen tuum super nos.*

Estos son los gemidos de la fé, y el uso que deben hacer los justos de su confusion con los malos con quienes viven. Y vosotros, Católicos, los que sois aun la cizaña de este divino campo, mirad á los justos que habitan entre vosotros, como los mas felices recursos de vuestra salvacion; respetadlos ya que no os resolveis á imitarlos; uníos á ellos, si es que aun no

podeis seguirlos ; desead el serlos semejantes , si es que aun no podeis alcanzar de vuestra flaqueza mas que deseos ; favoreced sus santas obras , si es que aun no podeis ejecutarlas vosotros mismos ; y respetando la virtud , procurad merecer el don precioso de aquel Señor , que no dexa sin recompensa deseo alguno de fé y de piedad. Amen.



SERMON
PARA EL MIERCOLES
DE LA TERCERA SEMANA
DE QUARESMA.

SOBRE EL VERDADERO CULTO.

*Populus hic labiis me honorat , cor autem
eorum longè est à me.*

Este pueblo me honra con los labios ; pero
su corazon está distante de mí. *Matth. 15.
v. 8.*

VED aquí , Católicos , la nueva alianza ; esto es, ved establecida la religion del corazon , levantado el culto espiritual sobre las ruinas de la supersticion y de la hipocresía , preferidas la obediencia y la misericordia á las ofrendas y víctimas ; opuesto el espíritu que vivifica , á la letra que mata ; despreciada la carne que de nada sirve ; anunciada la piedad que es útil para todo ; en una palabra , las tradiciones humanas , las doctrinas nuevas , los errores populares , y la

podeis seguirlos ; desead el serlos semejantes , si es que aun no podeis alcanzar de vuestra flaqueza mas que deseos ; favoreced sus santas obras , si es que aun no podeis ejecutarlas vosotros mismos ; y respetando la virtud , procurad merecer el don precioso de aquel Señor , que no dexa sin recompensa deseo alguno de fé y de piedad. Amen.



SERMON
PARA EL MIERCOLES
DE LA TERCERA SEMANA
DE QUARESMA.

SOBRE EL VERDADERO CULTO.

*Populus hic labiis me honorat , cor autem
eorum longè est à me.*

Este pueblo me honra con los labios ; pero
su corazon está distante de mí. *Matth. 15.
v. 8.*

VED aquí , Católicos , la nueva alianza ; esto es, ved establecida la religion del corazon , levantado el culto espiritual sobre las ruinas de la supersticion y de la hipocresía , preferidas la obediencia y la misericordia á las ofrendas y víctimas ; opuesto el espíritu que vivifica , á la letra que mata ; despreciada la carne que de nada sirve ; anunciada la piedad que es útil para todo ; en una palabra , las tradiciones humanas , las doctrinas nuevas , los errores populares , y la

religion de los sentidos, ó condenado en sus abusos, ó arreglado en sus procederés.

Bien sé que la heregía halló el siglo pasado en las palabras de mi texto ocasion de error, y pretextos para la calumnia; acusó á la Iglesia de que en este punto habia heredado los errores de la Synagoga. La santa institucion de nuestros Sacramentos; los honores que se tributan á Maria Santisima, y á los Santos; las abstinencias y las vigiliás; el adorno de los templos y altares; el exterior y respetable aparato del culto; las mas antiguas y universales costumbres; aquellas, cuyo origen oculto en los mas remotos tiempos, fundan en la misma ignorancia de su principio la prueba mas decisiva de su santidad: Todo esto en la boca del scisma no era mas que tradiciones humanas, contrarias á la ley de Dios; y los abusos á que la supersticion y la ignorancia conduxo á las almas simples en los siglos precedentes, se nos imputaron como si fueran la fé y la comun creencia de todas las Iglesias.

Despues, ¡oh Dios mio! Vos habeis reparado las ruinas de vuestra casa; habeis juntado las dispersiones de Israel; la tierra feliz que habitamos, toda usa el mismo idioma; el fatal muro de separacion ha sido destruido, y vuestro Santuario ve dentro de su recinto á Samaría y Jerusalén, que no forman ya, como antiguamente, sino un mismo pueblo al pie de vuestros altares; á Vos toca ahora, ¡oh Señor! mudar el interior, atraer los corazones, iluminar los entendimientos, que acaso solamente han cedido á las fuerzas de los hombres, para que no solo no haya mas que un rebaño y un Pastor, sino tambien para que no haya mas que un corazon y una alma en vuestra Iglesia.

Pero es necesario, Católicos, que junteis vuestros exemplos á nuestras oraciones; nuestros hermanos que se convierten, deben acabar de desengañarse, mas con vuestras costumbres, que con nuestras instrucciones,

¿ pues

¿ pues cómo quereis que nosotros los inspiremos respecto á los santos exercicios del culto, quando vosotros autorizais su desprecio con el que haceis vosotros mismos, y les dais motivo para que los miren como supersticiones, con el abuso que de ellos haceis?

Hoy, pues, que he de tratar una materia tan importante, quiero explicaros las reglas de la piedad christiana, y el espíritu del verdadero culto, é impugnar dos errores opuestos, que en este asunto me parecen igualmente peligrosos. Hay entre nosotros algunos fieles, que hacen gala de despreciar todos los exercicios exteriores de la piedad, que los tratan de devociones populares, y continuamente nos dicen que Dios solamente mira el corazon, y que todo lo demás es inutil; primer error que intento impugnar. Otros hay, que despreciando lo esencial de la ley, ponen toda su confianza y toda su religion en estas exterioridades; segundo error, acerca del qual procuraré tambien instruiros. No despreciéis los exercicios exteriores del culto y de la devocion, porque eso sería una soberbia y una singularidad reprehensible, y no adorariais al Señor en verdad: No tengais tanta confianza en estas exterioridades, que creiais que sin cuidar de purificar vuestro corazon, y de arreglar vuestras costumbres, bastarán para hacer os agradables á Dios: Esto sería el error de los Fariseos, y no adorariais al Señor en espíritu: No despreciéis las exterioridades del culto y de la devocion, ni tampoco abuseis de ellas. Este es todo el asunto de mi oracion. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRI-

PRIMERA PARTE.

SUpongo desde luego, Católicos, que el verdadero culto, si le consideramos en sí mismo, y sin respeto alguno al presente estado del hombre, es puramente interior, y todo se consume en el corazón. Toda la religión de los Bienaventurados Espíritus consiste en adorar al Sér Supremo, en contemplar sus divinas perfecciones, y en unirse á él con santos movimientos de un amor puro y perfecto, en la alabanza, en la bendición, y en la acción de gracias, y esta es la religión de los justos que nos han precedido con la señal de la fé; esta hubiera sido la religión del hombre en el estado de la inocencia, dice San Agustín, si después de haber caído de aquel estado de santidad, en que fue criado, no hubiera sido condenado á vivir arrastrado sobre la tierra, sin poderse levantar ácia su Criador sin el ministerio de las mismas criaturas que le habían apartado de él.

Nosotros como somos sucesores de su infidelidad, lo somos también de su pena; como hijos de un Padre carnal, nacimos carnales como él; nuestra alma embuelta en los sentidos, casi no puede pasarse sin su ministerio; nuestro culto necesita de objetos sensibles, que ayuden nuestra fé, que despierten nuestro amor, que mantengan nuestra esperanza, que faciliten nuestra atención, que santifiquen el uso de nuestros sentidos, y que nos unan con nuestros hermanos: Esta es la religión de la tierra, estos son símbolos, sombras, enigmas, que nos fixan, que nos purifican, y nos unen. Abél ofreció sacrificios: Enoch invocó el nombre del Señor con el aparato de las ceremonias sensibles; los Patriarcas levantaron Altares;

la

la ley vió multiplicarse infinitamente sus ejercicios y observancias: la Iglesia, por ser mas espiritual, no tuvo tantos ejercicios exteriores, pero no estuvo sin ellos: Tiene un Dios, que quiso encarnar y hacerse visible, para introducirse por medio de los sentidos hasta lo íntimo de nuestros corazones; y este Misterio, continuado en nuestros Altares baxo unos signos místicos, debe servir de ejercicio y de consuelo á nuestra fé hasta la consumación de los siglos.

Los hombres, pues, no pueden pasarse sin un culto exterior que los una, que los distinga de los infieles y sectarios, con que edifiquen á sus próximos, y que sea una pública confesión de su fé. Por eso Jesu-Christo juntó á sus pueblos baxo una cabeza, y baxo pastores visibles; los unió entre sí con la participación exterior de unos mismos Sacramentos; los sujetó á los mismos signos sensibles; y dió á su Iglesia un carácter resplandeciente de visibilidad, en el que nadie puede engañarse, que siempre la ha servido de baluarte contra todas las sectas, y contra los espíritus de error que en todos tiempos han querido levantarse contra ella.

Con todo eso, no ha sido sola la heregía la que ha pretendido limitar todo el culto al interior, y mirar todos los ejercicios exteriores como supersticiones populares, ó devociones inútiles. Puede muy bien decirse que este soberbio error ha reynado en el mundo en todos tiempos. Continuamente estamos oyendo decir, que la verdadera devoción está en el corazón, que puede muy bien uno ser hombre de bien, justo, sincero, humano y generoso, sin levantar el estandarte, sin manifestar ansia por todas devociones, sin tener por culpa la distinción de las viandas, que no son perjudiciales á la salud, porque lo que entra por la boca no es lo que mancha al hombre, sino lo que sale del corazón, y sin una exáctitud pueril en ciertos ejercicios, cuya institu-

cion mas se debe á los Claustros que á los Apostoles; y que las obligaciones del Christianismo son mas espirituales, mas sublimes, y mas dignas de la razon, que toda la menudencia de devociones á que sujetamos la gente sencilla. Es decir, que la sabiduría del mundo opone tres pretextos para autorizar una tan peligrosa ilusion; á saber, la inutilidad de los ejercicios exteriores, su debil imposibilidad, y el abuso que de ellos se hace. Impugnaré estos tres pretextos, y probaré la utilidad, la sabiduría, y el verdadero uso del culto exterior.

Nos oponéis en primer lugar, que la esencial devocion está en el corazon, y que todas estas exterioridades son inútiles; pero yo pudiera preguntaros de de luego: ¿Quando separáis este culto exterior que teneis por tan inútil, sois fieles á lo menos en lo que vosotros mismos afirmáis ser esencial? Quando despreciáis todo lo que os parece superfluo en la religion, ¿cumplís á lo menos con las obligaciones indispensables de la ley de Dios? Con persuadiros que basta entregar el corazon á Dios, ¿se le entregais, al mismo tiempo que teneis entregado todo el exterior al mundo? A vuestra conciencia llamo por testigo en este asunto. ¿Glorificais á Dios en vuestro cuerpo, no haciendole servir á las pasiones injustas? ¿Cumplís con todas las obligaciones de padre, de esposo, de amo, de hombre de República, y de Christiano? ¿No teneis que reprehenderos en orden al uso de vuestros bienes, en las funciones de vuestro cargo, en la naturaleza de vuestros negocios, y en el buen orden de vuestra familia? ¿Teneis el corazon libre de todo rencor, de toda envidia, de todo deseo de venganza contra vuestros próximos? ¿Ofendeis alguna vez con vuestras maquinaciones, ó con vuestros discursos, su inocencia, su fama, ó su fortuna? ¿Amais á Dios mas que á todas las cosas, mas que á vuestros intereses, mas que á vuestra fortuna, mas que á vuestros placeres, mas que á vuestras inclinaciones? ¿quereis antes perderlo todo que desagradar-

darle? ¿Os negais continuamente á vosotros mismos? ¿Vivis de la fé sin hacer caso de todo lo que es percedero? ¿Mirais al mundo como enemigo de Dios? ¿Llorais los desordenes de vuestras pasadas costumbres? ¿Teneis un corazon penitente, humillado y deshecho baxo de ese exterior mundano? ¿Teneis horror á sola la apariencia del mal? ¿Huís de las ocasiones? ¿Buscais los remedios contra ellas? Este es el punto esencial que tanto nos ponderais, ¿sois fieles en él? No, Católicos, solamente las almas entregadas al mundo, y á sus placeres, nos están continuamente diciendo, que basta entregar el corazon á Dios, y que este es el punto esencial; y consiste en que, como se vé claramente que no dán á su Magestad el exterior, procuran persuadirse para vivir tranquilos que los ejercicios exteriores no son necesarios, y que solo atienden al corazon, el que nunca conocemos suficientemente nosotros mismos, y acerca del qual podemos muy facilmente engañarnos.

Pero, Católicos, el que ya tiene su corazon arreglado, y ha entregado sinceramente á Dios su amor y sus afectos, éste no cuida de disputarle las exterioridades, y la manifestacion de los movimientos de eterna salud que le inspira. Lo que cuesta trabajo, y en lo que consiste la gran dificultad de la virtud, es en el sacrificio del corazon; y así quando esto ha llegado á conseguirse, todo lo demás nada cuesta, todo se allana, todo es facil; no teniendo ya las aficiones exteriores raiz alguna en el corazon, se deshacen por sí mismas, y no pueden subsistir; todos los dias estamos viendo en el mundo algunas personas que con un corazon aun mundano y desarreglado hacen obras exteriores de piedad, cumplen con las obligaciones públicas de misericordia, y se exercitan en algunas obras santas; aun las almas mas mundanas, y mas engolfadas en las pasiones, mezclan regularmente con sus placeres, y con sus infames flaquezas, algunas obras exteriores de religion y de misericordia para estar tran-

quilas con una vida absolutamente pecaminosa, ó para minorarse á sí mismas su horror y su infamia; pero no se vé alma alguna, que despues de haber entregado sinceramente su corazon á Dios, despues de haber roto los lazos de las pasiones, y apartadose de todas las ocasiones de pecado, dexé de dar alguna exterior señal de su mudanza, que persevere en las mismas amistades, en las mismas diversiones, en las mismas inutilidades, y en el mismo olvido de las cosas santas; que no se advierta en ella alguna distincion en las obligaciones exteriores de la piedad, y que límite toda su conversion á una mudanza quimérica que no se manifiesta, mientras conserva el mismo exterior que antes: ¡Ah! la costaria mucho trabajo el no dar algunas señales exteriores de respeto al Dios que ama y adora; la reprehenderia su conciencia de que no sentia en sí fervorosas ansias de honrarle con sus demostraciones; apenas tiene la religion medios y ejercicios suficientes para satisfacer al amor de un corazon fiel. En una palabra, no es difícil el cumplir con algunas obligaciones exteriores de devocion, con un corazon aun mundano; pero el corazon que ya es Christiano no puede privarse de estos ejercicios exteriores.

Por otra parte, la misma ley que nos obliga á creer con el corazon, nos manda confesar con la boca, y dar señales públicas y patentes de nuestra fé, y de nuestra piedad: Lo primero, para dar gloria al Señor que es nuestro Dios, y confesar en presencia de todos los hombres que él solo merece nuestras adoraciones y respetos: Lo segundo, para no ocultar con una culpable ingratitud los secretos favores que nos ha dispensado, y animar á todos los testigos de las misericordias que ha usado con nosotros, á que junten sus acciones de gracias con las nuestras: Lo tercero, para no retener la verdad con injusticia por una cobardía indigna de la grandeza del Señor á quien servimos, é injuriosa á la bondad del Dios que nos ha iluminado: Lo quarto, para edificar á nuestros pró-

ximos, y animarlos á la virtud con nuestro exemplo: Lo quinto, para animar á los flacos, y confortarlos con nuestra firmeza contra los insensatos discursos del mundo, y las públicas burlas que en él se hacen de la virtud: Lo sexto, para reparar nuestros escandalos, y ser olor de vida, así como antes habiamos sido olor de muerte: Lo septimo, para consolar á los justos, y darlos motivo con el espectáculo de nuestra mudanza de vida, para que bendigan las riquezas de la Divina misericordia. ¿Qué mas diré? para confundir á los impíos, y á los enemigos de la religion, y obligarlos á que confiesen en su interior que aun hay virtud en la tierra.

Este es el fruto de las obras exteriores que teneis por tan inútiles. Los justos de todas las edades han obrado su eterna salud, distinguiendose del mundo por sus costumbres, por sus máximas, por la decencia y modestia de sus adornos, huyendo de las diversiones públicas, ejercitandose con santo fervor en todas las obligaciones exteriores del culto y de la piedad. Vosotros mismos, que parece haceis tan poco caso de estas exterioridades de la virtud, quereis no obstante, que se hallen en los siervos de Dios, y luego que los veis imitar las costumbres y procederes del mundo, y que en su exterior no se distinguen de los demás hombres, sois los primeros que censurais su devocion; decís, que los canonizan á poca costa, que á ese precio es fácil servir á Dios, y ganar el cielo, y que vosotros seriais muy presto grandes Santos, si para eso no se necesitara mas; y de este modo os contradecís á vosotros mismos, y os confundís por vuestra propia boca.

Pero la falsa sabiduría del mundo opone otro nuevo pretexto á la exterioridad del culto y de la devocion; y halla en ella simplicidad y flaqueza: la frecuencia de los Sacramentos, la asistencia á la Iglesia, la oracion comun y doméstica, la visita de los lugares de misericordia, el zelo por las obras de piedad, la modestia en el vestir, la diaria asistencia á los Santos Misterios, la santificacion de

las fiestas, el respeto á las leyes de la Iglesia, la exâctitud en la observancia de algunos santos exercicios; todo esto se tiene por religion popular, y no se mira como exercicios dignos del espiritu; quisieramos una religion que no formase fieles, sino Filósofos; solemos decir, que estas menudas devociones son buenas para éste, ó aquel, cuyo talento no alcanza mas; y nos parece que honramos nuestra capacidad con despreciar la misma religion.

Pero, amados oyentes míos, ¿os parece á los que hablais de este modo, que el desorden de vuestras costumbres, y la baxeza de vuestras pasiones no están desmintiendo esa ponderada elevacion de espiritu, que os hace mirar los exercicios exteriores de la piedad como propios de las almas flacas y vulgares? En esto sí que debierais preciaros de talento, de elevacion, de valor, y de grandeza de alma. Yo hallo en vosotros todos los defectos de las almas mas indignas y viles; os veo soberbios con escandalo, vengativos con furor, vanos con puerilidad, envidiosos con baxeza, y sensuales con disolucion; veo en vosotros una alma de vil barro, que se dexa arrastrar de un delyte, abatir de una afición, corromper de un vil interés, llevar de un vislumbre de prosperidad, y á la que solamente guía el instinto de los sentidos como á los irracionales; nada veo en vosotros que sea grande, nada que sea sublime, nada que sea digno de la fuerza y grandeza de la razon; y así está muy mal en vosotros el decirnos, que las menudencias de la devocion exterior se deben dexar para los espiritus débiles, y para las almas vulgares.

La verdadera fuerza, y la unica elevacion del espiritu y del corazon, consiste, Católicos, en dominar las pasiones; en no ser esclavos de los sentidos, ni de los deseos; en no dexarse gobernar por los antojos del genio, y por las inconstancias de la imaginacion; en ahogar un pesar, y una secreta envidia; en ser superior á los acontecimientos, y á las desgracias; en esto consiste el tener una alma grande, y un talento superior y ele-

va-

vado; esto es lo que precisamente se halla en los justos á quienes tanto despreciais, teniendolos por espiritus cobardes y vulgares. Estos justos son unas almas valerosas que perdonan las mas sensibles injurias; que ruegan por los que los calumnian y persiguen; que no sienten los movimientos de las pasiones, sino para tener mas mérito en reprimirlas; que no se dexan corromper de un vil interés; que no saben sacrificar la obligacion, la verdad, ni la conciencia á la fortuna; que rompen con valor los mas tiernos y amorosos lazos, luego que la fé los manifiesta el peligro; que se privan de los mas inocentes placeres; que se portan como Heroes contra todo lo que tiene apariencia de mal; pero en punto de religion son sencillos, humildes, dociles, y se precian de su docilidad, y de la simpleza que se les atribuye; son prudentes en el mal, y sencillos en el bien; vosotros al contrario; quando se trata de moderar vuestras pasiones sois mas cobardes que las almas mas viles y vulgares; vuestro entendimiento, vuestra elevacion, la fuerza de vuestro espiritu, vuestra Filosofía tan ponderada, todo os abandona; sois un niño, juguete de las mas indignas y pueriles pasiones; sois una debil caña, á la que el viento mueve á todas partes; pero en las obligaciones de la religion os preciais de singularidad, de elevacion, y de fuerza. Esto es, quereis ser fuertes contra Dios, y sois cobardes con vosotros mismos.

Además de esto: Mirais las santas costumbres tan respetables por la fé de todos los siglos, por la piedad de todos los justos, y por las reglas de la religion, como exercicios populares y poco convenientes para unos hombres como vosotros. ¿Pero qué se halla en vuestras mas grandes y mas serias ocupaciones segun el mundo, que sea mas digno del hombre, y del Christiano, que los mas populares exercicios de la piedad, cumplidos con espiritu de fé, y de religion? ¿Acaso los cuidados de la fortuna? ¿Aquellas ruindades que haceis para conseguir

lo

lo que deseais, á pesar de vuestra soberbia, que interiormente se avergüenza? ¿Aquellas vilezas para destruir al competidor, y elevaros sobre sus ruinas? ¿Aquel continuo arte de fingir, sin ser jamás lo que pareceis? ¿Aquel pueril teatro donde teneis precision de representar un personage fingido? ¿Aquellas condescendencias, y aquellas adulaciones indignas, á unos Gefes, y á unos Protectores á quienes teneis por merecedores del mayor desprecio? Esto es lo mas excelente de la vida de la Corte. Ahora bien, en este estado, ¿vivis satisfechos de vosotros mismos, de vuestro talento, de la fuerza, y falsa superioridad de vuestro espíritu? ¿Os parece esto mas grande y mas sério, que los mas familiares ejercicios de una devocion tímida y sencilla? ¿Gran Dios! ¿Podrán los amadores del mundo echar en cara á vuestros siervos la baxeza y simplicidad de sus ocupaciones, no siendo su vida mas que una continua sucesion de puerilidades, de ficciones, de flaquezas, de perfidias, y de indignos ardidés, á los que han querido poner nombres honoríficos? ¿Qué son en vuestra presencia las mas ruidosas empresas de los Principes y Conquistadores, sino las fatigas de una araña, como dice vuestro Profeta, que se desvanecen con el mas leve soplo? Las obras mas vulgares de la religion, que se dirigen á honraros, ¿no tienen en sí alguna cosa mayor, mas real, y mas gloriosa para la criatura, que los reynos del mundo, y toda su gloria? Un David danzando delante de vuestra Arca Santa para solemnizar el feliz dia de su translacion, y confundido entre su pueblo, tributandoos los mas sencillos y vulgares respetos de la piedad, ¿no era mas grande á vuestros ojos que quando volvia de sus victorias y conquistas? Y la soberbia Michól, que trató su devocion de simplicidad y flaqueza, ¿no quedó cubierta con el oprobrio de una perpetua esterilidad? ¿La fé no dá estimacion á todo? ¿No es grande quanto se hace por vos, pues todo es digno de la inmortalidad?

Lo

Lo que nos engaña, Católicos, es que tenemos formada una grande idea del mundo, de sus vanidades, de sus pompas, de sus honores, y de sus puestos, y no miramos con los mismos ojos las obligaciones de la religion: Pero una alma fiel, á quien la fé coloca en un punto de elevacion, desde donde todo el mundo y sus grandezas no la parecen mas que un atomo, mira todo lo que pasa en la tierra, los grandes sucesos que parece trastornan el mundo, aquellas revoluciones que excitan tan diferentes pasiones entre los hombres, aquellas victorias celebradas por tantas bocas, y que mudan la suerte de tantos pueblos, todo esto lo mira como mutaciones de teatro, que solamente admiran y divierten á unos expectadores ociosos y engañados, porque no ven la flaqueza del artificio, y la pueril y oculta fuerza que las hace mover, escondiendo el despreciable misterio: mira á los Principes y Soberanos, aquellas almas ilustres, en cuyas manos está la suerte de los pueblos y reynos, y á las que no obstante tributa el respeto y obediencia debidos al sagrado carácter de que están revestidos, los mira, quando se olvidan de Dios de quien tienen el poder y la autoridad, como á aquellos Reyes que levantan los niños entre sí, cuyos Cetros y Coronas, y cuya Magestad é Imperio imaginarios nada tienen de real y verdadero, mas que la puerilidad de la niñez. Ved ahí como el espíritu de Dios, y el espíritu del mundo juzgan distintamente; como á los justos les parece vano y pueril lo que á vosotros os parece tan grande y maravilloso; y como vosotros tratais de puerilidad lo que á ellos les parece unicamente digno de la grandeza y de la excelencia del hombre.

Y quando hablo de los justos, no os parezca, Católicos, que hablo precisamente de los que viven entre nosotros, cuya fidelidad exterior tanto despreciais; como si fuera efecto de una capacidad corta y limitada; hablo de los justos de todos los siglos, de los mayores

Tomo IV.

Oo

hom-

hombres que ha habido en la religion, de los primeros discipulos de la fé, de aquellos Heroes de la gracia, á quienes los mismos Paganos se veían precisados á respetar, y cuya grandeza de alma, cuya elevacion y verdadera sabiduria excedió á toda la Filosofia de Roma, y de Athenas.

Sí, Católicos, aquellos hombres tan generosos en medio de los tormentos, tan intrépidos en presencia de los Tiranos, tan insensibles en la pérdida de los bienes, de los honores, y de la vida, eran hombres sencillos, religiosos, y fervorosos. Entre ellos el Doctor y el Profeta respondían á las bendiciones comunes como el mas idiota; un Pablo, y un Bernabé, aquellos hombres que fueron tenidos por Dioses, asistían al templo á orar, del mismo modo que el pueblo simple. Los mismos Apóstoles llenos de aquel espíritu que es el Señor de las ciencias, y fuente de las luces, iban á la hora acostumbrada á adorar con todos los Judios, y entonces para hacer una vida espiritual no se necesitaba de otra fé distinta de la del pueblo.

No, Católicos, quanto mas me acerco al principio, mas sencillez hallo en el culto. En aquellos primeros tiempos vereis una devoción tierna, fervorosa, unánime, que procuraba manifestarse con ejercicios sensibles, y consolarse con estas mutuas señales de fé y de religion. Los fieles congregados ofrecían todos juntos al Señor un Sacrificio de alabanzas con hymnos y cánticos espirituales: celebraban con un santo fervor aquellos comunes banquetes de caridad, que precedían á los Santos Misterios, y en los quales con la sencillez de la fé, cada uno comía con acción de gracias; se daban el beso de paz, suspirando por aquella paz inalterable que no podían esperar del mundo, y por aquella eterna union que ha de consumir la caridad en el cielo; lavaban los pies de los que evangelizaban los bienes verdaderos, y los bañaban con sus lágrimas; atravesaban los Reynos y Provin-

vincias para tener el consuelo de tratar á un discipulo que hubiese visto á Jesu-Christo: recibían en sus casas á los hombres Apostólicos como á Angeles de Dios, y los ofrecían los sincéros afectos de su caridad; sus familias eran Iglesias domésticas, en las que los ejercicios de la religion eran las funciones mas comunes: las oraciones puras y sencillas, aunque llenas de fé, las costumbres inocentes, el instruir á los hijos en que conociesen y adorasen al Dios del cielo y de la tierra, en que esperasen en Jesu-Christo, y le confesasen generosamente en presencia de los Tyranos, el candor, la fidelidad, y el temor del Señor eran los caminos mas sublimes, y lo mas superior de su piedad. Con todo eso, aquellos hombres sencillos fueron los fundadores de la fé, la mayor parte de ellos testigos de la Resurreccion de Jesu-Christo, los primeros Mártires de la Iglesia, unos hombres á quienes parece que no se les habia dado el Espíritu Santo con medida, y que además de la caridad habian tambien recibido la plenitud de los dones milagrosos.

Los siglos siguientes nada mudaron de este espíritu: en ellos se juntaban los fieles sobre los sepulcros de los Mártires, y llevaban allí con sencillez sus votos y sus ofrendas. ¿Qué respeto no tenían á los lugares teñidos con su sangre, en donde aquellos generosos Confesores de la fé habian consumado su Sacrificio? ¿Qué piadosas ansias por conservar las preciosas reliquias de sus cuerpos, que se habian libertado del furor de los Tyranos? ¿Pues qué diré del zelo y de la piedad de nuestros padres en los siglos posteriores? ¿Qué suntuosos Templos no levantó en nuestras Ciudades la devoción á Maria Santísima? ¿Qué dones y riquezas no consagraron á la Magestad del culto? ¿Quántas piadosas fundaciones no dexaron para mantener la fé de los Christianos? ¿Qué viages no emprendían para ir á honrar los santos lugares, y venerar los vestigios que aun

permanecian de los misterios y milagros del Salvador? Puede ser que en algo se excediesen, porque mi intento no es justificarlo todo; ¿pero qué sé yo, ¡oh Dios mio! si aquellos piadosos excesos de zelo y de sencillez, os honraban mas que las vanas cabilaciones de nuestro siglo? A lo menos, si habia abusos no despedazaban vuestra Iglesia, como el funesto Scisma que ha querido reformarlos, que con pretexto de darnos una religion mas pura, ha establecido errores en lugar de los abusos que se habian introducido, que ha trastornado el fundamento de la fé, por querer quitar las superfluas decoraciones del edificio, que ha substituido al exceso de credulidad un espiritu de rebellion, y de independencia, que ya no conoce el yugo, y que no teniendo mas regla que la vanidad de sus propias luces, ha visto multiplicarse sus desórdenes con sus discipulos, y ha producido casi tantos inventores de nuevas sectas, como ha tenido Doctores de la mentira.

Pero me direis que no me canse, pues por mas que diga, es certisimo que aun hay el dia de hoy una infinidad de gentes que abusan de todas estas exterioridades de la devocion; que este es un velo de que se sirven para ocultar con mas seguridad lo que tienen interés en que no vea el público; que hay muchas personas á quienes no quisierais pareceros en la rectitud, en la sinceridad, en la equidad, en el desinterés, en la humanidad, y aun acaso tampoco en la regularidad de sus costumbres, y que con todo eso concurren á todos los ejercicios de devocion, frecuentan los Sacramentos, se imponen muchos ejercicios piadosos, y asisten á casi todas las buenas obras.

A esto os respondo en una palabra, que esto es lo que se debe evitar, como diré mas adelante; que los abusos de la devocion no deben atribuirse á la misma devocion; que el mal uso que algunos hacen de ella, prueba solamente que la corrupcion de los hombres abusa

aun

aun de las cosas mas santas, y que asi debeis practicar estos piadosos ejercicios con disposiciones mas puras, y con motivos mas christianos; que debeis acompañar estas piadosas exterioridades con una vida santa, con una conciencia irreprehensible, con una fidelidad inviolable á todas vuestras obligaciones; que el despreciar la virtud porque algunas personas abusan de ella, sería caer en una ilusion mas peligrosa que la que se reprehende; y que el mejor modo de condenar los abusos, es enseñar con el exemplo el verdadero uso que debe hacerse de las cosas de que abusamos.

No, Católicos, no pretendo aprobar ahora lo que he de reprobar despues; pero no quisiera que el zelo contra los abusos de la virtud fuese una continua sátira de la misma virtud. Quisiera que dexando á Dios el juicio de los corazones, representasemos unas exterioridades con que se le honra. ¡Ah! El mundo está ya lleno de tantos incrédulos y libertinos, hay tantos impíos que impugnan con blasfemos discursos, no solamente los piadosos ejercicios del culto exterior, sino tambien la doctrina de la fé, y la verdad de nuestros mas respetables Misterios, que nos conviene respetar lo que pudiera tenerse por exceso de piedad en los ejercicios exteriores de la religion, con tal que esto no sea en ofensa de la misma religion. Estas son reliquias de las costumbres antiguas, y de aquella inocente sencillez, que es muy conveniente el conservar: Debemos considerarlo como una especie de pública satisfaccion que dá la religion de los pueblos á la grandeza de la fé contra las blasfemias de los impíos que la deshonran; y debemos ser muy mirados en condenar los abusos, por no autorizar el libertinage.

Es verdad, que la diferencia de los respetos exteriores no distingue en la presencia de Dios á los buenos de los malos. Las Vírgenes necias, y las prudentes.

dentes todas tenían un mismo adorno; todas llevaban en las manos unas mismas lámparas; todas iban al mismo festin; el aceyte de la caridad era el que las distinguía; y este es el excelente camino que voy á manifestaros. Despues de haber explicado la utilidad de los exercicios exteriores contra los que los desprecian, es necesario impugnar sus abusos contra los que fundan toda la piedad Christiana en estas exterioridades.

SEGUNDA PARTE.

LO que San Pablo decia en otro tiempo de las observancias de la Ley de Moysés, lo podemos tambien decir hoy nosotros de los exteriores exercicios de la devocion; son utiles, son santos, y son justos, *Mandatum quidem bonum, sanctum, & justum.* (a) Pero el abuso que de ellos hacemos muda en ocasiones de pecado, lo que en el principio solamente se estableció para facilitar la salvacion. Son utiles: *Mandatum quidem bonum*; y se hacen vanos por no acompañarlos con aquel espíritu de fé y de amor, sin el qual la carne de nada sirve. Son santos: *Mandatum quidem Sanctum*; y los convertimos en obstáculos para la salvacion, por la soberbia y vana confianza que nos inspiran. Finalmente, son justos. *Mandatum quidem justum*; y ofendemos á la Justicia, porque muchas veces los preferimos á las mas esenciales obligaciones.

En primer lugar: Los exercicios exteriores de la devocion son utiles: *Mandatum quidem bonum*; y los hacemos infructuosos por no acompañarlos con aquel

(a) Rom. 7. v. 12.

aquel espíritu de fé y de amor, sin el qual la carne de nada sirve.

A la verdad, Católicos, todo el culto exterior se ordena á la renovacion del corazon como á su fin principal: Qualquiera accion de piedad que no se ordena á establecer el reyno de Dios dentro de nosotros, es vana: qualquera exercicio santo, que subsiste siempre con nuestras pasiones, que dexa siempre en nuestro corazon el amor al mundo y á los culpables deleytes, que no corrige nuestros rencores, nuestras envidias, nuestra ambicion, nuestros afectos, nuestra pereza, mas es burla de la virtud que virtud: En la presencia de Dios no somos mas de lo que somos por nuestro amor, y por nuestras inclinaciones: El Señor quiere ser el objeto de todos nuestros deseos, el fin de nuestras acciones, el principio de todos nuestros afectos, y la inclinacion dominante de nuestra alma; lo que no nace de estas disposiciones, lo que no nos confirma y guia á este fin, por mas grande que parezca á la vista de los hombres, es nada delante del Señor; no es mas que un metal que suena, y una campana vacía que hace ruido.

En este sentido toda la religion estriva en el corazon; el haberse Dios manifestado á los hombres, el haber formado una Iglesia visible en la tierra, el haber establecido en ella la Magestad de las Ceremonias, la virtud de sus Sacramentos, la magnificencia de sus Altarés, la variedad de sus exercicios, y todo el aparato de su culto, no ha sido mas que para guiar á los hombres á las obligaciones interiores del amor, y de la accion de gracias, y para formarse un pueblo santo, puro, inocente y espiritual, que pueda glorificarle en todos los siglos.

Este es el fin de todo el culto que Dios ha establecido, y de todas las ideas de su sabiduría para
con

con los hombres: Qualquiera religion que se ciñese á puras exterioridades, sin arreglar el corazon y los afectos, sería indigna del Sér supremo, no le tributaria la principal gloria, y el unico respeto que él desea, y debería confundirse con aquellas vanas religiones del Paganismo, que inventaron los hombres, las que no mandaban á la supersticion de los pueblos mas que respetos públicos, y ceremonias pomposas, que no arreglaban el interior, y dexaban en los corazones toda su corrupcion, porque no podian curarla, ni aun conocerla.

No obstante esto, Católicos, podemos decir que este es el abuso mas universal, y la llaga mas deplorable de la Iglesia. ¡Ah! Toda la gloria de la hija del Rey se halla, por decirlo así, en el exterior; jamás ha habido mayores exterioridades que al presente; nunca han sido éstas tan solemnes como ahora; nunca fueron los Templos tan magníficos, tan frecuentados los Sacramentos, tan comunes los Sacrificios, ni tan apetecidas las obras de misericordia: Nunca ha habido tanta devocion exterior, ni acaso tampoco menos piedad; y nunca han sido mas raros los verdaderos Christianos.

Bien conoceréis que no intento justificar los vanos discursos del mundo, y las preocupaciones del libertinage contra la virtud, las que ya dexo impugnadas en la primera parte de este discurso: El impío dice que baxo las exterioridades de devocion se oculta un corazon doble y corrompido, y que toda virtud es una ficcion y una hipocresía; porque el impío juzga de todos los hombres por sí mismo, y no puede persuadirse que aun haya rectitud, inocencia, y verdad en la tierra. Dexemoste que goce de este funesto consuelo, y que se asegure con él contra el horror que le inspiraría el monstruoso estado de su alma, si no se persuadiera á que en todas par-

partes ve monstruos semejantes á él.

Hagamos mas justicia á los hombres, Católicos, y juzguemos de ellos ahora por nuestro corazon; la hipocresía y el engaño no es la mayor herida de la religion: este vicio es demasiado infame y aborrecible para poder ser el vicio del mayor número de los hombres, y nos serviría de consuelo el podernos persuadir á que no habia tantos impíos como hipócritas en la tierra.

Y así, no intento impugnar hoy aquel indigno fingimiento, que se vale de los ejercicios exteriores de virtud para ocultar sus delitos; sino al contrario, el error de la buena fé en la excesiva confianza que pone la mayor parte de las almas mundanas en estas obligaciones exteriores, y que sin hacer caso de la conversion del corazon, y de la mudanza de vida, viviendo siempre en los mismos desordenes, se hallan tranquilos en este estado, porque en él se ejercitan en algunas obras de piedad; y se lisonjean de que hacen una compensacion, que afrenta á la misma piedad, y que haciendolas perder todo el merito de estas obras, las dexa siempre la misma impenitencia, y toda la enormidad de sus delitos. Esta, pues, es una ilusion generalmente recibida en el mundo.

De este modo hay algunos que socorren á los desgraciados, que se compadecen de su infelicidad, que tienen arregladas ciertas limosnas, en las que nunca faltan: Cierto que no hay cosa mas digna de alabanza, ni mas recomendada en los libros santos que la misericordia; pero se persuaden á que cumpliendo con esta obligacion cumplen con todas, y fiados en esto viven con menos escrupulo en sus pecaminosas costumbres, en las conexiones profanas, y en los odios inveterados: Viven entregados al mundo y á las distracciones. ¡Ah! Dios no tiene necesidad de vuestros bienes, lo que pide es vuestro corazon; vuestro di-

nero perecerá con vosotros : Otros sostienen las empresas piadosas , favorecen á los justos , se declaran protectores de las casas de religion , adornan los templos y los altares ; pero su ambicion siempre es sin medida , la envidia sigue royendoles el corazon , mantienen los mismos deseos de agradar , y en la libertad de sus conversaciones nada se halla que sea mas inocente ni modesto : Con adornar los templos juzgan que están dispensados de adornar sus almas , que son los templos de Dios vivo , con dones de gracia , y santidad. ¡ Ah ! El Señor desprecia vuestras ofrendas , vuestros dones profanan sus Altares , y no haceis mas que si adornarais un templo de Idolos. Algunos asisten con frecuencia á los Santos Misterios , no faltan por ningun acontecimiento á las fiestas , no hay solemnidad en que no se acerquen al Altar para participar de las cosas santas ; pero nunca vemos que se acaben sus infames pasiones , su metodo de vida siempre es el mismo , no por eso cumplen mejor con sus obligaciones domesticas , no se privan de diversion alguna , siguen las mismas ideas de los adornos , de la fortuna , y de los placeres. ¡ Ah ! Los que asi vivis , participais de la mesa de Satanás , y no de la de Jesu Christo , y solo os aventajais al impío que vive separado del Altar , en que profanais las cosas santas. Luego que el Señor descarga su brazo sobre nuestros hijos , sobre nuestros protectores , ó sobre nuestros parientes , y que parece amenazarlos la muerte , recurrimos á las oraciones de los justos , se hacen votos á todos aquellos lugares que son célebres por los prodigios que Dios ha obrado en ellos por la intercesion de sus Santos ; casi no hay templo , ni altar donde no se ofrezcan sacrificios para conseguir una salud tan deseada ; multiplicamos las intercesiones , y no pensamos en aplacar al Señor con una mudanza de vida , que es lo que el Señor intenta quando nos

afli-

aflige : De este modo le ofrecemos víctimas estrañas , y no los gemidos de un corazon contrito : No dexamos cosa que no hagamos para aplacarle , menos la mudanza de nuestras costumbres , y una vida mas christiana , que era lo único que desarmaria su ira. ¡ Ah ! El Señor mira con desprecio los votos que se le ofrecen por vosotros , y se irrita su bondad de que hagais que le pidan gracias para otros , reservandoos vosotros mismos el privilegio de poder ultrajarle todavia. ¿ Qué mas diré por último ? Algunos se precian de llevar sobre sí algunas piadosas señales de respeto á Maria Santísima , tienen una tierna devocion á todo lo que se dirige á su culto , rezan todos los dias con una escrupulosa exactitud , algunas santas oraciones , que la ha consagrado la Iglesia , y baxo estas religiosas exterioridades mantienen con mas seguridad un corazon siempre profano y corrompido : Van á los templos donde se honra á la Señora , y al salir de alli se persuaden á que tienen autoridad para volver á los lugares donde se la ofende. ¡ Ah ! Vosotros deshonrais sus Altares , pues los mirais como asilos de vuestra impenitencia , y de vuestras culpas ; profanais esas exteriores señales que llevais sobre vuestros cuerpos de la devocion que la profesais , pues os persuadis á que con ellas quedarán sin castigos vuestros delitos ; y la Señora podrá decir de vosotros aquella terrible sentencia , con que Dios amenazaba en otro tiempo por su Profeta á los Sacerdotes , que baxo la santidad de sus vestiduras , y de las augustas señales del Sacerdocio , ocultaban un corazon profano y manchado : Me levantaré , dice , en el dia de mis venganzas , contra aquellos infieles Ministros de mis Altares , los arrancaré aquellas inútiles señales de mi culto , con las que occultan un corazon lleno de iniquidad , y de hediondez , y libraré á mi lino , y á mi lana , con la que cubren su ignominia : *Convertar , & liberabo lanam meam , &*

Pp 2

li-

& linum, quæ operiebant ignominiam ejus. (a)

Es decir, sois una fantasma de Christiano; teneis la apariencia de devocion, sin tener la realidad de la virtud; sois un sepulcro blanqueado y suntuoso, en cuyo exterior se ven los adornos santos, las figuras de la fé, de la religion, de la justicia, y de la misericordia, las que le sirven de vana decoracion, pero interiormente está lleno de infeccion y podredumbre: os pareceis á aquel Altar del Tabernaculo, de que habla la Escritura, que estaba cubierto de oro puro, y tenia resplandeciente el exterior, pero interiormente estaba vacío, y sin solidéz: *Non erat solidum, sed intus vacuum. (b)* En vano sacrificais sobre él víctimas: estos son unos sacrificios de cabritos y de toros, dones, ofrendas y víctimas estrañas, de que no necesita el Señor; nunca sacrificais vuestras pasiones en la presencia de la santidad de vuestro Dios, y el Señor no ve en vosotros sino vanas apariencias, y el interior vacío de fé y de piedad: *Non erat solidum, sed intus vacuum.*

Pero, Católicos, ¿qué caso hacemos nosotros de las apariencias de amistad que desmiente el corazón? ¿Qué impresion hacen en nosotros las falsas expresiones de aquellos que no nos aman, y que conocemos ser nuestros enemigos? ¿No es cierto que nos sirven de molestia? Nosotros no estimamos en los hombres sino el afecto íntimo y real que nos profesan: aun los disimulamos la irregularidad de algunas acciones, con tal que estamos seguros de la verdad de su afecto: aun la misma vida de la Corte nos acostumbra á no hacer mucho caso de las exteriores y públicas demostraciones de amistad; á desconfiar siempre de todos aquellos sem-

(a) *Oss. 2. v. 9.*

(b) *Exod. 38. v. 7.*

blantes tan comunes, y tan poco sincéros; y á no contar á todos aquellos que nos hablan en un mismo idioma, en el corto número de amigos verdaderos, cuyo corazón sabemos que corresponde á sus expresiones. Nosotros, Católicos, queremos ser amados de veras, ningún caso hacemos de las exterioridades, solamente nos pagamos del corazón: no perdonamos ni aun el mas leve defecto de sinceridad, y hemos de creer que Dios, que se llama Dios zeloso, ¿ha de ser en este punto menos sensible, y menos delicado que el hombre? Hemos de creer que un Dios, que se llama el Dios del corazón, ¿se ha de pagar de un vano exterior, y de unos simples respetos? Hemos de creer que un Dios, á quien no se puede honrar sino amándole, ¿se ha de contentar con unos respetos que le tributa la boca, y le niega el corazón? ¿Hemos de creer que Dios ha de ser de peor condicion que el hombre, y que ó no merece ser amado, ó que no ha de sentir la falsedad de nuestras adoraciones y respetos?

¡Dios mio! Es posible que los hombres hayan de ser tan reales y verdaderos en sus placeres, en sus pasiones, en sus proyectos de fortuna, en sus rencores, en sus venganzas, y en sus envidias; y que conservando en estos asuntos dentro del corazón, aun mas de lo que exteriormente manifiestan, solamente han de ser falsos en los asuntos de la religion! esto es, á la figura del mundo tributan la verdad y realidad de sus afectos, y á la verdad de vuestra ley, y á la realidad de vuestras promesas no ofrecen mas que la apariencia.

Y no obstante, la vana confianza es la propiedad característica de estas almas de que hablo; y este es el segundo abuso de los ejercicios exteriores de devocion; son santos: *Mandatum quidem sanctum*, y con todo eso sirven de obstáculos para la salvacion por la falsa seguridad que nos inspiran.

El desorden, Católicos, puede conducir para el ar-

repentimiento; el libertinage de las costumbres solamente se mantiene con una embriaguez que no es durable, porque el clamor de la conciencia no tarda en darla á conocer: los que viven abandonados no hallan en sí mismos cosa alguna que los pueda asegurar, sino la injusticia ó la infamia del desorden, ó aquellas monstruosas máximas que prometen al impío una aniquilacion eterna; y esta es una reflexión aun mas molesta que la misma culpa de que intenta consolarnos. Pero los ejercicios exteriores de la religion sosiegan la conciencia, y dan motivo al pecador de que halle algun consuelo fuera de sí mismo: las limosnas, los Sacramentos, las obras de misericordia, la devocion de Maria Santisima, y el culto de los Santos forman una especie de nube que obscurece su alma; se perdona mas facilmente las fragilidades y caídas, porque le parece que las recompensa con obras santas; no teme aquella obstinacion, y aquel abandono de Dios, en que caen regularmente los pecadores inveterados, porque aun siente consuelo en ciertas obligaciones exteriores de la Religion; no conoce que este consuelo es artificio del demonio, que conduce á la impenitencia, del mismo modo que la obstinacion; si la gracia nos despierta, y avisa algunas veces de la infamia de nuestros desordenes, oponemos á estos primeros remordimientos un gran número de obras muertas é inútiles: nos sirven de señales de paz, que disipan inmediatamente nuestros sustos: nos aquietamos con estas tristes reliquias de religion, como si con ellas pudieramos libertarnos del naufragio; y de las exterioridades de la devocion formamos un muro contra la misma piedad.

Por eso algunos destinan parte de las ganancias del juego, y su diversion para los pobres; los meten en compañia de sus ganancias; y el furor del juego, tan opuesto á la seriedad y dignidad de la vida christiana, nada tiene de pecaminoso á nuestra vista, despues que hemos hallado el secreto de hacer participantes á los

po-

pobres del lucro que resulta de esta desenfadada passion; algunos franquean la casa á los siervos de Dios, frecuentan su amistad, conservan con ellos conexiones de estimacion y confianza, los interesan en que pidan á Dios su conversion, y asi viven con mas tranquilidad en sus delitos, despues que han encargado á los justos que los alcancen la gracia de la penitencia: finalmente, consagran algunos dias al retiro, se encierran en una casa religiosa, mas por entregarse con mas satisfaccion á la pereza, que por huir de los placeres; favorecen todo lo que puede ser util para lo bueno; escogen un Director docto y famoso; se presentan mas frecuentemente en el Tribunal de la Penitencia; asisten á todas las concurrencias de devocion; y se abstienen de ciertos abusos públicos, de que en otro tiempo no formaban escrupulo; ya juzga el mundo que han tomado el partido de la virtud, y no obstante esto, á excepcion de haber salido de los mas enormes delitos, en todo lo demás aun perseveran los mismos: conservan el corazon siempre lleno de envidias, de antipatias, de deseos de elevacion y de favor, las conversaciones igualmente sazonadas con la murmuracion, con la sátira, y con la malicia contra los proximos, la vida igualmente tibia, sensual, ociosa, inutil, los cuidados del cuerpo y del adorno, con la misma ansia y viveza, el genio igualmente áspero y altivo con los domesticos, é igualmente excesivo el resentimiento al mas leve desprecio, ó al mas ligero olvido. No obstante todo esto viven tranquilos, porque se ven rodeados de todas las señales de la devocion, porque se valen de todos los medios exteriores de asegurar su eterna salud, sin haberse olvidado de ninguno, menos del de mudarse á sí mismos.

No, Católicos, la confianza que nace de las obras exteriores de devocion pone al corazon en una falsa tranquilidad, de la que rara vez nos desengañamos. De

es-

este modo, el Pueblo Judío, fiel observador de los ejercicios exteriores, perseverará hasta el fin en su ceguera. Los Profetas que suscitaba el Señor de siglo en siglo empleaban casi todo su ministerio en desengañarlos de este peligroso error: No contéis, les decían, con las víctimas y ofrendas que presentais en el Altar; no confiéis en la multitud de vuestras obras, y de vuestras observancias legales; lo que el Señor os pide es un corazón puro, una penitencia sincera, la enmienda de vuestras culpas, un amor verdadero á sus mandamientos, una vida santa é inocente, que desgarréis vuestros corazones, y no vuestros vestidos, y que sepáis el mal que reyna entre vosotros. No obstante, su injusta confianza continuaba manteniéndose en estas exterioridades religiosas. Quando caían abiertamente en la idolatría, y olvidándose absolutamente del Dios de sus Padres levantaban Altares estraños, entonces con facilidad los sacaban los Profetas de sus desordenes, los hacían derramar lágrimas de compuncion y penitencia, y Jerusalén se cubría de ceniza y de cilicio. En una palabra, quando se hacían idolatras, y enemigos declarados del Señor, no era imposible el hacerlos penitentes; pero mientras perseveraban en la fidelidad exterior á las observancias de la ley, ¡ah! por más que los Profetas les reprehendiesen sus injusticias, sus fornicaciones, y sus iniquidades, el Templo del Señor les servía siempre de seguridad: los sacrificios, las ofrendas, las observancias con que tan escrupulosamente cumplían, quitaban á las terribles verdades que los anunciaban de parte de Dios, toda su fuerza y terror; los grandes pecadores, los impíos, los publicanos, se convierten; los Fariseos, los medio Christianos, las almas á un mismo tiempo religiosas y mundanas, que componen las exteriores obligaciones de la devocion con los placeres, con las máximas, pasiones, y abusos del mundo, nunca se mudan, y mueren sin

com-

compuncion, así como han vivido sin desconfianza; semejantes á aquellos Soldados de que se habla en la historia de los Machabeos, que baxo los estandartes de Judas, peleaban al parecer por la causa del Señor, y en la apariencia tomaban las armas por su gloria; pero habiendo sido derrotados y muertos, se halló que debaxo de sus túnicas tenían escondidas las señales de su idolatría, y se vió claramente, que aparentando fidelidad á la religion de sus padres, habían llevado siempre consigo las abominaciones de las naciones infieles: *Invenrunt sub tunicis intersectorum de donariis idolorum, á quibus lex prohibebat Judæos.* (a) Pues esta misma es la suerte de las almas de que yo hablo. Combaten baxo los estandartes de la piedad; su exterior religioso no los distingue de los verdaderamente zelosos de la ley: se persuaden á que pueden juntar la práctica exterior de sus observancias con las reliquias de la idolatría, y viviendo en esta falsa seguridad desafian á la muerte con confianza; pero acabado el combate, y llegado el día decisivo, desaparecerán todas estas vanas obras, y baxo unas exterioridades religiosas se hallarán Idolos ocultos, esto es, mil injustas pasiones, que siempre los habían confundido en la estimacion de Dios con las almas infieles y mundanas: *Invenrunt sub tunicis intersectorum de donariis idolorum, á quibus lex prohibebat Judæos.*

¡Ah! Católicos, un enemigo de los Christianos los argüía en otro tiempo de que aunque era verdad que los preceptos del Evangelio eran admirables, y que nada igualaba la perfeccion y grandeza de las máximas de Jesu-Christo, eran tan poco conformes á la flaqueza humana, que no creía que hubiera quien pudiese cumplirlos: *Vestra in Evangelio præcepta, ita mirabilia,*

(a) Machab. 12. v. 4.

lia, magnaue scio, ut eis parere putem posse neminem. Pero, Católicos, ¿qué podría haber en las máximas de Jesu-Christo tan impracticable para la humana flaqueza, según la expresión ponderativa de este Pagano, si éstas no arreglasen más que las exterioridades? ¿Qué trabajo costaría el ser fiel en ciertos ejercicios, como son el honrar á María Santísima, el ser liberal con los pobres, el proteger la piedad, el adornar los templos y los altares, el invocar la protección de algún Santo, el tener particular devoción á los lugares que le están consagrados? Lo que cuesta es el mortificar un deseo; el vencer una pasión, el desarraigar una costumbre, el contener un natural demasiado inclinado á los placeres; lo que cuesta es el separarse de una ocasión á que nuestro corazón nos inclina, en aborrecer al mundo que nos agrada y nos busca, el amar á los que nos aborrecen, el ocultar los defectos del próximo, y hablar bien de los que nos calumnian, el vivir desprendidos de todo, aun quando todo se posea, esta es propiamente la vida christiana, y lo que cuesta trabajo; este era el motivo de que tanto admirasen los Paganos la santidad, la elevación, y la prudencia de la moral de Jesu Christo; esto es lo que tanto les hacia temer, dice San Leon, la santa severidad. Pero las obras exteriores muchas veces son fruto del amor propio, leños de debilitarle y combatirle. Y por eso, no solamente ceñimos á ellas toda la piedad, sino que las preferimos á las más esenciales obligaciones.

Ultimo abuso de los ejercicios exteriores: son justos: *Mandatum quidem justum*, y ofendemos con ellos á la justicia, por preferirlos á las más indispensables obligaciones: Abuso bastante frecuente en la virtud, pues vemos muchas personas zelosas por las obras de supererogación, y tranquilas en orden al perpetuo olvido de sus más esenciales obligaciones.

Y así hay muchas que practican todas las buenas obras, menos aquellas que Dios las pide; dexan las funcio-

ciones de su cargo, las obligaciones principales de su estado, aquellas obligaciones menudas y domésticas en que no halla satisfacción el amor propio; y aquellas para cuyo cumplimiento solo el amor á la obligación puede estimularnos. Hay algunos que imponen por regla el hacer ciertas limosnas que lisongean á la vanidad, y viven tranquilos en orden á infinitas restituciones á que les obliga la Ley de Dios; son liberales con las casas religiosas, y no se atreven á resolverse á pagar sus deudas; rezan quando debieran asistir á otros negocios, y cuidan de ellos quando sus necesidades les obligan á que oren; cuidan de la viuda y del huérfano, dexando arruinar sus propios intereses, preparando de este modo para sus desgraciados hijos, ó para los engañados acreedores, los amargos frutos de su injusta caridad; toman á su cargo el cuidado de las casas que ha erigido la caridad y no cuidan de la educación de sus hijos, ni de la conducta de sus criados; reconcilian á los que están enemistados, ponen en paz á algunas familias, y fomentan al mismo tiempo la discordia en la suya con su mal genio; y por no ceder en cosa alguna de su altivez y extravagancia, enagenan de sí el corazón, y el alma de un esposo, y le precipitan en extraños amores; ejercitan con los miembros de Jesu-Christo los más humildes ministerios, y no tienen valor para dar un leve paso de reconciliación con su enemigo, adelantándose á su flaqueza, y ganándole para Dios; se imponen una multitud de santas oraciones, y con la misma boca con que acaban de bendecir al Señor, despedazan á sus próximos, como dice San Cypriano. De este modo damos á conocer, según la expresión de un Apostol, que nuestra religion es vana, y que nos engañamos á nosotros mismos. (a)

(a) Jac. 1. v. 26.

¿Qué

¿Qué he de decir por último? Acaso tambien concurren á todas las congregaciones devotas, y dexan de asistir á oír la voz de su Pastor, á quien la Iglesia les manda seguir y escuchar. Sí, Católicos, la voz del propio Pastor tiene una particular gracia y virtud para sus ovejas; habla con autoridad y amor de Padre; en su boca las mas sencillas verdades adquieren con la gracia de su ministerio una bendición, que no podemos nosotros dar á las nuestras: Nosotros somos estraños, él es Pastor; nosotros le ayudamos en sus fatigas, pero la viña es suya: la asistencia á vuestra propia Parroquia es una obligacion confirmada con la práctica de todos los siglos, con las leyes de la Iglesia, con la doctrina de los Santos, con el exemplo de los justos, y con la unidad del ministerio: Allí es donde propiamente existe la congregacion de los fieles; es el cuerpo al rededor del qual se deben congregar las Aguilas: Allí está la fuente de los Sacramentos, la autoridad de la doctrina, la regla del culto, y el lazo comun de la fé: Vuestra Parroquia es la casa de oracion á donde debeis ir á confesar la fé que en ella recibisteis en el Sagrado Bautismo, y á suspirar por la inmortalidad que han de esperar en ella vuestras cenizas: El no concurrir á ella es una especie de scisma, de desobediencia, y de separacion del cuerpo de los fieles: ¿Y es posible que haya de haber quien tenga gusto para retirarse á una casa religiosa, en donde la singularidad y la distincion lisongea y agrada, y no le haya de tener para esta obligacion tan esencial, sin mas motivo, que haberla hecho despreciable ó incómoda la confusion con los demás fieles, que es lo que debiera hacerla mas solemne, y servir de mas consuelo?

Católicos, esta es una regla indefeñible; todo lo que se opone á la obligacion esencial no puede ser obra de fé ni de devocion. Jesu Christo no está dividi-

dido contra sí mismo: La caridad no destruye lo que edifica la justicia: Empezad por la obligacion, lo que no edifiqueis sobre este fundamento no será mas que un conjunto de ruinas, de obras muertas, y de paja destinada al fuego. Dios no estima unas obras que no nos pide: La sincera y verdadera piedad consiste solamente en ser cada uno fiel á las obligaciones de su estado: Despues de haber cumplido con estas obligaciones, haced en hora buena obras de supererogacion; pero no antepongais lo accesorio á lo principal, vuestros antojos á la ley de Dios, y la quimérica perfeccion de la devocion á la devocion misma. Pero me canso en vano: Este es el gusto estravagante de los hombres; el yugo de la obligacion nada tiene que lisongee nuestra vanidad, es un yugo forzado y estraño, que no nos imponemos nosotros mismos, que solamente nos presenta la obligacion, y ésta siempre es triste y enfadosa, y el amor propio siente mucho rendirse á ella: Pero las obras que nosotros escogemos, las practicamos con gusto, son un yugo á nuestro modo, que nunca nos molesta, y que si algo pudiera haber penoso en él, siempre se suaviza, ó por el gusto con que le llevamos, ó por el interior deleyte que sentimos en haberle escogido nosotros mismos.

Evitad pues igualmente, Católicos, los dos escollos que acabo de señalar en este discurso: Este es el fruto que habeis de sacar de él: La virtud prudente y sólida siempre estriva en un medio justo y equitativo: Solamente nuestro genio es quien apetece los extremos: No añadimos nosotros por nuestra parte cosa alguna á la religion: Esta está llena de una razon sublime, si la dexamos como en sí es; pero luego que intentamos mezclar con ella nuestros gustos y vuestras ideas, ya no es mas que una Filosofia árida y soberbia, que todo lo atribuye á la razon, y que no produce efecto alguno amoroso en los corazones; ó un

zelo supersticioso y ridículo, despreciado en la sana razon, y reprobado y condenado por la fé. Hagamos con el arreglo de nuestra vida, y con la equidad de nuestro proceder, que la virtud sea respetada aun de los que no la aman: Manifestemos al mundo, dando con nuestras acciones á cada cosa el lugar que la corresponde, que la piedad ni es genio, ni flaqueza, sino la regla de todas las obligaciones, el orden de la sociedad, el juicio de la razon, y la unica ciencia á que debe aspirar el hombre en la tierra. Contemplemos la elevacion de las máximas de la religion, y la dignidad de sus preceptos, y obliguemos á los enemigos de la virtud, á que confiesen que solamente la piedad puede ennoblecer el corazon, elevar los pensamientos, formar almas grandes y generosas, y que no hay cosa mas pueril ni mas despreciable, que una alma que se dexa gobernar de sus pasiones. Honremos á la virtud, dexandola quanto en sí tiene de divino y amable, su suavidad, su equidad, su nobleza, su sabiduría, su igualdad, su desinterés, y su elevacion: El mundo en medio de ser tan injusto, presto se reconciliaria con la virtud, si viera que nosotros abandonabamos nuestras flaquezas. De este modo haremos que alaben el nombre del Señor aun los que no le conocen, y podemos esperar verlos algun dia reunidos con nosotros en la feliz inmortalidad. Amen.

ANALISIS
DE LOS SERMONES
contenidos en este quarto
tomo.

SEGUNDO DOMINGO

DE QUARESMA.

SOBRE EL PELIGRO DE LAS
prosperidades temporales.

Division I. *Porque en el estado de prosperidad son casi inevitables las caídas.* II. *Porque en este estado es casi imposible la penitencia.*

I. Parte. *En el estado de prosperidad son casi inevitables las caídas.*

I. Por la impresion que ésta hace en el corazon para corromperle. Una alma Christiana debe vivir como estrangera en la tierra, y si se halla contenta en su destierro, no es digna de la patria. Esta disposicion, tan esencial para la fé, se borra por la primera impresion que la prosperidad hace en el corazon, que es una impresion de apego á la tierra. El que una alma afligida viva como estrangera en este mundo es cosa facil, porque la cuesta poco trabajo el retirar sus afectos de un mundo que ha retirado de ella sus favores; pero estos pensamientos que inspira el estado

zelo supersticioso y ridículo, despreciado en la sana razon, y reprobado y condenado por la fé. Hagamos con el arreglo de nuestra vida, y con la equidad de nuestro proceder, que la virtud sea respetada aun de los que no la aman: Manifestemos al mundo, dando con nuestras acciones á cada cosa el lugar que la corresponde, que la piedad ni es genio, ni flaqueza, sino la regla de todas las obligaciones, el orden de la sociedad, el juicio de la razon, y la unica ciencia á que debe aspirar el hombre en la tierra. Contemplemos la elevacion de las máximas de la religion, y la dignidad de sus preceptos, y obliguemos á los enemigos de la virtud, á que confiesen que solamente la piedad puede ennoblecer el corazon, elevar los pensamientos, formar almas grandes y generosas, y que no hay cosa mas pueril ni mas despreciable, que una alma que se dexa gobernar de sus pasiones. Honremos á la virtud, dexandola quanto en sí tiene de divino y amable, su suavidad, su equidad, su nobleza, su sabiduría, su igualdad, su desinterés, y su elevacion: El mundo en medio de ser tan injusto, presto se reconciliaria con la virtud, si viera que nosotros abandonabamos nuestras flaquezas. De este modo haremos que alaben el nombre del Señor aun los que no le conocen, y podemos esperar verlos algun dia reunidos con nosotros en la feliz inmortalidad. Amen.

ANALISIS
DE LOS SERMONES
contenidos en este quarto
tomo.

SEGUNDO DOMINGO
DE QUARESMA.

SOBRE EL PELIGRO DE LAS
prosperidades temporales.

Division I. *Porque en el estado de prosperidad son casi inevitables las caidas.* II. *Porque en este estado es casi imposible la penitencia.*

I. Parte. *En el estado de prosperidad son casi inevitables las caidas.*

I. Por la impresion que ésta hace en el corazon para corromperle. Una alma Christiana debe vivir como estrangera en la tierra, y si se halla contenta en su destierro, no es digna de la patria. Esta disposicion, tan esencial para la fé, se borra por la primera impresion que la prosperidad hace en el corazon, que es una impresion de apego á la tierra. El que una alma afligida viva como estrangera en este mundo es cosa facil, porque la cuesta poco trabajo el retirar sus afectos de un mundo que ha retirado de ella sus favores; pero estos pensamientos que inspira el estado

do de aflicción, los borra el de la prosperidad. ¿Cómo es posible que nos desgrade lo que siempre nos está lisongeando? La culpa de esta disposición consiste en que, como dice San Agustín, luego que os hallais en este estado, si vuestro destino se hubiera de arreglar por vuestros deseos, os inmortalizariais en la tierra, y tendriais por especial gracia el poder vivir eternamente separados de Dios, gozando de los bienes y deleytes sensibles: esto es, tendriais al mundo por vuestro Dios. Esta disposición está tan oculta en lo íntimo del corazón que apenas se conoce; no obstante es el impulso que dá movimiento á todas vuestras obras, y consiguientemente pone á vuestro corazón en un estado de pecado, que regularmente nunca es conocido, jamás se expía, y por consiguiente tampoco se perdona. A esta primera impresion que hace la prosperidad en nuestros corazones se sigue la segunda, y es el excesivo amor á nosotros mismos. La fe nos enseña que debemos aborrecernos á nosotros mismos, porque si no somos injustos: En el estado de prosperidad toda la vida es un continuado amor á sí mismo, y por eso quanto agrada, quanto lisongea, quanto mantiene la vida de los sentidos nos viene á ser tan necesario, que no podemos pasarnos sin ello; por eso no hacemos caso de las leyes de la Iglesia, si ha de costarnos algun trabajo su observancia: Parece que todas las cosas se hicieron para los que se hallan en este estado de prosperidad, y que quanto los rodea solo atiende á acomodarse con sus deseos, y á justificarlos; finalmente, la tercera impresion que hace la prosperidad en el corazón es la soberbia: No hablo de aquella bárbara soberbia que hacia decir á un Principe de Babilonia: levantaré mi Trono, y seré semejante al Altísimo: hablo de un modo de pensar que se conforma mas con el corazón humano, y que es casi inseparable de la grandeza; esto es, un cierto modo de pensar con demasiada estimación de sí mismo, que acostumbra al alma á que se mire como superior á todos aque-

aquellos que son interiores á su clase y á su grandeza, y este secreto error de la vanidad hace que no distingan su fortuna de sí mismos, y les aumenta la idea que tienen formada de sí, añadiendo á ella la de la humana grandeza: todo confirma á los grandes en este pensamiento: sus vicios son aplaudidos, y todo quiere darlos á entender que han sido formados de distinta masa que los demás hombres; hasta los Ministros de la verdad se persuaden á que están obligados á dar á las virtudes de los Grandes unos elogios que desaprueba la religion.

2 Las facilidades que proporciona la prosperidad á las pasiones, quando ya está corrompido el corazón, son todavía mucho mas temibles: Porque 1. del apego á las cosas de la tierra nacen aquellos infinitos é insaciables deseos de que habla el Apostol: Luego que amais á la tierra como á vuestra patria, no pensais mas que en ocupar en ella mayor lugar, y quisierais poseerla toda entera; teneis por convenientes todas las dignidades que os permite adquirir vuestra opulencia, y os persuadís á que las dignidades de la Iglesia no deben servir mas que para la fortuna de vuestros hijos: 2. Del amor al propio cuerpo, que es la segunda impresion de la prosperidad, nacen todas aquellas ignominiosas pasiones que deshonan el templo de Dios en nosotros. ¿Quién ignora que la prosperidad proporciona mil caminos á este infame vicio? ¿Dónde se fomentan las execrables pasiones sino en los Palacios de los Grandes? Leed las Escrituras; de esto provino la caída de David, y los insensatos desordenes de Salomón; además, una virtud regular es suficiente para apartarnos de ir á buscar las ocasiones de desorden; pero ni aun la virtud de los Santos basta para defendernos de las ocasiones que nos buscan: estas ocasiones, pues, se presentan continuamente á los grandes y poderosos del mundo: 3. De la soberbia, última impresion de la prosperidad, nacen los

deseos ambiciosos, las emulaciones, las perfidias, los rencores, las venganzas, pasiones todas que favorece la prosperidad.

¿Qué fruto se debe sacar de estas verdades? El conocer que aunque poseamos todo lo que puede servir á la felicidad de nuestros sentidos, no por eso nos es permitido el satisfacerlos: El pensar frecuentemente que lo que solamente nos ensalza á vista de los hombres, nada añade en la realidad á lo que somos en la presencia de Dios. El conocer que toda la gloria de la tierra, aunque pueda embriagar el corazón por un instante, nunca podrá llenarle: que hemos nacido para el cielo; y que la verdadera felicidad del hombre en la tierra no consiste en la grandeza, sino en la inocencia del corazón.

II. Parte. *La penitencia es casi imposible en el estado de la prosperidad.*

1. Porque las gracias especiales son mas raras en este estado: Leed las Escrituras, y en todas partes hallareis que el Señor gusta de conversar con los simples y pequeñuelos, y no con aquellos á quienes su nacimiento y vanidad ensalza sobre los demás: No quiero decir que en Dios haya acepcion de personas; la gracia christiana abraza todos los estados, y la santidad de tantos Reyes prueba el que podemos ser aun mas ricos en dones de la gracia, que en bienes temporales. Pero 1. El orden de la providencia parece que pide que haya una especie de compensacion en esta desigualdad de fortunas y de condiciones repartidas entre los hombres. El secreto, pues, de la divina compensacion consiste en que las riquezas de la gracia son herencia del pobre y del afligido; y los felices del mundo gozan de las riquezas de la tierra como de su recompensa y herencia. 2. En la prosperidad no son tan abundantes las gracias, porque los favores temporales son unas recompensas, como dice San Agustín, que concede la divina justicia á algunas virtudes naturales de los pecadores.

dores, para tener mas derecho de excluirlos para siempre de las promesas de la gracia. Finalmente, las gracias no son tan abundantes en el estado de prosperidad, porque muchas veces este estado no es el que Dios os habia preparado en su misericordia, y solamente ha permitido que seais colocado en él, para castigar el desorden de vuestros deseos: por eso Dios os entrega á todos los peligros de un estado (en que él no os habia colocado, para castigo del ansia con que le deseais.

2. La prosperidad sirve de obstáculo á la penitencia, porque pone en el corazón infinitas oposiciones á las gracias de conversion, que pudiera Dios conceder á los grandes y felices del mundo. 1. Porque el mas eficaz medio de que Dios se vale para atraer á sí á un pecador es la instruccion y el zelo de los Ministros de la penitencia, que le hablan con toda la sinceridad que Dios les inspira; Por una parte es muy difícil que la presencia de los grandes no acobarde la verdad en la boca de los mismos Ministros; y por otra la docilidad y la sumision son muy raras entre los grandes.

3. La gracia de la penitencia tambien halla mas invencibles obstáculos en las exterioridades y efectos de la prosperidad. Un corazón feliz con la abundancia, nada busca fuera de sí, ni nada aviva su amor al verdadero bien; la gracia tiene necesidad de pérdidas, de disgustos y de aflicciones, y casi no tiene fuerza alguna para los que son felices: Además: ¿Cómo podrán los grandes hacer penitencia, sin hacer antes infinitas reparaciones? ¿Qué multitud de delitos no han autorizado, ó no han impedido pudiendo? Finalmente, ¿quántos obstáculos exteriores se oponen á que abracen las virtudes inseparables de la penitencia, como son el retiro, la oracion, la mortificacion de los sentidos, la humildad, y el desprecio de todas las cosas del mundo?

do? La prosperidad los allana todos los caminos para la culpa; y los cierra todos los de la penitencia: Por eso regularmente la penitencia de los grandes es muy imperfecta. Luego que hacen los primeros esfuerzos para salir de su desorden, reciben los aplausos debidos á una virtud consumada; pero en la presencia de Dios, en donde los títulos nada añaden á nuestras obras, ¿qué mérito podrá añadir la grandeza á las obras de penitencia? ninguno; sino que teniendo la grandeza mas culpas que expiar, su penitencia debe ser mas severa, mas exterior, y mas pública.

LUNES DE LA II. SEMANA.

SOBRE LA IMPENITENCIA FINAL.

Division. Si dilatais vuestra conversion hasta la muerte, morireis en vuestro pecado. I. Porque no os hallareis en estado de buscar á Dios, y de volveros á su Magestad. II. Porque aun supuesto que os halleis en estado de buscarle, y que hagais esfuerzos para volveros á él, estos esfuerzos serán inútiles, y no le hallareis.

I. Parte. No os hallareis en estado de buscar á Dios.

1. Os faltará tiempo: Dios no os ha prometido este tiempo, y continuamente le está negando á pecadores menos culpados que vosotros: ¿Quién os ha dicho que vuestra muerte vendrá con lentitud, y que no caerá repentinamente sobre vosotros? ¿Cuántos exemplares teneis de esto? ¿No os proporciona Dios estos terribles espectáculos, para avisaros de que acaso será semejante vuestro fin? ¿Pues qué ceguedad es la vuest-

tra-

tra en hacer que vuestra eterna salud dependa de la cosa mas incierta del mundo? Y aun quando estuviérais libres de estos terribles accidentes, y no fueran tan frecuentes como son en la realidad, ¿no acomete de este modo la muerte á la mayor parte de los hombres? ¿No sucede regularmente que el último instante que pone fin á nuestra vida, no era el último á nuestro parecer?

*2. Quiero convenir en que os conceda tiempo, y que tengan lugar los Ministros del Señor para deciros como un Profeta al Rey de Judá: *Arreglad vuestra casa, porque morireis*: ¿Os hallareis por eso en estado de buscar á Jesu-Christo? ¿Quereis que un pecador, con una razon que ya se obscurece, con una memoria que ya se confunde, con un corazón que se deshace, pueda sondear y aclarar los abismos de su conciencia? ¡Gran Dios! ¿Un pecador en este estado podrá, no digo aplacaros, pero ni aun conoceros y adoraros? Juzgado vosotros mismos, vosotros á quienes la mano del Señor ha llevado ya hasta las puertas del sepulcro: ¿Qué uso haciais entonces de vuestra razon? ¿Y qué fruto habeis sacado del beneficio que dilató vuestros dias?*

3. Quiero convenir en que la misericordia de Dios conceda entonces algunos intervalos libres al pecador moribundo: ¿Pero cómo se usa de ellos? Se ocupan en los negocios y ultimas disposiciones, y los cuidados de la conciencia se dexan para otros intervalos menos felices. Entonces se llama al Sacerdote; y aun se procura que el enfermo no esté en estado de conocerle, para que no se asuste con su venida.

4. Quiero convenir en que hasta el último suspiro conserveis tan entera la razon como la teneis hoy: ¿Pero os parece que no os impedirán los obstáculos que entonces hallareis en vuestro propio corazón? ¿O parece que toda una vida llena de desordenes, unas pa-

sio-

siones, que os han acompañado desde la infancia, y que casi se han naturalizado con vosotros, han de ceder, y se han de desaparecer en un instante? ¿Os parece que un hombre que en toda su vida no ha pensado en mas que en adquirir riquezas por todos caminos, ha de confesar en un instante que todas sus ganancias han sido pecaminosas? ¿Qué un impío, que mil veces ha profanado la santidad de la religion con sacrilegas burlas, se ha de hacer fiel y religioso quando está para morir? &c. Vos, Señor, nos decís en los libros santos: Su fin será semejante á sus obras; *Quorum finis erit secundum opera ipsorum*. Si habeis vivido impúdicos, morireis impúdicos; si habeis vivido ambiciosos, morireis sin que muera en vuestro corazon el amor del mundo, y de sus vanos honores. En una palabra, *morireis en vuestro pecado*. Y así obrad bien mientras Dios os concede tiempo; no llegueis á la hora de la muerte con deseos, sino con frutos de penitencia.

II. Parte. Es eterna verdad, que el Señor tiene puestos límites á su paciencia; y que así como tiene tiempo señalado para acordarse del pecador, le tiene tambien para olvidarse de él. Bien sé que todo el tiempo de la vida presente es tiempo de propiciacion, y que en qualquiera hora que el pecador se convierta á Dios, Dios se convierte á él; pero tambien sé que cada auxilio de la gracia de que abusais, puede ser el último de vuestra vida.

Supuesta esta verdad tan terrible, saquemos una consecuencia que no es de poco peso: 1. Si la Escritura nos anuncia en todas partes, que Dios se retira algunas veces de una alma infiel, ¿qué podreis esperar vosotros para el último instante? Vosotros, que agitados continuamente de crueles remordimientos, habeis llegado con vuestra ingratitude é impenitencia hasta el dia de su ira, ¿dónde estará entonces aque-

lla Justicia, que insulta á las lágrimas del impío que está para morir.

2. La naturaleza de la gracia que os prometeis para entonces, no os permite el que la esperéis: La gracia que consume la santificacion de una alma, la gracia de la perseverancia final es la gracia de los escogidos, y la última prueba del amor que Dios tiene á una alma. Dios, rigurosamente hablando, á nadie debe este favor inestimable, y aun muchas veces suele no concederle á aquellos mismos que han seguido mucho tiempo las sendas de la justicia, ¿y os persuadís vosotros á que el mayor de todos los beneficios ha de ser premio de una vida llena de ingraticudes? ¿Es posible que casi todos los hombres se hayan de engañar con una esperanza tan necia?

3. Aun quando Dios concediera algunas veces esta gran misericordia á una alma, que hubiera dilatado su conversion hasta la muerte, os vuelvo á decir que nunca os la concederá á vosotros, que dilatais vuestra conversion, fiados en ella. No os engañe, pues, la falsa esperanza de que Dios usará entonces con vosotros de una particular conducta. Esa misma esperanza que habeis tenido en su misericordia, y que ha servido de manteneros en vuestros desordenes, será entonces el mayor de vuestros delitos: Los hombres se consuelan en la muerte de sus parientes y amigos con los proyectos de conversion, que muchas veces los han visto formar: Y este es justamente el mayor motivo que yo tengo para temblar de su fin.

4. No quiero decir que no baste un solo instante de verdadera penitencia para borrar en un momento los delitos de toda la vida; pero Dios desprecia la penitencia del pecador en la hora de la muerte, porque es falsa. Porque 1. No es libre: Regularmente mas es efecto de la necesidad á que se ve reducido, que fruto de la gracia y de un verdadero arrepentimien-

to: Y si no, ¿si Dios dilatara sus días, no dilatara él tambien sus culpas? 2. Su dolor nace de un temor puramente natural: él mismo es el único objeto de su dolor, el fin de sus súplicas, y el motivo de su penitencia: Sus lágrimas son lágrimas de Esaú, y de Antiocho; lágrimas estériles y reprobadas: Por eso el pecador levantará entonces su voz al cielo, y el justo Dios se reirá de sus clamores; llorará, y Dios insultará á sus lágrimas: Entonces será inútil, que despues de no haber buscado en todo el tiempo de su vida sino unos Ministros condescendientes, ó el primero que se presentaba, llame á algun hombre de Dios, el mas ilustrado y respetable por sus talentos: En vano le exortará este Ministro á que ponga toda su confiaza en Dios, y minorará á su vista el horror de sus delitos, para que no caiga en desesperacion: El mismo Ministro le hablará temblando, porque sabe que el Señor tiene su peso y su medida, y que el hombre nada puede rebaxar de ella.

Ultima reflexion: ¿Qué cosa mas favorable puede desear para sí el pecador en la hora de la muerte, que el tener tiempo y hallarse en estado de buscar á Jesu-Christo, y el buscarle en efecto? Y con todo eso; ¿qué es lo que Jesu-Christo le permite que espere con estas diligencias, si las dilata hasta la muerte? *Me buscareis, y morireis en vuestro pecado.* Despues de esta sentencia podeis vivir tranquilos en vuestros desordenes, durante el tiempo de vuestra vida? Yo no intento poner límites á la misericordia de Dios; pero lo cierto es que los saludables Sacramentos, aplicados entonces al pecador, acaso consuman su reprobacion; y muchas veces la última de las gracias de la Iglesia es el último de sus sacrilegios. Es verdad de fé que es corto el número de los que se salvan, y con todo eso si bastaran para salvarse las señales de arrepentimiento que dán los pecadores en

en la hora de la muerte, casi no habria pecador que no se salvase. Lo cierto es que debemos hacer penitencia mientras Dios nos concede tiempo; y que en la hora de la muerte, ó no os hallareis en estado de buscar á Dios, ó aun quando le busqueis, no le hallareis.

MARTES

DE LA SEGUNDA SEMANA.

SOBRE EL RESPETO HUMANO.

Division. I. *El delito del respeto humano.* II. *Su locura.* III. *Su injusticia.*

I. *Parte.* El enemigo de la eterna salud pone dos lazos á la flaqueza del hombre. El uno de engaño, atrayendole con falsas esperanzas: el otro de cobardía, desanimandole con temores insensatos: El conocimiento, pues, del mundo, casi por sí solo basta para librarnos de la primera ilusion, que nos promete en él una felicidad imaginaria: pero el largo uso de el mundo, en vez de curar el temor de sus juicios, solo sirve de hacernos mas tímidos: Para impugnar este temor, digo que ultraja á Dios

I. En su grandeza: A la verdad, la grandeza de Dios pide que no lo comparemos con un mundo despreciable; pero vosotros movidos por una parte de la voz de Dios, y por otra del temor de los hombres, le decís con las disposiciones de vuestro corazon: Yo, Señor, os serviria desde ahora, si el mundo que no

to: Y si no, ¿si Dios dilatara sus días, no dilatara él tambien sus culpas? 2. Su dolor nace de un temor puramente natural: él mismo es el único objeto de su dolor, el fin de sus súplicas, y el motivo de su penitencia: Sus lágrimas son lágrimas de Esaú, y de Antiocho; lágrimas estériles y reprobadas: Por eso el pecador levantará entonces su voz al cielo, y el justo Dios se reirá de sus clamores; llorará, y Dios insultará á sus lágrimas: Entonces será inútil, que despues de no haber buscado en todo el tiempo de su vida sino unos Ministros condescendientes, ó el primero que se presentaba, llame á algun hombre de Dios, el mas ilustrado y respetable por sus talentos: En vano le exortará este Ministro á que ponga toda su confiaza en Dios, y minorará á su vista el horror de sus delitos, para que no caiga en desesperacion: El mismo Ministro le hablará temblando, porque sabe que el Señor tiene su peso y su medida, y que el hombre nada puede rebaxar de ella.

Ultima reflexion: ¿Qué cosa mas favorable puede desear para sí el pecador en la hora de la muerte, que el tener tiempo y hallarse en estado de buscar á Jesu-Christo, y el buscarle en efecto? Y con todo eso; ¿qué es lo que Jesu-Christo le permite que espere con estas diligencias, si las dilata hasta la muerte? *Me buscareis, y morireis en vuestro pecado.* Despues de esta sentencia podeis vivir tranquilos en vuestros desordenes, durante el tiempo de vuestra vida? Yo no intento poner límites á la misericordia de Dios; pero lo cierto es que los saludables Sacramentos, aplicados entonces al pecador, acaso consuman su reprobacion; y muchas veces la última de las gracias de la Iglesia es el último de sus sacrilegios. Es verdad de fé que es corto el número de los que se salvan, y con todo eso si bastaran para salvarse las señales de arrepentimiento que dán los pecadores en

en la hora de la muerte, casi no habria pecador que no se salvase. Lo cierto es que debemos hacer penitencia mientras Dios nos concede tiempo; y que en la hora de la muerte, ó no os hallareis en estado de buscar á Dios, ó aun quando le busqueis, no le hallareis.

MARTES

DE LA SEGUNDA SEMANA.

SOBRE EL RESPETO HUMANO.

Division. I. *El delito del respeto humano.* II. *Su locura.* III. *Su injusticia.*

I. *Parte.* El enemigo de la eterna salud pone dos lazos á la flaqueza del hombre. El uno de engaño, atrayendole con falsas esperanzas: el otro de cobardía, desanimandole con temores insensatos: El conocimiento, pues, del mundo, casi por sí solo basta para librarnos de la primera ilusion, que nos promete en él una felicidad imaginaria: pero el largo uso de el mundo, en vez de curar el temor de sus juicios, solo sirve de hacernos mas tímidos: Para impugnar este temor, digo que ultraja á Dios

I. En su grandeza: A la verdad, la grandeza de Dios pide que no lo comparemos con un mundo despreciable; pero vosotros movidos por una parte de la voz de Dios, y por otra del temor de los hombres, le decís con las disposiciones de vuestro corazon: Yo, Señor, os serviria desde ahora, si el mundo que no

os ama, ni os sirve, me permitiera serviros, y amaros: Esta impiedad horroriza, pero con todo eso no dexais de ser impíos.

2. El respeto humano es injurioso á la verdad de las divinas promesas: Porque ¿os parece, que quando os hayais declarado por Jesu Christo, no sabrá confortar vuestro corazon contra las invecivas y caprichos de las censuras humanas? ¿Os parece que hallandoos entonces ilustrados con las nuevas luces de la gracia, no escuchareis con una santa firmeza unos discursos, en los que no vereis mas que los tristes desordenes de un entendimiento abandonado de Dios? Entonces, mas compadecidos de la locura de los hombres, que irritados con sus desprecios, pedireis á Dios que se compadezca de su ceguera, y que los manifieste las eternas verdades de su justicia. Aun no digo bastante: ¿Os parece que en aquellos primeros instantes de gracia, y de una verdadera mudanza de corazon, el alma, que se halla en extremo compungida y penetrada de los atractivos de una gracia divina, podrá hacer caso de nada que no sea su Dios, y de la felicidad de servirle? Responded, almas justas que me oís, y confundid la flaqueza del pecador tímido, que no puede comprehender cómo Dios se puede hacer amar, mas de lo que el mundo se puede hacer temer.

Pero es imposible, dicen algunos, el empezar una nueva vida sin hacerse reparable en el mundo con el ruido de la mudanza. De este modo, como refiere San Agustin, se engañaba el célebre Victorino, tan conocido en Roma por su sabiduría y eloquencia. Se persuadia á que Dios solamente mira el corazon, sin pedir otra cosa. Pero dexando aparte el que esto es ultrajar á la grandeza de Dios, á el que afectais no conocer en presencia de los hombres; qué es ser ingratos á la gracia que os mueve y os inspira el disgusto del mundo y de las pasiones; que es cosa indign-

digna de un corazon noble y generoso el hacer traicion de ese modo á vuestros interiores dictámenes; digo, que qualquiera ardid que se dirige á persuadir al mundo que aun aprobais sus abusos y máximas, y á ocultar en vosotros la reputacion de Siervos de Jesu-Christo, es un disimulo culpable, y menos digno de excusa, que el desorden declarado y manifiesto: Estadme atentos: La vida licenciosa de un pecador le grangea mas censores de su conducta, que imitadores de sus excesos; pero los abusos del mundo, autorizados con una vida, por otra parte regular, y mezclada de acciones piadosas, forman un engaño casi inevitable: Quanto mas os permitis esos abusos, absteniendoos por otra parte de los grandes desordenes, mas persuadís á vuestros próximos que el mundo no es incompatible con la salvacion; dáis motivo á que nuestros oyentes no nos crean quando les predicamos, que es imposible servir á dos Señores; multiplicais en la Iglesia los falsos penitentes, sirviendo de modelo á muchos pecadores arrepentidos, que juzgan que no hay mas que hacer para ser virtuosos, que lo que os vén hacer á vosotros: ¿No os basta el que vuestros desordenes hayan servido en otro tiempo de escandalo á vuestros próximos, sino que tambien hoy les ha de ser funesta vuestra falsa virtud?

II. Parte. Todo pecador es insensato, porque todo pecador prefiere un deleyte momentaneo á unas promesas eternas. No obstante, nuestras pasiones forman algunas veces unos errores, que aunque opuestos á las reglas, pueden, á lo menos, excusarse con las apariencias de equidad y de prudencia. Pero el respeto humano no es de este número; la extravagancia es en él tan manifiesta, que no dá lugar al engaño.

1. Consideradle en sí mismo: Poneos en las circunstancias que quisierais, de hombre justo, ó de mun-

mundano; elegid la Corte, ó el retiro; vivid como Filósofo, ó como libertino, nunca podreis conseguir el que todos los hombres alaben vuestra conducta. Pues ahora bien, ¿si en ninguna circunstancia de la vida podreis evitar el capricho de los juicios humanos, por qué los habeis de temer solamente en la virtud? ¿Si este inconveniente no os detiene en los negocios de la vida, por qué os ha de servir de estorvo en el gran negocio de la salvacion? Mas: ¿Aun quando por seguir el partido de la virtud hubierais de tener á todo el mundo por censor de vuestra conducta, qué importan los juicios de los hombres para el que solamente tiene interés en servir á su Dios? ¿Qué conexión puede tener su estimacion, ó su desprecio, con vuestra suerte eterna?

Pero no, Señores, yo me engaño: Las censuras de los hombres siempre son recompensa de la virtud, y el mas seguro pronóstico de la salvacion: Una virtud que fuese del gusto de los pecadores, me sería sospechosa: Los ojos de la carne no pueden ver en este mundo la grandeza del justo, porque estando oculta baxo unas viles apariencias, nada vé en ella la humana soberbia, que no sea despreciable. Pero este hombre que hoy se halla abatido y despreciado, será algun dia separado de los demás, y rodeado de gloria y de inmortalidad presentará á los amadores del mundo un espectáculo tanto mas espantoso, quanto añadirá á su admiracion la funesta desesperacion de una suerte muy diversa.

2. El respeto humano, que es insensato en sí mismo, lo es aun mucho mas en las circunstancias que le acompañan. 1. ¿Si estais desengañados del mundo, por qué haceis caso de sus juicios? 2. Hasta ahora habeis gozado injustamente de la estimacion de los hombres: Vosotros solos sabeis hasta qué punto ha llegado la medida de vuestras flaquezas, y de vuestras culpas

pas en la presencia de Dios; y unas flaquezas que si se hubieran hecho públicas os hubieran cubierto de una perpetua ignominia: Con todo eso, el mundo os ha alabado, ha visto en vosotros mil virtudes; y estas virtudes sin piedad no eran mas que titulos vanos; bien lo sabeis. ¿Pues no es preciso que Dios se vengue, y que el mundo hoy niegue, aunque injustamente, á una virtud que es verdadera, las alabanzas que habia dado tambien injustamente á vuestros vicios, y á vuestras falsas virtudes? 3. ¿Por qué temeis en los caminos de la salvacion lo que no habeis temido en otro tiempo en los de la culpa? Quando viviais entregados á los infames excesos, no haciais caso de los discursos de los hombres; ¿y solamente habeis de empezar á temerlos, quando debeis aprender á despreciarlos? ¿Solamente para servir al Señor hemos de ser cobardes? ¿El pecado ha de caminar á cara descubierta, y la virtud se ha de avergonzar y ocultarse? Además de que ¿qué puede decir el mundo? ¿Que sois inconstantes, que sois locos, que no perseverareis mucho tiempo en ese estado; que solamente dexais al mundo porque el mundo os dexa; que ya habeis dado suficientemente á conocer que no sois buenos para nada? ¿Y en qué pueden venir á parar estos discursos? En daros mejor á conocer el mundo; en hacerosle mas despreciable, y en servirlos de instruccion, que os debe traer mas vigilantes, mas ocupados en vuestras obligaciones, y mas agradecidos á la gracia que habeis recibido. Finalmente, os pregunto: ¿Quiénes hablan de este modo? ¿Quiénes son los que os censuran? No son ciertamente ni los justos, ni los mas prudentes entre los mundanos, para con los quales la virtud siempre tiene su estimacion; no son mas que un corto número de hombres libertinos, y de poco talento, que se glorían vanamente de oponerse á la virtud, al mismo tiempo que

en

en su interior la están respetando.

III. Parte. El respeto humano es injusto. Porque
1. Este mundo que no conoce á Dios; este mundo que llama bien al mal, y mal al bien; este mundo en medio de ser tan perverso, respeta á la virtud, envidia algunas veces su felicidad, suele buscar asilo y consuelo en los que la profesan, y aun la tributa públicos respetos. ¿Pues por qué habeis de temer el parecer siervos de Jesu-Christo delante de los pecadores, que quisieran ser semejantes á vosotros?

2. Acaso haceis gala delante del mundo de ciertos talentos ó ventajas humanas, con las que os parece que os grangeais su estimacion: Pues sabed que os engañais; y que acaso se está burlando de esas mismas cosas con que juzgais agradarle: Sed justos; la piedad no tiene envidiosos, y el mundo que no aspira á esta especie de mérito, no os disputará vuestra reputacion: Acaso hará mas estimacion de vosotros, y en vez de censuraros, tendreis vosotros que llorar interiormente el exceso é injusticia de sus alabanzas.

3. Y lo que mas honra á la virtud, es que el mundo regularmente busca, y halla consuelo en la fidelidad y rectitud de los que la practican.

4. De esto provienen los públicos honores que el mismo mundo tributa á la virtud. Todos los dias estamos viendo personas de baxa esfera, aunque ennoblecidas con los dones de la gracia, que se merecen los honores y distinciones, que no dan ni las dignidades, ni el nacimiento: Tened cuidado de no mezclar con la piedad ninguna flaqueza humana: No junteis con la virtud las reliquias del genio, de las pasiones, y de las humanas flaquezas; porque esto es lo que regularmente se grangea las burlas y censuras del mundo: Si despues de esto teneis algo que temer, temed el que se den á unos debiles principios de conversion los elogios debidos á una perfecta penitencia: Temed el que esas alabanzas os ha-

hagan olvidar de vuestras miserias: Temed el que la injusta estimacion de los hombres sea para vosotros castigo de Dios, que acaso concede esta recompensa á algunas virtudes naturales que teneis, para castigar á su tiempo la interior vanidad que las corrompe.

Para evitar esta desgracia mirad á los hombres como si no existieran en el mundo: haced vuestras obras, como que obráis solamente en la presencia de Dios, y poned en sus manos los intereses de la virtud.

MIERCOLES DE LA II. SEMANA.

SOBRE LA VOCACION.

Division. I. Lo raro de una vocacion verdadera. II. Los peligros de una vocacion falsa.

I. Parte. La santidad es la vocacion general de todos los fieles; pero el camino para llegar á la santidad no es el mismo respecto de todos los hombres, y solamente caminamos con seguridad por este camino, quando nos ha puesto en él la mano de Dios: La razon y la fé nos prohiben igualmente el pensar, que despues de habernos llamado el Señor á la luz del Evangelio, no se ha querido mezclar, por decirlo asi, en nuestra suerte; y ojalá no fuera tan cierto, que el camino que escoge la mayor parte de nosotros no es el que Dios nos habia señalado en el principio.

1. Muchas veces engañan las preocupaciones y las pasiones: Muchas veces la eleccion de estado se hace por una impresion que se ha conservado en nosotros desde la niñez; y antes de saber lo que somos, determinamos lo que hemos de ser para siempre: Tampoco es mas serio el cuidado que se pone en la eleccion de estado, aunque se espere á hacerla en una edad mas madura;

Bas-

Basta el esperar alguna dignidad en la Iglesia, para entregarse á este ministerio. Con la muerte de un hermano mayor se abandona el estado Eclesiástico. Un enfado ó una amistad deciden de nuestra suerte: ¿pues cómo no nos hemos de engañar usando de tan pocas precauciones? En este punto no tendrán excusa los padres de familia en la presencia de Dios, pues están obligados á instruir á sus hijos sobre la importancia de la eleccion de estado.

2. Segunda causa de que nos engañemos: El orden de la naturaleza es quien por lo comun decide solamente de esta eleccion, quando unicamente debiera depender de los fines de Dios para con nosotros: No se atiende á mas señal de vocacion que al orden del nacimiento, ó al estado de la fortuna. Confieso que Dios algunas veces se vale de señales humanas para facilitarnos la eleccion del estado á que nos destina; pero esta regla no es segura ni universal. Cada estado pide particulares talentos, y estos talentos no siempre están anexos en las familias al orden del nacimiento.

3. Tercera causa de que nos engañemos en la eleccion de estado: No examinamos qual es el camino que la religion y la razon quieren que sigamos, y que atendidas las circunstancias de nuestras inclinaciones y flaquezas, nos facilitará mas medios para nuestra salvacion: No quiero decir que todos los hombres se hayan de retirar á los desiertos, y renunciar los empleos y públicas profesiones que constituyen el orden y harmonía de la sociedad: El silencio, el retiro, y aun la austeridad de los Claustros no es el estado mas seguro para todos los hombres: Nuestra seguridad no consiste en el estado, sino en la vocacion de Dios á él: Lo que quiero decir es, que siendo nuestro principal negocio el llegar al feliz término, sería locura dar la preferencia al camino que se escoge, por hallarse en él mas exterioridades, y no porque en él hallaremos mas socorros para poder consumir feliz y santamente la carrera: Pues siendo,

co

como es cierto este principio; ¿quántas vocaciones hay defectuosas! ¿quáles son los motivos que mueven á unos á que sigan el partido de las armas, á otros el de la toga, y á otros el de la Iglesia? Solamente la codicia; pues ésta es la que decide de nuestros destinos; y Dios, á quien no hemos consultado en nuestra eleccion, acaso castigará el desorden, abandonandonos en este estado á las pasiones que nos le inspiraron.

4. No debiendo, pues, decidir de esta eleccion un gusto desordenado, tampoco debe decidir de ella el respeto humano, que violenta al gusto, y á las mas innatas inclinaciones, las que dimanán del autor de la naturaleza. Ultima raíz de nuestros engaños. Como de esta eleccion depende toda la quietud y felicidad de nuestra vida, las elecciones en que tiene mas parte el respeto y el temor de aquellos de quienes dependemos, que nuestras propias inclinaciones traen siempre consigo la amargura y el arrepentimiento; y con todo eso este respeto humano casi siempre preside en la decision de nuestra suerte, y casi no hay quien dé lugar á su propio corazon á que elija el estado que desea. De esto provienen tantos disgustos en todos los estados; tantas disensiones en las familias; tantos ruidos, tantos enfados; y tantas amarguras en los Claustros: cada uno se queja de su suerte, y tiene envidia á la ajena, y ninguno hay feliz en el mundo, porque casi ninguno está colocado en su propio lugar.

II. Parte. Entre todas las circunstancias de la vida la eleccion de estado es en la que mas debe temerse el engaño; ya se considere:

1. De parte de Dios, cuyos derechos usurpa. A la verdad, aunque Dios nos dió la libertad, no por eso cedió los derechos que tiene sobre nosotros; y él solo es quien debe disponer de nuestro destino segun los fines que se propuso quando nos formó. Pero aun quando su soberanía no le diera este derecho sobre la criatura, su sa-

Tomo IV.

Tt

bi-

biduría debiera hacerle árbitro de nuestra suerte: ¿Por qué? Porque solamente Dios nos conoce; él solo puede juzgar de las diversas relaciones de vicio y de virtud que tienen las qualidades de nuestra alma con los diversos estados en que puede colocarnos; y consiguientemente si no nos ponemos en manos de su sabiduría, y hacemos la elección de estado según nuestro antojo, es preciso que nos extraviemos, pues no tenemos suficiente conocimiento de nosotros mismos para poder determinar lo que nos conviene.

2. El engaño en la elección de estado es muy de temer por razón de los auxilios y gracias de que nos priva. Como en todos los estados hay sus peligros, y sus particulares dificultades, en todos hay necesidad de socorros para vencer estos obstáculos, y evitar estos peligros: para participar, pues, estas gracias particulares, es necesario que el mismo Dios nos llame á el estado que elegimos, porque si no nos mirará como á un siervo temerario, á quien no debe obligacion alguna, y que no tiene ningun derecho á sus beneficios. ¡Ah! Si todos los dias vemos perecer tantas almas, no obstante las gracias anexas á su estado: Si la flaqueza del hombre muchas veces no puede mantenerse en los caminos por donde Dios le guía ¿serán menos sus caídas quando camine solo?

Algunas veces nos admiramos de que hayan degenerado tanto las costumbres de los Christianos; pero es muy facil hallar la razón. Todo está corrompido, porque casi ninguno ocupa el lugar que le corresponde. La raíz de la depravacion de los estados es la falta de vocacion, ¿y qué irreparables consecuencias no tiene esta falta?

3. La tercera razón por qué es tan temible el engaño en la elección de estado, es porque son irremediabiles sus consecuencias. Paso en silencio, que no hallandoos en el camino que debe guiaros á la salvacion, quanto

mas camineis por él, mas os extraviareis; y acerca de este efecto casi nunca se forman remordimientos: pero reparad en las consecuencias de una vocacion ilegítima: si sois hombres de república, se sigue el uso injusto que haceis de vuestra autoridad, el bien que dexais de hacer, y el mal que autorizais: si os entrometisteis en el lugar santo, se sigue la pérdida de tantas almas, que en el zelo y piedad de un Ministro fiel hubieran hallado la gracia y la salvacion: Si habeis profesado la vida de los Claustros, se sigue la relajacion que introducís en ellos con vuestro mal exemplo. Vosotros los que inspirais á vuestros hijos vocaciones injustas, ved aquí las funestas consecuencias, y los infinitos delitos de que os hace responsables en el tribunal de Dios una sola culpa.

Pero si las consecuencias de este engaño son irreparables respecto de los padres ambiciosos que os le inspiran, no lo son menos para vosotros los que habeis tenido la desgracia de engañaros. Supongo que estais arrepentidos, ¿pues qué remedios podré señalaros? ¿Qué medidas podreis tomar? Puede ser que hayais hecho la elección de vuestro estado contra el orden de Dios, y que ya no esté en vuestra mano el abandonarle, ó mudarle; por otra parte no estais obligados á lo imposible para salvaros: pues ahora bien, ¿os salvareis en un estado, que no siendo el que os corresponde, no puede servir de camino para vuestra salvacion?

Sí, Católicos, porque es verdad de fé, que qualquiera que sea el estado de la criatura, nunca debe desespérer mientras vive en la tierra: ni hay estado alguno en que no sea posible la penitencia, ni Dios está de tal modo sujeto á las leyes de su justicia, que no pueda con su misericordia templar su rigor.

Y así los que aun no habeis hecho elección de estado, huid de estos escollos, orad mucho, consultad vuestros talentos, vuestras inclinaciones, vuestras fuerzas, vuestras flaquezas, y los intereses de vuestra eterna

salud: procurad alcanzar la gracia de una buena eleccion con la inocencia de vuestra vida. Pero si ya habeis hecho la eleccion, y dudais de los motivos que tuvisteis para ello, haced cierta vuestra vocacion con las buenas obras: sabed que la fidelidad á las obligaciones de vuestro estado es el camino mas seguro para vosotros: remediad esa falta en quanto pudiereis; formaros unos saludables escrúpulos, examinando con exáctitud todos los pasos de vuestra vida.

Pero si fuese absolutamente indubitable que el Señor no tuvo parte en vuestra eleccion de estado, es digna de compasion vuestra suerte; estais distantes del reyno de los cielos; pero aun podeis aspirar á él, porque mientras podemos arrepentirnos, podemos esperar: No estais exteriormente colocados segun el orden de Dios, pero siempre que el corazon se convierte á su Magestad entra en este orden: Os expusisteis como Jonás á un mar borrascoso contra el orden de Dios; caisteis como él en lo profundo del abismo, pero aun teneis remedio; clamad como él al Señor: *De ventre inferi clamavi ad Dominum.* Este es el remedio que os ha dispuesto la Divina Misericordia; el arrepentimiento, los clamores, y una humilde fidelidad.

JUEVES DE LA II. SEMANA.

SOBRE EL RICO AVARIENTO.

Division. I. En el retrato que nos presenta Jesu-Christo del Rico avariento vereis la pintura de una vida ociosa y mundana, que parece no está acompañada de vicios ni virtudes. II. En la relacion de sus tormentos, vereis su condenacion y deplorable destino. Este es todo el asunto de esta Homilia.

I.

I. Parte. Habia en Jerusalén, dice Jesu Christo, un hombre rico; este parece que era su primer delito; nació feliz: Jesu-Christo nada añade á esta circunstancia: no nos dice que se hubiese elevado él mismo á aquel punto de prosperidad, ni que gozase con insolencia de unos bienes adquiridos por indignos medios. No obstante el primer grado de su reprobacion es, que era rico.

2. Estaba vestido de púrpura y de finisimo lino: la púrpura era una tela preciosa; pero no se nos dice que en esto excediese los límites que señalaba la costumbre á los de su clase, ni que no alcanzasen sus rentas á sus gastos: tampoco se nos dice que en esto tuviese fines pecaminosos; ni que intentase fomentar sus pasiones con su adorno. Vestía soberbiamente; y esto es lo que le reprehende Jesu-Christo.

3. Tenia una mesa magnífica. Pero la ley de Moisés solamente prohibia los excesos, y parece que tenia algun motivo para disfrutar las dulzuras de una abundancia, que se la habia propuesto como recompensa de la fidelidad: Por otra parte, á este rico no se le acusa de haber usado de las viandas prohibidas por la ley, ó de haber violado las abstinencias y ayunos que ella ordenaba. Es verdad que todos los dias comia esplendidamente: Pero no se nos dice que en su mesa hubiese excesos ni desórdenes: No se le arguye, ni de disoluto en sus conversaciones, ni de jugador, ni de que concurriese á las asambleas profanas; En nada se le reprehende en orden á la fé y religion de sus padres: No se habla de su probidad, ni se le echa en cara ninguno de aquellos defectos que interesan y ofenden á la sociedad.

¿Os parece, pues, muy culpado este rico del modo que le pinta Jesu-Christo? ¿Qué pecados son los suyos? Era rico, vestía bien, y comia esplendidamente: Si he de juzgar de él por vuestras costumbres y máximas, no solamente no me parece culpable, sino que se me representa virtuoso: ¿Qué decís vosotros todos

los

los días de los que se parecen á él? N. vive noblemente, come sus rentas con honor, &c.

4. Acaso me opondreis la dureza de corazón de este rico, y direis que en esto no os pareceis á él: Pero yo pudiera deciros con San Pablo, que en vano repartís todos vuestros bienes entre los pobres, si no teneis en vuestro corazón aquella caridad que todo lo cree, que todo lo espera, y que todo lo sufre. Por otra parte, ¿quál es el delito del rico avariento? Juntad todas las circunstancias, y vereis, que Jesu-Christo no tanto quiso representarnos á este rico como un monstruo de inhumanidad, quanto como un hombre ocioso, y demasíadamente entregado á sus placeres.

Por eso quando Abrahám dá á entender á este rico el motivo de su condenacion, no le dice, como dirá Jesu-Christo á los réprobos en el día del juicio: Lázaro estaba desnudo, y no le vestiste; tenia hambre, y no le diste de comer: Sino que le dice: Hijo mio, acuerdate de que fuiste feliz en el tiempo de tu vida; nada padeciste en la tierra, y no se llega de ese modo al descanso prometido á mi posteridad; tú buscaste tu consuelo en la tierra, y así no perteneces al pueblo de Dios; las lágrimas de Lázaro están ya enjugadas, pero tus alegrías y tus consuelos se han mudado en tormentos, que nunca se han de acabar.

¿Os admirais de esto, Católicos? ¿Ignorais acaso que es delito en un Cristiano el no tener virtudes? Un discípulo de Moysés, que vivia baxo una ley aún imperfecta, es condenado por haber vivido en la ociosidad y en las delicias, y un discípulo del Evangelio, un miembro de Jesu-Christo crucificado ha de ser tratado mas favorablemente, no negando nada á los sentidos, y sin abstenerse mas que de los placeres injustos é infames?

Es una verdad eterna que no podeis ser predestinados, si no sois conformes en la tierra á la imagen de Jesu-Christo. ¿Bastará, pues, para parecerse á Jesu-Christo el

el no ser fornicario, impío, ni injusto? ¿El gran modelo de todas las virtudes reconocerá por discípulo suyo al que no tiene ninguna? Y con todo eso vivís sin temor en orden á vuestro destino, porque haceis una vida regular, aprobada del mundo; y es tan cierto que en este estado vivís tranquilos en orden á vuestra salvacion, que quando os proponemos los ejercicios de las virtudes Christianas, nos respondeis que no quereis pasar tan adelante, y que os parece cosa prudente el evitar estos excesos.

San Agustin se quejaba de que ciertos Paganos de su tiempo no querian convertirse á la fé, porque hacian una vida arreglada segun el mundo; y esta es justamente la respuesta de los Christianos sensuales y ociosos, y de aquellos virtuosos del siglo, quando los exórtamos á una vida mas conforme á las máximas del Evangelio. Pero oíd la respuesta de este Santo Padre: Su conducta es irreprehensible segun el mundo, pero no son Christianos. ¿Por qué? Porque no crucifican su carne con sus deseos: porque los Christianos son espirituales, y estos mundanos aun son carnales.

Si para ser Christianos bastára el no caer en los grandes excesos, en el Paganismo ha habido muchos hombres sabios, dedicados á la obligacion, sin mas motivo que el honor y la fama; y así lo que constituye al Cristiano, no es él abstenerse de los desordenes, sino el practicar las virtudes del Evangelio, y el espíritu de Jesu-Christo crucificado.

II. Parte. Muere Lázaro, y es llevado al seno de Abrahám; muere tambien el rico, y es sepultado en el infierno: ¿Qué nuevo orden de destinos es este? reparad en que dice que el rico fue sepultado; y el cuerpo de Lázaro abandonado, apenas halla un poco de tierra que le cubra: Lázaro muere, y aun se ignora en Jerusalén que haya vivido; muere el rico, y le acom-

paña la pompa y magnificencia hasta el sepulcro: ¿Pero de qué sirve todo aquel aparato? Su alma precipitada con el peso de sus iniquidades ha penetrado ya hasta lo mas profundo del eterno abismo: *Sepultus est in inferno*. Pero registremos las circunstancias de las penas que padece aquel infelz en el lugar de los tormentos.

Apenas llega el rico al lugar de su suplicio, quando levanta los ojos: ¡Qué susto para un hombre que nunca sospechó, que la senda por donde caminaba, segura segun el mundo, pudiese conducir á la perdicion! levanta los ojos, y vé de lexos á Lázaro revestido de gloria y de inmortalidad: primera circunstancia de su suplicio. ¡Qué contraposición esta! ¡Qué deseos de haberle sido semejante! ¡Qué rabia de no parecerse á él! Católicos, lo que continuamente estará atormentando al pecador en lo profundo de aquel abismo, es la vista de las almas bienaventuradas, y el pensar en que él habia nacido para la misma felicidad.

2. La presencia de un bien á que nunca se ha tenido derecho, no mueve tanto á los infelices que están privados de él: Pero aquí un movimiento rápido llevará el corazon del hombre hácia el Dios para quien solamente fue criado; y una mano invisible le apartará de él. El mismo Dios de la gloria, para aumentar la desesperacion de estos infelices, se les manifestará con toda su grandeza, clemencia, y bondad; y esta vista los atormentará aun mas cruelmente que la ira y la justicia de Dios.

Es muy corto el conocimiento que tenemos acá en la tierra del natural amor que nuestra alma tiene á su Dios, porque los falsos bienes que nos rodean nos ocupan y distraen: pero despues de separada el alma del cuerpo se desvanecerán todas estas fantasmas de bien; toda la disposicion que en nosotros hay para amar, se dirigirá hácia Dios, y al mismo tiempo, el

pe-

peso de iniquidad, que en sí tiene el pecador, le oprimirá, y le impelerá hácia el abismo, en donde sin poder dexar de amar, se verá eternamente objeto del aborrecimiento de su Dios. ¡Qué terrible suerte el ser eternamente infelz, por tener eternamente presente la imagen de la felicidad que se ha perdido!

3. Es desgraciado el rico en el infierno, porque se acuerda de los bienes que recibió en su vida; y esta es otra circunstancia de su suplicio: ¡qué triste comparacion para esta alma, el considerar lo que fue con lo que entonces es! Los dias que han pasado, ya no existen, y solamente sirven de hacer mas funesta la amargura de su condicion presente. Añadid á esta memoria la de los bienes de la gracia de que ha abusado: Entonces acordandose el alma réproba de todos los medios que la proporcionó la bondad de Dios para la salvacion, se enfurece contra sí misma.

4. Otra desgracia del rico réprobo; las penas que padece al presente: *Padezco*, dice, *cruelles tormentos en estas llamas*. Pide una gota de agua, no para apagar la sed, sino para mitigar aquel fuego vengador que le abrasa, y se le niega este alivio: Nosotros no sabemos qué es lo que padece, pero sabemos que padece todo quanto puede hacer padecer un Dios irritado á un pecador, á quien quiere castigar.

Continuamente nos estais diciendo con un tono de lastimosa seguridad, que quisierais ver alguno que volviese de la otra vida á decirnos lo que allá pasa. Pues bien, decia en otro tiempo San Juan Chrisóstomo á los Grandes de Constantinopla, contentad hoy vuestra curiosidad; oíd á este infelz que os propone Jesu Christo, y que os hace una triste relacion de sus desgracias.

5. Aun mas; sus penas son mucho mas terribles, porque conoce que nunca se han de acabar; el alma condenada estiende su vista á la duracion de todos los siglos, y lo futuro es el mas terrible de todos sus pensamientos.

tos, y sola la eternidad es la medida de sus penas.

Finalmente, los desordenes de sus hermanos, que aun vivian, y a los que el exemplo de su vida ociosa y sensual habia servido de ocasion de escandalo, es la última circunstancia de sus penas: Padece por los pecados ajenos: Todas las culpas en que aun caen sus hermanos aumentan el furor de sus llamas, porque aun duran sus escandalos, y pide su conversion como alivio de sus penas. ¿Quántas almas réprobas os parece que habrá en el infierno, con las que en otro tiempo vivisteis, cuyas conversaciones oisteis por desgracia, cuyos exemplos habeis imitado, y á las que habeis seguido en el depravado gusto que os inspiraban al deleyte?

¿Pero qué respuesta se dá á todas estas almas reprobadas desde el seno de Abraham? Teneis á Moysés, y á los Profetas: Si las verdades de las Escrituras no os corrigen, sería inutil el que resucitara un muerto para convertirlos; y aunque vierais un muerto resueitado, todavia tendria vuestro corrompido corazon mil razones para dudar. Leed, pues, las Escrituras santas, sea esta vuestra primera, y vuestra última obra cada dia, pues este es el unico medio que hoy os propone Jesu-Christo para evitar la suerte del réprobo de nuestro Evangelio. En ellas hallareis las mas sencillas verdades, y los principales fundamentos de la doctrina de salvacion.

VIERNES

DE LA II. SEMANA.

SOBRE EL HIJO PRÓDIGO.

Division. I. Los excesos de la pasion de la lascivia, figurados en los desórdenes del Hijo Pródigo. II. El exceso de la misericordia de Dios, figurado en los pasos del Padre de familias.

I. Parte. Los excesos de la pasion en los desórdenes del Hijo Pródigo.

1. No hay vicio que tanto aparte de Dios al pecador; pone como un abismo entre Dios y el alma sensual, y casi no dexa esperanza de conversion al pecador. Por eso se dice en el Evangelio que el Pródigo se fue desde luego á un país muy remoto. A la verdad, parece que en los demás vicios el pecador aun está unido á Dios, aunque con lazos muy débiles, pero esta infame pasion de que voy hablando, deshonra al cuerpo, apaga la razon, y hace insípidas todas las cosas del cielo.

2. Tampoco hay vicio que dexa menos esperanza de convertirse á Dios, quando el pecador se ha apartado ya de su Magestad. El Pródigo dispipó toda su hacienda en desórdenes: Los bienes de la gracia y los de la naturaleza: La pérdida de la gracia, es fruto ordinario de todo pecado que mata al alma; pero éste aun pasa mas adelante, y ofende á los dones del Espiritu Santo hasta la raíz; y la fé que es el

Vv 2

fun.

tos, y sola la eternidad es la medida de sus penas.

Finalmente, los desordenes de sus hermanos, que aun vivian, y a los que el exemplo de su vida ociosa y sensual habia servido de ocasion de escandalo, es la última circunstancia de sus penas: Padece por los pecados ajenos: Todas las culpas en que aun caen sus hermanos aumentan el furor de sus llamas, porque aun duran sus escandalos, y pide su conversion como alivio de sus penas. ¿Quántas almas réprobas os parece que habrá en el infierno, con las que en otro tiempo vivisteis, cuyas conversaciones oisteis por desgracia, cuyos exemplos habeis imitado, y á las que habeis seguido en el depravado gusto que os inspiraban al deleyte?

¿Pero qué respuesta se dá á todas estas almas reprobadas desde el seno de Abraham? Teneis á Moysés, y á los Profetas: Si las verdades de las Escrituras no os corrigen, sería inutil el que resucitara un muerto para convertirlos; y aunque vierais un muerto resueitado, todavia tendria vuestro corrompido corazon mil razones para dudar. Leed, pues, las Escrituras santas, sea esta vuestra primera, y vuestra última obra cada dia, pues este es el unico medio que hoy os propone Jesu-Christo para evitar la suerte del réprobo de nuestro Evangelio. En ellas hallareis las mas sencillas verdades, y los principales fundamentos de la doctrina de salvacion.

VIERNES

DE LA II. SEMANA.

SOBRE EL HIJO PRÓDIGO.

Division. I. Los excesos de la pasion de la lascivia, figurados en los desórdenes del Hijo Pródigo. II. El exceso de la misericordia de Dios, figurado en los pasos del Padre de familias.

I. Parte. Los excesos de la pasion en los desórdenes del Hijo Pródigo.

1. No hay vicio que tanto aparte de Dios al pecador; pone como un abismo entre Dios y el alma sensual, y casi no dexa esperanza de conversion al pecador. Por eso se dice en el Evangelio que el Pródigo se fue desde luego á un país muy remoto. A la verdad, parece que en los demás vicios el pecador aun está unido á Dios, aunque con lazos muy débiles, pero esta infame pasion de que voy hablando, deshonra al cuerpo, apaga la razon, y hace insípidas todas las cosas del cielo.

2. Tampoco hay vicio que dexa menos esperanza de convertirse á Dios, quando el pecador se ha apartado ya de su Magestad. El Pródigo disipó toda su hacienda en desórdenes: Los bienes de la gracia y los de la naturaleza: La pérdida de la gracia, es fruto ordinario de todo pecado que mata al alma; pero éste aun pasa mas adelante, y ofende á los dones del Espiritu Santo hasta la raíz; y la fé que es el

Vv 2

fun.

fundamento de todos los dones, tarda muy poco en ser destruída en el corazón del pecador impúdico, porque hay muy poca distancia desde la disolución á la impiedad: También se disipan los bienes de la naturaleza: En vuestra formación recibisteis una alma púdica; nacisteis con un genio suave, tranquilo y agradable; con unos talentos felices; pero despues que entró en vuestra alma este impuro fuego, nadie os conoce, y todos os buscan en vos mismo sin poderos hallar: No quiero hablar de los bienes de la fortuna que se sepultan en este abismo.

3. Tercer carácter de este infame vicio de que hablamos; llega á ser el suplicio del pecador impúdico. Despues que el Hijo Pródigo disipó todos sus bienes, sobrevino una grande hambre en aquel País, y empezó á padecer necesidad. Este vicio hace al pecador insufrible á sí mismo. 1. Por la grande inquietud que dexa en la conciencia impura, la que es causa de que el pecador continuamente se esté reprehendiendo su propia flaqueza, y que se avergüence interiormente de no poder sacudir el yugo que le oprime. 2. Por los disgustos, las envidias, los furores, las violencias, los temores, y los tristes sucesos inseparables de esta pasión. 3. Por los nuevos deseos, que continuamente enciende este vicio en el corazón. 4. Por las funestas conseqüencias del desorden, las que casi siempre hacen expiar en un cuerpo cargado de dolores, la infamia de las pasiones de la juventud.

4. Ultimo carácter de este vicio: No hay vicio que haga al pecador mas vil y despreciable á la vista de los demás hombres. El Hijo Pródigo cayó en una ruindad, que no se puede leer sin horror: Por mas que el mundo procure dar nombres especiosos á esta pasión infame, en la realidad es una vileza, que afrenta al hombre, y al Christiano; es una mancha, que

que obscurece las mas heroicas pasiones; es una ruindad, que lejos de hacernos semejantes á los Heroes, nos confunde con las bestias; y el mundo en medio de estar tan corrompido, respeta al pudór; cubre de una eterna ignominia á los que viven en el desorden, y los toma por asunto de sus burlas y censuras.

II. Parte. *Veamos en la conversion del Hijo Pródigo el modelo, y los consuelos de su penitencia.*

1. El primer carácter de su pasión habia sido el poner como un abismo entre él y la gracia, con las tinieblas que habia derramado sobre su espíritu, con el fatal disgusto para las cosas del cielo, y con la esclavitud de sus sentidos á el imperio de su sensualidad. El primer paso de su penitencia aparta todos estos obstáculos. 1. Le abre los ojos, para que vea el infeliz estado á que le habian reducido sus pasiones: *Le hace entrar dentro de sí mismo*, dice el Evangelio. 2. Su fatal disgusto para las cosas del cielo se muda en un santo deseo de virtud y de justicia. *Quántos siervos, dice, tienen pan con abundancia en la casa de mi Padre, y yo aquí me muero de hambre.* En otro tiempo temblaba solamente al acordarse de la Ley, y de la virtud; no podia sufrir ni aun la vista de la casa del Padre de familias; y ahora empieza á envidiar la suerte de sus criados, y de aquellas almas fieles que le sirven. 3. No se contenta con simples deseos de imitarle; no los dilata para mas adelante; no alaba la virtud con la esperanza de seguir algun dia sus reglas; el verdadero dolor es tardo en hablar, y pronto en executar. *Me levantaré*, dice, *surgam.* Tengo un Padre amoroso y compasivo, que no quiere mas que la conversion de su hijo; ire, pues, á su santa casa: *Ibo ad Patrem.* Iré, derramaré en su presencia toda la amargura de mi alma, y le diré:

Pa-

Padre mio, pequé contra el cielo, y delante de vos.

2. ¡Qué mudanza, y qué exemplo tan lleno de consuelo para los pecadores! Parece que Dios quiere con particularidad ser Padre de los ingratos, bienhechor de los culpados, Dios de los pecadores, y consuelo de los penitentes. A la verdad, á los primeros pasos de la penitencia del Hijo Pródigo siguen mil consuelos, quando por otra parte, los frutos de la iniquidad habian sido para él amargos como el agenojo.

Primeramente halla consuelo en las felicidades que encuentra para la santa empresa de su conversion. El Padre de familias vé desde lejos á su hijo, y corre hácia él: Un pecador necesita de poco para detenerse en los principios de su carrera: El mismo demonio, mas atento entonces que nunca á no dexarse quitar la presa, presenta á el alma, medio movida al arrepentimiento, unas dificultades invencibles en su nueva empresa. Pero qué hace entonces el amor siempre vigilante del Padre de familias? Corre hácia donde está su hijo, se dá prisa á socorrerle, le anima contra sus temores; junta mil circunstancias, que le aseguran todos los pasos; aparta las ocasiones en que puede tropezar su flaqueza; y trastorna los proyectos que pudieran exponerle á nuevos peligros. 2. Halla consuelo por parte de las interiores suavidades que experimenta en los primeros pasos de una nueva vida: No se contenta el Padre de familias con correr á él, se le arroja al cuello, le abraza, y le besa: *Cecidit super collum ejus, & osculatus est eum.* Esta es una tierna imagen, y de mucho consuelo, de la alegría que causa en el cielo la conversion de un solo pecador, y de los interiores consuelos con que Dios favorece á una alma desde los primeros pasos de su conversion. 3. Halla consue-

suelo por parte de la participacion de los santos Misterios, de los que por sus desordenes habia vivido privada tanto tiempo: El Padre de familias manda matar un gordo cabrito: Convida á este celestial banquete al hijo que acaba de hallar. *Adducite vitulum saginatum, manducemus, & epulemur.* ¡Qué consuelo! Despues de haber vivido tantos años separado del Altar, y de los Sacrificios, hallarse al pie de él con sus hermanos, ser sustentado con el mismo pan, confortado con la misma vianda, esperando las mismas promesas, &c. ¿echará menos entonces el alma los infames deleytes de que acaba de disgustarla la gracia.

3. Finalmente: El Hijo Pródigo habia llegado al mayor abatimiento y desprecio; y el honor y la gloria son el último privilegio de su penitencia; vuelve á entrar en posesion de todos los derechos de que estaba privado; se le pone un vestido de dignidad é inocencia; y aun es preferido á su hermano mayor: Es decir que la piedad nos hace olvidar la locura y vileza de nuestras pasiones, y que solamente nos acordemos de ellas para hacer mas estimacion de las virtudes que las han sucedido.

TERCER DOMINGO DE QUARESMA.

SOBRE LA INCONSTANCIA EN LOS caminos de la salvacion.

Proposicion. La inconstancia en los caminos de la salvacion es entre todas las qualidades de una alma la que dexa en ella menos esperanza de salvacion, porque todos los remedios que son utiles para la conversion de otros pecadores, son inutilis para el alma inconstante y mudable, que tan presto se convierte á Dios, movida de sus miserias, como se olvida de Dios, dexandose arrastrar de ellas.

1. El primer remedio util para sacar á una alma de sus desordenes es el conocimiento de la verdad, pues el primer medio de que se vale la gracia, para la conversion de una alma mundana, es manifestarla el mundo, y la eternidad, como realmente son en sí, y como nunca los habia considerado: Entonces cae de repente el velo que tenia sobre los ojos: Se admira de haber ignorado tanto tiempo las unicas verdades que le importaba conocer; y añadiendo la novedad como una nueva fuerza á las impresiones que en ella hace la verdad, se alegra de haber por último abierto los ojos: Pero este remedio de salvacion, tan inefable para otros pecadores, tiene poca fuerza para el alma inconstante y variable: Las verdades de la fé ya no hacen impresion en ella; porque

que no son para ella luces nuevas; ha visto claramente, tanto la vanidad de las cosas humanas, como las grandes verdades de la eternidad: Estas verdades han perdido ya para ella la admiracion, y el atractivo de la novedad, que es tan feliz para otros pecadores. ¿Pues qué remedio podrá hallar esta alma en el conocimiento de la verdad? ¿Qué podrá saber de nuevo? ¿Que el mundo es un engaño? ¿Que es cosa terrible el sacrificar toda una eternidad á un instante de embriaguez y de deleyte? ¿Que es preciso darse prisa á vivir bien, porque la muerte es semejante á la vida? Esto ya se lo ha dicho mil veces á sí misma en los instantes que ha tenido de penitencia; los intervalos de arrepentimiento, de que ha estado llena su vida, todos han provenido de la impresion que en ella han hecho estas verdades. ¿Pues qué cosa nueva podrá enseñarla, ni aun el mismo Dios? Es verdad que el Señor aun puede iluminarla, pero esto solamente la servirá de nueva ocasion para resistir á la verdad, y no de nuevo atractivo para seguirla: Está ya familiarizada con la verdad y con sus pasiones: está acostumbrada á sufrir la vista de las santas máximas, y la de las injustas flaquezas. ¡Ah! Ojalá, como dice un Apostol, se mantuviera aun en las tinieblas de su primera ignorancia, y nunca hubiera conocido la verdad!

2. El segundo medio de salvacion, favorable para otros pecadores, es un nuevo gusto que acompaña siempre en los principios de la justificacion; una suavidad que se experimenta en tener el corazon libre de las pasiones y de los remordimientos: No hay cosa de mas consuelo que aquellos primeros momentos, en que habiendose roto nuestras cadenas, empezamos á respirar, y á gozar de una suave y santa libertad.

Pero vosotros, que tantas veces habeis experimentado la suavidad de estas divinas impresiones; vosotros que continuamente estais pasando del gusto de la virtud

al gusto del mundo y de los placeres, almas inconstantes y mudables, ¿qué dulzura ni qué consuelo os podrá ofrecer una nueva y santa vida, que no hayais experimentado ya muchas veces? Si tuvierais un corazón de piedra, como los pecadores insensibles, un golpe de la gracia podría herirle, romperle ó ablandarle; pero teneis un corazón facil de moverse, difícil de fixarse, vivo en un instante de gracia, y mas vivo en otro instante de deleyte; que tan presto le parece que solamente Dios es digno de ser amado, como que solo el mundo merece su amor. Pues os repito temblando, Católicos, que son muy raras las conversiones de las almas semejantes á las vuestras. En este punto es decisivo y terrible el decreto de Jesu-Christo; dice que una alma, como la vuestra, no es á proposito para el Reyno de los Cielos; esto es, que sus inclinaciones, su interior disposicion, el carácter propio de su espíritu, y de su corazón la hacen inhábil para la eterna salud: ¿De qué proviene esto? De que la piedad christiana supone un espíritu maduro, capaz de resolverse, que habiendo conocido una vez el camino derecho, entra en él sin apartarse facilmente: Supone una alma fuerte y prudente, que no se dexa gobernar de los sentidos, sino de las reglas de la fé y de la prudencia: Aun en el mismo mundo una alma mudable é inconstante no es capaz de nada, y basta el verla empezar qualquier negocio, para que se haga juicio de que no le ha de perfeccionar: La desigualdad, pues, de la conducta proviene en vosotros de una natural inconstancia, para la que la novedad tiene unos atractivos muy poderosos, y que se enfada muy presto de una misma cosa; proviene de una incertidumbre y de una inconstancia del corazón, que no puede fiarse de sí mismo para el instante siguiente; que en ninguna cosa consulta, ni sigue mas que á su gusto; y así no sois á proposito para el Reyno de los Cielos.

3. El tercer remedio, util para otros pecadores, es el de los Sacramentos; pero este remedio sirve de escollo para el alma inconstante y mudable. 1. Por el inutil uso que siempre hace de estos divinos remedios: En un pecador que ha envejecido en la culpa, y que por último viene á postrarse á los pies de un Sacerdote, la magestad del lugar, la santa severidad del Juez, la importancia del remedio, la vergüenza y confusion de sus delitos, todo esto hace en su corazón unas impresiones tan nuevas y profundas, que no es facil el borrarlas; pero el pecador de quien yo hablo, va al tribunal de la penitencia con una alma familiarizada con su confusion; vive en seguridad contra sí mismo, y no se avergüenza de lo que confiesa. 2. La sirve de escollo, por el fingimiento que es inseparable de las recaídas. 3. Por el inevitable sacrilegio que en ellas comete; pues estar continuamente arrepintiéndose y recayendo, es profanar las cosas santas, y burlarse de ellas. No quiero decir que la gracia de los Sacramentos ponga al hombre en un estado constante é invariable de justicia; pero en el que se levanta de los pies del Sacerdote verdaderamente justificado, no son tan frecuentes las recaídas: No se pasa en un instante del estado de justificacion al de la culpa, porque la conversion no es obra de un instante, sino una obra difícil; y no se pierde en un momento lo que se ha adquirido á costa de infinitas penas y trabajos; es una obra sólida, y lo que en un instante se arruina, no puede estar fundado sino sobre arena movediza: Es una obra seria, acerca de la qual se delibera mucho tiempo, y una empresa por mucho tiempo meditada, no se abandona casi en el mismo día que acaba de perfeccionarse: Por eso todos los Santos han mirado la penitencia de estas almas mudables é inconstantes, como públicas burlas de los Sacramentos, y como ultrages hechos á la santidad de nuestros mysterios, y así las separaban para siempre del

sagrado Altar. Bien sé que no se debe agravar el yugo, y que no afrenta menos á la religion un exceso de severidad, que una culpable cobardía; pero no se debe entregar inmediatamente la sangre de Jesu Christo á unos profanos, que le han pisado mil veces; no se debe dar credito á unas promesas tantas veces quebrantadas: Y ojalá, alma infiel que me oyes, ojalá hubieras hallado cerrados todos los tribunales á tus infames inconstancias, no se te viera aun la misma, despues de tantos Sacramentos, y de tan inútiles pasos de penitencia: Pero qué digo la misma! aun eres peor, pues has añadido á unos desordenes que nunca han sido perdonados, la funesta circunstancia de un gran número de sacrilegios.

Luego con razon decia yo, que entre todas las qualidades de una alma, la inconstancia en los caminos de la salvacion es la menos á proposito para el reyno de Dios; porque para otros pecadores hay remedios, pero para el inconstante no le hay, á lo menos yo no le hallo.

L U N E S

DE LA III. SEMANA

SOBRE EL CORTO NÚMERO
de los escogidos.

Proposicion y Division. *¿Quáles son las causas de que sea tan corto el número de los escogidos? Tres son las principales, que serán todo el asunto de este discurso.*

I. Parte. *La primera causa de ser tan corto el número de los escogidos es, que el cielo solamente está abierto para los inocentes, ó para los penitentes: No hay mas que estos dos caminos para la salvacion: ¿Por cuál de ellos camináis?*

1. *¿Sois inocente? En aquellos felices tiempos, en que la Iglesia no era mas que congregacion de Santos, era cosa muy rara el hallar fieles, que despues de haber sido reengendrados en el Sacramento del Bautismo, recayesen en el desorden de sus primeras costumbres; pero despues que el mundo se hizo christiano, trajo consigo á la Iglesia su corrupcion y sus máximas, y casi todos nos apartamos del camino desde el seno de nuestras madres; la tierra, como dice un Profeta, está inficionada con la corrupcion de los que la habitan. La ciudad es una Nínive pecadora. La corte el centro de todas las pasiones humanas; y hasta la misma sal de la tierra se ha puesto insipida. Pues ved aqui ya cerrado un camino de salvacion á casi todos los hombres; todos se han extraviado: En algunos puede suceder que la edad los haya hecho calmar las*

pa-

sagrado Altar. Bien sé que no se debe agravar el yugo, y que no afrenta menos á la religion un exceso de severidad, que una culpable cobardía; pero no se debe entregar inmediatamente la sangre de Jesu Christo á unos profanos, que le han pisado mil veces; no se debe dar credito á unas promesas tantas veces quebrantadas: Y ojalá, alma infiel que me oyes, ojalá hubieras hallado cerrados todos los tribunales á tus infames inconstancias, no se te viera aun la misma, despues de tantos Sacramentos, y de tan inútiles pasos de penitencia: ; Pero qué digo la misma! aun eres peor, pues has añadido á unos desordenes que nunca han sido perdonados, la funesta circunstancia de un gran número de sacrilegios.

Luego con razon decia yo, que entre todas las qualidades de una alma, la inconstancia en los caminos de la salvacion es la menos á proposito para el reyno de Dios; porque para otros pecadores hay remedios, pero para el inconstante no le hay, á lo menos yo no le hallo.

L U N E S

DE LA III. SEMANA

SOBRE EL CORTO NÚMERO
de los escogidos.

Proposicion y Division. *¿Quáles son las causas de que sea tan corto el número de los escogidos? Tres son las principales, que serán todo el asunto de este discurso.*

I. Parte. *La primera causa de ser tan corto el número de los escogidos es, que el cielo solamente está abierto para los inocentes, ó para los penitentes: No hay mas que estos dos caminos para la salvacion: ¿Por cuál de ellos camináis?*

1. *¿Sois inocente? En aquellos felices tiempos, en que la Iglesia no era mas que congregacion de Santos, era cosa muy rara el hallar fieles, que despues de haber sido reengendrados en el Sacramento del Bautismo, recayesen en el desorden de sus primeras costumbres; pero despues que el mundo se hizo christiano, trajo consigo á la Iglesia su corrupcion y sus máximas, y casi todos nos apartamos del camino desde el seno de nuestras madres; la tierra, como dice un Profeta, está inficionada con la corrupcion de los que la habitan. La ciudad es una Nínive pecadora. La corte el centro de todas las pasiones humanas; y hasta la misma sal de la tierra se ha puesto insipida. Pues ved aqui ya cerrado un camino de salvacion á casi todos los hombres; todos se han extraviado: En algunos puede suceder que la edad los haya hecho calmar las*

pa-

pasiones, que un auxilio de la gracia haya mudado su corazón: ¿pero cómo ha sido su juventud? No les queda, pues, mas que un remedio, y es la penitencia: ahora bien.

2. ¿Sois penitente? ¿Pero en donde se hallan los penitentes? ¿Componen estos en la Iglesia un pueblo numeroso? Terrible es en este asunto la sentencia de San Ambrosio que dice, que todavía son mas los inocentes, que los penitentes. Para conocer bien lo raros que son los verdaderos penitentes, examinemos lo que es un penitente: Un penitente, decia en otro tiempo Tertuliano, es un fiel que en todos los instantes de su vida está sintiendo la desgracia que tuvo en perder, y haber olvidado á su Dios; que tiene continuamente presente su pecado; y que está persuadido á que solamente debe vivir para castigarse, &c. Esto es en compendio un verdadero penitente. Ahora bien, ¿dónde están entre nosotros penitentes semejantes? En los siglos de nuestros padres se veían aun algunos á las puertas de nuestros Templos, que aunque menos culpados que nosotros, pasaban no obstante los años enteros en el ejercicio de los ayunos, de las mace-raciones, de la oración, y en unos ejercicios tan penosos, que hoy no querrian sufrirlos ni un solo día aun los mas escandalosos pecadores, y así se veían algunos pecadores en aquellos felices tiempos, que mucho mas edificaba á la congregacion de los fieles el espectáculo de su penitencia, que la habian escandalizado sus caídas: Pero hoy mirad á todas partes, no digo que juzgueis á vuestros proximos; pero examinad cuáles son las costumbres de todos los que veis al rededor de vosotros: son pecadores, y no lo negarán; vosotros no sois inocentes, y tambien lo confesais; pues ahora bien, ¿son ellos penitentes? ¿lo sois vosotros? La edad, los empleos, &c. os han disgustado de las criaturas, pero no por eso amáis mas á vuestro Dios: Cumplís mas exactamente con vuestras obligaciones públicas y par-

ticulares, pero no sois penitentes: Habeis cesado en vuestros desordenes, pero no los habeis expiado; y si no manifestadme en vuestras costumbres ni aun la mas leve señal de penitencia. No hay ninguna: Con todo eso nada os asusta en ese tan peligroso estado. Los pecadores que nunca han sido purificados con una sincera penitencia, y por consiguiente, ni perdonados en la presencia de Dios, son á vuestra vista como si no fuesen; y morireis tranquilos en vuestra impenitencia: ¿Despues de esto podreis aspirar á la salvacion? ¿Pero con qué titulo? Si decís que sois inocentes en la presencia de Dios, vuestra conciencia dará testimonio contra vosotros mismos: Y si quisierais persuadirnos que sois penitentes, no os atreveriais, y os condenariais por vuestra propia boca, y así se infiere que no sois del corto número de los escogidos.

II. Parte. *La segunda causa de ser tan corto el número de los escogidos es que las leyes con que se gobiernan los hombres, y las máximas que sirven de regla para la mayor parte, son máximas incompatibles con la salvacion.*

V. gr. En materia de gasto y profusion nada hay excesivo ni reprehensible segun el mundo, sino lo que puede arruinar la fortuna, y alterar los negocios: y con todo eso, ¿qué cosa hay mas opuesta á las reglas de la moderacion christiana? En el mundo es costumbre recibida, que el orden del nacimiento, ó los intereses de la fortuna decidan siempre de nuestra suerte, y arreglen la eleccion del siglo, ó de la Iglesia. Es costumbre recibida que las señoras mugeres desde su tierna edad se instruyan en las artes de lucir y agradar: El que es de un distinguido nacimiento, se ha de adelantar á fuerza de ardides, de ruindades, y de gastos; y ha de tener á la fortuna por su idolo: Si sois joven, esa es la estacion de los deleytes, &c. Esta es la doctrina del mundo. ¿Quién

autoriza estas máximas tan poco christianas? ¿Acaso el Evangelio de Jesu Christo? ¿Es esta, por ventura, la doctrina de los Santos? ¿Son estas las leyes de la Iglesia? No por cierto: La costumbre es quien lo autoriza; esto es lo mas que podeis respondernos, como si pudiera prevalecer la costumbre contra las reglas que nos ha dexado Jesu Christo, y las que nunca podrán mudar los tiempos ni los siglos; pero no os heceis cargo de que lo que hoy llamais costumbre, eran monstruosas singularidades antes que degenerasen las costumbres de los Christianos: Que nosotros hemos de ser juzgados por el Evangelio, y no por la costumbre; por exemplo de los Santos, y no por las opiniones de los hombres.

A esto respondereis que haceis lo que veis executar á los demás; y yo os respondo que esa será justamente la causa de vuestra condenacion: El camino por donde va la multitud es el que guia á la muerte: No os conformeis con el siglo corrompido, os dice la Escritura: El siglo corrompido no es el corto número de justos á quienes no imitais, sino la multitud á quien seguís: Hacedis lo que hacen los demás, pues tendreis la misma suerte que ellos: Y el salvarse tan pocos consiste en que casi todos los hombres siguen las costumbres del mundo: En vez, pues, de vivir seguros de nuestras obras, por las que vemos hacer á los demás, debieramos, por el contrario, decirnos á nosotros mismos: En la Iglesia hay dos caminos, uno ancho por donde pasa casi todo el mundo, y que va á parar á la muerte; y otro estrecho, por donde caminan pocos, y que conduce á la vida. ¿En qué camino me hallo? ¿Sigo á la multitud? Luego no voy por buen camino. Mirad si Loth se conformaba con las costumbres de Sodóma: Si Abrahám vivia como los de su siglo: Si Esthér en la Corte de Asuero se portaba como las demás mugeres de

es-

este Príncipe: Finalmente, mirad si en todos los siglos se han parecido los Santos á los demás hombres.

Decís que estas son singularidades y excepciones, y no reglas que deba seguir todo el mundo. ¿Pero tenemos, acaso, otro Evangelio por donde gobernar-nos, otras obligaciones con que cumplir, ni otras promesas que esperar, distintas de las de los Santos? Si fuera cierto que para llegar al cielo habia otro camino mas cómodo que el que han seguido los Santos, estos nos hubieran dexado unos exemplos peligrosos é inútiles: ¿Pero qué hombre prudente podrá pensar de este modo? No confiemos, pues, en la multitud que hace lo mismo que nosotros; lo que debemos inferir es, que los cómplices de nuestras transgresiones serán compañeros de nuestras desgracias.

III. Parte. *La tercera causa de ser tan corto el número de los escogidos es que las máximas, y obligaciones mas universalmente ignoradas, ó despreciadas, son las mas indispensables para la salvacion.*

1. Renunciasteis al mundo en el Bautismo, y el mundo á quien habeis renunciado es una sociedad de pecadores, cuyos deseos, cuyos temores, cuyas esperanzas, cuyos cuidados, cuyos proyectos, cuyas alegrías y pesares, se reducen solamente á los bienes y males de esta vida. Este es el mundo que debeis evitar, aborrecer, é impugnar con vuestros exemplos; debeis alegraros de que tambien él os aborrezca, y que se oponga á vuestras costumbres con las suyas: ¿Pero os hallais en estas circunstancias respecto del mundo? ¿Dónde están los que de buena fé se niegan á los placeres, á las costumbres, á las máximas, y á las esperanzas del mundo? To-

Tomo IV.

Yy

dos

dos lo hemos prometido; ¿pero quién cumple con esta promesa?

2. Renunciasteis á la carne en vuestro Bautismo; esto es, prometisteis castigarla, domarla, y crucificarla: Esto no es puramente obra de perfeccion; es voto, y la principal de vuestras obligaciones: ¿Y en dónde están los Christianos que en este punto son mas fieles que vosotros?

3. Renunciasteis á Satanás y á sus obras: ¿Y cuáles son sus obras? Las que componen casi toda la serie de vuestra vida: las pompas, los juegos, los placeres, los espectáculos, la mentira, la vanidad, las envidias y las disputas: Todo Christiano debe abstenerse de estas cosas, y si participa de ellas, quebranta los votos de su Bautismo. Estas son sus mas esenciales obligaciones, y si no las observais no sois Christianos: Con todo eso: ¿Quién las observa? ¿Quién las conoce? ¿Quién cuida de acusarse en la confesion de haber faltado á ellas?

Pues si esto es así, direis, ¿quién podrá salvarse? Pocos, amados oyentes míos: A lo menos no sereis vosotros, si no mudais de vida: Tampoco serán los que se parecen á vosotros: Por último, no se salvará la multitud. ¿Quién podrá salvarse? Los que viven en el mundo, los que no tienen por Ley á las necias costumbres del mundo, sino que corrigen las suyas por la Ley de Dios: Vosotros mismos os salvareis, si quereis imitar su exemplo: Estos son los que se salvarán. Pero es indefectible que estas personas no componen en el mundo el mayor número. ¿Y qué debemos inferir de estas verdades? ¿Acaso, que debemos desesperar de nuestra salvacion? No lo permita Dios: El fruto de este discurso debe ser, desengañarnos de

es-

este error tan universal; á saber: Que podemos hacer todo lo que vemos en los demás, y que la costumbre recibida es camino seguro: Es necesario distinguarnos de la multitud: ser singulares; vivir separados en medio del mundo; y no parecerse á la multitud.

MARTES

DE LA TERCERA SEMANA.

SOBRE LA CONFUSION de los buenos con los malos.

Division. *La confusion de los buenos con los malos, que tan injuriosa parece á la Gloria de Dios, tiene, no obstante, sus razones, y sus usos en el orden de la providencia. I. Los buenos, en los fines de Dios, deben servir, ó para la salvacion, ó para la condenacion de los malos. II. Sufre Dios á los malos, para la instruccion, ó para el mérito de los justos.*

I. Pante. *Los justos sirven para la salvacion de los malos, proporcionandolos mil medios de eterna salud, como son los socorros de las instrucciones, de los exemplos, y de las oraciones, esto es, los medios mas eficaces para su conversion.*

I. *Los socorros de las instrucciones, los que hacen grande efecto aun en las almas mas mundanas, porque la verdad, la autoridad, y la caridad son sus caracteres propios. La verdad acompaña á las instrucciones de los justos, porque tienen la vista muy sencilla, y los labios muy inocentes para poder alabar en el pecador*

Y y 2

los

dos lo hemos prometido; ¿pero quién cumple con esta promesa?

2. Renunciasteis á la carne en vuestro Bautismo; esto es, prometisteis castigarla, domarla, y crucificarla: Esto no es puramente obra de perfeccion; es voto, y la principal de vuestras obligaciones: ¿Y en dónde están los Christianos que en este punto son mas fieles que vosotros?

3. Renunciasteis á Satanás y á sus obras: ¿Y cuáles son sus obras? Las que componen casi toda la serie de vuestra vida: las pompas, los juegos, los placeres, los espectáculos, la mentira, la vanidad, las envidias y las disputas: Todo Christiano debe abstenerse de estas cosas, y si participa de ellas, quebranta los votos de su Bautismo. Estas son sus mas esenciales obligaciones, y si no las observais no sois Christianos: Con todo eso: ¿Quién las observa? ¿Quién las conoce? ¿Quién cuida de acusarse en la confesion de haber faltado á ellas?

Pues si esto es así, direis, ¿quién podrá salvarse? Pocos, amados oyentes míos: A lo menos no sereis vosotros, si no mudais de vida: Tampoco serán los que se parecen á vosotros: Por último, no se salvará la multitud. ¿Quién podrá salvarse? Los que viven en el mundo, los que no tienen por Ley á las necias costumbres del mundo, sino que corrigen las suyas por la Ley de Dios: Vosotros mismos os salvareis, si quereis imitar su exemplo: Estos son los que se salvarán. Pero es indefectible que estas personas no componen en el mundo el mayor número. ¿Y qué debemos inferir de estas verdades? ¿Acaso, que debemos desesperar de nuestra salvacion? No lo permita Dios: El fruto de este discurso debe ser, desengañarnos de

es-

este error tan universal; á saber: Que podemos hacer todo lo que vemos en los demás, y que la costumbre recibida es camino seguro: Es necesario distinguarnos de la multitud: ser singulares; vivir separados en medio del mundo; y no parecerse á la multitud.

MARTES

DE LA TERCERA SEMANA.

SOBRE LA CONFUSION de los buenos con los malos.

Division. *La confusion de los buenos con los malos, que tan injuriosa parece á la Gloria de Dios, tiene, no obstante, sus razones, y sus usos en el orden de la providencia. I. Los buenos, en los fines de Dios, deben servir, ó para la salvacion, ó para la condenacion de los malos. II. Sufre Dios á los malos, para la instruccion, ó para el mérito de los justos.*

I. Parte. *Los justos sirven para la salvacion de los malos, proporcionandolos mil medios de eterna salud, como son los socorros de las instrucciones, de los exemplos, y de las oraciones, esto es, los medios mas eficaces para su conversion.*

I. *Los socorros de las instrucciones, los que hacen grande efecto aun en las almas mas mundanas, porque la verdad, la autoridad, y la caridad son sus caracteres propios. La verdad acompaña á las instrucciones de los justos, porque tienen la vista muy sencilla, y los labios muy inocentes para poder alabar en el pecador*

Y y 2

los

los deseos de su corazón: Llaman con sencillez al bien, bien, y al mal, mal, y nunca halla en ellos el vicio, ni aquellas indignas adulaciones que le admiran, ni aquellas artificiosas condescendencias que le justifican. *La autoridad*: Las palabras de los justos tienen en sí cierta autoridad, á la que dá la virtud un peso y una fuerza, que no se halla en los discursos de los hombres comunes. El pecador, por mas ensalzado que se halle, pierde con sus desordenes el derecho para reprehender á otros, y sus costumbres quitan el crédito y la autoridad á sus palabras: Pero el justo puede condenar en otros, con confianza, lo que ha empezado á prohibirse á sí mismo. A la verdad y á la autoridad añaden los justos en sus instrucciones los santos artificios, y las prudentes circunspecciones de una caridad sabia y prudente, que lejos de condenar sin misericordia, y de corregir sin discernimiento, sabe buscar las ocasiones; proporcionar los consejos, y hacerse util sin ser molesta; tales son las instrucciones de los justos.

2. Sirven con su exemplo para la salvacion de los malos, viviendo mezclados con ellos. Si los pecadores no tuvieran mas compañía que la de unos hombres parecidos á ellos, siempre estaria tranquila la culpa, porque su oposicion á la verdad nunca turbaria sus falsos contentos, y tendria por imposible la vida christiana, porque no veria exemplo alguno de ella: Pero en el estado en que les ha puesto la providencia, vén justos de su edad y de su clase, que observan la Ley del Señor; solamente su exemplo es una voz poderosa que llama al pecador, á pesar suyo, á la verdad y á la justicia, que continuamente le está hablando en lo íntimo de su corazón: Nosotros le predicamos la piedad desde estos christianos pulpitos, pero los justos se la persuaden con su exemplo.

3. Los justos viviendo confundidos con los pecadores, sirven tambien para su eterna salud con sus oraciones:

ciones: Si Dios mira aun con ojos de misericordia á la tierra, es por las oraciones é interiores gemidos de los justos: Por respeto á ellos se derraman todas las gracias en la Iglesia, porque son aquella paloma, que continuamente gime, y que nunca gime en vano.

En segundo lugar, los justos sirven tambien para la condenacion de los malos: Por mas que se nos quiera persuadir que la virtud es rara, aun hay en la tierra almas puras y fieles: Vosotros pecadores que me oís, vosotros conocéis algunas de vuestra clase, y de vuestro estado, á las que no podeis negar el respetable título de la virtud: Unas almas de esta clase dexan sin excusa alguna á la iniquidad; porque ¿qué podeis responder en el tribunal de Dios, que no se confunda con su exemplo? Poneos en el estado que quisieréis; cada estado tiene sus Santos, que son otros tantos testigos que deponen contra vosotros.

II. Parte. *Sufre á los malos para instruccion, ó mérito de los justos.*

1. Sirven para su intruccion; porque como la negligencia, el disgusto, y el olvido de las gracias son los escollos mas comunes para la virtud de los justos, el exemplo de los malos los dá continuas lecciones.

1. De *vigilancia*: Si son tentados de flaqueza, están continuamente viendo en las caídas de sus próximos los motivos que tienen para estar vigilantes: Aprenden en la historia de las desgracias ajenas, quáles son los grados que conducen insensiblemente á la culpa: Que los principios siempre son leves; y que no hay otra seguridad para la virtud, mas que la vigilancia, porque hay muy poca distancia entre la relajacion y la caída. 2. De *fidelidad contra la tentacion del disgusto*: Porque si los justos vivieran separados de los pecadores, acaso en aquellos momentos en que no se mantiene la virtud con

gusto alguno sensible, podrán prometerse en el mundo consuelos mas suaves que los de la piedad, pero la presencia de los pecadores disipa esta ilusion: Aun quando el justo no se valiera de la fé, le bastaria abrir los ojos; busca á los que son felices en el mundo, y no los halla: En todas partes vé inquietudes, á quien llaman placeres; y no vé en parte alguna la felicidad. 3. De *agradecimiento contra la tentacion del olvido de las gracias*: Los justos ven perecer en el mundo á una infinidad de pecadores; menos culpados que ellos, que tienen inclinacion á la virtud, que gimen con el peso de sus cadenas, y que desean su libertad: Se acuerdan de que el Señor se les presentó por sí mismo para sacarlos del desorden, estando ellos como estaban manchados con monstruosos excesos, que no podian dimanar sino de un corazon extremamente malo y corrompido; y que en vez de esperarle y llamarle, huían de su presencia: Estos objetos, y estas reflexiones que tienen siempre presentes, dan cada instante á conocer á los justos el inestimable precio del beneficio que mudó su corazon, y los inspiran unos pensamientos de tolerancia, de suavidad, y de caridad para con los próximos que viven en el desorden, en vez de censurarlos, ó huir de ellos como de objetos peligrosos.

2. Sufre á los malos por el mérito de los justos.
 1. Con el engaño de sus exemplos dan nuevo valor á la fidelidad de los justos, que necesita de fuerza para libertarse de ellos, porque tienen continuamente presentes estos malos exemplos; y por otra parte, favorecen á las corrompidas inclinaciones de la naturaleza.
 2. La malicia de los pecadores proporciona tambien á la virtud de los justos mil pruebas gloriosas: Quando los oprimen, resplandece su paciencia; quando los cargan de burlas y oprobrios, proporcionan nuevos triunfos á su caridad; quando los despojan de sus bienes, purifican su despego, &c. De aqui se infiere, que no

siem-

siempre se aprovechan los justos de su fé, quando consideran la conducta de Dios con los pecadores: Quisieran que la piedad fuese siempre protegida, favorecida, y preferida al vicio, aun acá en la tierra, en la distribucion de las gracias y honores; pero no conocen que el ser oídos sus injustos deseos, sería quitar á la sabiduría de Dios el principal medio de eterna salud, que ha preparado á sus siervos en todos los siglos, y que por proporcionar un vano triunfo á la virtud, se la quitaria la ocasion y el mérito de sus verdaderas victorias. 3. Los escandalos y desórdenes de los pecadores afligen á los justos, y arrancan de su piedad gemidos de zelo y de compasion, que los sirven de nuevo mérito para con el Señor: Y á la verdad, ¿el que tiene fé y zelo de la gloria de el Dios que ama, podrá mirar con tranquilidad é indiferencia lo que pasa en el mundo, la destruccion de las máximas de Jesu-Christo, la deshonor de sus Misterios, el desprecio de los que le sirven, y el olvido de sus promesas?

MIER-

MIERCOLES

DE LA TERCERA SEMANA.

SOBRE EL VERDADERO CULTO.

Division. I. *No despreciéis los ejercicios exteriores del culto, y de la piedad.* II. *Pero no abuseis de ellos.*

I. Parte. *No despreciéis los ejercicios exteriores del culto, y de la piedad.* El verdadero culto, si le consideramos en sí mismo, y sin respeto alguno al estado presente del hombre, es puramente interior, y todo se perfecciona en el corazón: Esta hubiera sido la religion del hombre en el estado de la inocencia, pero despues de nuestra caída, estando nuestra alma cercada de los sentidos, casi no puede pasarse sin su ministerio. De esto proviene haberse multiplicado tantas prácticas en la Ley antigua: La Iglesia por ser mas espiritual, no tuvo tantos ejercicios exteriores, pero no careció de ellos: Habiendo Dios encarnado, se hizo visible para introducirse en nuestros corazones por medio de los sentidos: no obstante, como confesamos que la verdadera piedad existe en el corazón, la sabiduría del mundo alega tres pretextos para autorizar el desprecio que hace de los ejercicios exteriores de la religion.

1. La inutilidad de las obras exteriores: Desde
lue-

luego se podría preguntar á los sabios del mundo, si dexando aparte este exterior, que ellos tienen por tan inútil, son fieles, á lo menos, en aquel punto que ellos tienen por esencial; si dán, á lo menos, su corazón á Dios, mientras tienen entregado todo el exterior al mundo: Si esto fuera así, no pondrian tanto cuidado en disputar á Dios las exterioridades: Lo que cuesta trabajo es el sacrificio del corazón y de las pasiones; y conseguido esto, lo demás cuesta muy poco. Todos los días estamos viendo algunas personas, que con un corazón mundano, hacen obras exteriores de piedad; pero ninguna vemos, que despues de haber dado sinceramente su corazón á Dios, persevere en el mismo desvío de las obligaciones exteriores de la piedad.

¶ Pero además de que la misma Ley que nos obliga á creer con el corazón, nos manda tambien que confesemos nuestra fé con la boca, y que demos públicas señales de ella para dar gloria al Señor, para publicar los interiores favores que nos dispensa, para edificar á nuestros proximos, para alentar á los flacos en los ejercicios de la virtud, para reparar nuestros escándalos, para consolar á los justos con el espectáculo de nuestra mudanza, para confundir á los impíos, y obligarlos á que interiormente confiesen, que aun hay virtud en la tierra. De esto sirven los ejercicios exteriores que tenéis por tan inútiles para la piedad: Además, ¿cómo podéis tener por inútiles unos ejercicios, que vosotros mismos pedís en los Siervos de Dios? Y luego que los veis imitar las costumbres del mundo, sois los primeros que murmurais de su piedad.

2. La falsa sabiduría del mundo tacha los exteriores ejercicios de la devoción de simplicidad y flaqueza: Dice que estos ejercicios exteriores son la religion del pueblo; y que no hallan en ellos la grandeza y elevacion de ánimo necesaria; pero regularmente las personas que ponen esta nota al culto exterior tienen

en sí todos los defectos de las almas mas infames, siendo así que en el arreglo de las costumbres era en lo que debían preciarse de grandeza y elevacion y por que la verdadera grandeza, y la verdadera elevacion del corazon y del espíritu consiste en dominar las pasiones. Esto es lo que constituye á las almas grandes, y esto es precisamente lo que hacen los justos, á los que el mundo tanto desprecia, y á los que mira como almas flacas y vulgares.

Por otra parte, mirais las santas costumbres de la religion, autorizadas con la fé, y con la piedad de todos los siglos, y de todos los justos, como ejercicios populares, y poco serios para los hombres de ciertas circunstancias; ¿pero vuestras ocupaciones, mas serias y mas brillantes segun el mundo, son acaso mas dignas de un hombre, y de un Christiano, que los mas vulgares ejercicios de la piedad, cumplidos con espíritu de fé y de religion? Vuestro engaño consiste en que teneis formada una grande idea del mundo y de sus vanidades, y no mirais con los mismos ojos las obligaciones de la religion: Por eso los justos tienen por vano y pueril lo que á vosotros os parece grande y maravilloso; del mismo modo que vosotros tratais de puerilidad, lo que á ellos les parece unicamente digno de la grandeza y excelencia del hombre.

3. El mundo opone á los ejercicios exteriores de la religion el abuso que de ellos se hace; y á esto os respondo en una palabra, que si hay abuso debemos evitarle; pero que no debemos atribuir los abusos de la piedad á la misma piedad: No obstante, como realmente hay abusos en los ejercicios exteriores de la religion, es muy del caso el impugnarlos; y esto es lo que voy á executar.

II. Parte. *No abuseis de los ejercicios exteriores de la piedad.*

1. Estos ejercicios son útiles, pero es estando acom-

pañados de aquel espíritu de fé y de amor, sin el qual la carne de nada sirve. Como todo el culto exterior se ordena á la renovacion del corazon como á fin principal, qualquiera ejercicio que no se dirija á establecer el reyno de Dios dentro de nosotros, es vano. Toda religion que se limitase á puras exterioridades sería indigna del Ser Supremo: No obstante, este es el abuso mas universal en esta materia, y la herida mas deplorable de la Iglesia; nunca ha habido tanta devocion exterior como al presente; ni acaso tampoco menos piedad real y verdadera: No quiero decir, como el impio, que todas las exterioridades de la piedad no son mas que ficcion é hipocresía; antes al contrario, lo que engaña en ellas es el error de la buena fé, y la excesiva confianza que la mayor parte de las almas mundanas ponen en estas obras exteriores: Las parece que quando han cumplido con estas obligaciones, aunque vivan siempre en los mismos desordenes, no hay mas que hacer: Pero si nosotros solamente estimamos en los hombres los íntimos y verdaderos afectos, que nos profesan, sin hacer caso de las exterioridades; ¿por qué hemos de creer que Dios, que se llama Dios del corazon, se ha de pagar de un vano exterior, y de puros cumplimientos? No obstante, ponen en esto su confianza con pretexto de que:::

2. Estos ejercicios exteriores son santos: pero suelen servir de obstáculo para su salvacion, por causa de la falsa confianza que nos inspiran; y este es el segundo modo de abusar de los ejercicios exteriores: Aseguran la conciencia, y el pecador piensa que en ellos halla el remedio para sus desordenes: se perdonan con mas facilidad las flaquezas y caídas que parece se compensan con las obras santas: No teme el caer en la obstinacion, porque aun se halla docil á ciertas obligaciones exteriores de la religion; es semejante al pueblo Judío, que aunque fiel observador de los ejercicios

exteriores, perseverará, no obstante, hasta el fin, en su ceguera; porque las obras exteriores están siempre manteniendo su falsa confianza. También vemos en el Evangelio, que los grandes pecadores, los impíos y los publicanos se convierten; pero los Fariseos, los medio-Christianos, las almas á un mismo tiempo religiosas y mundanas, que componen las exteriores obligaciones de la piedad con las máximas del mundo, nunca se convierten.

Ultimo abuso de los ejercicios exteriores: Son justos, pero se abusa de ellos; y se ofende á la justicia, prefiriendolos á las mas indispensables obligaciones. Por eso muchas veces asistimos á todas las buenas obras, y faltamos á las que Dios nos pide: La regla segura en este punto es, todo lo que se opone á una obligacion esencial, no puede ser obra de la fé, ni de la piedad: La caridad no destruye lo que edifica la Justicia. Empezad por la obligacion, lo que no edifiqueis sobre este fundamento no será mas que un conjunto de ruinas: Dios no hace caso de unas obras que no nos pide: La piedad sincera y verdadera en cada uno es la fidelidad á las obligaciones de su estado.

Fin de los Analisis, y del quarto

Tomo.





EVC
OTEC